

UJAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVA  
CCIÓN GENERAL DE BIBLIOTE



BIBLIOTECA  
DE AUTORES  
MEXICANOS  
46



Don y Contrera

PQ7297

.P36

A17

v.3

c.1



R. G.



1080013889



U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA

DE

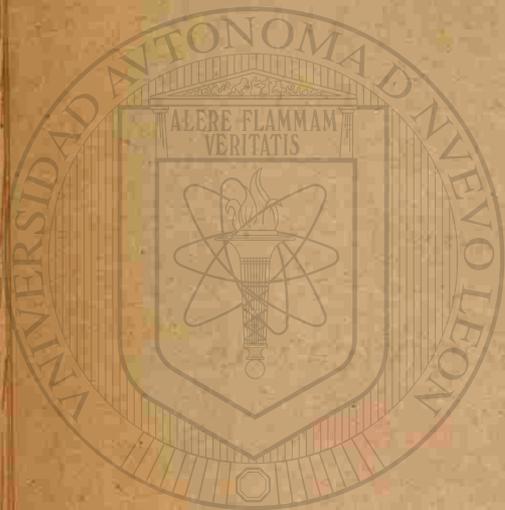
AUTORES MEXICANOS.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





BIBLIOTECA DE AUTORES MEXICANOS 46

**OBRAS**

DE DON  
**JOSE PEON CONTRERAS.**

—  
TOMO III.

ROMANCES HISTÓRICOS Y  
DRAMÁTICOS.— PEQUEÑOS DRAMAS  
COLOMBINAS.— ECOS



**MEXICO**

IMP. DE V. AGÜEROS, EDITOR.  
Cerca de Santo Domingo No. 4.  
1902



PQ7297

.P36

A17

V.3



ROMANCES  
HISTORICOS MEXICANOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO CONTRERAS

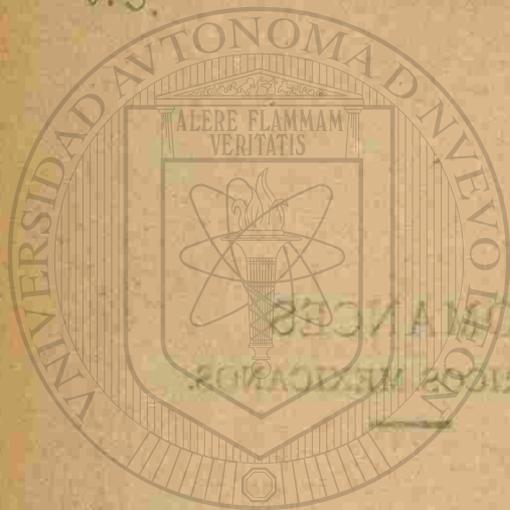
1953

PQ7297

P36

A17

V.3.



FONDO HISTÓRICO  
RICARDO COVARRUBIAS

155950



## LA RUINA DE AZCAPOTZALCO

Al Sr. D. Manuel Pérez de Hermida.

### ROMANCE I

IXTLILXOCHITL. - EL PROSCRITO.

Con aire grave y sombrío,  
El entrecejo enarcado,  
Descompuesta la mirada  
Y el enjuto rostro pálido,  
El rey de los tepanecas,  
Tezozomoc el tirano,  
En un salón de su augusta  
Morada de Azcapotzalco,  
De un extremo al otro extremo  
Pasea sobresaltado,

Como herida fiera en torno  
De su cubil solitario.

El esplendor de Tezcuco,  
Su gloria, sus adelantos

En las artes, en la industria  
Y en las ciencias de los astros,  
Ea él la ambición despiertan

De los honores y el mando,  
Y al demonio de la envidia

Alberga en su pecho avaro.

Huye de su alma el sosiego,

A los montales tan grato,

Y huye el sueño de sus ojos

Y de su hogar el descanso.

No o'vida ni un solo instante

Que del gran Xoiotl (1) es vástago,

Y de Acolhuacán el cetro

Regir debiera su mano.

Como en tempestosa noche

Súbite brilla el relámpago,

Así brota en sus pupilas

De fulgor siniestro un rayo:

Y con un brusco y nervioso

Movimiento, el raudó paso

Detiene, se agita, duda,

Y la voz al fin alzando,

Llama á dos nobles caudillos

Que son de Otompan y Chalco

(1) Primer rey de los chichimecas y fundador de Acolhuacán.

Señores, y así con ronco  
Acento, hablóles airado:

—“Ya sabréis, nobles guerreros,

Súbditos míos y aliados,

Que Ixtlixochitl Ome Tochtli,

Rey y Señor se ha jurado

En Huexotla, ha pocos días,

Del Imperio Tezcucano,

Haciendo á mi stirpe ultraje,

Mi derecho atropellando

En los montes de Tlaxcalan

Y en sus valles acampado,

Con huestes innumerables

Amenaza mis estados.

Y como es fuerza se acaben

Tan finestros desacatos

Que amenguan de mi corona

El esplendor soberano,

Reunid á vuestros parciales,

Y con cautelosos pasos

Llegad, cruzando las selvas,

Hasta el enemigo campo.

Allí pedid á Ixtlixochitl

Una entrevista; el incauto,

Sin escolta, hasta vosotros

Se acercará temerario;

Mas antes que una palabra

Se desprenda de sus labios,

Entrambos de un solo golpe

Y sin compasión, mataidlo.

Idos.....y tened presente

Que aquí la victoria aguardo;

Que el porvenir de mis reinos  
Desde hoy queda en vuestras manos.

Dice, y su adusto semblante  
Se anima con un extraño  
Gesto, que es dulce sonrisa,  
Que es incomparable halago  
Para aquellos dos magnates  
Que, sumisos y temblando,  
Salen de la regia cámara,  
Donde al resplandor escaso  
Del crepúsculo sombrío,  
Torvo, mudo y cabizbajo,  
En mil confusos proyectos  
Quedóse el rey abismado.

Una tarde, cuando apenas  
El sol con lánguidos rayos  
Del Iztachihuatl doraba,  
Las cumbres desde el ocaso,  
Ixtilxochitl separóse  
De sus jefes y soldados,  
Que á parlamentar le invitan  
Los del enemigo bando.

El se aleja, el gozo inunda  
Su altivo semblante franco,  
Y sus indómitas huestes  
Le ven partir sin cuidado.

¡Ay! ¡infeliz! no presume  
Que los nobles emisarios  
Que le esperan, sus verdugos  
Han de ser en breve plazo.

No lo presume, y tranquilo

En su valor descansando,  
Llega á los embajadores  
Con andar sereno y tardo;

Mas antes que una palabra  
Murmure el monarca, rápidos  
Sobre él se arrojan, cual tigres,  
El de Otompan y el de Chalco.

El rey se turba, no asombra  
Ni hiela su alma el espanto;  
Mas paraliza su brio  
De aquella sorpresa el pasmo.

El golpe alevoso hiere  
La regia frente, y del campo  
De los acolhuas un grito  
Se alzó llenando el espacio:

“Traición, Tezucó; á las armas.”—

“Azcapotzalco”—exclamaron  
Los tepanecas, saliendo  
De los bosques inmediatos;

Y á poco, al tender la noche  
Su gigantesco sudario,  
Tiñó la sangre á torrentes  
La verde alfombra del llano

Nada el valor ni el esfuerzo  
Puedan, si el sino es contrario;

Y en tan espantoso día,  
Al perder los tezcucanos

Su sangre, su rey, su gloria  
En aquel encuentro infausto,  
De la esclavitud al peso  
La altiva frente humillaron.

Netzahualcoyotl, el hijo  
De Ixtlilxochitl, sin amparo,  
De los traidores oculto  
Entre el follaje de un árbol,  
Contempló, con honda pena,  
De su padre el sanguinario  
Drama, y el fin desastroso  
De sus valientes soldados.

Y al comprender su desdicha,  
La impotencia de su brazo,  
La injusticia de los dioses  
Y el poder de sus contrarios,  
Desde el fondo de su pecho  
Inundado por el llanto,  
Jura exterminio y venganza  
Al torpe rey, que arrojando  
Al infortunio sus días,  
Ha deshecho en mil pedazos  
El trono que sus mayores  
En Acolhuacan fundaron.

El destino en las tinieblas  
De sus profundos arcanos  
Oculta, tal vez por siempre,  
Del noble mancebo el astro.  
Alegres huellan sus plantas  
Las rosas de quince mayos,  
Y el sol de sus ilusiones  
Aun no vislumbra su ocaso,  
Cuando ya los bosques cruza  
Huérfano y desheredado,  
De amor y de paz hambriento  
Y de desventuras harto.

Aquel que en selvas de flores  
Miró deslizarse el carro  
Donde la infancia abandona  
Sus pasajeros encantos;

Aquel que en un regio alcázar  
Tras mil ensueños dorados  
Miró el oriente, la aurora  
De los juveniles años,

Recorre, como las fieras,  
Despavorido los campos,  
Sin hogar ni más consuelo  
Que el amor de sus vasallos,

Hasta que de penas tantas  
Y de tanta angustia al cabo,  
Y merced á la exigencia  
De los reyes mexicanos,

De quienes era el proscrito  
Príncipe, pariente amado,  
Tezozomoc le permite  
Retornar con sus hermanos

A Tezcucó, emporio y norte  
De sus lisonjeros cálculos,  
Dándole allí señoríos  
Y de Cilam el palacio,

Donde entregado á las letras  
Pasó dos lustros escasos,  
De los negocios del mundo  
Lejos y de sus engaños.

## ROMANCE II.

## EL ENSUEÑO.

Tezozomoc en su lecho  
 Perennemente reposa,  
 Que el peso de la existencia  
 Sus flacos hombros encorva;  
 Sus fuerzas enerva y rinde;  
 Destrustra la brilladora  
 Pupila que en otros tiempos  
 Fué de sus pueblos antorcha;  
 El fuego que ardió en sus venas  
 Apaga, y hora por hora  
 El invierno de los años  
 Nieve en su frente amontona;  
 Nieve que no se deshace  
 Ni se derrite ni agota,  
 Que ni hay Abril ni Verano  
 Que su terso cristal rompa;  
 Y por eso entre algodones  
 Lo arrebujan y lo escoran,  
 Y á su corte se presenta  
 Como un fantasma, una momia  
 Que desde el frío sepulcro  
 Dictando sus tenebrosas  
 Leyes, rige á sus vasallos  
 Y los tiraniza y doma.

Es ya de noche; una noche  
 Invernal y tempestosa;  
 Frio el viento, rebramando  
 De las regiones del bóreas,  
 Llega á estrellarse á las tapias  
 Reales, y en una alcoba  
 De su palacio, el tirano,  
 Tezozomoc se sofoca,  
 Lejos de aquel delicioso  
 Sueño que su alma ambiciona,  
 Y perdido en los abismos  
 De pesadilla horrorosa.  
 Siente que un enorme peso  
 Su seno oprime y ahoga,  
 Y en una triste penumbra  
 Mira de pronto, aun más lóbrega,  
 Tendidas las negras alas,  
 Una inmensa mariposa  
 Que vuela al principio lenta  
 Del aire en las tenues ondas,  
 Y después acrecentando  
 Sus flebes giros, azota  
 Las pardas nieblas, con una  
 Rapidez vertiginosa.  
 En vano el monarca intenta  
 Apartar de ella sus torvas  
 Miradas. . . . .do quiera siguen  
 La carrera prodigiosa  
 De la voluble fantasma  
 Que sin detenerse, sorda  
 Zumba en contorno, y la vista  
 Del rey enturbia y disloca.

Sus ojos giran violentos  
 Entre sus áridas órbitas,  
 Y ni el dolor, ni el cansancio  
 Fijarlos un punto logran.  
 Al fin, la visión horrible  
 Un breve instante se posa  
 Sobre un cornisón, y tiende  
 Sutiles y vaporosas  
 Sus lenguas alas, que poco  
 A poco se descoloran,  
 Se ensanchan, se desvanecen  
 Y se pierden en la sombra.  
 Empero, en el mismo instante  
 Ve el rey una mancha roja,  
 Que es leve punto primero  
 Y que en progresión pasmosa  
 Se acrecienta, se dilata,  
 Y una gran montaña forma  
 Al fin, árida y ardiente,  
 En cuyas ásperas rocas  
 Se incrustan, como engarzadas  
 En montón, unas sobre otras,  
 Fatídicas calayeras,  
 Horribles, disformes, rotas,  
 Que abrasadas trecho á trecho,  
 Por las devorantes olas  
 De un mar de fuego, resisten  
 Las corrientes bramadoras.  
 Mira, por último, alzarse  
 Sobre la cima escabrosa  
 De aquel monte, rebatiendo  
 Sus dos alas ponderosas,

Un águila gigantesca,  
 Negra, erizada, monstruosa,  
 Que le mira con candente  
 Pupila fascinadora;  
 Que tiende el vuelo al espacio,  
 Que á las nubes se remonta,  
 Y luego sobre él se lanza  
 Tan rápida como arroja  
 El arco la flecha aguda  
 Que el viento silbando corta.  
 El rey, que apenas alienta  
 Con débil y estertorosa  
 Respiración, se horripila,  
 Y se contrae, y apoya  
 En una mano la frente  
 Por la cual heladas gotas  
 De sudor copioso corren  
 Y ambas mejillas le mojan.  
 Y ve al águila ya cerca  
 Que retrocede y se encorva,  
 Que dando un revuelo, al cabo  
 Fiera sobre él se desploma.  
 Y en su ya desnudo seno  
 Enclava las garras corvas,  
 Hiende sus carnes, el pico  
 En sus entrañas ahonda,  
 Y hambrienta, insaciable, bebe  
 Y apura su sangre toda.  
 Entonces el rey despierta  
 Dando un grito agudo, torna  
 En redor los grandes ojos,  
 Y se palpa, y tiemb'a, y l'ora;

Llora de susto, y con voces  
Que la muda estancia asordan,  
Clama por su servidumbre  
Que acude á su acento atónita.

Está en el regio aposento  
Una anciana temblorosa,  
Que habla con triste semblante  
Y con lenta voz monótona.  
Sus ojos, cual si quisieran  
Penetrar las vagas ondas  
Del porvenir, están fijos  
Hacia delante, y sus hocas  
Miradas prende en sus labios  
El rey, con alma absorbida,  
No pierde una sola frase,  
Y ni una sílaba sola.

—“Esa mariposa negra,  
Sombria y aterradoras,  
Era el vengador espíritu  
De Ixtlilxochitl que aun te acosa.

Las víctimas de los reyes  
Ni en el sepulcro perdonan,  
Y la paz del alma, dulce,  
En este mundo les roban.

—Prosigue.....

—Aquella montaña  
Gigantesca y portentosa,  
Es tu trono que enrojece  
La sangre de tus victorias.

—¿Y aquellos cráneos horribles?  
—De tu carrera despótica

Las víctimas inmoladas  
Son, y en las cuales reposan  
Las columnas de ese trono  
Que te sostiene.....

—¿Y las olas  
De aquel mar de fuego?

—El tiempo  
Significan, que á espantosa  
Nada tornarán bien pronto  
Tu poderío y tu gloria.

—¿Y ese monstruo sanguinario?  
Murmuró el rey con voz ronca,  
Llevando una mano fría  
A su frente sudorosa.

—¿El águila?

—Sí, contesta.  
—Te anuncia que vengadora  
La saña de un hombre fuerte  
Destrozará tus coronas.....  
;Le estoy mirando!

—¿A quién miras....!  
—A él, al rey de los Acolhuas.

—¿Nezahualcoyotl?

—Al mismo;  
Al águila poderosa

Que ha de saciar en tus reinos  
Su hambre, su ambición, su cólera;

Que no ha de ver en sus días,  
Tardes ni noches, ni auroras,  
Y cuyo nombre famoso

Y grande será en la historia.

—“;Mientes!” exclamó el monarca

Furioso; "sella tu boca"—  
Ea, ¡Mamad á los príncipes,  
Que quiero hablarles ahora!

"Sí, sí, que el traidor perezca,  
Perezca su estirpe toda,  
Y ni de su nombre quede  
En mis dominios memoria."

Dice el rey; sangrienta espuma  
Entre sus labios borbota,  
Y huye la bruja espantada  
Por una salida próxima.

Ante el rey de Azcapótzalco  
Estaban, á pocas horas,  
Tayatzin, Teuctzintli y Maxtla,  
Infantes de la corona.

Y á todos tres iracundo  
Ordena que, sin demora,  
Prendan al príncipe ilustre  
Nezahualcoyotl, que pronta  
Muerte le den sus secuaces  
Donde quiera que le cojan,  
Y ofrece un premio al que lleve  
A cabo acción tan gloriosa.

Tezozomoc muy en breve  
Pagó el tributo, que toda  
La humanidad miserable  
Debe á la tierra, y la fosa  
Encerró con sus cenizas  
Bajo una sombría bóveda.  
La execración de su pueblo,  
Que aun después de muerto le odia.

Nombró á Tayatzin su hijo  
Por sucesor, quien provoca  
Del primogénito Maxtla  
La indignación envidiosa.

Es Maxtla, altivo, soberbio,  
Y en su alma negra la sórdida  
Avaricia de su padre  
Se oculta devoradora.

De los reinos se apodera,  
Con su maldad los agobia,  
Y á Tayatzin con los suyos  
En la impotencia abandona.

Y Tayatzin, á quien poco  
Después la mano traidora  
De unos esbirros, de Maxtla  
Ante la augusta persona,

Y por su orden, le dan muerte,  
Ciñendo á la poderosa  
Frente del regio asesino,  
Entre la espléndida pompa,  
Y los vítores de un pueblo  
Que ante el destino se postra,  
De Azcapótzalco y Tezcuco  
Las magníficas coronas.

Maxtla, libre de temores  
En su majestad se goza,  
Y con el poder se embriaga  
Que ha adquirido á tanta costa.

Sólo una nube atraviesa,  
Como fatídica sombra,

Por el tranquilo horizonte  
De sus venideras glorias;  
Y esta sombra es el recuerdo  
De un hombre, fuente do brotan  
Sus pertinaces recelos  
Y sus continuas zozobras.

Nezahualcoyotl, sombrío  
Se le aparece, y trastorna  
Los proyectos colosales  
Que fragua su mente loca.  
No olvida el sueño funesto  
De Tezozomoc, y sorda  
Brama en su pecho implacable  
La tormenta pavorosa;  
La tormenta, que lo mismo  
Que de los cielos arroja  
Sobre la tierra las iras  
De su formidable cólera,

Así del pecho de Maxtla,  
Contra el heredero Acolhua,  
Se desprenden las saetas  
De una adversión enconosa.

Y sin que pueda, ni un día,  
La pesadilla diabólica  
De su padre, ni á la bruja  
Arrojar de su memoria,

En persecución del príncipe,  
De los esbirros las hordas  
Cruzan las grandes ciudades,  
Y las selvas montañosas.

Los Teocallis escudriñan,

Y los Tianguis (1) alborotan,  
Y suben á los palacios  
Y descienden á las chozas.

(1) Las plazas del mercado,

## ROMANCE III

NANCHE.

No lejos de un bosque añoso,  
 Al pie de verde colina,  
 Y de un tranquilo arroyuelo  
 Junto á la margen florida,  
 Levanta entre dos jardines,  
 Que diestras manos cultivan,  
 Una apacible morada  
 Sus tapias envejecidas.  
 Y á cuya puerta da sombra  
 Una secular oliva,  
 Tendiendo las verdes ramas  
 Que eterna paz simbolizan.  
 En ella moran tranquilos  
 Un anciano y una viva  
 Y traviesa y cariñosa  
 Doncella, su amor, su dicha,  
 Nanche se llama el anciano,  
 Nezahualxochitl la niña,  
 Y Nanche y Nezahualxochitl  
 Son dos almas y una vida;  
 Son una flor en su tallo,  
 Son, del mar en las orillas,  
 Una perla en su rugosa  
 Y áspera concha escondida.

Era una noche muy triste,  
 Y lánguida y amarilla,  
 Llegando al zenit la luna  
 Su lánguida luz vertía.  
 La joven, como una sombra  
 Impalpable y fugitiva,  
 Por sus velados jardines  
 La leve planta desliza;

Cuando de pronto el anciano  
 Se le aparece, y solicita  
 Nezahualxochitl al verle,  
 Gozosa se le aproxima:

—Padre mío, ¿á tales horas  
 Por estos sitios caminas,  
 Cuando tus ojos apenas  
 Distinguen la luz del día?

Dame tu mano y revélame  
 Dónde vas.....

—Sígueme, hija,  
 Nanche contesta, y torciendo  
 Por una calle en que agita

A diestra y siniestra el manto  
 De los arbustos, la brisa,  
 Llegaron á una pequeña  
 Esplanada, do la vista

Entre tristes sempazúchiles  
 Y sauces mustios, divisa  
 De una blanca sepultura  
 La negra losa sombría;

Y cerca de ella, y en donde  
 Alumbra Febe divina,  
 Detiene el paso el anciano,  
 La frente dobla, suspira,

Y de sus párpados lenta  
 Se desprende á sus mejillas,  
 Una lágrima que acaso  
 Del ánima comprimida,  
 Es el único consuelo  
 De prolongadas vigalias.  
 Después, tendiendo una mano  
 Mientras que la otra fría  
 Y temblorosa sostiene  
 Su cuerpo, que ya se inclina  
 A la tierra, doblegado  
 Por la edad y la fatiga,  
 —“Allí está Tiata, hija mía,  
 Era Tiata mi embeleso,  
 Era mi única delicia;  
 Creció feliz á mi lado,  
 Como has crecido tú misma,  
 Pura, modesta y hermosa,  
 Y recatada y sencilla.  
 Era su pecho inocente,  
 Sin doblez y sin perfidia,  
 Como lago sin tormentas,  
 Como rosal sin espinas.  
 Huitzilihuitl, el monarca  
 De Tenuchtitlán un día  
 Vió su beldad, y una nube  
 Cruzó el cielo de mi vida.  
 No puse á sus pies un plomo,  
 Ni puso un velo á su vista,  
 Ni á sus labios un candado,  
 Ni coraza á su codicia.  
 ¡Ay! robómela el infame,  
 Robómela en hora irripia,

Y la deshonra en mi frente,  
 Grabó sus cárdenas tintas.  
 Eternos días horribles,  
 Largas noches de vigilia  
 Pasé sin Tiata. . . . era hija  
 De una vez sábelo, mi hija.  
 El grande rey Ixtlilxochitl,  
 A quien los dioses bendigan,  
 Se conmovió de las penas  
 Y las desventuras mías.  
 Y en mi socorro acudiendo,  
 A Huitzilihuitl obliga  
 A devolverme el tesoro  
 De mi insaciable avaricia.  
 Tiata al hogar desolado,  
 Al Eden de su familia,  
 Tornó temblando, una tarde,  
 Melancólica, intranquila;  
 Al llegar á mi presencia  
 Clavó en el suelo la vista,  
 Y, cual un raudal, el llanto  
 Nubló sus negras pupilas.  
 Como las flores que arrastran  
 Los vientos por la campiña  
 En las noches de Atemoxtlí, (1)  
 Eternas, tristes y frías,  
 Así á la infelice Tiata  
 Miré mustia y abatida,  
 Blanco el color de sus labios,  
 Y sin sangre sus mejillas.

(1) Diciembre.

Lloró, lloré; el Manto nuestro  
 Se confundió en una misma  
 Corriente, cual sus dolores  
 Nuestras almas confundían.  
 Mas nada bastó; las penas  
 Mataron á Tiata el día  
 Que tú naciste; tú eres  
 De Huitzilihuitl la hija.  
 Murió el verdugo hace tiempo;  
 Allí está en polvo la víctima;  
 ¡Tu madre infeliz, que goza  
 De Tonatiuh (1) las delicias!  
 Hoy que siento que mis fuerzas  
 Me abandonan y declinan,  
 Te he revelado el secreto  
 De mis angustias continuas.  
 Cuando de este mundo salga,  
 Ven á este sitio, y cultiva  
 Las tristes flores que nacen  
 En sus desiertas orillas;  
 Suplan á mis oraciones  
 Tus oraciones sencillas;  
 Tu dulce llanto á las tristes  
 Y amargas lágrimas mías."  
 Cesa la voz del anciano,  
 Nezahualxochitl suspira,  
 Y ante la tumba cayeron  
 Ambos á dos de rodillas.

(1) El Sol.

#### ROMANCE IV

##### LA HOSPITALIDAD.

Está avanzada la noche,  
 Y dulce, apacible y diáfana  
 Va rodando en los espacios  
 Febe, su disco de plata.  
 Nanche á su aposento torna,  
 Y las desdichas pasadas  
 Entrega en brazos del sueño  
 Que sus sentidos embarga.  
 Mas Nezahualxochitl sola,  
 Misteriosa y desvelada,  
 Aun de sus vastos jardines  
 Por las arboledas vaga.  
 Acaso encierra su pecho  
 Alguna ignota esperanza,  
 Y al hondo silencio fia  
 Los secretos de su alma.  
 Acaso un leve suspiro  
 Que de su seno se escapa,  
 De los zéfiros livianos  
 Vuela en las flébiles alas.  
 Tal vez recuerda su mente  
 Que ha visto en una mañana,  
 A la hora en que alegre y bella  
 En la cuna sonrosada,

Confunde su luz el día  
 Con los crespones del alba,  
 Pasar una sombra errante  
 Entre dos verdes montañas.

Que aun mira se le figura  
 La imagen gentil, gallarda,  
 De un mancebo que corría  
 Y ásperas cimas trepaba,

Como el Coyameñl (1) que huye  
 Entre breñas y entre zarzas,  
 Del brazo que lo persigue  
 Tras de la innumera jauria;

Aun se finge que le mira  
 Perderse allá en lontananza,  
 Al través de los arbustos  
 Y el follaje de las ramas.

Y por el mismo sendero  
 A poco ve que se lanza,  
 En pos de aquel fugitivo,  
 Un tropel de gente armada

Que corre de un lado al otro,  
 Que se detiene, que avanza,  
 Que camina irresoluta,  
 Que á conferenciar se para,

Bien como duda y vacila  
 El ojeador que en la caza  
 Pierde la pista y no sabe  
 Dónde la fiera se guarda.

Tal sueña la pobre joven,  
 Intranquila y desvelada,

(1) Jabali

Que por las calles desiertas  
 De sus arboledas vaga.

En tanto, avanza la noche,  
 Y dulce, apacible y diáfana,  
 Aun por el espacio rueda  
 Febe, su disco de plata.

Que ruido es ese? ¿acaso  
 Del viento perdida ráfaga,  
 Que sobre las hojas secas  
 Las hojas secas levanta?

¿O lo forma por ventura,  
 De alguna ave inmensa el ala,  
 Que al huir veloz azota  
 De los arbustos las ramas?

¿O es una enorme ceraste  
 Que cautelosa se arrastra,  
 Y entre malezas y abrojos  
 Los sueltos anillos pasa?

Nezahualxochitl, inquieta,  
 Vuelve el semblante azorada  
 Por todos lados, y ansiosa  
 Piensa en tomar á su casa.

Cuando distingue una sombra  
 Que con rapidez avanza,  
 Y se aproxima hacia ella  
 Temerosa y recatada.

¿Quién será? tiembľa la joven,  
 Y resuelta, al fin, escapa  
 Por una calle, mas sólo  
 Unos breves pasos anda,

Cuando á su oído un acento

Llevó en sus ondas el aura:  
 "Detente un punto, detente,"  
 Oyó decir con voz clara.  
 Empero Nezahualxochitl  
 Cada vez más asustada,  
 No camina.....corre, vuela,  
 De su hondo pánico en alas;  
 En un instante se acoge  
 Al dintel de su morada;  
 Mas oye pasos, y atónita  
 Volviendo hacia atrás la cara,  
 Mira que el bulto de un hombre,  
 De un tilmatlí (1) entre las anchas  
 Plegaduras embozado,  
 Casi toca á sus espaldas.  
 Y escucha á la par confusos  
 Ecos de humanas pisadas,  
 Y de voces que no lejos  
 Entre la sombra se enlazan.  
 Entonces la joven grita,  
 Y á su clamor, angustiada  
 Contesta la voz de Nanche  
 Que del blando lecho salta.  
 —¿Qué ocurre, hija mía?  
 —¡Auxilio!  
 ¡Venid, socorro!  
 —¿Qué pasa?  
 —¡Padre, mirad!.....  
 Al reflejo  
 De las rutilantes llamas

(1) A manera de capa que usaban los aztecas.

De una tea, que el anciano  
 Lleva en la mano, se pasma.  
 Nezahualxochitl, que súbito  
 Reconocen sus miradas  
 A aquel mancebo gallardo  
 Que en la selva solitaria,  
 Huír por un sendero  
 Entre dos verdes montañas.  
 Y baja el rojo semblante  
 En tanto que Nanche exclama:  
 —¿Quién eres?  
 —¿Quién soy?  
 —¡Tu nombre!  
 —¡Nezahualcoyotl!  
 —¿Te llamas  
 Nezahualcoyotl? ¡el hijo  
 Del gran monarca! Y enclava  
 Nanche en el rostro del príncipe  
 Sus pupilas dilatadas;  
 —¡Ah! sí.....ya te reconozco,  
 Tú eres mi rey; ¿qué me mandas?  
 —No pierdas el tiempo, ¿tiene  
 Una salida excusada  
 Esta mansión?  
 —Sí por cierto.  
 —Pues la sentía me señala.  
 —Nezahualxochitl la sabe;  
 ¿Mas ese rumor.....?  
 —De Maxtla  
 Son las tropas, que me siguen,  
 ¡Y soy muerto si me alcanzan!  
 —Pues corred, yo las espero,  
 Huid; aquí las aguarda

Mi lealtad, mi cariño  
 Y mi gratitud sin tasa;  
 Y que el hijo de Ixtlilxochitl  
 Con los altos dioses vaya.  
 Calló Nanche, y en lo obscuro  
 Vió desvanecerse rápidas,  
 Del príncipe y de la joven  
 Las sombras, como fantasmas.

Nanche, intrépido, á la puerta  
 De su mansión sosegada,  
 Mira á las tropas reales  
 Que llegan desordenadas.  
 Brilla á la luz de la luna  
 El reflejo de sus armas,  
 Y el jefe de ellas, mirando  
 A Nanche que las aguarda,  
 Deteniéndose soberbio  
 A no muy corta distancia,  
 Con fiero ademán altivo  
 De esta manera le habla:

—A ese traidor insensato  
 Vimos entrar en tu casa:  
 Ríndete pues, y á los míos  
 Enseña la puerta franca.  
 El rey tu señor, mi amo,  
 Así lo quiere y lo manda;  
 ¡Paso! ¡paso! y que se cumpla  
 Su voluntad soberana.

—Te equivocas, dice Nanche  
 Con aterradora calma;

Antes perezca mil veces  
 Que permitirte la entrada.  
 —¿Niegas que el príncipe infame  
 Tras ese muro se guarda  
 Cuando con mis propios ojos  
 Lo he visto?

—No niego nada.

—Lo confiesas.....

—En mi vida  
 Supe mentir.

—¿Y qué aguardas?

—No has de entrar en este asilo.

—¿Quieres morir?

—No me espanta

La muerte, cuando me alienta  
 Le fe de una justa causa.

—Eres anciano.....

—Mis ojos

De ver la luz ya se cansan.

—Morirás entonces.

—Y antes

Que se cumplan tus palabras,

Hollarás cien y cien veces

Mi cadáver con tus plantas.

—¡Adelante.....!

—¡Atrás.....!

La lucha

Desigual y sanguinaria,

A la faz de las estrellas

En un instante se trava.

La pica del noble anciano

Hunde al primero que avanza,

La cabeza, y cae al suelo  
Como una pesada masa.

Se exasperan los contrarios,  
Se oyen mugidos de rabia,  
Y el iztli (1) el espacio hiende  
En las puntas de las lanzas.

De pronto Nanche vacila,  
Se bambolea y se escapa  
De su pecho hondo sollozo  
Y con él envuelta su alma.

Sobre el cuerpo los esbirros  
Unos tras los otros pasan,  
Y los venerables restos  
Aún palpitantes, ultrajan.

A los aposentos entran;  
Buscan, mas al fin no hallan  
Al príncipe á quien creían  
Asegurado en sus garras.

Y revolviendo furiosos,  
Al campo otra vez se lanzan,  
En las llanuras de Anáhuac.  
Como Coyotles (2) hambrientos

La tibia luz de la aurora  
Viste al Oriente de nâcar,  
Y á los primeros albores  
De aquella dulce luz blanca,

Se ve bajar por los campos  
A una joven que agitada

(1) Pedernales.

(2) Especie de chacales.

Muestra en sus ojos la dicha  
Que sus tiernos labios cantan.

"No pierde un rey poderoso,  
Un rey nunca pierde nada,  
Si á sus iguales adora,  
Si con princesa se casa;

Y él es rey, y yo soy hija  
De Huitzilihuitl y Tiata;"  
Estos eran sus cantares,  
Estas eran sus palabras.

Alegre, gentil, risueña,  
La colina al fin traspasa,  
Cruza sus bellos jardines  
Y se detiene á la entrada

De su mansión. . . . algo ha visto  
De sombrío en lontananza;  
Algo de fúnebre y triste  
En las puertas y en las tapias.

Se le figura que el viento  
Solloza triste si pasa,  
Y que los árboles gimen  
Si el aire silba en las ramas.

¿En dónde están de su padre  
Las cariñosas miradas?  
¿En dónde está la sonrisa  
Qué sus labios dilataba?

¿Dónde los trémulos brazos  
Que no salen á estrecharla,  
Por aquella alegre puerta  
Tan muda y tan solitaria?

¿Por qué ante ella se detiene,  
Y tiembla y vacila, y anda

Un breve trecho y al punto  
 Se vuelve atrás asustada?  
 ¡Ay! lo ignora, y decidida,  
 Resuelta, convulsa, pálida,  
 Entra, da un grito, y perdiendo  
 Al fin su última esperanza,  
 Siente un vértigo espantoso,  
 Siente un dolor que la mata;  
 Cierra sus ojos, y rueda  
 Por el suelo desmayada.....

.....  
 Vió á Nanche, á Nanche tendido,  
 Tintas en sangre las canas,  
 E inmóviles las pupilas  
 En donde acaso aun brillaba  
 Una chispa de fiera,  
 De lealtad, de constancia,  
 Prendida en el cristal puro  
 De una postrimera lágrima.

## ROMANCE V.

## LA EMBOSCADA.

Nezahualcoyotl, al cabo  
 De peligrosos empeños,  
 Y de sufrir donde quiera  
 Pesares y contratiempos;  
 De luchar con el destino,  
 Siempre á su fortuna adverso,  
 Hora á hora, día á día,  
 Brazo á brazo, pecho á pecho;  
 De cruzar con sus dolores  
 Los mundanales desiertos,  
 En un futuro soñando,  
 En un pasado muriendo,  
 A Tenuchtitlán potente  
 Vuelve los ojos, el cielo  
 Un rayo de luz le envía  
 Que calma un punto sus duelos.  
 Y un átomo de esperanza  
 A su corazón enérgico,  
 Lleva una chispa que enciende  
 Su sangre en llamas de fuego.  
 Se une á Ixcoatl, monarca  
 Cuarto del coloso imperio,  
 Y con otros poderosos  
 Tributarios de su suelo,

Y al frente de un aguerrido,  
Bravo y numeroso ejército,  
Parte al fin contra el tirano  
Maxtla, que en el trono excelso  
No sospecha ni un instante,  
No presume ni un momento,  
Que en su fuerte y poderosa  
Diestra, vacile su cetro.  
Y ordena á Mazatl, el bravo  
General de sus guerreros,  
Que prepare á la defensa  
La capital de su reino.  
Y Mazatl la fortifica,  
Lleno de vigor y aliento,  
Con hondos fosos por fuera,  
Con altos muros por dentro.  
Y dentro y fuera, con rudos  
Brazos y animosos pechos  
Que esperan desesperados  
El instante del encuentro.

El fulgor de un bello día,  
Hermoso, puro y sereno,  
Inunda con luz brillante  
Murallas y campamentos.  
Y quiebran la luz febea  
Con vario fulgor intenso,  
Los chimales y escaupiles (1)  
De aquellos jefes soberbios.  
De pronto se oye sonoro

(1) Escudos y armaduras.

Cruzar las ondas del viento,  
El eco de un tamborcillo  
Que el rey Ixcoatl toca diestro.  
Y acometiendo furiosas  
Ambas huestes, con violento  
Empuje, en terrible instante,  
Trábase el combate horrendo.  
Nezahualcoyotl que goza  
Al fin, dichoso y contento  
Se vuelve á Mil su criado  
De honra y lealtad ejemplo,  
Y le dice estas palabras,  
Mientras esgrime altanero  
El macuahuitl que en su mano  
Brilla con fulgor siniestro:  
"Ve y dile á Nezahualxochitl  
Que no la olvido un momento,  
Y en mi espíritu está siempre  
Su imagen que reverencio.  
"Que no tema que la gloria  
Coronará mis esfuerzos;  
Que los dioses van conmigo,  
Que de ellos el triunfo espero."  
Dijo y lanzóse al combate  
Entre el fragoroso estruendo,  
Lleno el pecho de esperanza  
Y henchida el alma de fuego.  
Pasóse el día luchando  
Con temerario denuedo;  
El campo cubrió la guerra  
De heridos mil y de muertos;

Y cuando el sol moribundo,  
 Con mortecinos reflejos,  
 Bañaba las pardas cumbres  
 De los volcanes enhiestos,  
 Nezahualcoyotl, altivo,  
 De lodo y sangre cubierto,  
 Retiróse con los suyos  
 Camino del campamento.  
 Ya asaltan á su memoria  
 Los pesares de otros tiempos;  
 Ya de Nezahualxochitl  
 El cariñoso recuerdo;  
 De la lucha de aquel día,  
 Los peligros, los encuentros;  
 Y ya la muerte lamenta  
 De algún bravo compañero,  
 Cuando de súbito sale  
 De un bosque añoso y espeso,  
 Un enjambre de soldados  
 Que le acometen violentos.  
 El príncipe se defiende  
 Como puede en tal momento,  
 Fiero y á morir matando  
 Con sus valientes resuelto.  
 Caen los suyos á tierra  
 En el combate sangriento;  
 De nada el brío le sirve,  
 De nada el valor supremo;  
 Que el numeroso enemigo,  
 Como un círculo de hierro,  
 Los aprieta y los obliga  
 A perecer combatiendo.

De pronto, empero, se escucha  
 Rumor confuso, no lejos,  
 Y Nezahualcoyotl oye  
 La voz de Mitl, que corriendo  
 De su señor en socorro  
 Vuela al combate ligero,  
 Con los que á Nezahualxochitl  
 De escolta y guarda sirvieron.  
 Rompe Mitl las dobles filas  
 Que á su amo ponen en riesgo  
 De perecer, y á su lado  
 Llega, de esperanza lleno.  
 Al frente Nezahualcoyotl  
 Del vigoroso refuerzo,  
 Recobra el ánimo, y hiere  
 Cuanto se pone á su encuentro.  
 Huye al fin á todas partes,  
 Por intrincados senderos,  
 Despavorido y sin armas,  
 El enemigo disperso.  
 Y.....; cómo estás tú mi lado,  
 Valeroso Mitl, qué has hecho  
 De Nezahualxochitl?" dice  
 El príncipe, sonriendo.  
 —Señor, uno de tus fieles,  
 Contesta Mitl al momento,  
 Seguro de que en la lucha  
 Te habrían al cabo muerto,  
 De la traidora sorpresa  
 En los instantes primeros,  
 Deja este sitio, y en busca  
 De socorro parte presto.

Al descender esa cumbre  
 Que desde aquí se está viendo—  
 Y Mir! la cúspide obscura  
 De un monte en que ya su velo  
 De sombras la noche tiende,  
 Le señaló con el dedo—  
 "Allí, repite, encontróme,  
 Y dándome de tu aprieto  
 La noticia, hasta este sitio  
 Vine veloz como el viento;  
 Donde quiso mi fortuna  
 Que llegar pudiera á tiempo,  
 Dejando á Nezahualxóchitl  
 Con algunos de los nuestros;  
 Mas..... véla allí que se acerca,  
 Parte, señor, á su encuentro."

## ROMANCE VI.

NEZAHUALXOCHITL.

De una preciosa litera,  
 Dechado de arte y de lujo,  
 Que viene cargada en hombros  
 De cuatro esclavos robustos,  
 Descendió Nezahualxóchitl,  
 Quien con labio irresoluto,  
 A los que en torno la cercan  
 En pavoroso tumulto,  
 Presa de un temblor que es hijo  
 De su malestar profundo,  
 Por el príncipe pregunta  
 De angustia llena y de susto.  
 Interroga con la vista;  
 Mas antes que labio alguno  
 Responda á su voz, un hombre  
 Tendió los brazos convulsos  
 Hacia ella, que, dando un grito,  
 Abrió temblando los suyos;  
 Y se estremecen dos almas  
 En prolongado saludo.  
 ¡Cuánto se amaban! la noche  
 Que Nanche murió, al influjo

De su nefasto destino,  
 Sus corazones en uno  
 Se confundieron, latiendo  
 Del amor en el bien sumo;  
 De un amor inexplicable  
 Y en dulces goces fecundo.

A ella la vimos risueña  
 Aquel día, cuando un cúmulo  
 De pensamientos llenaba  
 Su gentil cabeza, de humo;  
 Cantar la oímos alegre  
 Los ensueños de un futuro,  
 Sin desengaños ni quejas  
 Y sin horizontes turbios.

Y cuando al pie del cadáver  
 La desdichada no pudo  
 Sufrir el dolor, y al suelo  
 Rodó su cuerpo convulso,  
 Pasaron algunas horas  
 Sin que se turbase el mudo  
 Silencio de aquel recinto  
 Que parecía un sepulcro.

Cuando ya el sol se acercaba  
 A la mitad de su curso,  
 Entró a la estancia un mancebo  
 Que de pavoroso susto  
 Lleno, contempla aquel cuadro  
 De horror, de sangre y de luto;  
 A la joven se aproxima  
 Con un cariño impulso;  
 Y al llamarla acongojado,  
 Pálido como un difunto

Por el pesar, triste mira  
 Al objeto de su culto.

Abre al fin Nezahualxochitl  
 Los tristes ojos enjutos,  
 Y concentrando su vista  
 En el mancebo, de súbito

Se alza del suelo; la llama  
 De un amor violento y puro  
 Se reflejó de sus ojos  
 Entre los cristales mustios;

Se acerca al príncipe amante,  
 Y con acento inseguro,  
 Que entrecortan los sollozos  
 Y ahogan ayes profundos,

Así le dice: "allí tienes,  
 Nezahualcoyotl, al único  
 Ser querido que amparaba  
 Mi orfandad en este mundo.

No miro ya de esta vida,  
 Por los desiertos oscuros,  
 Más luz que tú, más consuelo  
 Que tu amor, ni más refugio.

Yo, que seas no te pido  
 Mi esposo, que fuera mucho;  
 Mas tampoco tu manceba  
 Me llamará el labio tuyo.

Sólo anhelo que conserves  
 De tu pecho en lo profundo,  
 El amor que esta mañana  
 Leí en tus ojos oculto,  
 Y que tu labio....."

—¡Silencio!

Nezahualxochitl, no es justo  
Que me hables así... tu esposo  
He de ser, yo te lo juro.

Después, alzando el cadáver  
De Nanche, salieron juntos  
De la estancia, y no muy lejos  
Del solitario sepulcro  
De Tiata, en una cueva,  
Depositaron los últimos  
Despojos del noble anciano,  
Como su memoria, angustos.

Al anochecer, muy pocos  
Días después, en Tezcuco,  
Del infatigable Maxtla  
Y sus sicarios, ocultos,  
Ante un anciano Teopixquí (1)  
Con un placer sin segundo,  
Y de sus antepasados  
Conforme al rito y los usos,  
Delante de dos testigos,  
Sus dos almas de consuno  
Se unieron y para siempre  
Con indisoluble nudo. (2)

(1) Sacerdotes.

(2) Nezahualcoyotl se casó en su juventud con Nezahualxochitl, que siendo de la casa real de México, era digna de subir al trono; pero esta señora murió antes que el príncipe su esposo recobrase la corona que los Tepanecas le habían usurpado.—Clavijero.—Tomo I, pág. 108 [nota].

Entre los brazos del príncipe,  
Nezahualxochitl algunos  
Breves instante de dicha,  
De supremo goce, estuvo;

Mas cuando de ellos pretende  
Desasirse, un breve punto  
Tembló, sus brazos se abrieron  
Y cayó al suelo: confuso  
Nezahualcoyotl, sobre ella  
Se arroja de terror mudo;  
Y da un grito, que los montes  
Repercuten uno á uno

Y entre un tumulto, á la roja  
Luz de los hachones fulgidos,  
Contempló á Nezahualxochitl  
Bañada en sangre, sin pulsos;  
A quien le traspasa el pecho,  
Que há poco encendía un puro  
Y noble amor, de una flecha  
El iztli ardiente y agudo.

“Por matarme á mí la han muerto:”  
Exclama fiero, iracundo,  
Nezahualcoyotl, alzándose  
Con un movimiento brusco:

“Ellos, ellos, continúa  
Con ronco acento, y sañudo  
Hacia la ciudad volviendo  
Los ojos como carbúnculos:

—“¡Ah! maldita Azcapotzalco,  
Guarida de tus verdugos,  
Mañana al rayar el día  
Sabré vengar tus insultos!”

No valdrán contra mi encono,  
 Tepanecas, tus conjuros;  
 Ni tus chimalis de bronce,  
 Ni tus escaupiles rudos.  
 Haré que tus torres altas  
 Desaparezcan del mundo,  
 Y convertiré en cenizas  
 Tus palacios y tus muros....."  
 Dijo, cayendo de hinojos  
 Al pie de los restos mudos  
 De su esposa, y manto amargo  
 Hizo en sus mejillas surcos.

## ROMANCE VII

## LA MUERTE DEL TIRANO.

Apenas tímida el alba  
 Se arrebola con las luces  
 Que el astro rey desde Oriente  
 Sobre los montes difunde,  
 En entrambos campamentos  
 Los capitanes reúnen  
 A sus huestes, y do quiera  
 Animándolas, discurren.  
 Suena el tambor del combate,  
 Y la inmensa muchedumbre  
 De guerreros, la pelea  
 Traba en formidable empuje.  
 Penachos, cascos y escudos  
 En que oro y plata relucen,  
 En la furibunda lucha  
 Se mezclan y se confunden.  
 Allí estaba Ixcoatl llevando  
 Un tencalluhqui (1) que encubre  
 Sus nobles formas, y gasta,  
 Porque es de reyes costumbre,  
 Matzopeztlis (2) en los brazos,

(1) Traje de guerra que usaban los príncipes.

(2) A manera de pulseras que llevaban los reyes  
 en campaña.

Y Cozehuatles, (1) que suben  
 Hasta media pantorrilla,  
 De cuero color de herrumbre,  
 Hechos con ricos adornos  
 De piedras que fuego lucen;  
 Un tentetl (2) lleva suspenso  
 Del labio, y en viva lumbre  
 Bañan su cuello las piedras  
 De un collar que reproduce  
 Del iris los mil cambiantes,  
 Y su altivo pecho cubren.  
 Lleva en la frente, por último,  
 El copilli, (3) del cual surge  
 Un cuachictli, (4) en que campean  
 Plumas bermejas y azules.  
 Allí estaba Moteuczoma  
 Ilhuicamina, que hunde  
 Su macahuitl en el cuello  
 De Mazatl, que fiero ruge  
 Al perecer. Con su muerte,  
 El pánico rauda cunde  
 Por las filas tepanecas,  
 Que rotas, dispersas, huyen.  
 Allí está Nezahualcoyotl  
 Que las persigue y confunde;  
 Que á una muerte inevitable  
 Las empuja y las conduce;

- (1) Especie de botas.  
 (2) Una esmeralda.  
 (3) Corona.  
 (4) Insignia que usaba el rey en la guerra á modo de penacho.

Y lo mismo que la roca  
 Que desde altísimas cumbres  
 Se desprende, y á su paso  
 Todo lo arrastra y destruye,  
 Así va con sus guerreros,  
 A quienes valor infunde  
 Con su ejemplo, porque nada  
 Hay que su espíritu asuste,  
 Nada que ataje su brío,  
 Nada que lo sobrepuje;  
 Y el extermínio y la muerte  
 En torno suyo difunde.  
 En esto, Maxtla el tirano  
 Que perdido se presume,  
 En busca de un temazcalli, (1)  
 Que en su lobreguez le oculte,  
 Corre ciego sus jardines,  
 Y hallándole, se introduce  
 En él y de horrible miedo  
 Chocan sus dientes y crujen.  
 Desde allí miró las llamas  
 Que su palacio consumen,  
 Y entre los gritos del pueblo  
 Escuchó el estruendo lúgubre  
 Que al caer al suelo hacían  
 Tapias, arcos y techumbres,

- (1) Aparato fabricado con ladrillos crudos, muy parecido en su construcción y figura á un horno de hacer pan, con la diferencia de que su superficie es más baja que la del suelo. En el interior de esta bóveda acostumbraban bañarse los aztecas.

El piso hundiendo al impulso  
 De su imensa pesadumbre.  
 Oyó del cercano templo  
 El espantoso derrumbe,  
 Y el grito del populacho  
 Que sus jardines obstruye;  
 Que destroza las florestas  
 Do gozó, en horas más dulces,  
 Del tibio halago del aura,  
 De las flores el perfume.  
 Vió que muy cerca del sitio  
 Que su liviandad encubre,  
 Le buscaban, y al espanto  
 Su alma cobarde sucumbe.  
 ¡Cómo tiemblan los tiranos  
 Cuando á sus ojos, con lúgubre  
 Aparato, al fin la muerte  
 Su pálida faz descubre!  
 Maxtla escondido en el fondo  
 Del temazcalli, prorrumpe  
 En copioso, amargo llanto  
 Que sus pupilas desluzca.  
 No tardan en encontrarle,  
 Que por mucho que se oculte  
 La maldad, siempre hay un labio  
 Que su guarida denuncie.  
 Del antro obscuro le sacan,  
 Y aun antes de que articule  
 Una palabra, á los golpes  
 De la fiera muchedumbre  
 De soldados que lo arrastran,  
 Descuartizan y contunden.

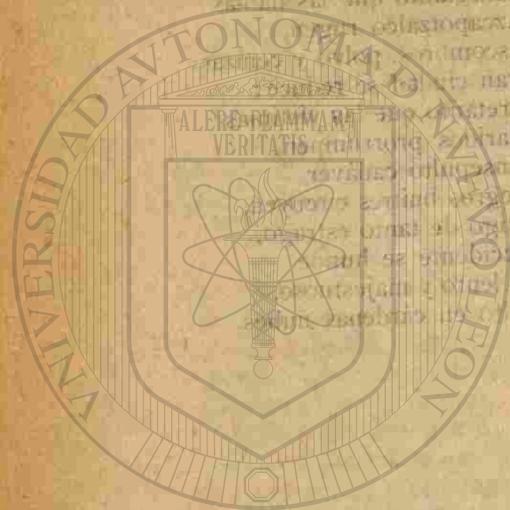
Perece al fin, y hasta el monte  
 Su horrible cuerpo conducea.  
 Y entretanto que las llamas  
 En Azcapotzalco rugen,  
 Y á escombros, polvo y cenizas  
 La gran ciudad se reduce;  
 Entretanto que las víctimas  
 En alaridos prorrumpen,  
 Y al insepulto cadáver  
 Los negros buitres circuyen,  
 Testigo de tanto estrago,  
 En Occidente se hunde  
 El sol, lento y majestuoso,  
 Envuelto en cárdenas nubes.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
 GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE MÉXICO

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



TEZCOTZINGO,

A mi esposa la Sra. Dña. Eleonor del Val  
de Peón.

ROMANCE I

Del lado en que el sol asoma  
Y de Tezcuco no lejos,  
Tendida entre hojas y flores,  
En mitad de un monte enhiesto,  
Por bosques amurallada  
De elevadísimos fresnos,  
De seculares olivos  
Y ahuchuetes gigantescos,  
Una mansión que de lujo  
Y de esplendor es portento,  
Hunde su frente en las nubes  
O se retrata en los cielos.

Es Tezcoztinco! La historia  
 Nos guarda, impercederos,  
 De sus pasadas grandezas  
 Los indelebles recuerdos!

Una pendiente siave  
 Ofrece fácil acceso  
 A sus inmensos jardines  
 Y á sus floríferos huertos,  
 Que de un lado y otro lado  
 Tendiéndose pintorescos,  
 De embriagadores perfumes  
 Llenan las ondas del viento.

Allí de pronto, entre flores,  
 Accidentándose el suelo,  
 Se alza una cuesta que al paso  
 Niega á la cumbre el ascenso.

Mas talladas en la roca  
 Y bruñidas como espejos,  
 Magníficas graderías  
 Bordan la falda del cerro

Y de la mansión hermosa

Conducen á los extensos

Terrados, que en el granito

Labraron cincelos diestros.

Allí la vista extasiada

Contempla con embeleso

Las grandiosas galerías

De sus salones inmensos,

Salones cuyas paredes

Tapizan cándidos lienzos

Bordados con el plumaje

De los pájaros más bellos.

Allí se miran los baños,  
 También en la roca abiertos;  
 Soberbias escalinatas

Conducen á sus risueños

Recintos, á do admirados

Bajan los rayos febeos,

Primer de constancia y arte,

Y de la molice templos.

Allí levantan sus muros

Ricos Teocallis severos

En donde el fuego sagrado

Perennemente está ardiendo,

Y perdidos en la sombra

Del follaje de los cedros,

Pórticos y pabellones

Se elevan de trecho en trecho.

El agua que fecundiza

Sus cultivados terrenos,

Corre en sonoros cristales

Por un acueducto inmenso,

Que al descansar sobre un vasto

Terraplén, desde muy lejos,

Viene cruzando los valles,

Las colinas, los oteros;

Agua que al correr ligera

Por canales y descensos,

Después de surtir las fuentes,

Los baños y los soberbios

Estanques, y derramarse

Por los prados y los huertos,

Retratando en su camino

Flores, hojas, aves, cielos,

Inquieta, ratada y sonora

Por riscosos vertederos,  
 En bulliciosas cascadas  
 Se precipita á lo lejos;  
 Y de tan grande belleza  
 Vienen á ser complemento  
 El aire que se respira,  
 Manso, perfumado, fresco;  
 El sol que dora los bosques  
 Cuando nace, y cuando lento  
 Traspone las grandes masas  
 De sombra que en los espesos  
 Follajes de la intrincada  
 Selva, anticipan el bello  
 Crepúsculo de la tarde,  
 Tan melancólico y tierno.  
 Las cumbres de las montañas  
 Que ondean en los extensos  
 Horizontes, la alta cima  
 De volcanes corpulentos;  
 Sus picos que reverberan  
 Como diamantes inmensos,  
 Joyas con que la natura  
 Engalana el Universo;  
 Los lagos que á gran distancia  
 Azulean al reflejo  
 De los rayos de la luna  
 Que van á quebrarse en ellos;  
 Y horizontes, luz, matices,  
 Fuentes, cascadas, senderos,  
 Aves, estanques, llanuras,  
 Bosques, nubes, flores, cerros,  
 Forman un todo, un conjunto  
 Tan armonioso y poético.

Que á Texcotzinco transforma  
 En un paraíso nuevo.

En la más bella floresta  
 De aquellos sitios amenos,  
 Una sonora fuente,  
 Esculpida con esmero,  
 Ostenta en mitad de ella  
 Una piedra de gran peso,  
 En cuyo frontis pulido,  
 De jeroglíficos lleno,  
 Están marcados los aügs  
 Que el poderoso, el exceiso  
 Nezahualcoyotl, de aquella  
 Soberbia morada dueño,  
 Ha regido los destinos  
 Del Acolhuacano imperio,  
 Y de sus gloriosos días  
 Los más notables sucesos.

En otro estanque se mira  
 De piedra un león inmenso,  
 Que hacia donde el sol se pone  
 Mantiene los ojos puestos,  
 Y que asegura en su boca  
 Una efigie, que es perfecto  
 Trasunto de aquel monarca  
 Justo, sabio, grande, bueno,  
 Idolo de sus vasallos,  
 Firme amparo de sus pueblos,  
 Luz de sus vastos dominios  
 Y admiración de los tiempos!

## ROMANCE II

¡Los tiempos! cuando la mano  
 De los tiempos inflexible  
 Aun destrozado no había  
 Aquellas obras insignes;  
 Cuando al poderoso azote  
 De sus alas invisibles  
 Aun sus muros resistían  
 Sobre sus cimientos, firmes;  
 Cuando no se contemplaban  
 Como hoy, sus bosques sin lindes,  
 Sin agua, fuentes y estanques,  
 Yermos valles y pensiles;  
 Ruinas tantos palacios,  
 Cuyos trazos ya no existen,  
 Vil despojo de los siglos  
 Y de las fieras rediles;  
 Cuando aun sus templos oían  
 Los cantares de las vírgenes  
 Aztecas, que idolatraban  
 A sus dioses invencibles;  
 Cuando aun no echaba la yerba  
 En sus escombros raíces,  
 Ni anidaban en sus hondas  
 Grietas, huraños reptiles,  
 Nezahualcoyotl, cruzando  
 Sus encantados jardines,  
 En raudales de armonía  
 Daba alivio al pecho triste.

Allí de su lira al eco  
 Callaban auras humildes,  
 Y aquellas que en la enramada,  
 Tórtolas amantes gimen.

Allí, al son de sus acentos  
 Se encendían los matices  
 De las flores, y temblaban  
 Sobre sus tallos flexibles;

Allí recordaba alegre  
 De sus años juveniles  
 Las fuertes luchas marciales  
 Y las amorosas lides;

Allí acataban sus leyes  
 Los vasallos y los príncipes,  
 Las leyes á cuyo amparo  
 Fueron sus tiempos felices;

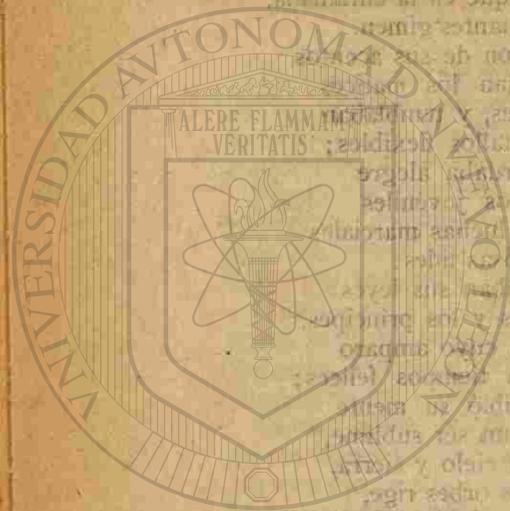
Allí concibió su mente  
 La idea de un sér sublime,  
 Creador del cielo y tierra,  
 Que infinitos orbes rige,

Dando al olvido la extraña  
 Majestad de las efigies

De aquellos dioses, amparo  
 De sus pueblos infelices;  
 Y allí cantó en versos dulces

De la gloria humana el triste  
 Término, y lo pasajero  
 De sus grandes ruinas.

Y allí con Matlalzihuatzin  
 Guió, en fin, los infantiles  
 Pasos de Nezahuapilli,  
 Honor de su egregia estirpe



## EL SEÑOR DE ECATEPEC.

Al Sr. D. Mariano Rojo.

### ROMANCE I.

El rey Toteotzin, tirano  
Y Señor de los Chalqueses,  
A quien sus vasallos odian  
Y adulan porque le temen;  
Aquel monarca que en duro  
Corazón albergó siempre  
Del despotismo y la envidia  
Las emponzoñadas sierpes,  
Tras una sangrienta lucha  
En que cetro y honor pierde,  
Vencido al fin por las armas  
De los mexicanos, muere.  
(Las vencedoras legiones

Dividen, entre los reyes,  
De Tacuba y de Tezcuco,  
Que parte en la empresa tienen,  
El botín y el señorío  
Que su triunfo les ofrece,  
Entrando á saco y á fuego  
Cuanto á las manos les viene.

Con honda cólera Chalco  
Suire en silencio la muerte  
Que le trajeron á un tiempo  
Desventuras y reveses.

Al imperio de la fuerza  
Hundé en el polvo la frente  
Que tantos años erguida  
Cinó con verdes laureles.

Y el pueblo en masa, que nunca  
Perdona cuando aborrece,  
Jura vengar la victoria  
De sus contrarios valientes.

Por eso doquier los busca,  
Les hace cuanto mal puede:

Por eso cual tigre fiero  
Ni se alimenta ni duerme,

Y en la ciudad y en el campo,  
Traidora, ebarde, aleve,  
Hay siempre en la sombra envuelta,  
Ya oculta mano que hiere,

Ya una cuadrilla que roba,  
O entre las llamas envuelve  
Palacios y sequenteras  
Que en cenizas se convierten.

Chalco, en fin, avergonzada,  
Sufrir el yugo no puede  
Del indomable caudillo,  
Del rey poderoso y fuerte,  
Del batallador insigne  
Que el azteca imperio extiende,  
Guerreando, del Sur al Norte,  
Y del Levante al Oeste,

Sin que haya visto contraria  
Nunca á la voluble suerte  
Que el enmascarado rostro  
Hacia todos vientos vuelv-

Moteuczoma Ilhuicamina,  
En fin, cuyas bravas huestes  
Después de cruzar los montes  
Por breñales y pendientes,

En las arenas del Golfo  
Virtieron su sangre ardiente,  
Domando á los Huexotzingos,  
Venciendo á los Cotasteses.

## OMANCE II.

En una intrincada selva,  
 Cuando el matutino rayo  
 Del sol apenas alumbra  
 Las regiones de su ocaso;  
 Cuando las aves del bosque  
 Sacuden el sueño blando,  
 Y al aire entregan el himno  
 De sus melódicos cantos,  
 Omixtla, de Ecatepec  
 Señor, y del rey, hermano,  
 En una celada preso  
 Fué con otros mexicanos.  
 Inútilmente procuran  
 Defenderse en el asalto;  
 ¡Inútilmente las flechas  
 En el carcax se quedaron,  
 Y asegurados y quietos  
 De la sorpresa en los lazos,  
 También se quedan, rabiosos,  
 En las espaldas los arcos.  
 ¡Buena presa á los chalqueses  
 Les ha venido á las manos!  
 ¡Qué ha de decir Moteuczoma  
 Cuando cunda en sus Estados  
 La nueva, y cuando le anuncien  
 Que está en rehenes su hermano,

Y con acción tan villana  
 Sólo han querido injurarlo!

Omixtla, en tanto, atraviesa  
 Con sus guardianes los campos,  
 Y en medio de los groseros  
 Denuestos del populacho,  
 Y del gozo de los grandes,  
 Cruza las calles de Chalco,  
 Donde á prisión le reducen  
 En un soberbio palacio.

Con seductoras promesas  
 Se afanan en cautivarlo,  
 Y á su ambición y á su orgullo  
 Le brindan opimo pasto.  
 Le ofrecen el áureo trono  
 Que Toteotzin ha manchado  
 Con su sangre, y aquel cetro  
 Que fué del crimen amparo;  
 Y al ofrecérsele saben  
 ¡Ay, que el corazón humano  
 Es débil, y el alma ciega  
 Con el esplendor del mando!  
 Empero, Omixtla su oído  
 Cierra á mendaces halagos,  
 Su alma á locas ambiciones,  
 Y su corazón al fausto;  
 Y pródigo de grandeza,  
 Y de lealtad avaro,  
 De su conciencia el acento  
 Sólo escucha y el mandato.

Cansado de las ofertas  
 De los chalqueses, cansado  
 De sufrir en las prisiones  
 Padecimientos y agravios;  
 Resuelto á poner un coto  
 Al afán de sus contrarios,  
 Omixtla, que sus designios  
 Oculta discreto y cauto,  
 Accedió al fin, pero puso  
 Por condición en el pacto  
 Que con sus nobles celebra  
 Para ser su soberano,  
 Que en la gran plaza del Tianguis (1)  
 Se levantase muy alto,  
 Una estrecha plataforma  
 Donde sea coronado,  
 Para que mirarlo puedan  
 Sus generosos vasallos,  
 Y los que con él cayeron  
 Prisioneros en el campo.  
 Consiente el pueblo, gustoso,  
 Frenético de entusiasmo,  
 Y en medio de alegres vítores  
 Comienza á alzarse el tablado.

(1) Plaza del Mercado.

### ROMANCE III.

De gala estan los chalqueses,  
 Y la multitud festiva  
 Hacia la plaza del Tianguis  
 Alegre al paso encamina.  
 El sol aparece, nuncio  
 De un claro y risueño día,  
 Y á la ciudad, coronada  
 De flores mil, ilumina.  
 No hay un semblante que ufano  
 Tributo al placer no rinda,  
 Ni hay un pecho que solloce,  
 Ni hay un labio que no ría.  
 Alienta el pueblo animoso  
 Que sus venturas publica  
 Y la esperanza recobra  
 Que ya juzgaba perdida.  
 El presente le sonríe,  
 El porvenir le acaricia,  
 Y en un Oriente sin nubes  
 Un astro nuevo divisa,  
 Un resplandor, una aurora  
 Que lo seduce y reanima,  
 Y en horizontes extensos  
 Con luz irisada brilla.  
 Frustrado juzga el designio  
 Del terrible Ilhuicamina,

Y que al fin se ha roto el yugo  
 Que á México lo esclaviza;  
 Eso esperan los que en Chalco  
 Sus descalabros olvidan,  
 Y en el futuro monarca  
 Su venganza y su odio fian.  
 Ya combatiendo al coloso,  
 O con él formando liga,  
 Sabrá devolver al pueblo  
 Su antigua soberanía;  
 Sabrá las glorias tornarle,  
 La libertad, las franquicias  
 Que obtuvo en logradas horas  
 Y en mas halagüeños días.

## ROMANCE IV

Magnifico es el tablado  
 Que cubren soberbias telas,  
 Magnificas las columnas  
 Que sus planicie sustentan.  
 Allí revueltas espiran  
 De la muchedumbre inmensa  
 Las olas, cual las del Ponto  
 En procelosa marea.

Y fluye hirviendo y refluye  
 En bocacalles y puertas,  
 Sin que haya dique seguro  
 A su curiosa impaciencia.

Los mexicanos, que fueron  
 Presos con Omixtla, esperan  
 En torno á la plataforma,  
 Que su señor aparezca.

El huehuatl y el teponaztli (1)  
 En son acorde resuenan,  
 Y todo es zambra y contento,  
 Y todo algazara y fiesta.

Al fin Omixtla aparece  
 Con la comitiva regia,  
 Y el pueblo en vivas prorrumpe,  
 Y unánime aplauso truena.

(1) Instrumento de música.

Omixtla adelanta grave,  
Al pie del tablado llega,  
Y sube él solo, llevando  
Un ramillete en la diestra.

Llegado el solemne instante,  
Llegada la hora suprema,  
Parece el Tianguis desierto,  
¡Tan grande silencio reina!

Entonces de Omixtla activo,  
Ante las turbas inquietas,  
Sus sentimientos en tales  
Términos el labio expresa:

"Sabed, nobles mexicanos,  
Sabed, guerreros aztecas,  
Que los chalqueses me brindan  
La corona de estas tierras;  
Mas no permitan los dioses,  
Y antes mil veces perézca,  
Que haga traición á mi patria  
Y al rey mi señor ofenda.

En más que la propia vida  
Estimad la lealtad vuestra,  
Y de tan grande enseñanza,  
Ejemplo mi muerte sea."

Al decir esto, hasta el borde  
Del parapeto se acerca;  
Yergue noble y majestuosa  
La frente altiva y serena;

Tiende al espacio la vista:  
Su pupila centellea.....  
Se arroja desde la altura,  
Y el pueblo enmudece y tiembla.



## TLAHUICOLE.

A Manuel Domínguez Elizalde.

### ROMANCE I

#### EL PRISIONERO

Tenuchtitlan y Tlaxcalan  
En continuas disensiones  
Enrojecen con su sangre  
Selvas, llanuras y montes.  
Años tras años de encono,  
De contiendas y de horrores,  
De entrambos pueblos acrecen  
El odio en sus almas torpes;  
La plácida bienandanza  
De alegre paz desconocen,

Omixtla adelanta grave,  
Al pie del tablado llega,  
Y sube él solo, llevando  
Un ramillete en la diestra.

Llegado el solemne instante,  
Llegada la hora suprema,  
Parece el Tianguis desierto,  
¡Tan grande silencio reina!

Entonces de Omixtla activo,  
Ante las turbas inquietas,  
Sus sentimientos en tales  
Términos el labio expresa:

"Sabed, nobles mexicanos,  
Sabed, guerreros aztecas,  
Que los chalqueses me brindan  
La corona de estas tierras;  
Mas no permitan los dioses,  
Y antes mil veces perézca,  
Que haga traición á mi patria  
Y al rey mi señor ofenda.

En más que la propia vida  
Estimad la lealtad vuestra,  
Y de tan grande enseñanza,  
Ejemplo mi muerte sea."

Al decir esto, hasta el borde  
Del parapeto se acerca;  
Yergue noble y majestuosa  
La frente altiva y serena;

Tiende al espacio la vista:  
Su pupila centellea.....  
Se arroja desde la altura,  
Y el pueblo enmudece y tiembla.



## TLAHUICOLE.

A Manuel Domínguez Elizalde.

### ROMANCE I

#### EL PRISIONERO

Tenuchtitlan y Tlaxcalan  
En continuas disensiones  
Enrojecen con su sangre  
Selvas, llanuras y montes.  
Años tras años de encono,  
De contiendas y de horrores,  
De entrambos pueblos acrecen  
El odio en sus almas torpes;  
La plácida bienandanza  
De alegre paz desconocen,

Y á su lisonjero halago  
 Las conveniencias oponen.  
 Que el afán de procurarse  
 Víctimas para sus dioses,  
 Hace que la guerra insana  
 Sin término se prolongue;  
 Pues el que en la lucha cae  
 O al enemigo se acoge,  
 Es al fin sacrificado  
 Por bárbaros sacerdotes.

Los Huexotzingos unidos  
 A las aztecas legiones,  
 Y los bravos Otomites  
 De Tlaxcalan defensores,  
 En medio del campo un día  
 Se encuentran, se reconocen,  
 Y de ira implacable llenos  
 Al combate se disponen.

El sol, coronando al mundo  
 Con ardientes resplandores,  
 Baña de fértil llanura  
 Los extensos horizontes;

Y de un extremo y del otro  
 Partiendo los campeones,  
 Se arremeten como fieras  
 En brusco y terrible choque.

Jefe de los Otomites  
 Es el bravo Tlahuicole,  
 El general tlaxcalteca  
 De más brío y de más nombre.  
 El macuahuitl que fulmina

Su fuerte brazo, es disforme,  
 Tanto, que apenas con ambos  
 Puede sostenerlo un hombre.

De alta prosapia en su pecho  
 Se agita su sangre noble,  
 Que abonan más que su estirpe  
 Sus generosas acciones.

Fiero, cual siempre, á las huestes  
 De los huexotzingos corre....  
 ¡Ay de aquellos que á su paso,  
 Desventurados, se oponen!

Hiere, destroza, y do quiera  
 Las compactas filas rompe  
 Del enemigo, y llevado  
 De un furor al cual no pone

Coto ni medida, al cabo  
 De los suyos alejose,  
 De la prudencia olvidando  
 Las saludables lecciones;

Y en un pantano se hunde,  
 Do con movimientos torpes,  
 Apenas para salvarle  
 Bastan su fuerzas enormes.

Ya los contrarios le cercan,  
 Aprehenderlo se proponen,  
 En los otomites cunde  
 La confusión, el desorden;

Al mirarse sin su jefe  
 El temor les sobrecoge,  
 Y como guerrera escuadra,  
 En medio del mar salobre,  
 Juguete va de las olas

Y furiosos aquilones,  
 A destrozarse en las peñas  
 Sin guía, rumbo ni norte,  
 Así desbandados huyen  
 En distintas direcciones,  
 Y su completa derrota  
 Van á ocultar á los montes.  
 El general tlaxcalteca  
 Defiende su vida entonces,  
 Lo mismo que se defienden  
 En su cueva los leones;  
 Y al número al fin cediendo,  
 Lleno de heridas, rindióse;  
 Y de ira ciego la muerte,  
 Por favor, pidiendo á voces.

En una jaula anchurosa,  
 De formidables barrotes  
 De madera, reforzados  
 Con toscas planchas de bronce,  
 Sujeto de pies y manos  
 Al bravo caudillo ponen,  
 Y cautelosos le encierran  
 Como á los tigres feroces.  
 Dando gritos de alborozo  
 Le cercan de escolta doble,  
 De la cual al frente se hallan  
 Algunos guerreros nobles.  
 Y mientras tanto, serena,  
 Tiende sus velos la noche,  
 Y como una madre cñe  
 Entre sus brazos al orbe,

A Tenuchtitlan la grande  
 Se dirigen, en buen orden,  
 Por extraviados senderos,  
 Cautivo, escolta y señores.

En una tarde apacible,  
 Los alegres callejones  
 De una huerta floridosa,  
 De fuentes llena y primores,  
 Moteuczoma, el rey allivo  
 De Tenuchtitlan, recorre  
 Acompañado de algunos  
 De su más diestros bufones,  
 Que con chistes le solazan  
 Y hacen que un punto se ahoguen  
 En el olvido, las penas  
 De sus ocultos dolores.  
 Empero, en breve le saca  
 De tan dulces distracciones,  
 La nueva de que han llegado  
 Al palacio embajadores;  
 Que á un enemigo le traen  
 Que por sus hechos conoce,  
 Para que juzgue y sentencie  
 Como quiera y se le antoje.  
 Llega á su presencia el reo  
 Con altivo y digno porte,  
 Y su gentil continente  
 La atención augusta absorbe.  
 El rey sereno le mira,  
 Y en su rostro dibujóse  
 El placer y una sonrisa  
 Que mal sus labios esconden.

Y en el cautivo fijando  
Sus ojos, como carbones  
Negros, decirle estas frases  
Los circunstantes le oyen:

"Hasta mi oído ha llegado,  
Valeroso Tlahuicole,  
La fama de tus proezas  
Y el prestigio de tu nombre;  
Y pues tus hechos admiran  
Cuantos tu valor conocen,  
Justo es que yo te releve  
Del castigo, y te perdone.

Eres libre, libre puedes  
Volver á tus patrios bosques,  
Y que en medio de los tuyos  
Recuperes tus honores."

El general tlaxcalteca  
Que con grande asombro oyóle,  
Serenándose un momento,  
De este modo le responde:

"Grande señor, yo agradezco  
El bien que tú me propones;  
Mas permite que rehuse,

Y esto á ultraje no lo tomes;  
Pues el que acepta sereno

De su enemigo favores,  
Se envilece y se degrada,  
Y es fuerza que se deshonne:

Quiero morir con los míos,  
Que aun están en tus prisiones,  
En honor de mi república  
Y para honor de los dioses."

Calla el general, y todos  
Los circunstantes le oyen  
Con asombro; Moteuczoma  
Su dignidad reconoce,

Y en más, con esto, le estima,  
Y por lo tanto, da orden  
De que en su mismo palacio,  
Cual lo merece, le alojen.

Y adularlo determina,  
Y halagarlo se propone,  
Y conquistar el cariño  
De una alma tan grande y noble.

## ROMANCE II.

## LA ORDEN.

Que la historia no revela,  
 Declaran los Michuacanos  
 A Tenuchtitlan la guerra;  
 Y Moteuczoma resuelve  
 Mover las huestes aztecas,  
 Y al frente de ellas, que marche  
 A Tlahuicole le ordena.  
 Obedece aquel mandato  
 El general tlaxcalteca,  
 Y parte á Tlaximaloyan  
 Que es de Michuacan frontera.  
 Allí en terribles encuentros,  
 De su pericia da pruebas,  
 Y nuevos lauros añade  
 A su gloriosa carrera.  
 Y aunque triunfar por completo  
 No logra al fin con sus fuerzas,  
 Gran número de cautivos  
 A sus pendones sujeta.  
 Y con un botín muy rico,  
 Que es fruto de sus proezas,  
 A la capital retorna,  
 Do el rey gozoso lo espera,  
 El cual los grandes servicios

Del caudillo recompensa,  
 De Tlacatecatl brindándole  
 Con la dignidad suprema.  
 Mas de nuevo Tlahuicole  
 Rehusa tan grande muestra  
 De distinción, declarando  
 Que sólo morir desea;  
 Y el monarca decidido,  
 Ya que complacerlo es fuerza,  
 Que sus deseos se cumplan,  
 Bien á su pesar, ordena

## ROMANCE III.

## EL SUPPLICIO.

Cerca del mayor teocali,  
 Sobre un terraplén muy vasto,  
 El Temalacatl, con bellos  
 Bajorrelieves labrado,  
 Descansa y ostenta lúgubre,  
 Sombrio como un cadalso,  
 Su redonda superficie,  
 De mil crímenes teatro.  
 Era la tarde, y el pueblo  
 En torno de él agolpado,  
 Que se presente la víctima  
 Espera con entusiasmo.  
 Allí se ve á Moteuczoma  
 Bajo de un solio sentado,  
 Cubierto de oro, de plata,  
 De esmeraldas y topacios.  
 En torno de él, la nobleza  
 Y los altos dignatarios  
 De las comarcas cercanas,  
 El lujo ostentan y el fausto.  
 Del Temalacatl sombrio,  
 Nada más que algunos pasos,  
 Seis inmóviles Teopixquis  
 Están con los ojos bajos.

Su traje es negro, y su cuerpo  
 Desnudo en piernas y brazos,  
 Con el teopatli divino  
 Se mira recién untado.

Llevan un birrete tosco,  
 Negro también, y muy amplio,  
 Y debajo del cual salen  
 Sus fuertes cabellos largos;  
 Largos hasta el suelo, y siempre  
 Con dos cordones trenzados,  
 Teñidos con finte espeso  
 De humo de ocotl aromático

Todos callán. . . . . de repente,  
 Lo mismo que el Oceano  
 Se agita el pueblo, se abre.  
 Y de uno y de otro lado  
 Deja una anchurosa calle  
 De fuertes muros humanos,  
 En cuyo extremo aparece,  
 Con noble desembarazo,  
 Tlahuicole, el valeroso  
 General republicano,  
 Héroe de aquellos festejos,  
 Y de las miradas blanco.

Avanza lento y tranquilo  
 Con majestioso paso;  
 Llega al terraplén, y grave  
 La escalinata trepando,  
 Saluda al rey, que le mira  
 No con enojo, con pasmo;

Y al Temalacatl se sube  
 Con ánimo sosegado.  
 Allí espera un breve punto  
 Que un pie con un fuerte lazo  
 Le aseguren á la piedra  
 Que es de la lid escenario.  
 Danle después un chimali,  
 Escudo de gran tamaño,  
 Y un macuahuitl que, aunque corto,  
 Está fuerte y bien tallado.  
 Le dejan solo, en seguida  
 Sus ojos grandes, airados,  
 Pasea en torno, y espera  
 Tranquilo á sus adversarios.  
 Llega el primero, se miran,  
 Y después de un corto plazo,  
 Le divide Tlahuicole  
 En dos, el cráneo, de un tajo.  
 Sube en seguida el segundo,  
 Otro después, y hasta cuatro,  
 Y á los pies del tlaxcalteca  
 Sucumben casi en el acto.  
 Grita el gentío; los aires  
 Se conmueven al aplauso  
 Universal, y la sangre  
 Tiñe á torrentes el mármol.  
 Suben tres más.....Tlahuicole,  
 Lleno de heridas, jadeando,  
 Aun logra vencerlos, aun  
 Rinde al séptimo su brazo,  
 Hasta que el último sube,  
 Y diestro ó afortunado

El arma le hunde en la frente,  
 Y se estremece de espanto.  
 Entonces, como en el coso,  
 La fiera cae en el charco  
 De su sangre, hondos mugidos  
 De mortal furor lanzando,  
 Así rueda Tlahuicole  
 Por el suelo, y en el acto  
 Los Teopixquis, de su cuerpo  
 Sangriento se apoderaron.

De gran dios Huitchilopoxtli  
 Ante el templo venerando,  
 Sobre aquella piedra horrible  
 De los sacrificios bárbaros,  
 El cuerpo aún palpitante  
 De Tlahuicole acostaron;  
 Le abren el pecho, le arrancan  
 El corazón.....;humeando!  
 Y en seguida los Teopixquis  
 Con él se acercan á lo alto  
 De la escalera, y arrojan  
 El cadáver mutilado.

Pasa una hora, lentamente,  
 Huye el pueblo cabizbajo,  
 Nadie hay en torno del triste  
 Temalacatl solitario.....  
 Esperad.....el negro bulto  
 Avanza con lento paso,  
 De una mujer desolada  
 Con un niño entre los brazos.

Llega... su triste sollozo  
Cruza gimiendo el espacio;  
Es el amor, es la esposa  
Del general desdichado.

En Tenúchtitlan cautiva  
Con él estuvo tres años,  
Fué de sus días el ídolo,  
Fué su placer, fué su amparo.

El llanto por sus pupilas  
Brilló en trance tan amargo,  
Su corazón oprimiendo,  
Su corazón inundando,

Hasta que entrada la noche,  
Desfallecida al estrago  
De su dolor, mal apenas  
Pudiendo alentar el paso,

Se retiró á su morada,  
Monumentos en que asomando  
La luna, bañaba en sangre  
Sus melancólicos rayos.



## MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

A la Sra. Da. Manuela Serrano de Valle.

### PRIMERA PARTE.

#### ROMANCE I.

##### EL ASTRÓLOGO.

En un salón espacioso  
De aquel alcázar soberbio,  
Que habitaron los monarcas  
Del Anahuac opulento,  
En un salón que tapizan  
Cien colgaduras de lienzo  
Bordado de oro, y que ostenta  
El rico artesón de cedro,  
Bajo un dosel de oro y fino

Llega... su triste sollozo  
 Cruza gimiendo el espacio;  
 Es el amor, es la esposa  
 Del general desdichado.  
 En Tenúchtitlan cautiva  
 Con él estuvo tres años,  
 Fué de sus días el ídolo,  
 Fué su placer, fué su amparo.  
 El llanto por sus pupilas  
 Brilló en trance tan amargo,  
 Su corazón oprimiendo,  
 Su corazón inundando,  
 Hasta que entrada la noche,  
 Desfallecida al estrago  
 De su dolor, mal apenas  
 Pudiendo alentar el paso,  
 Se retiró á su morada,  
 Monumentos en que asomando  
 La luna, bañaba en sangre  
 Sus melancólicos rayos.



MOTEUCZOMA XOCOYOTZIN.

A la Sra. Da. Manuela Serrano de Valle.

PRIMERA PARTE.

ROMANCE I.

EL ASTRÓLOGO.

En un salón espacioso  
 De aquel alcázar soberbio,  
 Que habitaron los monarcas  
 Del Anahuac opulento,  
 En un salón que tapizan  
 Cien colgaduras de lienzo  
 Bordado de oro, y que ostenta  
 El rico artesón de cedro,  
 Bajo un dosel de oro y fino

Nácar incrustado en ébano,  
Y sobre un banco de icpali  
Está el Rey nono de México,

Moteuczoma el poderoso  
Que no hace mucho que ha vuelto  
De una expedición famosa  
En que ha perdido su ejército,  
No combatiendo cual suele,  
Contra el helicoso pueblo  
De Amatlan, que rebelado  
Tremola pendón guerrero;

Sino al embate furioso  
De una tempestad, que haciendo  
Destrozo grande en sus huestes,  
Le obliga á tornar ligero

A Tenuachtitlan la hermosa,  
Con los miserables restos  
De una legión combatida  
Por el cansancio y el miedo;

Que un portentoso cometa  
Su cauda enseña en el cielo,  
Nuncio de grandes desgracias  
Para el trono y para el reino;

Y por eso acongojado  
Está el monarca en su asiento,  
Entrambos brazos caídos,  
Pegada la barba al pecho;

Ni hace caso de un jicali (1)  
Que de octli (2) espumoso lleno,

(1) Vaso natural.

(2) Pulque, licor fermentado que se extrae del  
maguey.

Le ha presentado una esclava  
Que le sirve con esmero;

Ni una luenga caña fuma  
Que colma tabaco bueno,  
Con itllxochitl (1) oloroso  
Y otras dos yerbas compresto;

Pues piensa sólo en que dicen  
Los nigromantes más viejos,  
Que el cometa y el fracaso  
Que dispersó á sus guerreros,

Y el incendio repentino  
De las dos torres del templo,  
Le anuncian que de otra tierra,  
Que está del Anahuac lejos,

Y por el lado en que luce  
El sol sus rayos primeros,  
Vendrán en son de conquista  
A derrocar su gobierno,

Sobre palacios flotantes,  
Asombro del universo,  
Hombres de color distinto  
Y de distinto dialecto.

Y el vaticinio le infunde  
Un temor tanto más serio  
Cuanto que Nezahualpilli  
Rey del Tezcucano pueblo,

Que fama alcanza de sabio  
Y de clarísimo ingenio,  
Y á quien Moteuczoma tiene  
Por astrológo supremo.

(1) Vainilla.

Con pesadumbre le afirma  
 Que cuanto dicen es cierto,  
 Y se lo probó dos veces,  
 ¡Triunfando de él en el juego!  
 Que era el azar el que daba,  
 Por aquellos raros tiempos,  
 De extraordinarias costumbres  
 Y extraordinarios sucesos,  
 En las dudas más sencillas  
 Y en los más arduos empeños,  
 La victoria al más taimado,  
 O más astuto, ó más diestro.

Que está impaciente el monarca  
 Indica claro en su gesto,  
 Y los instantes que corren  
 Se le hacen siglos eternos.

A alguno espera, no hay duda,  
 Pues al rumor más pequeño  
 Quiere incorporarse, y torna  
 Su semblante placentero.

Pero así como en la obscura  
 Noche, cruza el firmamento  
 Relámpago repentino,  
 Quedando después más negro;

Así su semblante, torvo  
 Vuelve á quedar al momento,  
 Más airado y más sombrío  
 Mientras más avanza el tiempo.

En alternativas tales  
 Está; mas de pronto oyendo  
 Cercano rumor de pasos,  
 Se alza del banco, violento,

Y "vete," á la sierva dice  
 "Vete;" y en el punto mismo  
 Se abrió la regia mampara  
 Que da entrada al aposento,  
 La cual, después de dar paso  
 A dos hombres, tornó luego  
 A cerrarse, y quedó breve  
 Rato la estancia en silencio.

Rompióle al fin el monarca  
 Dirigiéndose al más viejo  
 De los dos, que apenas puede  
 Tenerse en sus pies de hielo.

—"Tú, Xoloe, que los destinos  
 Penetras de hombres y pueblos,"  
 Le dice al humilde anciano  
 Que no se atreve ni á verlo;

Tú que las noches te pasas  
 En las estrellas leyendo,  
 Para arrancar uno á uno  
 Al pervertir sus secretos;

Tú que en el estudio has visto  
 A un siglo encorvar tu cuerpo,  
 Llenar tu frente de surcos  
 Y de escarcha tus cabellos,

Dime si es cierto el horrible  
 Horóscopo que el funesto  
 Rey de Acolhuacán descubre  
 De tu ciencia en los misterios."

El astrólogo, confuso,  
 Parece de mármol hecho,  
 Según lo palido y frío  
 Que está clavado en su puesto.

"Di que mi primo se engaña,  
Y te colmaré de obsequios,  
Y te daré una hija mía  
Para que te sirva, en premio."

El sabio baja los ojos,  
Con justa razón temiendo  
La cólera soberana

Que oculta el rey con esfuerzo.

"Contesta, Xoloe, no temas."

—"Si tú lo mandas...."

—"Lo quiero."

—"Nezahualpili no miente."

—"¿Luego es la verdad?"

—"Es cierto."

Al comprender Moteuczoma  
Tan grande convencimiento,  
En la áspera cabellera

Clava con furor sus dedos;

Y ardiendo en ira se vuelve

Al otro, que no muy lejos

Está, en ademán sumiso,

Y es general de su ejército.

Y "de ese infame, le dice,

Préndele á la casa fuego,

Y maniatado al instante

Enciérrale de ella adentro;

Pasto sea de las llamas

Su torpe lengua y su cuerpo,

Y hasta las aguas del lago

Lleve su ceniza el viento."

—"Gran señor, si tú lo mandas,

Gran señor, yo soy tu siervo,

Clama el infeliz anciano  
Irguiendo el sulcado cuello.

Si hallas placer en que muera,

Gózate, pues, obedezco;

Soy tu vasallo, y humilde

Tu majestad reverencio.

Pero antes oye: vacila

En tu débil mano el cetro,

Y pronto en ella otras gentes

Pedazos vendrán á hacerlo;

Caerás, sí,.....yo te lo juro,

Y maldecirán tus hechos

Los que hoy ansiosos te halagan

Y base son de tu Imperio.

Y uno á quien tu misma sangre

Da calor y fuerte aliento,

Sobre ti su aguda flecha

Será en lanzar el primero."

Dijo: de sus negros ojos

Se escapa un fulgor siniestro,

Y tras un postrer saludo

Sale del recinto regio.

Quedó solo el rey, mirando

De una gran ventana el hueco,

Y vió al sol, y el sol Poniente

Hundiéndose á paso lento

Entre rojizos nublados,

Como girones sangrientos,

Alumbrió su largo rostro

Con moribundos reflejos.

## ROMANCE II.

## LOS FUNERALES.

El sol que en mitad del cielo  
Declina con paso grave,  
Vela entre nubes sombrías  
Su frente augusta y radiante.  
Las tristes aguas del lago  
Rizan sus tibios cristales,  
Y lánguidamente gimen  
Bajo las alas del aire.  
Tenuchtitlan aparece  
Cubriendo su bella imagen  
Con ese velo sombrío  
Que precede á las catástrofes.  
Hombres, niños y mujeres  
Van en silencio las calles  
Cruzando con el dolor  
Retratado en los semblantes;  
Todos hacia Tlatelolco  
Se dirigen, sin hablarse,  
Como si á expresar su pena  
Con los ojos les bastare.  
Sobre una estera de palmas,  
En dos almohadones grandes,  
Duerme Papantzin el sueño  
Ultimo de los mortales.

Era princesa viuda  
De un general Totonaque,  
A quien ella quiso mucho,  
De quien no pudo olvidarse.  
Y fué su pesar tan hondo  
En tan alectivo lance,  
Que con la viudez llegaron  
Padecimientos y achaques,  
Sin que valieran remedios  
Contra sus físicos males,  
Que el daño estaba en el alma,  
Y ésta no es fácil que sane.  
En Tlatelolco vivía,  
Donde gobernaban antes  
Ella y su esposo, y en donde  
Gozó placeres fugaces;  
Y allí fué donde la muerte  
Vino á curar sus pesares,  
Velando los tristes ojos  
Que lloraron sin cansarse.  
Hermana de Motencuzoma,  
Fué cariñosa y añaden  
Que el monarca la quería  
Como nunca quiso á nadie;  
Por eso ofrece en persona  
Presidir los funerales;  
Y en el palacio mortuorio  
Todos están esperándole;  
Adentro, inmenso gentío  
Que bulle por todas partes,  
De nobles hembras y esclavas,  
De plebeyos y de grandes;

Y afuera y en dobles filas,  
 Por los lados de la calle,  
 Más de cuatro mil guerreros,  
 Vestidos con ricos trajes,  
 Formados desde la puerta  
 Del palacio, hasta la base  
 De un elevado edificio,  
 Que era el Tzucali más grande.  
 Todos con harta impaciencia  
 Anhelan que el rey no tarde,  
 Aunque por la hora presumen  
 Que no estará muy distante.

Llega por fin Moteuczoma  
 Y de una litera bájase,  
 De dolor intenso dando  
 Inequivocas señales.

Lleva un xuihtimatlí (1) airoso  
 Bordado con plumas de ave  
 Blancas y negras y azules,  
 Como las alas del ánade.

Cubre su augusta cabeza  
 El copilli (2) hecho con arte,  
 De sutiles hojas de oro  
 Salpicadas de diamantes.

Al través del cual se miran  
 En el cabello trenzarse,  
 De Quachichitín y de Ocaño  
 Las órdenes militares.

(1) Vestido que el rey usaba en palacio y en algunas ceremonias.

(2) Corona, especie de mitra pequeña.

Y tiene los pies calzados  
 Con suelas de oro brillante,  
 Sujetas con trenzas de hilo  
 De plata y piedras que valen.

Viene con su corte toda  
 Y un séquito inmenso trae  
 De príncipes y señores,  
 Tributarios principales.

Y llegan en pos, y llegan  
 En orden, según sus clases,  
 Ministros y mayordomos,  
 Bufones, criados y pajes.

Todos vestidos con plumas  
 Y adornados con collares  
 De ametistas y esmeraldas,  
 En delicados engarces.

Cuando apenas del palacio  
 Llegó el rey á los umbrales,  
 Por la gran puerta salía  
 De la princesa el cadáver.

En vestirla se esmeraron  
 Con quince exquisitos trajes  
 Hechos con labores finas  
 De algodón de rica clase.

Iba cubierta de joyas  
 De plata y oro, con jaspes  
 De abrigantados colores,  
 Dados con bruñido esmalte.

Y suspendida del labio  
 Una esmeralda muy grande,  
 Saliendo bajo una máscara  
 Que le cubría el semblante.

Precedían al entierro  
 Los nobles con su estandarte,  
 Donde el escudo campea  
 De las insignias reales.  
 Ostenta un águila negra  
 En actitud de lanzarse  
 Sobre un tigre, que dispone  
 Sus garras para el combate.  
 Iba el monarca en seguida,  
 Andando con paso grave  
 Sobre estereras, porque el suelo  
 Con las plantas no tocarse;  
 Luego la corte, formando  
 Raro conjunto, admirable,  
 De timatlís (1) y cimieras,  
 Yelmos, armas y collares;  
 Después la muerta, tendida  
 En angarillas de áloe,  
 Por seis esclavos cargada,  
 Que gimen sin consolarse.  
 Y van por último tristes,  
 Y llanto vertiendo á mares,  
 Los Teopixquis (2) que entonaban  
 Las cántigas funerales.  
 Así en procesión llegaron  
 Al atrio del templo grande,  
 Donde en presencia de todos  
 Y junto al mismo cadáver  
 Sacrificaron á muchos

(1) Traje de los mexicanos.

(2) Sacerdotes.

Que eran sus esclavos antes,  
 Y al capellán que atizaba  
 La lumbre de sus altares.  
 Terminada ya la horrible  
 Ceremonia, que complace  
 A un pueblo que más parece  
 De tigres que de salvajes,  
 Desanda el mismo sendero  
 La procesión, sin turbarse  
 En nada el orden seguido;  
 Y sin que en su alma llevasen  
 Un eco los concurrentes,  
 De los lastimeros ayes  
 Con que las puertas del templo  
 Estremecieron los mártires,  
 Cuyos cuerpos comenzaban,  
 Tintos en caliente sangre,  
 A rechinar en la hoguera,  
 Pasto de llamas voraces.  
 Hay en el mismo palacio,  
 Y cultivado con arte,  
 Lindo jardín que un arroyo  
 Riega con mansos cristales;  
 Le forman verdes murallas,  
 Cien ahuehuetes gigantes,  
 Y acequias los defienden  
 Y cercan por todas partes.  
 Brindan esencia á las auras  
 Y regocijo á las aves,  
 Flores de exquisito aroma  
 Y de variados esmaltes;  
 Y en un extremo hay un bosque

Cuyas ramas colosales  
 Se cruzan sobre una cueva  
 Do apenas circula el aire,  
 Y de esta cueva no lejos,  
 Rodeado de tiernos árboles,  
 Un estanque transparente  
 De clara linfa hace alarde,  
 En donde Papantzin iba  
 Frecuentemente á bañarse,  
 Cuando su velo de sombras  
 Pálidas tendía la tarde;  
 O, si el tiempo estaba frío,  
 Sobre su borde á sentarse,  
 Para gozar de las flores  
 Que crecen en los arriates,  
 A respirar el aroma  
 Que de ellas el aura trae,  
 Y á buscar en sus recuerdos  
 Un consuelo á sus pesares.

Entre el estanque y el bosque  
 Sus pasos lentos y graves  
 La fúnebre comitiva  
 Detuvo un solemne instante,  
 E introduciendo en la cueva  
 Los nobles restos mortales,  
 Cubrieron la negra boca  
 Con unos delgados mármoles.

## ROMANCE III.

## LA REVELACION.

En un gran salón oblongo,  
 El mismo en que daba audiencia,  
 Moteuczoma Xocoyotzin  
 Está sentado á la mesa:  
 Era ésta una almohada dura  
 Cubierta de fina tela,  
 Como la nieve de blanca,  
 Y como la nieve tersa.  
 De barro del de Cholollan,  
 Sobre ella, exquisita y nueva,  
 Una costosa vajilla  
 Su rara labor ostenta,  
 Y en una copa de oro  
 Cincelada con destreza,  
 Que luce finos engastes  
 De conchas del mar y perlas,  
 Cubierto de espuma hirviente  
 Que su calidad revela,  
 Un chocolatl que perfuman  
 Varias olorosas yerbas,  
 Cautiva al rey que lo toma  
 Con un pan que le deleita,  
 Hecho de harina amasada  
 En blanca miel y con yerr.

Le acompañan sus ministros,  
Cuatro mujeres muy bellas,  
Y Tapia su mayordomo,  
De la flor de la nobleza.

Estos son únicamente  
Quienes presencian su cena;  
Que á más de ellos, para todos  
Están cerradas las puertas.

El monarca aquella tarde  
De contento daba muestras;  
Que nunca el placer se puede  
Ocultar, cual la tristeza.

Estaba locuaz, festivo,  
Y en contra de lo que cuentan  
De la ruina de su imperio,  
Desata mordaz la lengua;

“En vano los que consultan  
—Decía—allá en las estrellas,  
Intentan amedrentarme  
Con proféticas sentencias.

Esta vez Nezahualpilli  
Es innegable que yerra,  
Y que su genio extravía  
Por los campos de la ciencia.

Delira... mas no me asusta....—  
¡Que rev de Acolhuan no fuera!  
Como el otro, entre las llamas  
Me pagaría su ofensa.—

El desazona á mis huestes  
Que con sus augurios tiemblan;  
Sólo yo me burlo de ellos,

Sólo yo los menosprecia.”  
Y al decir esto, reía  
Con carcajadas histéricas,  
Como el cobarde que teme  
Y que su miedo desecha;  
Como aquel que aliento y bríos  
Por aparentar se esfuerza,  
Y en el semblante risueño  
Lívido el temor demuestra.

Interrumpe el débil curso  
De su risa descompuesta,  
El que en palacio á tal hora  
Cargo de ugier desempeña,  
El cual, entrando en la estancia,  
Paróse junto á la puerta  
Y dijo así con voz grave,  
Después de tres reverencias:  
“El señor rey de Tezcucó,  
Nezahualpilli, desea  
Obtener del soberano  
Una breve conferencia.”

Oyelo el monarca; al punto  
El torvo entrecejo pliega,  
Y suda, y heladas gotas  
Por la ancha frente le ruedan;  
Y con tembloroso labio  
Y acento que indica á leguas  
Grande disgusto, que pase  
El rey de Tezcucó, ordena

Hecho el saludo de estilo,  
Ambos monarcas se sientan,

Y el Tezcucamo su objeto  
Expresó de esta manera:

"Señor, tu hermana Papantzin  
A quien tú juzgabas muerta,  
So las gradas del estanque  
Que está de su tumba cerca,

Salió esta tarde á gozar  
De la suave brisa fresca,  
Placer que le agrada mucho,  
Antiguo y genial en ella.

A los ojos de una niña  
Que entre las flores traviesa,  
Brincando pasa las tardes,  
Como siempre se presenta:

Papantzin la llama, dulce  
Las tiernas mejillas besa,  
Y con blanda voz, que avise  
Al mayordomo le ruega:

La esposa de éste, á la súplica  
Infantil, al sitio vuela;  
Y Jesvanecida cae  
Al ver allí á la princesa.

La niña llora; á sus gritos  
Innúmero gente llega,  
Que con asombro indecible  
Tan gran prodigio contempla.

Tu hermana á todos les habla,  
Les convence y les consuela,  
Y que me llamen les pide  
A los que allí la rodean.

Yo la he visto, y en su nombre  
Te suplico que sin tregua,

A Tlatelolco te llegues,  
Que en su palacio te espera."

Dice así Nezahualpilli,  
Y Moteuczoma, que apenas  
Puede respirar, se oprime  
La vacilante cabeza.

El corazón se le salta  
Y en rudos vuelcos golpea  
El débil pecho angustiado,  
Que es para él cárcel estrecha.

Hasta que al fin entreabriendo  
La boca que nieve alienta,  
Con entrecortadas frases  
Y mal combinadas señas,

Ordena al ugier que al punto  
Le acerquen la ancha litera,  
En la cual, á poco rato,  
Con el rey su primo entra,

Y al palacio se dirige,  
Donde su hermana lo espera,  
Por el temor dominado  
A la par que de impaciencia.

En un banco de agalloco (1)  
Con albas telas cubierta,  
Está Papantzin sentada  
Muy pálida, aunque serena.  
Ocho esclavas la acarician,  
Que lloran de gozo al verla.

(1) Aloe.

Y del xochiocotzotl (1) grande  
 Preciosa resina quemán;  
 Humo que en loor de los dioses  
 Sencillas cántigas lleva,  
 Por el favor que reciben  
 Y por el bien que les prestán.  
 Que su hermano niegue el hecho  
 Teme la noble princesa,  
 Y otra segunda embajada  
 A dirigirle sé apresta,  
 Cuando oye ruido de pasos  
 Y ve á Moteuczoma que entra:  
 Moteuczoma, que al mirarla  
 Como una estatua se queda.  
 ¡Era cierto! de la duda  
 No lo envuelven las tinieblas,  
 Y tal milagro patente  
 Ante sus ojos se muestra.  
 —“Ayer la enterré”— murmuraba  
 El rey con faz descompuesta,  
 Y se desploma en un banco  
 Que dos mujeres le acercan.  
 Sepulcral es el silencio  
 Que en la ancha cámara reina,  
 Y á que hable Papantzin todos  
 Los circunstantes esperan;  
 Quien arreglando su traje,  
 Después de pedir la venia,  
 Con voz débil y argentina,  
 Así su relato empieza:

(1) Liquidámbar.

“Señor, cuando en los brazos de los míos  
 Dejé de respirar, tal vez no muerta,  
 Falta sí de sentido, halléme sola,  
 Sola y en medio de llanura extensa.  
 Ni un árbol, ni una flor ni planta alguna  
 Miraba en su extensión árida y seca;  
 Ni arroyo manso, ni sonora fuente,  
 Ni ave gentil, ni corpulenta fiera.  
 Sólo y cerca del sitio en que yo estaba  
 Iba arrastrando su corriente inauscusa  
 Un caudaloso río, cuyas olas  
 Unas tras otras con fragor estrecha.  
 Al espantoso ruido que llevaba,  
 Sentí helarse la sangre de mis venas,  
 Y á cruzar una fuerza me impelia  
 La mole de sus ondas vendinegras.  
 Resuelta estaba ya, mi pie desnudo  
 Tocaba el agua con la planta inquieta,  
 Cuando sentí una mano sobre el hombro,  
 Y un acento escuché que dijo: “espera.”  
 Alcé la vista, y á los ojos míos  
 Apareció un doncel, de forma esbelta,  
 Vestido con un traje reluciente,  
 Como la blanca luz de las estrellas.  
 Sostenido en el aire parecía  
 El tlaunquechol que majestuoso vuela  
 Con dos alas de plumas vaporosas,  
 Sombrosadas, flotantes y ligeras.  
 “Espera, sí, me dijo, no es aún tiempo  
 De que intentes ganar la orilla opuesta;  
 Hay un Dios que te quiere y te conoce,  
 Y por eso á la fin serás su sierva.”

De allí el gallardo joven me conduxo  
 Caminando por la húmeda ribera,  
 En donde vi esparcidos muchos huesos,  
 Y pálidas y humanas calaveras.  
 Y á escuchar comencé tristes gemidos  
 Que el pecho me rasgaban con fiereza,  
 Punzando cada poro de mi cuerpo  
 Un espantoso frio que aún me hieía.  
 Torné luego á mirar hacia las olas,  
 Y sobre el filo de sus blancas crestas,  
 Unas barcas enormes navegando  
 A mi asombrada vista se presentan  
 Y en ellas, rey de Anáhuac, unos hombres  
 De distinto vestir de nuestra tierra,  
 Con escamas de plata sobre el busto,  
 Y yelmos de metal en la cabeza,  
 Los vi con estandartes en las manos,  
 De blanco cutis y mirada fiera,  
 Teñidas las mejillas de achiote,  
 Con labios de coral y barbas negras.  
 Entonces el doncel que sonreía  
 Del profundo estupor de que era presa,  
 Mirándome con ojos compasivos,  
 A hablarme comenzó de esta manera:  
 "Dios quiere que en el mundo todavía  
 Arrastres largo tiempo tu cadena.  
 Y de grandes revueltas y batallas  
 Que aquí sobrevendrán, testigo seas.  
 Los gemidos tristísimos que oíste  
 De este río en las márgenes desiertas,  
 Son ayes del dolor de tus mayores  
 Que sufren cruda, perennal condena.

Son los gritos de angustia que provocan  
 Las culpas infinitas del que yerra;  
 Las culpas que en el alma se castigan  
 Con horribles tormentos que no cesan.  
 Y esos hombres que llegan en la barca,  
 A tu patria infeliz traen la guerra;  
 Y dueños y señores absolutos,  
 Con las armas, al fin, serán de ella:  
 Publicarán con su victoria el nombre  
 Del Hacedor del cielo y de la tierra,  
 Y arrojarán los ídolos de barro  
 Donde la luz del sol nunca penetra.  
 Y cuando el baño santo se promulgue,  
 Serás en recibirlo la primera;  
 Para que á los demás de ejemplo sirvas  
 Con ritos nuevos y oraciones nuevas."

Al decir estas palabras  
 Envuelto entre nubes densas,  
 Desapareció el mancebo  
 Arrebatado por ellas.

Sentí en mi pecho la vida,  
 Sentí renacer mis fuerzas,  
 Y del recinto sombrío  
 Saqué la planta ligera;

De mi tumba á leve impulso  
 Cayó la delgada piedra....  
 Lo demás, ya tú lo sabes,  
 Gran Señor, haz lo que quieras."

Calló Papantzin; atónito  
 El gran Moteuczoma queda,  
 Y ni una sílaba escasa  
 Puede articular su lengua.

La blanda silla abandona,  
 Nublada la frente regia,  
 Dando en el rostro señales  
 De lo que en su pecho lleva.  
 Que hay sensaciones tan hondas  
 Que no en frases se revelan,  
 Que pesan tanto en el alma  
 Que dentro el alma se quedan.  
 Salió sin mirar á nadie,  
 De casa de la princesa,  
 Y retiróse á un palacio  
 Que triste y de luto era,  
 Donde pasó largos días  
 Y largas noches inquietas,  
 A acerbo ayuno entregado  
 Y á su llanto y á sus penas.

## SEGUNDA PARTE

## ROMANCE I

## LA RECEPCION.

Entre un mar surcado apenas  
 Y un mundo desconocido,  
 Hernán Cortés, temerario,  
 Manda quemar sus navios.  
 Un puñado de valientes  
 Contempla tanto heroísmo,  
 Y cada cual se propone  
 Volver al suelo nativo;  
 Tornar á la patria un día,  
 Pero de la patria digno,  
 O perecer en la lucha  
 Si no puede conseguirlo.  
 Arden las barcas, y el fuego  
 Alumbra el mar cristalino  
 Reflejándose en las nubes  
 Con brillante colorido,  
 Como una aurora de gloria  
 Que anuncia, tras de un martirio  
 Largo y penoso, felices  
 Años en ventura ricos.

Y que los nombres de aquellos  
Soldados esclarecidos,  
Vivirán eternamente  
Por los siglos de los siglos.

Viniendo de Ixtapalapan,  
Pasado Mexicaltzingo,  
Coyohuacan y Mixcoac,  
En un punto en que el camino  
Se parte en dos, se detuvo  
Aquel ilustre caudillo  
Que un mundo arrojó valiente  
A los pies de Carlos quinto.  
Hernán Cortés, rodeado  
De un ejército mezquino  
En número, pero grande  
Por lo bravo y aguerrido.  
Recibió los parabienes  
De dos mil guerreros indios,  
Que en nombre de su monarca  
Salieron á recibirlo.

Todos esmeradamente  
Alhajados y vestidos,  
Pasaron ante sus ojos  
Humiliándose sumisos,  
Tocando la tierra, y luego  
Besándose al punto mismo  
Las manos, que entre ellos era  
La ceremonia de estilo.

Terminado este aparato,  
Siguió su marcha el altivo  
General, y á media legua  
De México tuvo aviso

De que el monarca de Anáhuac  
Ir á su encuentro ha querido,  
Para rendirle homenaje  
Y admiración, de que es digno  
Hombre que así se rodea  
De tal fama, y tal prestigio  
Ha conquistado en sus vastos  
Y poderosos dominios.

En una litera hermosa,  
De cedro en labores rico,  
Y reforzado con planchas  
De plata y oro bruñido,  
Bajo un parasol que forman  
Cuatro abiertos abanicos  
De plumas rojas y verdes  
Sujetas con blancos hilos,  
Que en el vértice, entre piedras  
Que roban al sol su brillo,  
Tiene una águila afianzando  
Negra culebra en el pico,  
Apareció el rey de Anáhuac  
Con aire grave y tranquilo,  
Sofocando de su pecho  
El tumultuoso latido.

Más de doscientos señores  
Profusamente vestidos,  
Pero descalzos y andando  
Por los lados del camino,  
De respeto en señal, iban  
De tres nobles precedidos  
Que llevaban en las manos  
Tres barras de oro esculpido;

De la majestad presente  
 Para el pueblo claro indicio,  
 Pueblo que á su rey seguía  
 Sin penetrar sus designios,  
 Como su rey temeroso,  
 Y como un rey abatido,  
 Y enclavados en el suelo  
 Los húmedos ojos fijos.

Cuando cerca uno del otro  
 Aquellos dos enemigos,  
 (Que tal vez nunca lo fueron  
 Según parece en los libros),  
 Se avistaron, un instante  
 Hirvió confuso el gentío,  
 Cada cual buscando ansioso  
 Mejor puesto y mejor sitio;  
 Y aztecas y castellanos  
 Admiraron su atavío,  
 En tanto se detuvieron  
 El rey y el soldado inclito.

Del bridón bajóse el uno  
 Con muestras de regocijo,  
 Y de la litera el otro  
 Con el semblante tranquilo;

Dejando mirar empero,  
 En sus ojos, repentino  
 Pavor que tras de los párpados  
 Procura esconder solícito.

Que al ver tan de cerca al hombre,  
 Héroe de tantos prodigios,  
 Siente á su pesar que eriza  
 Su cuerpo un escalofrío,

Y que le tiemblan las piernas  
 Y le zumba en los oídos  
 Con acento pavoroso  
 La voz de sus adivinos.

Y de Papantzin se acuerda,  
 Papantzin que en el recinto  
 De Tlatelolco, aun asusta  
 A los que muerta la han visto;  
 Papantzin, que vive sola,  
 Y que absorta en su retiro,  
 Ve realizado el sueño  
 Que le embargó los sentidos.

Cortés ante Moteuczoma,  
 Gallardo, aunque conmovido,  
 Hizo un saludo profundo,  
 Y el monarca hace lo mismo;

Cortés le cuelga en el cuello  
 De grandes cuentas de vidrio  
 Un engarzado rosario  
 Que desde Europa ha traído,

E intenta abrazarlo, pero  
 Se le oponen los ministros;  
 Que fuera gran desacato  
 Esa muestra de cariño.

¡Quién entonces les dijera!  
 Ay, quién les hubiera dicho  
 Que ha de sujetarlo un día,  
 No con los brazos amigos,

Sino en obscuro aposento,  
 Con eslabonados grillos!...  
 ¡Quién entonces lo dijera!

¡Quién se los hubiera dicho!...

El monarca con los ojos  
Le dió las gracias al inclito  
Español, por esa muestra  
De afecto no permitido.

Y recompensa, riendo,  
Al obsequioso caudillo,  
Con dos collares de nácar  
Hechos con gusto exquisito,  
Del cual pendían algunos  
Cangrejos de oro macizo,  
Del natural imitando  
Las formas y el colorido.

Después de breves arengas,  
En que se dieron recíprocos  
Parabienes por la honra  
Que al mirarse han recibido,  
Se separaron entrambos  
Tomando rumbo distinto,  
El uno asaz caviloso  
Y el otro asaz pensativo.

El rey, para dirigirse  
Vía á su alcázar, seguido  
De sus nobles y guerreros  
Que le acompañan mohinos;  
Y Cortés con Cuiclahuatzin,  
Del rey hermano querido,  
Y que con los españoles  
Desde Ixtapalapan vino,  
Hacia un cercano palacio,  
Murado y fuerte edificio  
Que supo admirar cual siempre

Por lo grande y por lo limpio,  
Y al cual entró con sus tropas,  
Como ellas envanecido,  
En medio de un populacho  
Que el aire aturde con gritos.

## ROMANCE II

## LA PRISION.

Cortés estuvo seis lunas  
 En México, temeroso  
 De traiciones y celadas,  
 Que eran en número corto  
 Sus tropas, y bien podía  
 El rey, si cambia de modo  
 De pensar, en un momento  
 Exterminarlos á todos.  
 Y un pensamiento concibe  
 Que por lo atrevido, loco  
 Parecióle algunas horas  
 A su espíritu coloso;  
 Pero consultando luego  
 Con sus capitanes doctos,  
 Se obstina más en su idea,  
 Que en ellos encuentra apoyo,  
 Y resuelve apoderarse  
 De Moteuczoma, que es sólo  
 El medio de estar seguro  
 En lugar tan peligroso.  
 Y va con sus compañeros  
 Alvarado, Ordaz y otros,  
 Y con Marina, la india,  
 Que era el imán de sus ojos,  
 A palacio, y pide audiencia,

Y obteniéndola, animosos  
 Invaden la regia estancia  
 A poner su plan en logro;  
 Plan gigantesco que puede  
 De agudo delirio, aborto  
 Parecer... empero tuvo  
 Término breve y famoso.  
 Cortés despliega el primero  
 Los labios, y en su socorro  
 Llamando á toda su astucia,  
 Comenzó á hablar de este modo:  
 —"Vengo, gran rey, á decirte  
 Que tu vasallo el odioso  
 Señor de Nauhtlan (funesta  
 Nueva que adquirí hace poco),  
 Sé que hostiliza á los míos  
 En Veracruz, y que ha roto  
 El juramento sagrado  
 Que en tu nombre hizo á nosotros,  
 Matando á Escalante, jefe  
 Denodado y valeroso  
 Que pereció batallando,  
 A quien como hermano lloro.  
 Y pues que de tal suceso  
 Te dan por autor, no á otro,  
 Queriendo á mi soberano  
 Cuenta cumplida dar pronto  
 Y satisfacción bastante  
 De un agravio tan notorio,  
 Vengo á saber tus disculpas,  
 Y si por buenas las tomo."  
 Al escuchar tales frases,

Se alza el rey; miedo y enojo  
Pinta en su faz, y bajando  
Dos escalones del solio:

—“Mis enemigos te engañan,”

Dice al fin con agrio tono:

“Yo á mi palabra no falto,

Y aquel atentado ignoro;

Y si es el Señor de Nauhltlan

Culpable, yo te respondo

De que será castigado

Como cump'la á mi decoro.”

—“No dudo, replica el héroe,

Que la calumnia á tu rostro

Pretenda lanzar, inicua,

Negro baldón afrentoso;

Por lo mismo yo pretendo,

Para que conozcan todos

La estimación que nos tienes,

De perfidia sin asomo,

Y para que el rey mi amo

Se satisfaga del todo.

Que vengas á mis cuarteles

Á vivir entre nosotros.”

Dos más escalones baja

Moteuczoma, y clava absorto

En Hernán Cortés, abiertos

Enormemente los ojos.

—Y ¿cómo quieres, le dice,

Que sin degradarme, cómo.

Me deje prender, hundiendo

Mi dignidad entre el lodo?

Y si consiento, ¿tú crees

Que abandonado á mi propio

Me dejarán mis vasallos

Prisionero entre vosotros?

Nada contendrá el torrente

De su furia y de su encono,

Y ayudados de los dioses

Volarán en mi socorro!”

El español con acento

Seguro y con gran aplomo,

Atusándose el bigote,

Le contesta de este modo:

—“¿Por qué ha de extrañar tu pueblo

Que nos des un testimonio

De amistad? Si en mis cuarteles

Vivió tu padre el glorioso

Axayacatl, es muy justo

Que bajo el techo que mozo

Te dió abrigo, determines

Buscar tranquilo reposo;

Dando además una prueba

A tus pueblos numerosos,

Del afecto que nos guardas

Del corazón en el fondo.

Mas si es que intentan los tuyos

Algo contra mí, no somos

Débiles mujeres miseras

Sin amparo y sin apoyo;

Armas tengo, y brazos fuertes,

Y proyectiles de plomo,

Y ¡vive Dios! que con ellos

Sabré castigar su arrojo.”

Con faz color de ceniza

El rey escuchaba atónito,  
Brotando sudor la frente  
Por cada uno de sus poros;  
Y la vista revolviendo  
Con grandes muestras de asombro.  
La posa al fin en Marina  
Interrogándole absorto.

En este momento uno  
De los capitanes, rojo  
De cólera, y del buen éxito  
De la empresa temeroso,

Mirando que el rey vacilá  
Y que su miedo es notorio,  
Dirigiéndose á su jefe  
Clama con acento ronco:

—“Séñense ya nuestros labios  
Válganos la fuerza sólo,  
O que aquí pierda la vida  
Si nos conoce tan poco.”

Y dando claras señales  
De brío, con aire torvo  
Golpeó la acerada diestra  
Del espadín en el pomo.

Torna el rey más azorado,  
Más pálido y tembloroso,  
A interrogar á Marina  
Con los rayos de sus ojos,

Y ésta le dice que acceda  
A lo que piden, gustoso:  
Que aquellos hombres son tercios  
Y están resueltos á todo.

Que acceda, y será tratado

Como cumple á su decoro,  
Que en ello le iba la vida;  
Que se resolviese pronto.

Y cedió bajo el impulso  
De un ter.or supersticioso  
Que há tiempo le han sugerid  
Papantzin y los astrólogos.

Juzgó ya llegado el tiempo  
De bajar del alto solio,  
Cumpliendo con el mandato  
De los dioses poderosos.

En litera y con la guardia  
De sus nobles, salió á poco,  
Y al cuartel del castellano  
Llegó conducido en hombros;

Y en un obscuro aposento,  
Después de quedarse solo,  
Dejó que corriera el llanto  
Por sus mejillas, copioso.

## ROMANCE III.

## EL COMBATE.

Cortés partió á Cempoala  
 Donde estaba rebelado  
 Contra él Pánfilo Narváez  
 Con ochocientos soldados;  
 Y Moteuczoma cautivo  
 Queda en el ibero campo  
 Bajo la ruda custodia  
 Del capitán Alvarado.  
 Vencido quedó Narváez,  
 Y sin dar al tiempo plazo,  
 Tornó á México orgulloso  
 De nuevo triunfo alcanzado.  
 Turbóse, empero, el contento  
 De su pecho sobrehumano,  
 Al encontrar á los suyos  
 En grave apuro alarmados;  
 Pues halló que los guerreros  
 Y los nobles mexicanos,  
 Sufrir más tiempo no quieren  
 La prisión del soberano;  
 Y halló que disperso en masas  
 Hierve atroz el populacho,  
 En azoteas y torres  
 Y alrededor del palacio;

Y á los españoles lanza,  
 No sin perjuicio y estragos,  
 El proyectil de sus hondas  
 Y el golpe aleve del dardo!  
 Combates hay día á día  
 En las plazas y en los atrios,  
 Y arroyos zanjañ las calles  
 De sangre roja de bravos.  
 En su encierro Moteuczoma,  
 Desde un balcón enrejado,  
 En cotidianos combates  
 Ve morir á sus vasallos;  
 Y teme verlos vencidos  
 En la lucha al fin y al cabo,  
 Y que su reino y su trono  
 Quede en poder de los blancos.  
 Y...; qué tristes pensamientos  
 Vinieron á fatigarlo  
 Robándole al sueño dulce  
 La grata paz y el descanso!

De las insignias reales  
 Vestido, y grande aparato,  
 En la azotea más alta  
 De su prisión, rodeado  
 De sus decanos ministros  
 Y de un sacerdote anciano  
 A quien el pueblo venera  
 Por su virtud y sus años,  
 Apareció Moteuczoma  
 A su pueblo alborotado,  
 Cuando en lucha formidable  
 Aztecas y castellanos,

Entre alaridos de muerte  
 Y cantares de entusiasmo  
 Pelean con noble brío  
 Y con denuesto bizarro;  
 Cuando hispana artillería  
 Fuego vomita y espanto,  
 Muerte y exterminio cunde  
 Poblando de humo el espacio.  
 Al ver al rey, cesa todo,  
 Dóblanse trentes y matos,  
 Y un hondo silencio cae  
 Sin que ose nadie turbarlo.  
 Entonces se oye el acento  
 Solemne, sonoro y claro  
 Del monarca, que un instante  
 Pudo mandar á sus labios,  
 Y exclamó:—Súbditos míos,  
 Nobles guerreros! si acaso  
 Por afecto á mi persona  
 Armasteis el fuerte brazo  
 Y hostilizáis á esos hombres,  
 Sabed que son mis aliados,  
 Y que en su cuartel gustoso  
 Entre ellos la vida paso;  
 Os agradezco el cariño  
 Que me mostráis, y lo guardo  
 Y yo sabré dignamente  
 Cual corresponde, premiarlo.  
 Si provoca vuestra cólera  
 Que el tiempo se haga ya largo  
 De su mansión en mi reino,  
 Pronto habrán de abandonarlo.

Pues que me lo han prometido  
 Y su palabra me han dado,  
 Y cumplirán lo que ofrecen,  
 Que son valientes é hidalgos.

Cese así, pues, vuestro encono  
 Y dejad de hostilizarlos,  
 Y demostrad que sois fieles  
 Al señor que habéis jurado:  
 Ciega obediencia; cayendo  
 Si osáis hacer lo contrario,  
 La cólera en vuestras frentes,  
 De los dioses irritados.”

En silencio aun más profundo  
 Los guerreros aztecanos  
 Quedáronse sumergidos  
 Pero sólo un breve rato,

Pues cual suele en la espesura  
 Del monte escucharse arrado  
 El ronco rugir del mixtli (1)  
 Que á su hambre no encuentra pasto.

Así se oye la voz ruda  
 De Quauhtemotzin, que alzando  
 Con brazo nervudo y fiero  
 La visera de su casco;

Cubierto de sangre y lodo,  
 Y sus miradas fijando  
 En el augusto semblante,  
 Clama con acento áspero:

—“¿Y tú eres el que nos hablas  
 De esa manera, menguado?”

1) León.

¿Tú el que baldonas mi stirpe  
 De nobles antepasados?  
 ¿Tú el cobarde, tú el que vendes  
 La patria á viues extraños,  
 Y el que por miedo se entrega  
 Prisionero entre sus manos?  
 Deja que corra la sangre,  
 Si no has sabido evitarlo,  
 Y el débil huso y la rueca  
 Maneja torpe entretanto,  
 Que mientras hilas tranquilo,  
 Aquí la muerte esperamos,  
 Y moriremos con honra  
 Los que nacimos honrados.”  
 Y diciendo estas palabras  
 Asió tembloroso el arco,  
 Del cual contra el rey al punto  
 Partió una flecha silbando.  
 Como las aguas del río  
 Al encontrar á su paso  
 Cortada á pico, en las cumbres  
 La pendiente de un barranco,  
 Con ímpetu se desbordan  
 Ondas tras ondas, rodando  
 Sin que la corriente pueda  
 Detener el curso raudo,  
 Así las hirvientes olas  
 De aquel atroz populacho,  
 De Quauhtemotzin al punto  
 El torpe ejemplo imitando,  
 Se precipitan furiosas  
 Contra su rey indignado;

Y de improprios y piedras  
 Puebla al instante el espacio.  
 Y aunque el noble Moteuczoma,  
 De dos rodelas armado  
 Quiere defender el cuerpo  
 Del furor de sus vasallos,  
 Recibe en la augusta frente  
 Un golpe de honda, y airado,  
 Al descubrirse, le clavan  
 Se baña en su sangre, cae  
 De furia y de rabia pálido,  
 Y en hombros de sus ministros  
 Es conducido á su cuarto.  
 ¡Cunde la horrible noticia;  
 Tiembla el valor castellano;  
 El pueblo grita entusiasta  
 Y sigue dando el asalto!

## ROMANCE IV

## EL DELIRIO

Un solo instante aparece  
Tras de los montes la luna,  
Y el viento en torno á su frente  
Torvo nublado acumula.

Ni un astro errante en el cielo  
Con pálida luz fulgura,  
Y algo de funebre y triste  
La creación entera anuncia.

Ruge el aquilón. La noche  
Con densa, impalpable bruma,  
Ciudades, valles, montañas,  
En la lobreguez sepulta;

Y en el cuartel castellano  
Como siniestras y mudas  
Fantasmas, los caballeros  
Por los corredores cruzan.

Algunos de ellos sombríos  
Un triste lecho circundan,  
Que es para mí tan molesta.”

Sobre una estera de iczotl (1)  
De fino algodón y plumas,

(1) Palma que crece en el monte, de tronco elevadísimo, con la cual se hacen aun hoy día, finas estereras.

El infeliz Moteuczoma  
Delira con faz difunta.

Contra su pueblo insolente  
Imprecaciones murmura,  
Y nada mas que á su pueblo  
Su horrenda desgracia imputa.

Siéntase de pronto atónito  
Sobre el lecho; se espeluzna.  
Y ve á Xoloe entre llamas  
Y entre torcidas columnas  
De humo denso, que le grita,  
Y que lo llena de injurias;  
Y lo escarnece, riendo,  
Y de su dolor se burla.

—“Ya lo ves, Xoloe, le dice,  
Cuán bárbara y cuán injusta  
Fue tu sentencia; ya miras  
Que mi predicción te abruma.”

Y ríe Xoloe; las llamas  
Por doquiera lo circundan.  
Y el duro artesón quemado  
Sobre él, al fin, se derrumba

Con grande estrépito. Oye  
El rey un grito de furia,  
Que más que los aquilones  
Fiero en sus oídos zumba,

Y una imprecación satánica  
Que se pierde en la confusa  
Niebla de la triste noche,  
Como su conciencia, obscura.

Postrado en el lecho cae,  
De frío sudor la adusta

Frente cubierta, y abriendo  
 Los ojos, el agua busca,  
 La bebe y con torpe mano,  
 Flaca, pálida y convulsa,  
 Quiere arrancar de su mente  
 Las visiones que la turban.

En vano; la pesadilla  
 Vuelve, y otra, y otras muchas,  
 Sin que hallen término dulce  
 Las penas que le atribulan.

Y el treinta del mes de Junio  
 De quinientos veinte, á la una  
 De la noche, dejó el mundo  
 Del cual no gozara nunca.

Fué grande y fué poderoso,  
 Y justiciero; lo juzga  
 Así la historia, aunque hay alguién  
 Que de inhumano lo acusa.

Acaso; pero si injusto  
 Fué, en situaciones algunas,  
 También era con su suerte  
 Cruel la ciega fortuna.

¿Quién es aquel que gobierna  
 Y un instante no tributa  
 Triste homenaje á la ira  
 Que la razón sana ofusca?

¿Quién, al llegar á las puertas  
 De esa mansión que es la última,  
 No siente el pecho culpable  
 Con fiero aguijón que punza?...

Cortés y sus capitanes,

Al ver con pena profunda,  
 Con las sombras de la muerte  
 Velarse la frente augusta,

Lloraron fin tan siniestro,  
 Y fué aquel llanto la única  
 Ofrenda al regio cadáver,  
 Sobre el polvo de la tumba.



## EL ÚLTIMO AZTECA.

A la memoria de mi padre el Sr. Lic. D. Juan Peon  
y Cano.

### ROMANCE I

#### EL SITIO.

Hernando Cortés al frente  
De los españoles tercios,  
Diesmados por Cuítlahuazín  
En una noche de duelo,  
Y con las huestes marciales  
De aquel tlaxcalteca ejército,  
Tan implacable en sus odios  
Y al Anáhuac tan funesto,  
A Tenuchtitlan con grandes  
Y poderosos aprestos,

Al anochecer de un día  
 Le pone el último cerco.  
 Suena el tambor del Teocalli  
 En tan solemnes momentos,  
 Y su sonido los montes  
 Repercuten á lo lejos:  
 "Guerra," difunden los aires,  
 "Guerra," repiten los ecos,  
 Y quedan las sementeras  
 Y los hogares desiertos.  
 Todos á las armas corren  
 Ebrios, y de odio sedientos,  
 Y donde no alzan trincheras  
 Llenan de fosos el suelo.  
 El bronce truena, conmueve  
 Los muros en sus cimientos,  
 Y á su fulgor los aceros  
 Brillan entre el humo denso;  
 Se oyen gritos de agonía,  
 Crece el horror del estruendo,  
 Y flechas, dardos y piedras  
 El curso atajan del viento.

¡Gloriosos días de luto!  
 ¡Gloriosos días aquellos  
 En que el altar de la patria  
 Bañan en sangre los pueblos!!  
 La gran ciudad no se rinde  
 Al conquistador ibero.  
 Ni de los traidores teme  
 Al número ni al esfuerzo;  
 Pues Cuauhtemotzin la guarda

En instantes tan supremos,  
 Y jura á los mexicanos  
 Lidiar y morir con ellos!

Avanzan lentos los días  
 Y lento avanza el asedio:  
 Tras espantosos combates  
 Y formidables encuentros.

El astro azteca se eclipsa  
 Envuelto en fúnebres veos,  
 Y cunde entre los sitiados  
 La angustia, no el desaliento.

La tierra se ha convertido  
 En un panteón inmenso,  
 Y nadan en la laguna  
 Los cadáveres sangrientos.

Se oye de hambrientas mujeres  
 El moribundo lamento,  
 Y devorando á sus hijos  
 Piden la muerte á los cielos.

Los ancianos sacerdotes  
 Y los valientes guerreros  
 Cruzan las calles inmundas,  
 Sombrios y macilentos.

Y tan espantoso cuadro  
 Tal parece del infierno,  
 A los resplandores fúnebres  
 De las llamas del incendio.

Se difunde hasta los campos  
 La fetidez de los muertos,  
 Que insepultos en las calles  
 Son de la lid pavimento.

Cortés, tan grande heroísmo  
Y tanto infortunio viendo,  
Manda al rey una embajada  
Con dos nobles prisioneros.

Pídele case el estrago,  
Y por decorosos medios,  
Rinda las armas, y entregue  
La capital de su reino.

Cuauhtemotzin, indignado,  
De honor y constancia ejemplo  
Rechaza ofertas que juzga,  
Por deshonrosos convenios;

Y las citas y embajadas,  
Y los constantes empeños  
Del conquistador, recibe  
Siempre digno, siempre fiero.

Con el Cihuacoatl le envía  
A decir que está resuelto  
A sucumbir en la lucha  
Sin acceder á sus ruegos;

Que á conferenciar se niega,  
Que firme estará en su puesto,  
Que quien su deber conoce,  
Por él sucumbe sin miedo.

Y el castellano orgulloso  
Tales razones oyendo,  
Ordena el último asalto  
Y ontra á la lid el primero.

## ROMANCE II.

## LA PRISION.

Defiende el azteca rudo  
Con un valor indomable,  
El trono de sus mayores  
Y su hacienda y sus hogares.

Y defiende más que todo vale,  
Porque más que todo vale,  
De su nación infelice  
Las augustas libertades.

Cuauhtemotzin valeroso  
Resiste en plazas y calles,  
De su terrible enemigo  
Al escuadrón formidable;

Y resiste á sus empujes,  
Bien, como suele en los mares  
Acorazado madero  
De las olas el embate.

No abandona sus trincheras  
Más que caundo al suelo caen,  
Ni desampara sus fosos  
Sino henchidos de cadáveres.

Empero, desesperado,  
Mira que la muerte abate,  
Como en los campos la chia  
Siega la hoz incansable,

A la flor de sus guerreros,  
Murallas de su estandarte,

Y á los nobles que pelear  
En torno suyo leales.

Comprende al cabo el monarca,  
Al comenzar una tarde,  
De angustia lleno por dentro,  
Por fuera de lodo y sangre,  
Que sus abatidas tropas,  
Escasas y miserables,  
Si combatiendo no mueren,  
Víctimas serán del hambre.  
Con Tecuichpotzín su esposa,  
Que es de sus cuitas el ángel,  
Se acoge á débil piragua,  
Presa el alma de coraje,  
Y al puerto de Tlatelolco  
Vuela, sin imaginarse  
Que en él Sandoval lo espera  
Para impedir que se salve.

Cruzando van por el lago,  
Como bandadas de aves  
En rápidos barquichuelos  
De todas formas y clases,  
Mujeres, niños, ancianos  
Y vencidos militares,  
Que huyen de la soldadesca  
Del incendio y del pillaje.  
Sandoval con otros muchos  
Corona por todas partes  
El exiguo embarcadero  
De Tlatelolco, y que pasen

Impide á los fugitivos  
Que en tan apurado trance,  
Al remo, tan sólo, fian  
Sus vidas y sus caudales.

Cuauhtemotzín llega al puerto,  
Mas no sin que lo rechacen  
Y allí de nuevo la lucha.  
Se traba en solemne instante.

Mas quiso su buena estrella  
Que, entre otras muchas burlase  
Su piragua la custodia  
De los rudos capitanes

Y veloz como las garzas,  
Hiende los rojos cristales:  
De la laguna, ya libre  
De su enemigo juzgándose

Pero García de Holguín.  
Que en las insignias reales  
De su embarcación alzándose,  
Con su escuadra le da alcance

Entonces el rey, del fondo  
De su embarcación alzándose,  
Dirige impotente al cielo  
Una mirada salvaje;

De su pecho en lo profundo,  
Por que á su rostro no salte,  
Guarda su dolor, que apenas  
Dentro de su pecho cabe.

Sus flechas arroja al viento,  
Su lanza pedazos hace,

Y echando al agua los remos,  
Le dice á Holguín con voz grave:

"Soy tu prisionero; sólo  
Pido que á la reina trates  
Cual corresponde á su sexo,  
Su condición y su clase."

Y pasando con su esposa  
A la castellana nave,  
Se vió una sombra de muerte  
Cubrir su augusto semblante.

## ROMANCE III.

## LA ENTREVISTA.

Algunas horas más tarde,  
En una grande azotea  
Tapizada con alfombras  
De España y finas esteras,  
En medio á la cual no há mucho  
Que está servida una mesa  
Con exquisitos manjares  
Y ricas frutas cubierta,  
A su ilustre prisionero  
Hernando Cortés espera,  
De gozo intenso abrumado  
Y de curiosa impaciencia.  
Al fin aparece el héroe,  
Y con lento paso llega  
A su vencedor, que grave  
Le saluda y se le acerca.

"Malintzin, cuanto he podido  
Exclama el monarca azteca,  
Hice por mi augusto trono,  
Y de mi pueblo en defensa;  
Mas su alto favor los dioses  
Me negaron y aun me niegan;  
Ya estoy en tus manos, puedes  
Hacer de mí lo que quieras."

Y de Cortés en el cinto  
Viendo un puñal, "ó con esa

Anna quítame la vida,  
Que es para mí tan molesta,"

Añade, y retrocediendo  
Algunos pasos, espera  
Con majestad soberana,  
Del vencedor la respuesta.

Entonces el castellano  
Le dice afable: "No temas,  
Que quien con honor se porta,  
Es justo que honores tenga.  
Como un valiente has luchado,  
El valor siempre se premia,  
Y de nosotros no esperes.  
Ni vituperios ni ofensas."

Luego del rey se despide,  
Que lo traten bien, ordena,  
Le repite sus palabras,  
Sus promesas le renueva.

Y... vanas fueron por cierto  
Tan seductoras promesas:  
¡Ojalá que las callara!  
¡Ojalá no las hiciera!

## ROMANCE IV

## EL TORMENTO.

¡No hay botín! la soldadesca  
Con la victoria, no obtiene  
El tan anhelado fruto  
Después de tantos reveses.

Entre escombros y ceniza  
Tenuchtitlan desaparece,  
Y su asombrosa opulencia  
En el misterio se envuelve.

Los vencedores altivos  
El tiempo en buscarla pierden,  
Y en insaciable codicia  
Escudriñan cuanto pueden.

¿En dónde están las riquezas  
Que sorprender tantas veces  
Soñaron en los palacios  
De aquel fabuloso Oriente?

Murmuran los españoles,  
Y murmuran de su jefe,  
Que á Cuauhtemotzin no obliga  
A que declare ó revele

En dónde guarda la tierra,  
Donde sepultados tiene  
Los prodigiosos tesoros  
Que apilaron tantos reyes.

Cortés las quejas escucha

De sus tropas, mas previene  
Que no se ultraje al monarca.  
Y se le estime y respete;

Hasta que á su oído llegan  
Viles rumores que ofenden  
A su honor, y su decoro  
En lo más sensible hieren.

Entonces, y en mala hora  
Para ese honor que pretende  
Guardar limpio, á las habilllas  
De la muchedumbre cede:

Y entregar al rey dispone  
A la caterva insolente,  
Sedienta de oro, y hechura  
Del tesorero Alderete,

○ Sér que de avaros instinto,  
Más que ninguno, sostiene  
La depravada avaricia  
De aquella hidrópica gente,

○ Que del monarca ya dueña  
Para que al mundo confiese  
Dónde sus tesoros guarda,  
Darle tortura resuelve.

Ya las gasas nocturnales  
Sobre los mundos se tienden  
A la postrer llamarada  
Del incendio de Occidente.

El arcángel de la noche  
Los célicos cirios prende,  
Las flores abren su cáliz,  
Las auras en ellos duermen.

Su viaje postrer las aves  
De las montañas emprenden,  
Llevando su óbolo último,  
Al débil nido que tejen.

Mansa la niebla y tranquila  
Sobre los llanos desciende,  
Y plegan las mariposas  
Lánguidas las alas leves.

Todo convida al reposo  
En aquella hora solemne,  
Todo es tierno, todo es dulce,  
Todo es tristemente alegre.

Empero, en esos instantes  
De misterioso deleite,  
Entre las sombras un crimen  
Se prepara lentamente.

En una estancia pequeña,  
A la luz mísera y tenue  
De un viejo candil mohoso,  
Que de un bajo techo pende;

Con el fúnebre aparato  
Que el caso horrible requiere,  
Se ha preparado el tormento  
Que el noble rey sufrir debe.

Ante una mesa cubierta  
De un encarnado tapete,  
Con duro ademán siniestro  
Están sentados tres jueces;

Enhiesto y enmascarado  
Se mira de ellos enfrente,

Un verdugo, aunque verdugos  
 Eran todos los presentes,  
 Y al través de las rendijas  
 De una estera que mantiene  
 La puerta oculta, y á un patio  
 Da según lo que parece,  
 Pues de vez en cuando el aire  
 A bocanadas la mueve,  
 De una hoguera gigantesca  
 Se mira el fulgor perenne,  
 Y de espadas y rodelas,  
 Cascos, corazas, broqueles  
 Y lanzas, se ven por último,  
 Tapizadas las paredes.

Dos enlutados sayones  
 Conducen al rey en breve,  
 Al cual sigue un tlaxcalteca  
 Que ha de servirles de intérprete.  
 A interrogarle comienzan  
 Y sorprenderlo pretenden,  
 Y de cuanto le pregunten  
 Le intiman que nada niegue.

Pero el famoso caudillo,  
 Que no temió ni á la muerte,  
 En el silencio se obstina,  
 Como si de mármol fuese,

Y rabiosas y cansadas  
 Aquellas furias crueles,  
 De la enérgica entereza  
 De su víctima inocente,  
 Se apoderan de ella al punto,

Con vil alma y faz alegre;  
 Entrambas manos le fijan  
 A la espalda fuertemente; Y  
 Y sujetándole á un potrol  
 Con vigorosos cordales,  
 Los desnudos pies le bañan  
 Con resina y con aceite;  
 Y bajo de ellos, muy cerca,  
 Un vivo fuego sostienen,  
 Para que en duro martirio  
 Se calcinen lentamente.

El cacique de Tlacopan,  
 A quien le cabe igual suerte,  
 Se torna á su rey, y en ayes  
 Su dolor le hace presente.

Cuauhtemotzín, indignado,  
 Que quien su deber conoce  
 Hacia él, y con duras frases,  
 Indignado, lo reprende:

“¿Piensas que estoy en un baño  
 O entregado á algún deleite?”

Le dice, y su labio frío  
 Como en antes enmudece.

¡Ni una queja, ni un sollozo  
 De aquel pecho se desprende.  
 Ni un músculo se contrae  
 En aquel rostro de nieve!

Llega á Cortés la noticia  
 De la obstinación del héroe.

Su valor extraordinario  
 Estima en lo que merece;  
 Y reflexionando, acaso.  
 En lo que al honor se debe,  
 Con órdenes terminantes  
 Manda que el tormento cese.

El poderoso mandato  
 Los tiranos obedecen,  
 Mal de su grado; y al punto  
 La tortura se suspende.

## ROMANCE V

## EL SUPLICIO.

Marcha Cortés para Honduras,  
 Donde Olid se le revela,  
 Y conduce con sus tropas  
 Grandes pertrechos de guerra.  
 Lleva con él una parte  
 De la legión Tlaxcalteca  
 Y á Cuauhtemotzin con otros  
 También prisioneros, lleva.  
 Pues dejándole en Anáhuac,  
 Deja su victoria expuesta  
 Al prestigio que el monarca  
 Aún en su Imperio conserva.

Al declinar una tarde,  
 Diáfana, pura y serena,  
 El desdichado cautivo  
 De Temachtitlan se aleja.  
 Al llegar á sus confines  
 Torna la vista hacia ella,  
 Y se detiene un instante  
 De honda congoja suprema.  
 Acaso un presentimiento  
 En su corazón se alberga,  
 Que al mirarla, se figura  
 Que no ha de volver á verla.

El porvenir por delante  
Le ofrece brumas y nieblas,  
Y detrás un mundo entero  
De dulces recuerdos deja.

Tiende la vista del lago  
Por las tranquilas riberas,  
Y por las calles tortuosas  
Su pensamiento vagnea.

Y se agolpa á su mente,  
Abrumada de tristeza,  
Todas las dichas de su alma,  
De su alma todas las penas.

Las que anidaba su pecho  
Esperanzas lisonjeras,  
Huyen, como huyen del nido  
Las golondrinas inquietas.

¡Pero ellas acaso un día  
Han de retornar contentas!  
Mas sus esperanzas, nunca!  
¡Ay, qué triste es el perderlas!

¡Con qué amargura tan honda  
Mira su ciudad ya muerta,  
Y tras el prisma del llanto  
Su desolación contempla!

Allí gozó en otro tiempo  
De las caricias paternas,  
Allá fué actor y testigo  
En las nacionales fiestas.

Allí perdió en un segundo  
Sus ilusiones postreras,  
Allá vertieron su sangre,  
Allí derramó la ajena

Más allá vió su corona  
Hecha pedazos en tierra...  
Y allí no ha de volver nunca...  
¡Nunca! para recogerla.

Todo eso en un breve punto  
A sus ojos se presenta,  
Y nublados por las lágrimas  
Los baja al suelo, los cierra,

Como si dentro de su alma,  
Viéndolo todo siguiera;  
Y de aquel sitio arrancándose,  
Prosigue su marcha lenta.

A la provincia de Aculam,  
Después de jornadas luengas,  
De miserias y trabajos,  
Cortés y los suyos llegan.

En este lugar le anuncian  
Que formidable y secreta  
Conjuración, ya sus redes  
Extiende entre los aztecas.

Que es Cuauhtemozín el jefe  
Torpe lengua le revela,  
Y que ha de estallar bien pronto,  
Si pronto no lo remedia.

Temeroso el castelano,  
Da la noticia por cierta;  
Al reglo cautivo juzga,  
Y á la muerte lo condena.

Húmeda está la mañana,  
Pálida amanece, y niega

El soi sus rayos de oro  
 Y su esplendor á la estera.  
 Dispersas al pie de un monte  
 Se ven las humildes tiendas  
 De un campamento, y á trechos  
 Aún las fogatas humean.  
 Sobre la tienda más alta  
 El pendón de España ondea,  
 Señor de cielos tan puros  
 Y de tan vírgenes selvas;  
 Pendón que del mundo todo  
 Soberbio se enseñorea,  
 Lástima es que sus colores  
 Un instante se obscurezcan.  
 Lástima es que en mala hora  
 Con sangre entinten su tela,  
 Sangre de un rey inocente  
 Que sube á la horca á perderla.  
 A la orilla de un camino,  
 Que no lejos atraviesa,  
 Majestuosa y elevada  
 Sus ramas tiende una ceiba;  
 Y de una de ellas robusta,  
 Está pendiente una cuerda,  
 En cuyo extremo flotante  
 Una lazada está hecha.  
 Más de doscientos guerreros  
 El árbol triste rodean,  
 Y ellos y el suplicio infame  
 A Cuauhtemotzín esperan.

Al fin, aparece el reo,

Y su noble faz risueña.  
 Indica que el miedo nunca  
 Morada en su seno encuentra.  
 Y mirando allí á Cortés,  
 Que á duras penas sujeta  
 El inestimable brío  
 De una yegua cordobesa,  
 A él se dirige, y con calma  
 Sus promesas le recuerda,  
 Y de tan grande injusticia  
 Amargamente se queja.  
 Se queja, mas no le pide  
 Perdón, que pedirlo fuera  
 Indigno de quien ha dado  
 De su altivez tantas muestras.  
 "De lo que hoy haces conmigo  
 Por una infame sospecha,  
 Piensa, le dice, que al cielo  
 Has de dar estrecha cuenta."  
 Y continuando su marcha  
 Al árbol siniestro llega,  
 Y es fama que un franciscano  
 Hasta aquel sitio lo deja.  
 Absortos los circunstantes,  
 La vista clavan en tierra;  
 Se oye un pregón; el verdugo  
 Del monarca se apodera;  
 Pavoroso es el silencio,  
 Todos callan, todos tiemblan,  
 Palidecen los semblantes  
 Y se cumple la sentencia.



[Faint, illegible text or markings at the top of the right page]

[Faint, illegible text in the middle of the right page]

JUAN L

ROMANCES DRAMATICOS.

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA Y DOCUMENTACIÓN



## DOÑA BRENDA.

A Alfredo Chavero.

Celos tiene Doña Brenda  
de Don Diego de Moncada,  
pues le han dicho que está loco  
de amores por una dama,  
que es de ilustre nacimiento,  
que es de elevada prosapia:  
negro azabache los ojos,  
de marfil las manos blancas,  
dos rosas las dos mejillas,  
leve pie, frente de nácar,  
portentosa la hermosura  
y su dulce nombre Laura.

Despierta está Doña Brenda  
y soñando el de Moncada:  
¡siempre el amor descuidado,  
siempre los celos en guardia!  
El sueño con sus amores  
—bien lo dicen sus palabras—  
y Doña Brenda, del lecho

convulsa y turbada, salta.

“Laura, murmura D. Diego,

“jura obedecerme, Laura;

“sé que D. Luis te enamora,

“si dices que no, me engañas:

“jura que sola conmigo

“saldremos de aquí mañana.”

No escucha más Doña Brenda,

gira en torno la mirada;

cerca de ella está una silla,

sobre la silla una capa,

un gran sombrero de plumas,

el talabarte y la daga.

Se arroja sobre el acero,

desnúdalo su venganza,

y en el pecho de D. Diego

con mano firme lo clava.

—Brenda, D. Diego murmura.

¡Infeliz! ¡Por qué me matas?

—Traidor... Traidor...—Doña Brenda

dice con la voz airada—

Con esa mujer infame

no has de partirme mañana.

—¿Qué murmuras, Brenda mía?

¿Qué mujer es esa?

—Laura...

Y de un D. Luis tienes celos.

—¡Yo de D. Luis de Moncada?

—¡Celos tú de nuestro hijo!

—No case con doña Laura

el inexperto mancebo,

que es Doña Laura su hermana.

De amor que de mozo tuve  
fruto fué la desdichada.

—Perdona, Diego, perdona,

doña Brenda loca exclama.

D. Diego no le responde,

que está D. Diego sin habla.

Doña Brenda espera en vano,

suenan doce campanadas,

lívida está como el muerto,

no puede soltar el arma.

Sale de su casa y corre

por las calles y las plazas:

va tras de ella la justicia...

La justicia no la alcanza.

Corre de día y de noche,

un solo instante no pára,

y hasta que llega la muerte

ni sosiega ni descansa.

Después de morir le vieron

las ropas ensangrentadas:

¡siempre los ojos abiertos,

siempre en la diestra la daga!

## SANCHO BERMUDEZ DE AS- TORGA.

A mi hermano Juan.

Está triste y desvelado  
el conde Sancho de Astorga,  
y no sabe por qué causa  
ni sosiega ni reposa;  
por dos veces en el lecho  
llamó al sueño con faz torva,  
y de nuevo otras dos veces  
levantóle su zozobra.

Abre el balcón de la estancia,  
al antepecho se asoma,  
y su mirada vaguea,  
ya del cielo en la bóveda,  
ya en el lejano horizonte  
que las montañas recortan,  
ya en las brumas impalpables  
que por el espacio flotan,  
ya en el huerto: entre los árboles,  
entre las tinieblas hórridas,  
se le figura que mira,  
cual dos fantasmas, dos sombras.  
Negra capa envuelve á la una,  
blanca túnica á la otra.  
—¿Quién serán? dice Don Sancho,  
¿Quién serán á tales horas?



## SANCHO BERMUDEZ DE AS- TORGA.

A mi hermano Juan.

I

Está triste y desvelado  
el conde Sancho de Astorga,  
y no sabe por qué causa  
ni sosiega ni reposa;  
por dos veces en el lecho  
llamó al sueño con faz torva,  
y de nuevo otras dos veces  
levantóle su zozobra.

Abre el balcón de la estancia,  
al antepecho se asoma,  
y su mirada vaguea,  
ya del cielo en la bóveda,  
ya en el lejano horizonte  
que las montañas recortan,  
ya en las brumas impalpables

que por el espacio flotan,  
ya en el huerto: entre los árboles,  
entre las tinieblas hórridas,  
se le figura que mira,  
cual dos fantasmas, dos sombras.  
Negra capa envuelve á la una,  
blanca túnica á la otra.  
—¿Quién serán? dice Don Sancho,  
¿Quién serán á tales horas?

## II

Dirígese conturbado  
al camarín de su esposa:  
el lecho estaba vacío,  
en gran desorden las ropas,  
hundida la muelle almohada,  
la lámpara silenciosa,  
el tierno niño en la cuna,  
y una sonrisa en su boca.  
—¿Es ella la infame! ¿Es ella!  
Clama Don Sancho, y retorna  
á su aposento y un rico  
arcabuz, airado toma.

## III

Del balcón muy cerca vagan  
los dos amantes, que inmolan  
en aras de su cariño  
paz, ventura, y hasta el honra.  
La luna arrojó un instante  
su blanca luz melancólica,  
iluminando los rostros

de un mancebo y una hermosa.  
—¿Es ella!... repite el conde.  
¿Desventurada traidora!  
y es él, mi primo Don Arias,  
¡el traidor que me la roba!  
Subió la sangre á sus sienes,  
tendió el arma matadora,  
y apuntó; pero no sabe  
á quién primero le toca  
lavar con su sangre ardiente,  
la mancha de su deshonra,  
si él á quien tanto ha querido,  
si ella á quien aún tanto adora.  
En perplejidad tan grave,  
en vacilación tan hosca,  
oye estas dulces palabras  
que el aire trae en sus ondas:  
—“Si tú murieras, bien mío,  
“muerta mi esperanza loca,  
“en el corazón al punto  
“hundiera mi daga toda.”  
—¿Pues hunde!a ya, Don Arias!—  
Grita el conde con voz ronca,  
y del arcabuz tendido  
partió la muerte, celosa  
de tanta dicha.—Bañada  
en sangre, en la verde alfombra,  
cayó la dama lanzando  
un ¡ay! de mortal congoja.  
—Maldita seas, maldito,  
Sancho Bermúdez de Astorga!—  
Gritó Don Arias, gimiendo  
en convulsión espantosa.

Llevó á la cinta la mano,  
brilló la luna en la hoja,  
y en el corazón al punto  
hundióse la daga toda.

Dejó el arcabuz Don Sancho  
en un rincón de su alcoba,  
y fué al lecho, y durmióse  
hasta el rayar de la aurora.

1879.



## MARGARITA.

A Victoriano Agüeros.

Margarita estaba triste,  
triste y sola.—Margarita  
que nunca tuvo placeres,  
ni nació para alegrías.  
Cuando el maternal cariño  
hizo falta á su alma tímida,  
y preguntó por su madre  
á un rodrigón que la mimaba,  
y á una dueña octogenaria  
que la cuidó desde niña,  
que con el alma la quiere  
y amorosa la acaricia;  
llevaronla hasta la iglesia  
y enseñáronle una fría

sepultura, á los fulgores  
de una lámpara bendita.  
Allí desde muchos años  
su pobre madre dormía,  
y allí lloró muchas horas  
triste y sola Margarita.

## II

Hasta allí se fué una tarde  
Margarita desolada,  
y ante la fúnebre losa  
dijo estas tristes palabras:  
—¡Ay madre! ¡Madre querida!  
¡Ay madre mía del alma!  
Con un hombre á quien no quiero  
van á casarme mañana.  
—¡Mañana...! Repitió el eco  
de las bóvedas sagradas.  
—Sí, mañana, madre mía,  
murmuró la desdichada,  
creyendo que de la tumba  
su madre le contestaba,  
y allí derramó á torrentes  
el tesoro de sus lágrimas.

## III

Es Don Gaspar de Hinestrosa  
un señor de horca y cuchillo,

rubio el cabello y la barba,  
miradas de basilisco;  
nunca en su vida ha llorado,  
nunca en su vida ha reído;  
negro es su humor como tizne,  
y el alma negra, lo mismo.  
Con él quieren que se case  
Margarita, y se lo ha dicho  
á la doncella su padre,  
que es indomable y altivo;  
que cuando tiene un deseo,  
necesario es el cumplirlo;  
que no se ablanda con lágrimas,  
ni con ruegos ni suspiros.

## IV

Ha terminado la boda,  
ha terminado la fiesta;  
Margarita, coronada  
de azahar y de azucenas,  
de rodillas y gimiendo  
en el rincón de la iglesia,  
ante la lápida triste  
de esta manera se queja:  
—¡Ay madre! Ya estoy casada,  
y sé que á las seis me espera  
el que es mi señor y dueño  
y mi albedrío encarcela.  
¡Ay madre, madre del alma!  
Dime tú, ¿qué me aconsejas?

Antes de partir mi lecho  
con quien el alma detesta,  
quisiera bajo la losa  
que tus despojos encierra,  
dormir, madre... ¡Dime, madre,  
si no es mejor estar muerta!...

—¡Muerta!... Reprodujo el eco  
de las bóvedas excelsas.

—¡Muerta! Exclamó Margarita.

—Bien, madre, esta noche mesma.

## V

Estaba el sol moribundo  
espirando entre tinieblas,  
cuando la dama, llorosa,  
salió al atrio de la iglesia.  
Rumbo á su noble morada  
cruzó las calles estrechas.

Llegó á su casa... En su alcoba  
entró con frente serena.

Mudos, de ella se despiden  
el rodrigón y la dueña,  
los únicos que la quieren...

¡Sólo á ellos quiso ella!  
Los ojos vuelve hacia el lecho,  
los cortinajes despliega;  
suenan las seis en los aires,  
cuenta las seis y se acuesta.

Reclina en la almohada blanca  
la peregrina cabeza,

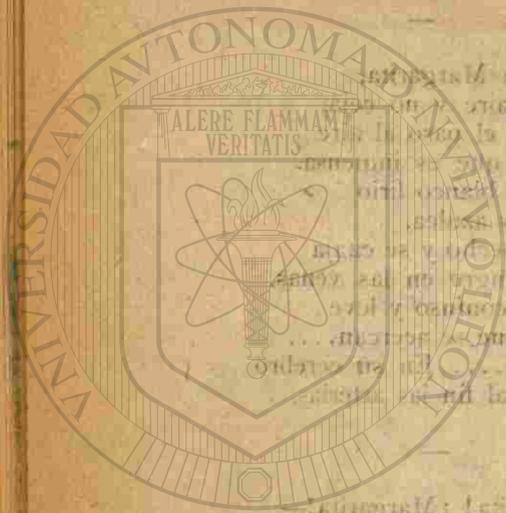
y conteniendo el resuello  
Margarita inmóvil queda.

—  
No respira Margarita,  
la acosa el aire y no cesa,  
que le niega el paso al aire  
su voluntad que es inmensa.  
De su tez el blanco lirio  
se marchita y azulea,  
hínchase el pecho y se cuaja  
su virgen sangre en las venas.  
Oye en son confuso y leve  
unos pasos que se acercan...  
No oye más... En su cerebro  
se han roto al fin las arterias.

—¡Margarita! ¡Margarita!—  
Grita Don Gaspar y entra  
en la estancia.—¡Margarita!—  
Margarita no contesta:  
descorre los cortinajes...  
Margarita estaba muerta,  
con la frente coronada  
de azahar y de azucenas.

1879.

de un cuerpo que mece el viento  
de un cuerpo que mece el viento



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## RAMIRO RAMIREZ

A Francisco Patiño.

### I

Nieve el marmóreo semblante,  
las negras pupilas fuego,  
viva imagen espantosa  
del exterminio y los celos,  
en la mitad de la estancia,  
empuñando agudo hierro,  
está Ramiro Ramirez  
de rencor y de ira lleno.  
Cerca de él, de un gentil hombre  
yace el cadáver sangriento,  
y á sus plantas Berenguela  
doblega el lánguido cuello.  
—Mi amor á un tiempo y mi honra  
me robaba ese mancebo...  
Pagaréis con vuestras vidas  
mi honor y mi amor á un tiempo.

—Justo es, murmuró la dama:  
herid, pues que sois mi dueño,  
y en un solo punto acaben  
mis tormentos y los vuestros.  
Brilló en la sombra la daga:  
se oyó murmurar un rezo:  
tras un grito, el golpe rudo  
de un cuerpo que rueda al suelo....

.....  
Después el paso de un hombre  
que se aleja, y nada luego.

## II

En una oscura capilla  
cubierta de paños negros,  
enlutada la techumbre,  
enlutado el pavimento,  
bajo una elevada cúpula,  
frente al altar, en el centro,  
se ven arder cuatro cirios  
y un catafalco en el medio:  
sobre él están descansando  
dos ataúdes abiertos,  
el uno de ellos vacío,  
ocupado el otro de ellos.  
El cadáver de una dama  
duerme en él el postrer sueño,  
y tiene el rostro velado  
de un oscuro crespón denso.  
Cerca de ella, inmóvil, pálido,

está un gallardo mancebo,  
sin armas y sin insignias,  
de luto el rico chambergo,  
la torva triste mirada  
fija en los mortales restos,  
el corazón moribundo  
y estertoroso el aliento.

## III

Es él, Ramiro Ramírez,  
el castellano guerrero  
que casó con Berenguela  
hace un año más ó menos.  
En esa misma capilla  
Berenguela le dió un beso,  
y de allí se fué á la guerra  
á combatir como bueno.  
Y es Berenguela la dama  
que ocupa el mortuorio lecho....  
Ramiro le ha dado muerte,  
la noche anterior la ha muerto.

## AI

Mira Ramiro Ramírez  
al cadáver largo tiempo;  
al fin con trémula diestra  
levanta el fúnebre velo,  
y aparece ante su absorta  
mirada, el rostro hechicero

que aún del cincel de la Parca  
resiste al golpe violento;  
que aún ostenta la frescura,  
el hechizo, el embeleso  
y la magia seductora  
de otros felices momentos.

V

Después las fúnebres gradas  
sube Ramiro en silencio,  
y hasta el ataúd vacío  
llega tranquilo y sereno.  
¡Era su lecho nupcial  
aquel espantoso lecho!  
Allí estaba su consorte,  
su alegría y su contento:  
la miró desesperado  
de amor y de angustia lleno,  
y dijo así con voz lenta  
y con moribundo acento:  
—Há un año tierna y sencilla,  
velado en casto rubor,  
me diste un beso de amor  
en esta misma capilla.  
Y hoy de mi pena al exceso  
vengo en brazos de la muerte,  
Berenguela, á devolverte  
aquel dulcísimo beso.—  
En los labios de la muerta  
los suyos puso el mancebo;

se oyó un rumor misterioso  
por las bóvedas del templo,  
y tras un postrer gemido,  
tal vez de remordimiento,  
rompió su cárcel el alma....  
Cayó Ramiro en el féretro.

1879.



## DOÑA BLANCA.

A Eduardo González Gutiérrez.

Sola está la noble viuda  
en su sombrío retrete;  
la servidumbre reposa,  
y el tierno vástago duerme.  
Ella es Blanca, á quien el cielo  
colmó de preciados bienes:  
virtud, riqueza, hemnosura,  
¡cuanto ambicionarse puede!  
Amó un día, y aquel ciego  
querubín de alas de nieve,  
que anda entre fuego y armado  
entre el fuego se divierte,  
le dió el arco una mañana  
y una aguda flecha ardiente,  
y ella gozosa y confiada,  
y él vivaz, traidor y aleve,

Peón Contreras. —23

dispararon sobre un noble,  
joven señor, bravo y fuerte,  
que al débil golpe, sumiso  
á los pies de Blanca viene  
á ofrecerle sus amores;  
su fe, su mano á ofrecerle;  
y Nuño Rico ante el ara  
tan noble oferta mantiene.

## II

Partióse Nuño á la guerra,  
de la boda á pocos meses:  
fama y honra gana en ella,  
en ella la vida pierda,  
y llorando su desdicha  
sin dicha que la consuele,  
sumergida en la tristeza  
de tantos días alegres,  
sola está la noble viuda  
en su sombrío retrete;  
la servidumbre reposa,  
y el tierno vástago duerme.

## III

Súbito golpe se escucha,  
se abre el balcón de repente,  
y un hombre en su capa envuelto  
ante la dama aparece.

Sobrecogida de espanto,  
horrible espanto, se cree  
presa de extraño delirio  
que como rayo la hiere.  
Mas el honor ofendido  
lucha en su espíritu y vence,  
y reconoce asombrada  
á Don Leonel de Meneses.

—¿Qué buscáis? dice, y resulta  
á su enemigo se vuelve,  
como fuego la mirada,  
el semblante como nieve.

—Busco, Blanca, la ventura  
que me roba ingrata suerte;  
mil veces os la he pedido,  
me la negásteis mil veces.  
Señora, al pie de esa reja,  
en poderosos corceles,  
mis escuderos, mis pajes,  
nos aguardan impacientes.  
Si juntos de aquí salimos,  
no temáis que no os respeten;  
de lo contrario, este lance  
la honra vuestra compromete.

—Piedad, señor, por el nombre  
de esa criatura inocente.  
¡Idos! Y haced lo que un noble,  
por serlo tan sólo, debe.  
Amigo fuisteis de Nuño,  
Fué en los tercios vuestros jefe.

—Señora...  
—O mi servidumbre

haré que al punto despierte,  
 —Si no venís de buen grado,  
 á mal grado haréis que apele,  
 y entre mis brazos robustos  
 hasta mi palacio os lleve.  
 —¡Paso! Gritó doña Blanca,  
 y salir de allí resuelve;  
 mas él con rápido impetu  
 en su marcha la detiene  
 y el duro cerrojo afianza  
 de la puerta... Nada puede  
 ya la infeliz... El infante  
 en la cuna se estremece;  
 Leonel con sonrisa horrible  
 hacia la cuna se vuelve;  
 Blanca adivina su intento...  
 Tal vez su razón se pierde...  
 ¿Qué hace Blanca? Por qué inunda  
 su faz un fulgor celeste?  
 Corre á su lecho... ¡Es un siglo  
 un instante, y es tan breve!  
 Toma un puñal toledano  
 que bajo su almohada tiene,  
 y como herida pantera  
 que á su cachorro defiende,  
 cuando va á tocar al niño,  
 antes que á tocarlo llegue,  
 el arma rápida clava  
 en la espalda de Meneses.  
 —Así has de morir, villano,  
 que así los traidores mueren,  
 y pues aguardan tu vuelta

en la calle tus donceles,  
 se han de quedar asombrados,  
 ¡vive Dios! de cómo vuelves.  
 Dice la dama y un lúgubre  
 silencio á su voz sucede.

Y mientras el noble innoble,  
 de pie no puede tenerse,  
 y al suelo rueda, y rugiendo  
 en su sangre se revuelve,  
 Blanca á los suyos reclama,  
 doncellas y pajes vienen,  
 y llenos de asombro escuchan  
 estas palabras solemnes:  
 —Deshonrarme ese hombre quiso,  
 por eso le di la muerte,  
 ¡y por donde vino vuélvase,  
 que mi honor así lo quiere!  
 Señala el balcón, dos pajes  
 el tronco helado suspenden,  
 y por el balcón arrójanlo,  
 cuando aun el alma rebelde,  
 con doloroso gemido  
 de su cárcel se desprende,  
 y su infortunio maldice  
 entre la vida y la muerte.

Y mientras se oye en la calle  
 rumor de rondas y gentes,  
 imprecaciones y votos,  
 y relinchos de corceles,  
 sola está la noble viuda  
 en su sombrío retrete;  
 la servidumbre reposa  
 y el fiero vástago duerme.

1879.



## SOR ANA.

A Manuel Nicolson y Echanove.

I

Doña Ana adora en Gelmírez  
 y Gelmírez en Doña Ana:  
 él es hidalgo, aunque pobre,  
 ella de regia prosapia.

Doña Ana tiene un hermano  
 y ha jurado antes matarla,  
 que permitir que se enlace  
 con Gelmírez Doña Ana.

II

Doña Ana entre los cuarteles  
 de sus jardines divaga,  
 y espera como acostumbra  
 á su amante en horas altas.

Sopla el viento y en los aires  
la luna el nublado rasga,  
y ve la hermosa en el muro  
balancearse la escala.

El corazón le da un vuelco,  
corre y al pie de la tapia,  
ve á su Gelmírez tendido  
en la hierba ensangrentada,  
mortal el bello semblante,  
y no lejos de él una arma  
mira absorta y reconoce  
que es de su hermano la daga.

## III

Del almenado castillo  
desde una ojiva, angustiada  
miró pasar el entierro  
de Gelmírez, Doña Ana,  
¡Qué de tiernas ilusiones,  
qué de alegrías frustradas,  
junto con el negro féretro,  
va á guardar la tumba helada!  
¡Pobres flores en su tallo  
por el huracán tronchadas,  
pobre amor muerto en la cuna,  
pobre mujer, pobre alma!  
Ayer todo era ventura,  
campos de oro y esmeralda,  
arroyos, aves y rosas  
y praderas perfumadas.

Hoy, revuelto mar que ruge,  
áridas inmensas playas,  
campos que el invierno agosta,  
negras ruinas solitarias.  
¡Mañana, la noche eterna  
á la luz de débil lámpara,  
el tiempo solo, sin horas,  
sin hoy, ni ayer, ni mañana!

## IV

Nada á su hermano le dice  
la doncella desdichada;  
ni una queja, ni un reproche...  
¡Llora, gime, reza y calla!  
Nada le dice á su hermano;  
mas á las puertas sagradas  
de un convento se presenta,  
y en una celda se ampara.

## V

Las madres concepcionistas  
están de fiesta y de gala,  
que con el Rey de los Orbes  
noble doncella se enlaza.  
Los más hermosos cabellos  
se cortan al pie del ara;  
la más rica fantasía  
quiebra ante el altar sus alas;  
el corazón más sensible  
sepulta sus esperanzas;

el alma más tierna y noble,  
la más pura de las almas,  
del mundo mísero y triste  
los anchos límites salva,  
y á las celestes regiones  
en pos de otra alma se lanza.

## VI

—“Ven, hermano, hasta el recinto  
de mi celda solitaria:  
aquí Gelmírez habita:  
ven á clavarle tu daga.  
Ven, y si quieres herirle  
en mi misma, el hierro clava,  
que es la celda de Gelmírez,  
el corazón de Sor Ana.”

Esto la monja escribía,  
deshecha en un mar de lágrimas,  
desde el obscuro recinto  
de su celda solitaria.

## VII

—“Burlaste mis ilusiones,  
burlaste mis esperanzas;  
si antes fué ruda, más ruda  
será mi nueva venganza.  
Te destinaba un esposo  
que de estirpe regia emana;

mas puesto que desdeñaste  
honra tal, merced tan alta,  
y de este modo destrozás  
los blasones de tu casa,  
y así sus fueros insultas  
y mis derechos ultrajas,  
mañana, al morir la tarde,  
al locutorio te baja;  
que en él estará Gelmírez  
esperándote mañana.”

Esto á la monja escribía,  
desde su noble morada,  
brotando sangre los ojos,  
el feroz Tello de Tapia.

## VIII

¿Estaba muerto Gelmírez  
ó nomás herido estaba?  
¿Fué verdad lo del entierro,  
ó fué el entierro una farsa?  
Los cánticos funerales,  
la negra mortuoria caja,  
aquel lúgubre cortejo  
y el clamor de las campanas,  
¿eran engendros tan sólo  
de su mente conturbada?  
¿Del dolor creaciones fueron?  
¿Fueron delirios del ánima?

## IX

Rodaron tristes las horas...  
 ¡Cuán pausadas, cuán amargas  
 para el sér desventurado  
 que mide el tiempo que pasa!  
 ¡Una eternidad la noche  
 desde el crepúsculo al alba,  
 y del alba hasta el crepúsculo  
 de aquella tarde, qué calma!  
 ¡Qué calma tan espantosa  
 en medio de la borrasca!  
 ¿En dónde se hará pedazos  
 con el barquero la barca?

## X

Son las seis, la tarde espira,  
 deja su celda Sor Ana,  
 y con paso vacilante  
 hasta el locutorio baja.  
 Mira al través de la reja,  
 y... —¡Es él! Gelmírez! —exclama,  
 y sin aliento á los hierros  
 con mano fría se agarra.  
 El era, el mismo Gelmírez  
 embozado en una capa,  
 pálido como los mármoles  
 de las vetas de Carrara.

Detrás estaba un mancebo  
 de retorcida mirada,  
 fiero, inmóvil, hosco, mudo...  
 El hermano de Sor Ana  
 —¡Tello, le grita la monja,  
 mal haya seas, mal haya  
 tu horrible burla y la ira  
 de tu espantosa venganza!  
 Y añade la monja, viendo  
 al sér á quien tanto amaba:  
 —Mientes, Tello, no es Gelmírez  
 ese enlutado fantasma...  
 ¡Gelmírez está en mi pecho,  
 Gelmírez vive en mi alma!  
 —¡Ana, Gelmírez murmura,  
 vo soy!... Tello no te engaña,  
 Tello consiente en que seas  
 mi noble esposa ante el ara.  
 Roto está el voto que hiciste  
 y aquí está la bula santa.  
 —Aquí está, murmura Tello,  
 y muestra un papel....

—¡No! ¡Calla!

Exclama otra vez la monja,  
 No es esa sombra quien habla.  
 ¡Oigo la voz de Gelmírez  
 que de otro mundo me llama!  
 ¡Ya voy, Gelmírez, espera!  
 ¡Ya voy, Gelmírez, aguarda!  
 Dice... Busca entre sus ropas  
 un objeto, y luego, rápida,  
 dirigiendo al cielo augusto  
 hermosísima mirada,

del seno en medio, hasta el puño,  
clavóse una rica daga,  
y rueda al suelo y la sangre  
por el ancha herida salta.

—¡Maldito seas, Don Tello!

Gritó Gelmírez.... ¡Mal haya  
quien olvidó que hay amores  
que una vez sola se matan!

1879.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DONA ELVIRA.

A Bartolomé Pérez Hermida.

El conde de Aldaz es viejo,  
pero tiene esposa joven,  
como rosas las mejillas,  
y los ojos como soles.  
Se llama Elvira, y muy tierna  
en hora ingrata casóse,  
porque á casar la obligaron  
exigencias y temores;  
no el amor, pues era el solo  
imán de sus ilusiones.  
Rui-Fernández, con quien tuvo,  
y aún tiene, ocultos amores.

## II

Hijo de Elvira es Don Mendo,  
 nancebo gallardo y noble,  
 capitán el más valiente  
 de los tercios españoles,  
 que bajo el delgado cutis  
 aun el rubio bozo esconde,  
 y es ya en la ruda pelea  
 de los contrarios azote.

## III

Tiembla Elvira cuando al mozo  
 contempla embebido el conde;  
 parece que una honda pena,  
 oculto cáncer que roe  
 su corazón, hace á veces  
 que á su faz el llanto asome,  
 y la espléndida hermosura  
 de su rostro le trastorne.  
 ¡Tal vez combaten y estallan  
 en su pecho los dolores,  
 como las olas de Atlante  
 cuando se encuentran y rompen!

## IV

En una vieja poltrona  
 la existencia pasa el conde,  
 paralizados los miembros  
 de añeja dolencia al choque.

Diz que en la lid espantosa,  
 de una lanza al rudo golpe,  
 cayó al suelo y que el sentido  
 largo tiempo perdió entonces;  
 y desde entonces no hay modo  
 de que sus miembros recobren  
 la savia, el vigor, la fuerza  
 que hubo del destino en dote.

## V

Y allí, en su vieja poltrona,  
 está el de Aldaz una noche,  
 cuando Fortuño, escudero  
 que de antaño le conoce,  
 entra y le dice:—Señor,  
 sé que manchan tus blasones;  
 sé que hay quien aquí te ultraja,  
 quien escarnece tu nombre.  
 —¿Quién tal hace? Con voz ronca  
 exclama furioso el conde.  
 —Señor, tu esposa.

—¿Qué has dicho?  
 —Tu esposa todas las noches  
 las desiertas callejuelas  
 de tus jardines recorre,  
 de un hidalgo acompañada,  
 en punto á las oraciones.  
 Ruge el de Aldaz en su silla  
 cual hiena herida, se encoge

y gira en torno los ojos  
 como inflamados tizones.  
 Há tiempo que horrible celos  
 llenan su alma de rencores,  
 tiempo há que su pecho hiere  
 el desdén de su consorte,  
 y con acento convulso  
 exclama:—Fortuño, ¿me oyes?  
 dile á Don Mendo eso mismo.—  
 Y como muerto quedóse.

## VI

—Señor, le dice Fortuño  
 á Don Mendo, noche á noche  
 en los jardines he visto,  
 en punto á las oraciones,  
 á una dama y á un hidalgo.  
 —Fortuño, y tú ¿los conoces?  
 —Señor, el conde me envía...  
 —¿Dime al instante sus nombres!  
 —Ella es Doña Elvira...  
 —¿Madre!—  
 ¡Ah, Fortuño, en bien te pone  
 con Dios, que es reo de muerte,  
 quien tal secreto conoce...!  
 Rcdó Fortuño en el suelo  
 traspasado el pecho innoble,  
 y en aquel horrible instante  
 sonaban las oraciones.

## VII

Al jardín con el sangriento  
 acero en la mano, corre,  
 y allí Don Mendo dos sombras  
 distingue en la sombra inmóviles.  
 —Madre... ¡Madre!...  
 —¿Qué haces, Mendo?  
 Don Mendo no le responde,  
 blande el hierro, al cual el otro  
 hierro apenas se le opone,  
 y como el rayo potente,  
 y como el rayo veloce,  
 en el seno del contrario  
 el arma sangrieta esconde.  
 Lanza un grito Doña Elvira  
 que repercuten los montes,  
 y se queda muda y fría  
 como una estatua de bronce.  
 Mira Don Mendo que llegan  
 con luces dos servidores,  
 y hacia ellos rápido avanza,  
 y en su paso se interpone.  
 —¡Idos, canalla! murmura,  
 y de manos de uno, coge  
 una tea y torna solo  
 al horrible sitio, en donde  
 aun Doña Elvira parece  
 que no alienta, que no oye,  
 que no vive, en el espacio  
 clavada la vista inmóvil.

La ve Don Mendo y alumbra  
y pasmado reconoce,  
en el sangriento cadáver  
á Rui-Fernández de Ordóñez:

## VIII

—Mendo, al fin exclama Elvira  
descompuestas las facciones,  
pues mataste á Rui-Fernández,  
ruega á Dios que nos perdone.

—¡Madre!

—¡ En tus venas circula  
sangre que tiñe tu estoque!

—Madre, escucha...

Doña Elvira  
cae al suelo y no responde.

## IX

Dentro y fuera del palacio  
se escuchan sordos rumores.  
¡Se acerca al sitio del crimen  
la justicia de los hombres!  
Es fuerza que ignore el mundo,  
es fuerza que el mundo ignore  
que en casa de Aldaz habitan  
la deshonra y las traiciones.  
Mendo se acerca al cadáver,  
sobre sus hombros le pone,

y por un portillo estrecho  
que da á los campos, salióse,  
medroso el paso y ligero,  
con el cabello en desorden,  
tinto hasta los gavilanes  
de propia sangre el estoque.

1879



## GABRIELA.

Al doctor Francisco Montes de Oca.

### I

Sin más testigo que el sol,  
que su luz al mundo roba,  
está Gabriela en la playa  
con su pensamiento á solas.  
El mar con débil murmullo  
sobre la arena rebosa  
y las plantas de Gabriela  
casi lame y casi moja.  
Inquieta vuelve los ojos  
á todos lados, y llora:  
al fin se detiene inmóvil;  
ya sonríe, ya solloza;  
sobre el seno palpitante  
la gentil cabeza dobla;  
sus brazos cuelgan; las manos  
entreteje una con otra,

y vaga, sin que se fije  
ni en el cielo ni en las olas,  
entre las olas y el cielo,  
su mirada melancólica;  
su suelto cabello agita  
la brisa murmuradora,  
y entre sus hebras de oro  
prendida lleva una rosa.  
Cerca de ella está amarrada  
una barca pesadora,  
y entre los médanos áridos  
que el huracán amontona,  
de una humilde ranchería  
se ven las modestas chozas  
y el vetusto campanario  
de una capilla católica  
con una sola campana,  
con una campana sola,  
que en aquel instante mismo  
á las oraciones toca.

## II

El corazón se estremece  
de Gabriela... ¡Ya es la hora!  
Ya no ha de tardar su Félix.  
Al fin su Félix asoma:  
Félix llega triste y pálido,  
algo tiene, algo le enoja;  
le da su mano, y su mano  
está fría y temblorosa.

Ya no tiene como en antes  
la mirada halagadora;  
parece que tiene miedo,  
parece que se abochorna,  
parece, cuando se acerca  
á la niña encantadora,  
que una oculta voz le dice:  
“¿Por qué, Félix, la traicionas?”

## III

—Félix,—murmura Gabriela.—

Y era su voz melodiosa  
como suspiro del aura,  
como arrullo de paloma.  
—Félix, amor de mi vida,  
te he esperado muchas horas,  
muchas... ¡Ingrato!... ¡Y no has ido!  
¿Como te aguardaba ansiosa  
en mi ventana! ¿No sabes  
lo que mi pecho te adora?  
¿En qué estás pensando, Félix?  
Dime... ¿Por qué me abandonas?  
¿Es verdad cuanto me han dicho?  
¿A otra quieres? ¿Amas á otra?  
¿Que hablar con ella te vieron?  
Que en el templo la enamoras?  
¿Que á todas partes la sigues  
y que de noche ía rondas,  
y que suspiras enfrente  
de su reja silenciosa?

¡No te he visto en siete noches!  
 ¡Aquí están las siete rosas  
 que conmigo te aguardaron!  
 ¡Que te cuenten mi cóngoja!  
 ¿Las quieres? Mira éstas, mustias,  
 marchitas y sin aroma.  
 Mira ésta, que aun tiene vida.  
 Aquí tienes la de ahora.  
 Si me amas como otro tiempo,  
 dale un beso en la corola.  
 Si es verdad lo que me han dicho,  
 entonces, Félix... ¡Deshójala!—  
 Félix de la bella mano  
 de la niña la flor toma,  
 y los pétalos arranca  
 y en la arena los arroja.  
 —Más tiempo no he de engañarte,  
 pobre Gabriela, perdona;  
 que para esta misma noche  
 concertada está mi boda.—  
 Dice el infame... Se aleja...  
 Y quedó Gabriela atónita,  
 fija la vista en la arena,  
 fija la vista en las hojas.  
 ¡Siente que le falta vida,  
 que su razón se trastorna,  
 que todo en torno se mueve,  
 que se cae, que se ahoga!

## IV

¡Fantasmas de oro y de nieve  
 que poblasteis su memoria,

huid y desvaneceros  
 como la luz en la sombra!  
 Soñando estaba despierta;  
 ya no sueña... ¡Qué espantosa  
 pesadilla entre sus lazos  
 su alma mísera aprisiona!  
 Gabriela... ¡Infeliz Gabriela!  
 ¡Ya es tarde, vuelve á tu choza,  
 que en ella velan tus padres,  
 Que en ella tus padres lloran!

## V

¡Ay!... Permanece en la playa  
 inmóvil y silenciosa...  
 Para ella el mundo es la tumba.  
 ¡Y ella está en la tumba, sola!  
 Nada mira, nada escucha,  
 la razón perdida, loca,  
 vagabundas las ideas  
 en torno á su mente flotan,  
 como rátagas brillantes  
 de luz en cavernas hondas,  
 como de una arpa lejana  
 las inarmónicas notas.  
 ¡Estrellas de un cielo puro  
 que su luz pálida agotan,  
 fónicos gemidos de muerte  
 entre cánticos de gloria!  
 No ha visto en el horizonte  
 una parda nube torva,  
 que extiende sus negras alas

y el diáfano espacio entolda.  
 Se figura que ha caído  
 de su frente una corona;  
 que son pedazos de su alma  
 aquellas hojas de rosa;  
 que está escrito en cada una  
 un libro entero, una historia  
 de malogrados afectos,  
 de esperanzas ilusorias;  
 que allí están sus alegrías,  
 sus juveniles zozobras,  
 las lágrimas de sus ojos,  
 las sonrisas de su boca.

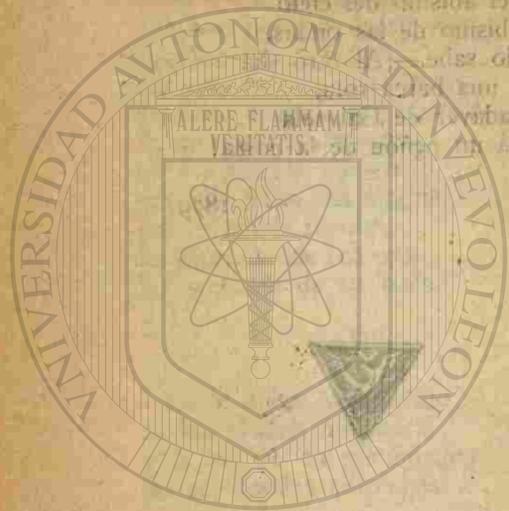
## VI

Se le figura el nublado  
 ancha sábana mortuoria  
 y la luz de los relámpagos  
 las sepulcrales antorchas....

Rápida, como impulsada  
 por atracción misteriosa,  
 dirige el paso anhelante  
 á la barca pescadora.  
 Entra en ella, en los abismos  
 el timón y el remo arroja,  
 y desamarrando el cable  
 que le sujeta á una argolla,  
 entrega el débil madero  
 al hondo mar que le azota,  
 y el huracán lo arrebató  
 entre el fragor de las olas.

Lo que pasó aquella noche  
 larga, negra y tempestuosa,  
 entre el abismo del cielo  
 y el abismo de las ondas,  
 Dios lo sabe.—¡Al otro día  
 vieron una barca rota,  
 y el cadáver de Gabriela  
 junto á un peñón de la costa!

1879.



## GIL

A mi hermano Pedro.

### I

Oye, Gil... esposo mío—  
Teresa con voz confusa  
dice, ahogando los sollozos  
que su aliento débil truncan.  
—No salgas, Gil, esta noche  
que es de mi vida la última,  
y cuando llore la niña  
que está durmiendo en la cuna,  
yo no podré levantarme  
á consolar su amargura.  
Si tú no estás en la casa,  
¿quién su blando sueño arrulla?  
Gil como siempre á la pobre  
Teresa abstraído escucha,  
y por sus trémulos labios  
vaga una sonrisa estúpida.  
Gil, otro tiempo tan bueno,

al torpe vicio tributa  
la adoración insensata  
que su noble instinto turba.  
Duerme cuando el sol ardiente  
la ciudad y el campo alumbrá;  
y cuando tiende la noche  
su negra sombra confusa,  
en el garito, en la orgía,  
va á arrastrar su vida obscura,  
ó de vil ramera en brazos  
placer satánico busca.

## II

¿Qué valieron de Teresa  
la esplendorosa hermosura,  
halagos, ruegos, suspiros,  
y lágrimas y ternuras?  
Indómitas, las pasiones,  
como encadenadas furias,  
en el pecho se desatan  
del mancebo, y en él triunfan.  
Torpe amistad y menguada  
su ardor juvenil azuza,  
y mil seductores goces  
su edad temprana deslumbran.

## III

Robó el dolor á Teresa  
su esplendorosa hermosura:  
las rosas de sus mejillas

están pálidas y mustias.  
La miseria pavorosa  
su alma sensible atribula,  
y en su insaciable vorágine  
sus alegrías sepulta.

—Oye, Gil, con voz más triste  
y más lenta continúa,  
jamás partió de mis labios  
ni un reproche, ni una injuria;  
agotaste tus caudales,  
agotaste mi fortuna,  
tus caudales eran tuyos,  
y mi fortuna era tuya.

Destrozaste el pecho mío,  
sus ilusiones más puras  
rodaron bajo el imperio  
de tus traiciones injustas;  
hiciste bien, bien hiciste,  
que mi pobre vida es única,  
y yo al pie de los altares  
te di mi vida... Era tuya.  
Mas la preciosa existencia  
de esa angélica criatura  
tus cariños necesita,  
y necesita tu ayuda.

¡No salgas, Gil, no me dejes  
sola con mi horrible angustia  
en esta noche tan triste  
que es de mi existencia la última!  
Gil por única respuesta  
su negro bigote atusa,  
se cala el ancho sombrero,

y al decirlo con voz ruda:  
 "todas las noches la misma  
 canción y la misma súplica...  
 y nunca acaba de abrirse  
 para ti la sepultura,"  
 soltando una carcajada  
 de horrible sangrienta burla,  
 se salió dejando sola  
 con Dios á la moribunda.

## IV

Está ya Gil en la calle:  
 de pronto mira una turba  
 salir del templo, y se pára  
 de un farol en la penumbra.  
 De gentes alegres todas  
 entre multitud confusa,  
 se ven dos novios, que acaban  
 de doblar á la coyunda  
 de himeneo, el cuello dócil  
 al placer que los adula.  
 El con lujoso vestido,  
 ella con lujosa túnica,  
 coronada de azahares  
 blancos como nieve pura....  
 Y siente Gil que la sangre  
 en sus venas no circula,  
 y en tropel en su cerebro  
 mil ideas se acumulan:

recuerda la alegre noche  
 en que á la luz de la luna  
 salió de aquel mismo templo  
 entre mil alegres turbas,  
 con su Teresa del brazo,  
 flor que el ambiente perfuma,  
 de felicidad radiante  
 y radiante de hermosura;  
 recuerda cuando en el atrio  
 amor eterno le jura;  
 recuerda que él no ha cumplido  
 de sus promesas ninguna;  
 recuerda que en su pocilga  
 la ha dejado sola y mustia  
 tocando con mano fría  
 los dinteles de la tumba.  
 Agudos remordimientos  
 su pecho intranquilo punzan  
 y dirige á su morada  
 la débil planta insegura...  
 El á su pobre Teresa  
 le va á decir que no sufra,  
 que sus infamias perdone,  
 que dé al olvido sus culpas.  
 Y embebido en esta idea,  
 temblando el paso apresura,  
 porque algo teme, algo teme  
 que de horror su mente nubla.

## V

—¡Teresa!... ¡Teresa!... —grita,  
 y entra en la estancia que alumbra

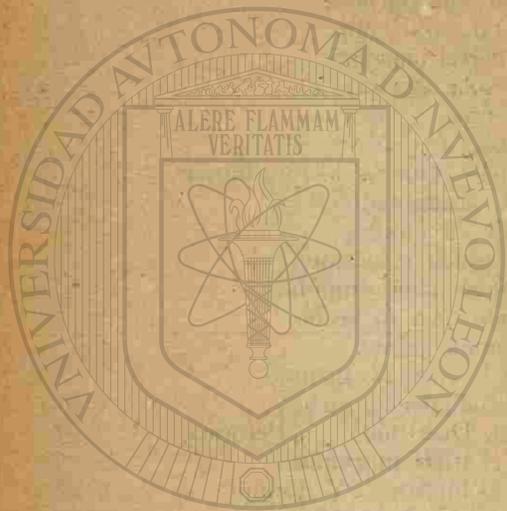
una miserable lámpara  
 que en aquel momento ondula  
 su débil llama, rastrea  
 en torno y lanzando algunas  
 tristes ráfagas, se apaga  
 dejándolo todo á obscuras.  
 Gil se detiene y vacila  
 presa de horrible pavor.  
 Esa lámpara que muere,  
 ¿qué de espantoso le anuncia?  
 —¡Teresa!... —grita de nuevo.—  
 Teresa mía, ¿estás muda?  
 Soy Gil que viene á quedarse.  
 ¿Dónde hay luz?—A tientas busca  
 un viejo velón, lo encuentra,  
 lo enciendo y la estancia alumbra,  
 y alumbra el lecho y arroja  
 un grito de espanto y duda.  
 ¿Teresa está desmayada?  
 ¿El sueño acaso la abruma?  
 —Teresa... —grita—¡Teresa!...  
 ¿Me perdonas? ¿No me escuchas?  
 Le toca el pecho y no late,  
 toca su arteria y no pulsa:  
 en aquella estancia reina  
 la paz de las sepulturas.  
 Toma Gil las blancas manos  
 que acariciaron las suyas,  
 y en el copioso torrente  
 de su llanto las inunda!  
 Ve espantado aquellos ojos  
 y aun en las pestañas húmedas

mira pendiente una lágrima  
 de dolor y de amargura,  
 y á aquellos labios que un día  
 ostentaron roja púrpura,  
 y ahora tan sólo cubre  
 lívida y mortal blancura,  
 pide una sola sonrisa...  
 una sola frase... una  
 palabra sola, una sola  
 de perdón!—¿Qué es lo que busca?  
 Convulso, desatentado  
 arranca de su cintura  
 una hoja aguda y luciente,  
 que con fiera mano empuña;  
 mas cuando toca su pecho  
 la fría acerada punta,  
 se oye en la cuna un gemido  
 que el mortal silencio turba.  
 —¡Perdón, Dios mío!... ¡Perdona,  
 Teresa!—el triste murmura...  
 Y suelta el hierro... Y llorando  
 se postra al pie de la cuna.

1879.



®



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



## EDUARDO.

A la memoria de Ricardo Gayosso.

### I

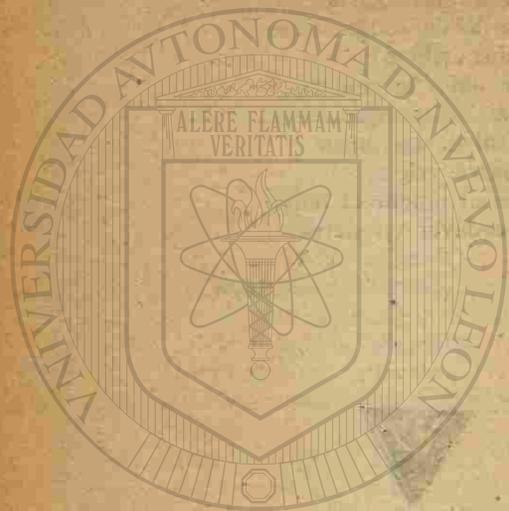
Sobre el azul de las ondas  
está la barca velera,  
está junto al muelle el bote,  
está el pasajero en tierra...  
Es Eduardo.... En los amores  
de su madre patria piensa,  
y en otro amor más hermoso,  
en otra madre más tierna,  
la que en sus nobles entrañas  
alimentó su existencia,  
la que su cuna meció,  
la que en la playa serena  
de la vida, vió de lejos  
en mar airada y revuelta,  
la prenda de sus amores.  
juguete de la tormenta.

Es Eduardo... Muchos días  
 toró en la playa sus penas,  
 las injurias del destino,  
 los rigores de la ausencia.  
 Al fin sonríe, muy pronto  
 terminarán sus querellas,  
 que en el azul de las ondas  
 está la barca velera.

Hay unos tristes amores,  
 hay una pasión inmensa,  
 hay un rival que en la sombra  
 mortal angustia alimenta.  
 La ponzoñosa serpiente  
 que se enrosca entre la niebla,  
 los celos, el negro monstruo  
 de la humanidad entera;  
 el que enciende en las pupilas  
 satánica luz siniestra;  
 el que fragua horribles dramas  
 siempre inquieto, siempre en vela;  
 el monstruo que cabe el lecho  
 mudo y sombrío se sienta,  
 y roba el sueño á los ojos,  
 y la ira desenfrena,  
 y azuzando al pensamiento  
 con la vigorosa espuela,  
 en el infierno del alma  
 á parecer nos condena....

El contra el seno de Eduardo  
 armó la terrible diestra,  
 él mató sus ilusiones,  
 sus esperanzas más bellas.  
 Cayó Eduardo en sangre tinto,  
 sobre la blanca ribera,  
 y al morir bañó la muerte  
 su semblante de tristeza...  
 Sobre el azul de las ondas  
 quedó la barca velera,  
 quedó junto al muelle el bote,  
 quedó un cadáver en tierra.

1879.



## BOJORQUES.

A Gonzalo A. Esteva.

I

Está en su obscuro aposento  
Juan Bojorques de Vadillo,  
y está solo como siempre  
y como siempre sombrío.  
Se abre de pronto la puerta:  
con paso grave y tranquilo  
entra Violante, trayendo  
de la mano á sus dos hijos.  
Vestida de negro viene,  
triste el semblante, abatido;  
tristes, también, y de negro  
vestidos vienen los niños.

## II

—¿Qué quieres, hija, qué quieres?  
—Me han dicho, señor, me han dicho

que á la noble madre mía  
disteis muerte en este sitio.  
¡No miente, padre quien toca  
de la tumba el mármol frío,  
y hoy ha muerto mi nodriza,  
y ella al morir me lo dijo!—  
Tembló el anciano Bojorques,  
lanzó su pecho un rugido,  
y sus demacradas manos  
cubrieron su rostro lívido.  
Del sitial en que se hallaba  
como presa de un delirio,  
se alzó violento, en el suelo  
clavando los ojos fijos.  
Miró á sus plantas abrirse  
las entrañas de un abismo,  
y del antro tenebroso  
en el inmenso vacío,  
desplegar sus leves alas  
un fantasma peregrino,  
bella seductora imagen  
de un sér amado y perdido:  
oro las rubias guedejas  
del cabello suelto en rizos,  
el hechicero semblante  
con la blancura del lirio,  
cuajado el llanto en los ojos  
como gotas de rocío.

Y en el seno palpitando  
con los últimos latidos,  
hasta el fondo, entre la sangre  
que salta en copiosos hilos,  
clavado por fiera mano  
un implacable cuchillo.  
Giró Bojorques en torno  
los ojos despavoridos,  
oyó murmurar su nombre,  
y un postrer mortal gemido,  
y de Violante y sus nietos  
huyendo y lanzando un grito,  
cayó, convulso y demente,  
á los pies de un crucifijo.

## III

Después de una breve pausa,  
pausa que parece un siglo,  
con acento cavernoso  
murmuró entre dientes:—Idos.  
—Guárdeos Dios, dice Violante,  
guárdeos Dios en el castillo  
que en orfandad dolorosa  
fué de mi existencia abrigo.  
Mas ni he de volver á veros,  
ni á llevar vuestro apellido,  
ni éstos mis hijos, señor,  
ni los hijos de mis hijos.  
Después, de la obscura estancia  
salió con paso tranquilo.  
Y quedó muerto Bojorques  
á los pies del crucifijo.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE LIBROS Y CAS



JAIME ACUÑA.

A Francisco Zavala.

I

Después de muy larga ausencia  
retorna á su casa Jaime,  
y al penetrar en su estancia  
se detiene un breve instante.  
Allí unos brazos queridos  
deben estar esperándole,  
y unos purpurinos labios  
que de amor sólo han de hablarle.  
Y allí escuchar ha creído,  
allí mismo, en los umbrales  
de la puerta, los ruidos  
de dulces besos, y frases

de halagadoras promesas,  
y hablar oyó de un enlace  
en risueño paraíso  
de placeres inefables.

Con mano crispada y trémula  
el endeble cancel abre,  
y entra y palidece y calla  
del asombro ante la imagen.  
Allí están, la esposa adúltera,  
Inés, su dueño, su arcángel;  
y Lope, su hermano Lope,  
de quien él ha sido padre.

## II

—¡Lope!... ¡Inés!—murmura, y mira  
aterrado á los amantes;  
los mira inmóviles, mudos,  
pálidos como cadáveres;  
sin calor frentes y labios,  
sin latido el seno exangüe,  
todo espanto la mirada,  
todo estupor el semblante.  
Jaime ruge, el hierro empuña  
y lo esgrime; mas no sabe  
á quién matará primero...  
¡Porque es forzoso que mate!  
Se acerca á Lope... ¡Es su hermano!  
¡Carne de su misma carne!  
Se acerca á Inés... ¡Es su alma!  
¡De sus propios hijos sangre!

Se acerca á la una y al otro,  
entre el uno y la otra párase,  
y vuelve hacia ellos y de ellos  
torna airado á separarse.  
¿Jaime Acuña estará loco?  
¿Qué va á hacer? ¿Qué es lo que hace?  
¿Conque es verdad lo que mira?  
¿Ellos son los miserables?  
¿Lope, á quien crió desde niño,  
así paga sus bondades?  
¿Así Inés destroza el nudo  
hecho al pie de los altares?  
¿Qué es el mundo, la existencia,  
sin un amor que la halague?  
¡El alma sin esperanzas  
sus ligaduras desate,  
deje en la tierra las flores  
que vió en el polvo secarse,  
y á otra región, á otra vida  
Jaime al cielo la mirada  
levanta ardiendo en coraje,  
balbute algunas palabras  
que de su pecho no salen,  
vuelve contra él la filosa  
punta, se la clava, y cae,  
y ensangrentado murmura:  
“Orad sobre mi cadáver.”—  
Un doble grito, espantoso,  
resuena, rasgando el aire,  
y en una vecina torre  
dan las doce en ese instante.

## III

De una desierta capilla  
bajo la sombría nave,  
está una estatua yacente  
sobre un sepulcro de jáspe.  
Dicen que es de Jaime Acuña  
aquella estatua la imagen;  
clavado tiene en el seno  
un puñal mohoso de sangre,  
de sangre añeja, y murmurán  
vicarios y sacristanes,  
las gentes todas del pueblo,  
y lo afirma hasta el alcalde,  
que aquel puñal es el mismo  
con que Acuña logró darse  
airada muerte una noche;  
mas la causa, no la saben.

## IV

Se oye en la puerta del templo  
rechinar la enorme llave,  
y en él penetra una dama  
vestida con negro traje.  
Hacia el sepulcro encamina  
sus pisadas desiguales,  
y de hinojos se prosterna  
ante la estatua de Jaime.

Clava en el rígido rostro  
la mirada agonizante,  
y una tras otra en el mármol  
sus tristes lágrimas caen.

Se oye en la puerta del templo  
rechinar la enorme llave,  
y envuelto en obscura capa  
entra un hombre con pie grave.  
Hacia el sepulcro encamina  
sus pisadas desiguales,  
y se detiene en silencio  
junto á la estatua de Jaime.  
Clava en el rígido rostro  
la mirada agonizante,  
y una tras otra en el mármol  
sus tristes lágrimas caen.

Los dos parece que miran  
la helada estatua animarse,  
que el duro mármol golpea  
el corazón palpitante,  
que aquellos ojos se encienden,  
que aquellas arterias laten:  
aun creen que les salpica  
el rostro la ardiente sangre,  
y que los lívidos labios  
por la vez postrera se abren,

y ensangrentados murmuran:  
 "Orad sobre mi cadáver."  
 Y en la torre solitaria  
 dan las doce en ese instante,  
 y un doble grito espantoso  
 resuena, rasgando el aire.

## V

Hay gran tumulto en la Iglesia,  
 las gentes entran y salen,  
 todo el mundo se hace lenguas,  
 y es que el mundo nada sabe;  
 no sabe por qué motivo  
 los cuerpos helados yacen  
 de Doña Inés y Don Lope,  
 junto á la estatua de Jaime.

1879



## JUAN FARRIZ.

A Joaquín Baranda.

## I

Apenas del sol ardiente  
 entra un débil rayo de oro  
 que alumbra el recinto estrecho  
 de un oscuro calabozo.  
 Sobre un jergón, en el suelo,  
 apoyando en él los codos,  
 sobre los codos las manos,  
 y entre las manos el rostro,  
 está un anciano abatido  
 por el dolor y el insomnio,  
 la tez marchita y arada,  
 secos y ardientes los ojos.

Allí la humana justicia  
 guardóle un año tras otro,  
 y allí vió correr los años  
 en cautiverio espantoso.  
 Diez lustros cumple aquel día,  
 y al tender la vista en torno,  
 no halla una amiga mirada,  
 ni un semblante cariñoso.  
 ¡Nadie...! ¡Nada! ¡No! ¡Mentira!  
 Ni está aislado, ni está solo;  
 allí está con sus memorias  
 y con sus recuerdos todos.  
 Allí están sus alegrías  
 y sus tristezas, sus odios,  
 sus afecciones... ¡Un mundo  
 con él en su calabozo!  
 —Padres, hermanos,—exclama.—  
 ¡Cuántas veces os vi en torno  
 de una mesa, en mis natales!  
 ¡Y yo en medio de vosotros!  
 ¡Cuánta luz, cuánta alegría  
 en aquel semblante hermoso,  
 madre del alma, el primero  
 que vi cuando abrí los ojos!

Juan Farriz sintió en su pecho  
 un dolor fiero, espantoso:  
 en el insondable abismo  
 de la conciencia, muy hondo,  
 creyó contemplar la imagen  
 de su madre... Sintió el soplo

de su aliento.... Y oyó el eco  
 de su voz, y luego el sordo  
 gemido de sus dolores,  
 entre el murmullo monótono  
 de sus rezos, y el tristísimo  
 estertor de sus sollozos.  
 Juan Farriz sintió en su cráneo  
 algo terrible, monstruoso,  
 como tempestad airada,  
 como rugidos del notó,  
 como el chocar de las olas  
 en los peñascos del ponto,  
 y brotar quiso á torrentes  
 el llanto, y rebelde y sórdido  
 volvió á estancarse su llanto  
 del corazón en el fondo.  
 Llanto que es sangre del alma  
 que arroja el alma, copioso,  
 cuando la pena la ahoga  
 de la desdicha en el colmo.

Juan Farriz miró en seguida  
 de su jergón en contorno,  
 girar pálidos, horribles,  
 con fieros semblantes torvos,  
 á los que hirió con su mano  
 en un encuentro alevoso,  
 é en la guerra, ó como bueno  
 y frente á frente y sin dolo.  
 ¡Cuánta sangre! ¡Cuánto grito  
 de miseria y de abandono!...

¡ Hijos sin padre... ! ¡ Sin hijos  
 tantos padres cariñosos!  
 Y Estrella, allí estaba Estrella,  
 virgen de cabellos blondos,  
 de negra ardiente pupila,  
 y semblante melancólico;  
 la que sufrió de sus padres  
 por Juan Farriz el encono;  
 la que en el hogar querido  
 por Farriz lo dejó todo,  
 las rosas de sus arriates,  
 y sus pájaros canoros,  
 y la pequeña alcancía  
 de sus modestos ahorros;  
 y al viejo mastín que estaba  
 mirándola siempre absorto,  
 entre el lecho y el altar  
 de su blanco dormitorio;  
 Estrella que sin amparo  
 cayó desde el cielo al lodo,  
 del infame abandonada  
 en el fangal del oprobio;  
 Estrella... Y después de Estrella,  
 Juan Farriz contempló atónito  
 el flaco espectro de un niño,  
 que es su trasunto, que es otro  
 Juan Farriz, su imagen viva,  
 que hacia él convierte lloroso  
 el demacrado semblante  
 donde nunca dejó un ósculo...  
 Y... "Padre,"—le gritó el niño,—  
 me muero, padre, me ahogo,

me falta el pan y no tengo  
 ni amor, ni besos, ni apoyo...  
 Padre... ¿Dónde está mi madre?  
 No escondas, padre, los ojos,  
 mírame: ¡ el hambre y el frío  
 van á matarme muy pronto!  
 No huyas, padre... Espera, espera.  
 Saltó junto al lecho tosco,  
 y apoyándose en los muros  
 de aquel recinto espantoso,  
 acosado por el niño  
 sin parar un punto solo,  
 se daba vueltas y vueltas  
 de su prisión al contorno.  
 Tornaron á su memoria  
 sus crímenes y sus odios;  
 tras el niño aparecieron  
 los espectros espantosos  
 de otras víctimas... De nuevo  
 oyó sus risas... Sus roncos  
 gemidos, y maldiciones  
 y juramentos y votos,  
 y al fin lo mismo que cae  
 en los breñales de un soto  
 acosado por la jauría  
 sin fuerzas y herido un lobo,  
 Farriz, convulso y lanzando  
 un gemido estertoroso,  
 cayó sobre las baldosas  
 frías de su calabozo...

## II

De la prisión á la entrada  
 llega un hombre; los cerrojos  
 descorre, y entra y le dice:  
 —Farriz... Muere de alborozo;  
 Farriz, despierta... Tus padres,  
 y Estrella, y tu hijo, y todos  
 están allí... Todos viven:  
 ya estás libre... ¿Te haces sordo?—  
 Juan Farriz no contestaba,  
 abrió sus párpados rojos  
 y fijó en el carcelero  
 las miradas de un beodo.  
 —Contempla abierta tu cárcel,  
 y la luz y el cielo hermoso,  
 Juan Farriz, ¿Por qué te callas?  
 ¿Por qué miras de este modo?  
 Juan Farriz, ¿eres el mismo?  
 ¿Por Dios que te desconozco!—  
 Juan Farriz no respondía...  
 ¡Juan Farriz estaba loco!

1880.



## ALFREDO.

A la memoria de mi hermano Alfredo.

(† en Mérida el 16 de Enero de 1879.)

## I

Aun en los floridos años,  
 de amor y esperanza lleno,  
 honor de la hermosa tierra  
 que avara esconde sus huesos,  
 vió morir de sus amores  
 un delicado renuevo,  
 flor del alma, flor que apenas  
 abría el cándido seno.  
 Ni un gemido de las auras,  
 ni una lágrima del cielo,

ni de la noche apacible  
 el tierno lánguido beso,  
 temblar las débiles hojas  
 del cáliz límpido hicieron,  
 cuando perdido el aroma  
 rodó cadáver al suelo.  
 que avara esconde sus huesos!  
 Y él lloró tan gran desdicha  
 de amor y esperanza Meno,  
 honor de la hermosa tierra  
 que avara esconde sus huesos!

## II

Angel que del éter vagas  
 en el impalpable velo,  
 ¿por qué del padre amoroso  
 giras en torno del lecho?  
 De airada parca desvía  
 el rudo golpe violento,  
 de la implacable guadaña  
 embota el filo siniestro.  
 Tus blancas alas escuden  
 el nobilísimo pecho,  
 donde ardió la fe que brilla  
 en las lámparas del templo,  
 la que abrió al israelita  
 del Mar Rojo los senderos,  
 la que alboraba en el Gólgota  
 en los ojos del Cordero.

## III

Angel que del éter vagas  
 en el impalpable velo,  
 dale vida al moribundo,  
 dale vigor á su aliento,  
 mira el combate espantoso,  
 escucha el múltiple ruego,  
 los pobres un padre pierden,  
 los ricos un alto ejemplo,  
 la gratitud el tesoro  
 de sus ardientes afectos,  
 la desdicha una esperanza  
 y la esperanza un consuelo!

## IV

En vano el ángel implora  
 en el alcázar eterno:  
 el Señor de los señores  
 así lo tiene dispuesto.  
 Allí le esperan los santos,  
 allí le aguardan los buenos,  
 allí junto al trono altísimo  
 está vacando un asiento.

## V

"Alfredo," gritan en torno  
 del escogido, los siervos....

¡Alfredo! ¡Alfredo!... La muerte  
descarga el golpe certero,  
abre sus puertas la gloria,  
una sepultura el duelo,  
y con lágrimas y flores  
se cubre el mortuario féretro.

## VI

Aquel invisible drama  
tocó al fin su inicuo término;  
quedó de la hermosa vida  
un indeleble recuerdo,  
el hermano sin hermano,  
sin padre los hijos tiernos,  
y la esposa sin esposo  
y el risueño hogar desierto.  
En tanto, el ángel querido  
del Hacedor mensajero,  
va con el alma del padre  
por las regiones del cielo.

Enero de 1880.



## PER-ANZURES DE RIVERA.

(Romance.)

## III

—“En el campo de batalla,  
tras de la ruda pelea,  
me contaron tus traiciones  
y tus perjuros, Estrella.  
Supe allí que la honra mía  
diste de tu amor en prenda,  
infame noche, en los brazos  
de Rodrigo de la Cerda.  
Y por si acaso lo dudas,  
allí tienes su cabeza,  
que yo separé del tronco  
con un cuchillo de guerra,

después de luchar entrambos,  
frente á frente y diestra á diestra,  
después de hacerle en el pecho  
mortal herida sangrienta.”

Esto á su esposa decía  
Per-Anzures de Rivera,  
con labios como de nieve,  
con ojos como de hiena;  
sacando bajo el embozo  
y arrojándola á la tierra,  
la cabeza ensangrentada  
de Rodrigo de la Cerda.  
Lividó despojo mudo  
de una varonil belleza,  
de lacio cabello y corto,  
de poblada barba y negra.

## II

Calló Anzures un instante  
de horrible calma suprema,  
y tomando nuevo aliento  
prosiguió de tal manera:  
“A esto vine á mi morada  
y á celebrar tus exequias,  
porque es fuerza que esta noche,  
vida de mi vida, mueras.  
En este pomo te traigo,  
y es prodigio de la ciencia,  
mortal tósigo, que en breve  
hará que por siempre duermas.”

—“Jamás,” responde la dama,  
y torna á una cuna, llena  
de ansiedad y de congoja,  
la mirada descompuesta.

—“¡Hola!, gritó Per-Anzures:  
espera, mi amor, espera;  
yo nada de esto sabía.....  
¡Aun me faltaba esta afrenta!

Si no apuras ese tósigo,  
si no lo apuras, Estrella,  
en sangre de esta criatura  
te vas á teñir tú mesma.”

Brilló desnudo el acero,  
y entonces, pálida y trémula,  
sin exhalar un gemido,  
sin formular una queja,  
al desprenderse del párpado  
una lágrima postrera  
de hondo maternal cariño,  
apuró el tósigo Estrella.

## III

Están de duelo las gentes,  
está de duelo la aldea,  
y está de cuerpo presente  
el cadáver en la iglesia.  
con obscuro y denso velo  
estaba su faz cubierta;  
lo demás amortajado  
con ricas fúnebres telas.  
La esposa de Per-Anzures

murió de muerte violenta,  
ahogóla la sangre, dicen  
unos; que la peste horrenda  
dicen otros, y otros muchos  
que el placer y la sorpresa  
de ver á Anzures, matóla,  
pues no le avisó su vuelta.  
Después de los funerales,  
sobre unas andas soberbias  
llevaron el ancho féretro  
á la morada postrera  
de los Anzures, y todos  
suspiraron por Estrella,  
que para todos fué noble,  
que para todos fué buena.

## IV

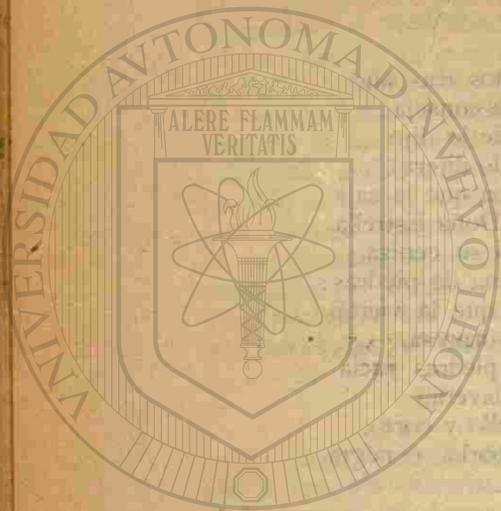
Diz que á la noche siguiente  
por la sombría poterna  
de la morada de Anzures,  
en negra túnica envuelta,  
salió una dama en silencio,  
sin escudero, sin dueña,  
sola, enteramente sola,  
y que aquel que logró verla,  
ó creyéndola diabólica  
aparición ó alma en pena,  
huyó temblando de susto,  
tal vez á rezar por ella.  
Y diz también que á muy poco  
de su viudez, á la huesa

dió su cuerpo Per-Anzures,  
que se murió de tristeza.

## V

Pasaron años tras años  
y (esto dice la conseja;  
lo demás nadie lo dijo  
antes que yo lo dijera)  
se hallaron con que la caja  
mortuoria de Doña Estrella,  
nunca guardó su ceniza,  
que estaba llena de piedras;  
y añaden los que la vieron  
azorados de sorpresa,  
que entre las piedras yacía  
una hosca calavera,  
con lacio cabello y corto,  
con poblada barba y negra.





## DOÑA ELMIRA

### I

De una morada feudal  
en la suntuosa capilla,  
está tendido el cadáver  
de D. Farfán de Mejía.  
Acaba de darle muerte  
junto al foso, en hora inicua,  
un rival afortunado...  
y bajo de la nopilla,  
aún caliente y manando  
roja sangre todavía,  
al lado izquierdo del pecho,  
tiene una mortal herida!

## II

Es media noche.—De pronto  
entra, sola, á la capilla,  
una dama hermosa y bella  
y enlutada. Es Doña Elmira,  
la viuda de Don Farfán,  
de Don Farfán tan querida,  
que de rencorosos celos  
por ser vengador fué víctima.  
La dama, asaz lentamente  
avanzó convulsa, tímida;  
mas sin una sola lágrima  
en las heladas mejillas!  
Párase súbito, vuelve  
en torno suyo la vista;  
pavor y espanto le causan:  
aquella nave sombría,  
las enlutadas columnas,  
el crespón de las cortinas  
que descienden ondulando  
desde las altas cornisas;  
los santos de los altares,  
sobre sus ménsulas frías,  
clavando, mudos, en ella  
sus inmóviles pupilas...  
el lúgubre catafalco  
y las flamas amarillas  
de los pálidos blandones  
que en los hacheros ardían!

¡El Cristo! El cataúd  
do surgen y se perfilan  
las enérgicas facciones,  
ya descompuestas y rígidas,  
de aquella vivaz, viril  
y hermosa fisonomía  
que el hálito de la Parca  
teñó con violáceas tintas!

Doña Elmira hace un esfuerzo,  
da dos pasos... se horroriza  
cada vez más y sus músculos  
helados se paralizan....  
Entonces clava los ojos  
en aquella cara lívida,  
y habla al cabo, y era su habla  
como la de quien delira:  
—Aquí me tienes, Farfán.  
aquí estoy.... calma tus iras...  
vengo á cumplir mi promesa,  
pues te ofrecí que vendría.  
"Caso que muera, dijiste,  
"ve tú sola á la capilla,  
"y dime allí la verdad...  
"¡quiero que allí me la digas!"  
¡Vengo á decírtela! Es cierto,  
soy culpable, te mentía;  
pero yo amaba á Gastón,  
bien lo sabes, desde niña.  
¡Y te empeñaste, Farfán,  
en que tu esposa sería,  
y, obligada por mis padres,  
fui obediente, fui sumisa.

para llenarte de dudas,  
de recelos, de agonías,  
y acibarar tu existencia  
y hacer horrible la mía!  
Farían, te rogué mil veces...  
tú me viste... de rodillas...  
¡ay! que de mí prescindieras,  
desolada te pedía!...  
¡Y bien! Te mató Gastón,  
Gastón que de mí se olvida,  
que me abandona y me arroja  
á mi suerte y mi desdicha!  
¡Ni él ni tú!... ¡sola en el mundo!  
¡Ni él ni tú! ¡sola y mal lita!  
¡Ojalá que tú pudieras  
darme la muerte, ó yo misma!...

Abrió los ojos el muerto,  
brilló un rayo en sus pupilas,  
al talabarte vie'enta  
dirigió la mano fría;  
arrancó de su puñal  
la hoja templada y bruñida,  
y adelantando la mano  
le dió el arma á doña Elmira!...

Doña Elmira avanza un paso,  
trémula... demente... livida...  
toma el puñal, se lo clava,  
y cae al suelo sin vida.

18 de Octubre de 1901.

## NOTA

Niegan, tal vez con razón,  
por ser la cosa harto rara,  
lo de que el muerto alentara...  
¡que fué una alucinación!  
¡que fué delirio ó locura!...  
No lo sé; pero es un hecho  
que ella la daga en el pecho,  
se hundió hasta la empuñadura!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA

DIRECCIÓN GENERAL DE



PEDRO

I

Desamarrando la amarra  
de su bote estaba Pedro,  
al amanecer de un día  
finalizando febrero.

Teresa! junto del poste  
que estaba la mar lamiendo,  
ve á su esposo con ternura  
y calla breves momentos.  
Suspira... parece que algo  
quiere decir que es muy serio...  
vuelve á suspirar, y al fin  
dice así con dulce acento:  
—No te vayas, Pedro mío!  
; Por la Virgen te lo ruego!  
; Están muy tristes las nubes,

®

y está muy pálido el cielo!  
 el agua apenas se mueve;  
 pero son sus movimientos  
 el despertar perézoso  
 de los tigres del desierto!—  
 Así me lo has dicho tú,  
 tú mismo, bien lo recuerdo,  
 una vez que estaba el mar  
 como ese que estamos viendo!  
 ¿Sientes!—

—; Caprichos!...

—¿Sentiste

esa ráfaga de viento?  
 Además, Pedro del alma,  
 creo en los presentimientos...  
 sí; presiento algo muy malo;  
 no me dejes, ¡tengo miedo!

Pedro, sin decir palabra,  
 tomó su red, sus anzuelos,  
 hilos, cañas y la cesta  
 de su frugal bastimento,  
 y echólo todo en el bote,  
 imperturbable... risueño...

—Adiós, Teresa, le dijo  
 con dulce voz, no me quedo.

Necesito pescar mucho;  
 hay que gastar y no tengo!

Ya se aproxima la feria,  
 y quiero mercarte un terno,  
 y unas arracadas de oro,  
 y un anillo de alto precio;  
 hay que pagar una misa

por los padres y el abuelo,  
 y hay que feriar á la niña  
 zapatitos y un sombrero...  
 ¡Habrá buena pesca!... Adiós;  
 dame un abrazo y un beso;—  
 dame otro más, prenda mía,  
 y hasta la tarde... ya vuelvo!

Entra en el bote, coloca  
 en su sitio entrambos remos,  
 y aquel pedazo de leña  
 abre las alas y el terso  
 cristal del agua se rompe  
 con melancólicos ecos.

Se aleja, se va alejando...  
 ya va muy lejos... muy lejos...  
 y Teresa mira y mira,  
 y cada vez más pequeño,  
 sobre un horizonte obscuro  
 aquel puntito tan negro!

—Adiós, dice al fin Teresa.  
 Adiós, mi Pedro... mi Pedro...  
 y se vuelve á la cabaña  
 á darle á su niña el pecho!

## II

No sale el sol, el nublado  
 se hace cada vez más denso;  
 la mar se agita y se encrespa  
 y se levanta rugiendo.  
 Todo es espumas el agua,  
 todo es negroses el cielo,

y revienta el rayo horrisono  
con retumbantes retruenos.  
Racha tras racha del moto  
zumba en los aires mugiendo,  
y las serpientes del rayo  
cuarteán el firmamento!

Todos están en la playa  
menos Teresa; el silencio  
de su corazón la espanta  
mientras ruge afuera el viento!

No piensa... está loca... falta  
vigor y fuerza á sus miembros  
entumecidos y frios  
como témpanos de hielo!

Al fin da un grito y arroja  
á su niño sobre el techo;  
sale á la calle, se marcha  
hacia la playa, gimiendo;  
llega y allí, allí mismo  
cerca del embarcadero,  
donde estuvo muy temprano  
y dió un abrazo á su dueño,  
mira agrupada á la gente  
en torno de algo.

—¿Qué es eso?  
grita Teresa... y se lanza  
al sitio donde está aquello,  
aquello exánime, informe...  
¡aquél adorado cuerpo!

—Atrás todos... todos...  
¡que me dejen á mi Pedro!  
Grita, y abraza al cadáver,  
y le habla y le besa, y luego

dando un rugido y alzándose  
con el rostro descompuesto,  
bizca la mirada fúlgida,  
entrambos brazos abiertos,  
temblando el labio marmóreo  
y destrenzado el cabello,  
echa á correr á la orilla,  
y entra á la mar; en el seno  
de una ola inmensa se pierde,  
y una exclamación á un tiempo,  
un ¡ah! de asombro y espanto  
sale de todos los pechos...!

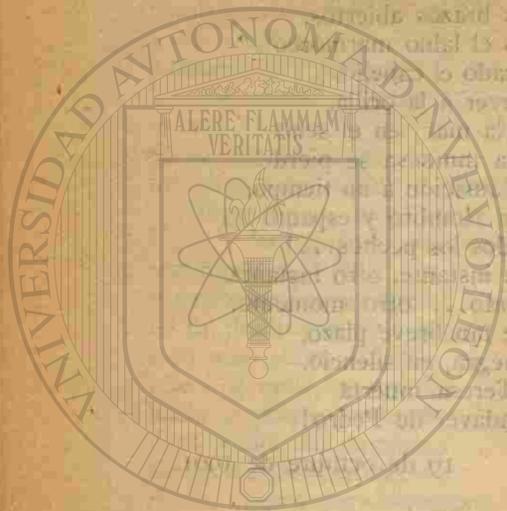
Pasa un instante, otro instante,  
un momento... otro momento,  
y al fin de tan breve plazo,  
otra ola, negra, en silencio,  
arroja á Teresa muerta  
junto al cadáver de Pedro!

19 de octubre de 1901.



®

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
CENTRO GENERAL DE BIBLIOTECAS



## DON JAIME

### I

La lámpara de la noche  
brilla en la celeste altura,  
y la casa de Don Jaime  
con su blanca luz alumbra.

Se abre un postigo, los pasos  
de un galán lentos se escuchan,  
y á poco al pie de la reja  
dos almas amor se juran!

### II

Don Jaime vive en su casa  
encerrado y con él tiene  
á Geroncio su escudero,  
y á su joven hija Irene.

Don Jaime está paralítico

Peón Contreras.—33



y arrastrándose en la alfombra  
 como una herida serpiente,  
 se dirige hacia la alcoba  
 de su hija infeliz, que tiene  
 bañado en llanto copioso  
 ambas mejillas de nieve!

## V

La lámpara de la noche  
 brilla en la celeste altura,  
 y la casa de Don Jaime  
 con su blanca luz alumbra.  
 Se abre un\*postigo, los pasos  
 de un galán, lentos se escuchan;  
 y á poco, por la ancha reja,  
 rápida asoma la punta  
 de un acero, y de Don Juan  
 en el pecho se sepulta!

21 de octubre de 1901.



## ROSA.

## I

Rosa, la hechicera rosa  
 de aquel valle pintoresco;  
 la más alegre muchacha  
 de las muchachas del pueblo,  
 ha perdido los colores  
 de sus mejillas, tan frescos;  
 y palidecen sus labios  
 que eran frutos de cerezo.  
 Y cada vez que se peina  
 el mazo de sus cabellos,  
 se cubre el escarpidor  
 con las hebras de su pelo.  
 Está triste, suspirosa,  
 y, con los ojos abiertos,  
 las noches todas se pasa

sin los favores del sueño.  
 ¡Pobre niña! ¡pobre Rosa!  
 ¿Qué le pasa? ¿qué le han hecho?  
 ¿Quién ha arrojado á su cáliz  
 esa gota de veneno?  
 ¿Dónde está el imán extraño  
 de aquel hechicero cuerpo,  
 que era el asombro del aire  
 de sus donaires suspenso?  
 ¿Por qué como antes no brillan,  
 ya de cerca, ya de lejos,  
 los luceros de sus ojos,  
 envidia de los luceros?  
 ¿Qué será? ¿lo sabe acaso?  
 ¿Lo saben sus pensamientos?  
 ¿Habló á solas con su alma  
 y ha descifrado el misterio?

Dice el cura que es que ansía  
 encerrarse en un convento,  
 y que su madre se niega  
 á complacer su deseo.  
 Que es amor chismea el vulgo,  
 el vulgo que es siempre afecto  
 á decir lo que no sabe....  
 ¡y que es tisis dice el médico!  
 Y ni el médico, ni el cura,  
 ni la gente saben de eso  
 que está matando á la niña...  
 ¡y la mata sin remedio!

## II

Se aloja en casa de Rosa,  
 y siempre de veraneo,  
 algunos meses del año,  
 un anciano caballero.  
 Sencillo, pulcro, elegante,  
 cortés, ilustrado, bueno,  
 que se llama Don Ramiro,  
 químico y pintor á un tiempo!  
 Parece ser muy dichoso  
 y se roba sin recelos,  
 sus paisajes á los campos  
 y á la ciencia sus secretos.

Tiene en la casa de Rosa  
 anchuroso alojamiento  
 con un gran balcón al valle  
 donde corre un arroyuelo;  
 en donde pasta un rebaño  
 de ovejas y de carneros,  
 unos blancos como el lirio,  
 y otros, como el tizne, negros.  
 Donde se mira un jardín  
 y se contemplan á trechos,  
 las milpas y los trigales,  
 las montañas y los cerros!

En ese balcón el químico  
 hizo de Rosa un portento,  
 enseñándole del mundo  
 todo lo malo y lo bueno,  
 su verdad y sus mentiras,

y lo honrado y lo perverso,  
y sus creencias, sus dudas,  
y lo grande y lo pequeño.  
Le entregó la biblioteca,  
las llaves de su museo,  
y unas notables pinturas  
del arte antiguo y moderno.

Rosa, durante la ausencia  
ó la no ausencia del dueño,  
cuidaba todos los días  
del artístico aposento  
de Don Ramiro, y en él,  
y á vueltas con el plumero,  
quitando el polvo á los libros,  
se desempolvó con ellos!  
Allí nutrió sus ideas  
con savia de los maestros;  
pero mientras más leía,  
sintió más y pensó menos,  
y abrió sus hojas ardientes  
la flor de sus sentimientos!  
Sintió que sentía amar,  
sintió en su sér y en sus nervios  
algo invencible, algo hermoso,  
algo enteramente nuevo!  
Estaba enferma, veía  
un gallardo mozo en sueños,  
bien portado, pulcro, limpio,  
un Don Ramiro, no viejo,  
sino joven, blanco, blanco  
como el marfil ó moreno;  
ya rubio y de ojos azules

ó negros y pelinegro.  
Su ideal era sin forma,  
¡era un hermoso boceto  
que en el lienzo de su alma  
manchaba el amor primero!  
¡Alucinatória imagen  
que proyectada de adentro,  
surgía ante sus miradas  
para guardarla en su ser!  
¿Y era amor? No amaba á nadie;  
no era amor, era un deseo  
doloroso, ardiente y puro  
en un corazón desierto!

¡Ay! ni el sobrino del cura,  
ni el sacristán, ni su nieto,  
ni el hijo de la alcaidesa,  
ni el cuñado del barbero,  
que la rondaban de día  
y de noche, sin sosiego,  
llenar podrían sin duda  
aquel delicado pecho!

Por eso la linda rosa  
de aquel valle pintoresco,  
la más alegre muchacha  
de las muchachas del pueblo,  
ha perdido los colores  
de sus mejillas, tan frescos,  
y palidecen sus labios  
que eran frutos de cerezo!

Murió; pero no de amor,  
 que la mató el no tenerlo,  
 como una flor que no tiene  
 ni luz, ni aire, ni cielo!  
 La enterraron bajo el árbol  
 más triste del cementerio....  
 ¡Qué nublado estuvo el día  
 de su muerte y de su entierro!

22 de octubre de 1901.



### DOÑA MENCIA

Diego Vellido en la calle,  
 Doña Mencía en la reja  
 que está enclavada en el muro  
 de una casa solariega.

Frente al zaguán de la casa  
 desemboca una calleja,  
 y se alumbra el escenario  
 con la luz de las estrellas.

—No ha de ser, Doña Mencía,  
 y que me sigas es fuerza,  
 que unen nuestras voluntades  
 indestructibles cadenas.

A nuestras almas ardientes  
 una sola llama quema,  
 y de aire una sola ráfaga  
 á nuestros pechos aienta.

¿Vivir sin verte? imposible;  
dile al río que se vuelvan  
sus claras linias que corren  
hacia el punto en que nacieran.

¿Acaso ya, dueño mío,  
como pensabas no piensas?  
¿ú olvidaste las palabras  
que envolvieron tus promesas?

"Te adoro, Diego," decías:

"mi corazón se te entrega  
como el insecto á la llama  
y como al viento la veía,  
y como el ave al espacio,  
y como al olmo la yedra...

¡como la ola del mar  
al aquilón que la lleva!  
Sin tí la sombra, lo obscuro....

tú eres una luz inmensa  
que va alumbrando mis pasos  
por la escabrosa vereda....

yo detrás de tí me voy  
loca, deslumbrada, ciega,  
y me iré donde me digas  
y me iré cuando tú quieras."

Eso dijiste, Mencia,  
niega si te atreves, niega  
que lo juraste dos veces  
al dar las ocho en la Iglesia.—

En aquel mismo momento  
las ocho en la Iglesia suenan,  
como si lo atestiguara  
del alto bronce la lengua!

—¿Negarlo? Nunca, Don Diego!—

Doña Mencia contesta,—  
tuya soy, tuya es mi alma,  
tuya es toda mi existencia!

—Entonces, ¿por qué vacilas?

Baja, Mencia; á la vuelta  
de aquel farol, nos aguarda  
con mi escolta una litera.

—¿Por qué te apresuras, Diego!

Di, por Dios, ¿por qué no esperas?

Sé que el Conde Don García  
viene ya....

—Pues bien, que venga,  
se encontrará con la punta  
de esta espada que lo espera!

—Que no te encuentre en su casa,  
que no te encuentre si llega,

que no quiero que te hable....

¡no quiero ni que te vea!

—Temes....

—¡Yo no temo nada;

Temo, sí, que te arrepientas,

y á tu palabra me faltes

y á que de ira me muera!

—Oyeme, Diego... no sé,

no sé qué extrañas ideas

anonadando mi espíritu

mi corazón atormentan!

Tuyas son, Don Diego mío,

mis ilusiones más bellas;

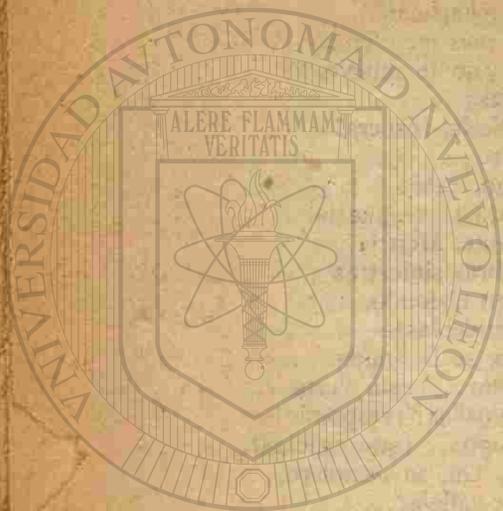
¡nunca á Don García, el Conde

que es mi esposo, se las diera,

que él es viejo!

—Pero es grande  
y te ofuscó su grandeza!  
—Si es grande, tú le has llevado  
sus mesnadas á la guerra.  
¡Tú le diste cien victorias  
y han cantado tus proezas  
los bardos en sus canciones  
para que nunca perezcan!  
—¡Manda el Conde á sus guerreros  
y los lanza á la pelea,  
y el prestigio de su nombre  
á la victoria los lleva!  
Y yo obedezco sus órdenes;  
¡yo soy brazo, él es cabeza!  
por eso el triunfo lo busca,  
y por eso el rey lo premia!  
¡pero le odio!... ¡le odio!...  
—Pues bien, sus mesnadas deja,  
que tú también eres noble,  
y de la rancia nobleza!  
Sepárate de su campo,  
y cuando de él nada seas,  
ven por mí, me iré contigo  
¡y por traidor no te tengan!  
—¡Que eso me digas! ¡Por Cristo!...  
—Te adoro, Don Diego, piensa  
en lo que digo... No juzgues  
que es desamor, no lo creas,  
que te he dado mi palabra  
y, no una sola, mil pruebas  
de que es sincero este pecho  
donde nada más tú reinas!  
Aguarda!

—¡Jamás, Mencía!  
Baja ya las escaleras...  
ni quiero escucharte más,  
ni quiero que más me ofendas...  
Baja pronto, ¿no te mueves?  
Di, ¿qué miras?  
—Nada, ¡espera!  
—Ya no espero...  
—Diego, vete!  
—Sólo aguardo tu respuesta  
Hace un instante, Mencía  
miro dos sombras siniestras  
de la calleja en el fondo,  
atravesar las tinieblas!—  
La garganta se le anuda,  
no puede hablar... está yerta...  
—¿Por qué te callas? ¡responde!—  
grita Don Diego... ¡qué esperas!...  
El Conde y Gil, su escudero,  
asoman por la calleja...  
—¡Tú, Gil, apunta al de abajo,  
¡que yo me encargo de ella!  
Salen dos tiros á un tiempo,  
rueda un cadáver en tierra,  
y se oye, rasgando el aire,  
un mortal grito en la reja!



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE AS



### BEATRIZ.

De una carta de Beatriz,  
lo que sigue es un fragmento  
escrito en Guadalajara,  
allá por mil ochocientos:

“Se van pasando los meses  
por obra de encantamiento,  
y tras los meses los años,  
y tras los años... ¡el tiempo!  
¿Qué es de ti, luz de mis ojos,  
qué es de ti, flor de mis sueños,  
fuente de mis ilusiones,  
cuna de mis devaneos!  
¿Qué es de ti? ¿ya me olvidaste?  
¿no te acuerdas del espejo  
en que tu amor se miraba  
de la pasión al imperio?

¿No soy tu prenda querida?  
 ¿no soy tu encanto y tu aliento,  
 hechizo de tu existencia,  
 gloria de tus pensamientos?  
 ¿Pues qué? ¿qué soy para ti?  
 ¿soy nada más un recuerdo  
 que pasa por tu memoria  
 como una nube en el cielo?

¿Olvidaste la promesa  
 que anudó tus juramentos,  
 y aquello que me dijiste  
 al partir?—Oye, Gilberto:  
 vivo sola en esta casa,  
 que parece un cementerio,  
 con mi doncella y el mozo,  
 y Gertrudis y tu perro.  
 Tu perro que me pregunta,  
 mirándome con aquellos  
 ojos redondos y tristes:

“¿en dónde estará mi dueño?”  
 Y yo, yo que lo adivino,

yo, mi bien, que lo comprendo,  
 le digo: “se fué á París...  
 está muy lejos... muy lejos...”

Ya no nos quiere, Sultán,  
 no nos quiere, es un perverso,  
 es un ingrato y olvida  
 lo mucho que le queremos.”

Y Sultán, que me comprende,  
 llora, primero en silencio,  
 después gime, salta y corre  
 hasta tu mismo aposento;

y vuelve en torno los ojos,  
 ladra, y olfatea el lecho,  
 tus chinelas y el sillón  
 en que estuviste escribiendo  
 aquella noche terrible,  
 aquella noche de duelo  
 en que saliste de casa  
 como si saliera un muerto!  
 Y el pobre Sultán, al cabo  
 de divagar, sin alientos,  
 torna junto á mí y se echa  
 de rodillas en el suelo,  
 y deja escapar un hondo  
 sollozo, un hondo lamento,  
 que me hace llorar á mí  
 y que me desgarrá el pecho!—

¿Qué haces en París, bien mío?  
 Dime ¿qué haces? ¡Te lo ruego!  
 ¡ay! ¡y quiero darte un beso!...

Me conservo muy hermosa,  
 y hago todo cuanto puedo  
 para no ponerme fea  
 y cautivar tus deseos!

A veces, muy pocas veces,  
 ¿sabes tú lo que yo pienso?  
 que otra te gusta, ¿me entiendes?  
 que amas á otra.—¡No lo creo!—  
 Pero con sólo pensarlo  
 el corazón me da un vuelco  
 y hasta, á veces, me parece  
 y termino por llorar  
 y por... en fin, que los nervios

se sublevar, y me dice  
Gertrudis, que tengo celos!  
Por eso quiero que vuelvas,  
porque no quiero tenerlos,  
porque me han dicho que mata  
y es mejor seguir viviendo.

Esto y otras muchas cosas  
Beatriz escribe á su dueño,  
y pasan mes y años,  
y con los años el tiempo,  
y aunque el mozo le promete  
aligerar su regreso,  
nunca pasan de promesas  
las promesas de Gilberto.

## II

Llegó al fin... ¡pero en qué estado!  
tan pálido y macilento,  
que parecía la sombra  
de aquel varonil mancebo,  
de altivez y audacia lleno;  
hermoso como el Apolo  
admiración de los griegos!

¡Cómo vería Beatriz  
aquel lacerado cuerpo,  
devorado por la fiebre,  
roído por el tubérculo!  
Apenas su voz se escucha...  
sus débiles brazos trémulos  
pueden estrechar apenas  
á la que fué su embeleso!

Y Beatriz de dolor muere,  
un dolor profundo, intenso,  
como un frío... como el frío  
de los que se están muriendo!  
Era el ídolo del alma,  
y su único bien terreno,  
¡su alegría! ¡su alegría  
agonizando en el lecho!

## III

—Doctor, ¿no hay remedio?

—No;

es la tisis... ¡No hay remedio!  
dice el Doctor contemplando  
desesperado á su enfermo.

—¡Ni un milagro!

—¡Ni un milagro!

—Doctor, haced un esfuerzo!

—Es en vano.

—Y... ¿será pronto?

—Muy pronto, señora...

—¡Oh, cielos!

Piedad, Dios mío, piedad,  
no podré seguir viviendo  
si te llevas mi ventura...  
¡si se muere mi Gilberto!

## IV

Hace un año, más de un año,  
del triste acontecimiento,  
y entre la vida y la muerte

Beatriz estuvo en el lecho!  
Al fin, pálida, abatida,  
poco á poco fué volviendo  
á la existencia, para ella  
sin encanto ni sosiego!

—¡Gertrudis! exclama un día  
torvo y lluvioso de invierno,  
Gertrudis, ven, acompáñame,  
ven conmigo á su aposento!

Allá fué con la nodriza;  
entró, temblando de miedo,  
¡parecía que la muerte  
le daba en la frente un beso!

—Abre ese baúl, Gertrudis;  
y le señaló uno, inmenso,  
junto al cual, Sultán estaba  
parado, sin movimiento,  
lo mismo que un centinela,  
como si fuera de hierro,  
fijos los ojos en su ama  
que adelanta á pasos lentos....

Gertrudis abre el baúl...  
¡todo hacinado y revuelto  
se ve en él, todo en desorden:  
ropas... alhajas... sombreros...

Y lo que es más... ¡oh desdicha!  
¡oh crueldad! ¡oh sino adverso!  
los retratos de cien damas  
¡y de la gente de trueno!

—“A mi adorado”—“A mi amante”

—“A mi futuro”—“A mi dueño”—

¡y en todos ellos el nombre,

el nombre de su Gilberto!  
Amillos, flores marchitas,  
cifras en blancos pañuelos,  
y de azabache ó de oro  
rizos de suaves cabellos!  
Esquelas dándole citas,  
aun conservando en el terso  
papel, el rico perfume  
del femenino coqueteo!

Los “menú” de las orgías...  
¡ay! y sobre todo eso,  
cartas y esquelas de amor,  
de amor y de desenfreno,  
en donde pueden leerse  
las traiciones, los excesos,  
la infamia, la desvergüenza  
y la embriaguez de un infierno!

¡Qué más pruebas! ¡ante ella  
descorrióse el denso velo  
del pasado, que encubría  
en un escenario inmenso,  
los dramas de la lascivia  
y del perjurio, y el negro  
abismo donde todara

su amor tan puro, en el cieno!  
Allí tenía Beatriz,  
en sus manos, el proceso  
de aquel que juzgaba un ángel  
por lo horrible y por lo bueno...!

V

Y huyendo fué de su alma  
y borrándose en su pecho,  
como la vela del buque  
que huye abandonando el puerto,  
como el horizonte azul  
conforme el sol se va hundiendo,  
como la luz del relámpago  
y como el eco del trueno,  
la voz, la mirada, el rostro  
y el fantasma ó el espectro,  
de la imagen adorada  
de aquel que fué su Gilberto!

30 de octubre de 1901.



GINÉS

I

Trovando trovas muy dulces,  
al pie de la celosía  
de un vetusto torreón  
que un antiguo hidalgo habita,  
y con él un escudero  
y una hermosísima hija  
que tiene á su rodrigón  
y á una dueña, que la guía;  
envuelto en su capa, negra  
como su propia desdicha,  
con un laúd que le asiste,  
Ginés Quirós de la Prida  
se pasa las horas altas  
de la noche; azul y límpida  
unas veces y otras veces  
húmeda, lóbrega y fría!

Peón Contreras.—36

Y allí de Ginés muy cerca,  
un río arrastra sus linfas  
ya mansas y transparentes,  
ya revueltas y sombrías.

## II

Siempre la letra es muy triste  
y más triste y más sentida  
la que del laúd se escapa  
melancólica armonía!  
Acaso de boca en boca,  
ó en un pergamino escrita,  
llegó de antaño á la fecha  
una trova, en seguidillas!  
Que el autor de este romance  
en él incrusta y consigna,  
para que, acaso, unos labios  
de ardiente coral repitan:

“Abre, Regina, reina  
de la hermosura,  
tu reja al desamparo  
de mi fortuna!  
¡Fortuna ingrata  
que de mi amor se roba  
las esperanzas!

—  
Cuatro palabras sólo  
decirte ansio,  
Cuatro palabras, dueño  
de mis delirios...

Con dos bastara,  
si te parecen mucho  
cuatro palabras!

—  
Correr estoy mirando  
la agua del río;  
parece que me llama  
con un gemido  
que yo creería,  
algunas veces, eco  
de la otra vida!

—  
¿Sabes? bajo esas ondas,  
claras y puras,  
puede también abrirse  
la sepultura.....  
Oye: me llama  
a'guien, con un gemido,  
bajo del agua....!”

## III

Así cantaba Ginés,  
y su canto parecía  
como el ternísimo canto  
de una eterna despedida...  
Alguno, dicen, que vió  
(pues siempre hay alguien que mira),

que una sombra se acercaba  
 hasta la muda rejilla  
 de aquella inviolable y alta  
 misteriosa celosía,  
 aun más misteriosa que ella,  
 la gentil silueta erguida  
 de una dama... ¡tal vez ella!  
 acaso su amor... ¡Regina!—  
 Pasó un instante mortal,  
 eterno instante: una vida!  
 Sonó de nuevo el laúd,  
 muy más triste todavía...

También de nuevo se oyeron  
 unas trovas... armonías  
 que en el corazón vibraban  
 destrozándole sus fibras.

“No importa que á mi cuerpo  
 sepulte el agua,  
 antes ya sepultaron  
 mi amor las lágrimas...  
 No importa, si antes  
 mi pecho fué sepulcro  
 de otro cadáver!

Adiós, prenda adorada  
 del alma mía;  
 adiós;... pues no me quieres,  
 súbete la vida!  
 Adiós... ¡Me llama  
 con sus suspiros hondos,  
 gimiendo, el agua!

## IV

“El agua,” repite el eco  
 fugaz de la errante brisa.....  
 ¡y se oye un grito y se abre  
 crujiendo la celosía!

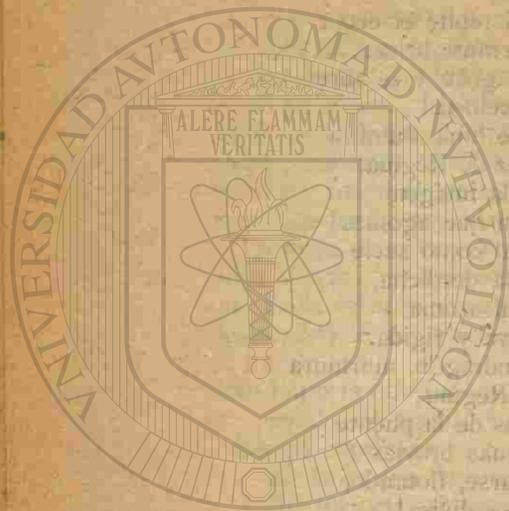
Un rayo de luna alumbra  
 la hermosa faz de Regina,  
 pálida como la imagen  
 de una virgen que agoniza!  
 Tras ella y tal como suele  
 el genio de la desdicha,  
 viejo rodrigón asoma  
 la cabeza calva y rígida.

—Corre, Mondragón, murmura  
 desesperada Regina;  
 corre, que tras de la puente  
 donde las aguas bravías  
 van á estrellarse, flotando,  
 negro bulto se divisa!

¡Es él, es él...! Y la dama  
 siente que apenas palpita  
 el corazón desmayado  
 dentro de su cárcel fría!

## V

¡La negra capa no más  
 y el roto laúd! ¡La límpida  
 corriente llevo el resto  
 entre sus ondas sombrías!



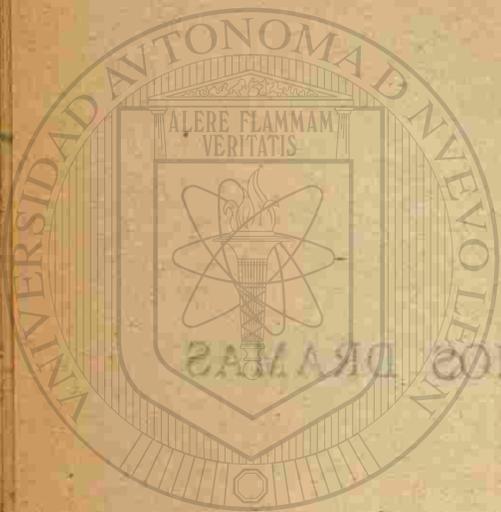
PEQUEÑOS DRAMAS

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





Al Sr. D. FRANCISCO PATIÑO.

México.

Te envío e los veinte romances que escritos fueron en testimonio de viva y honda simpatía, para el álbum de una joven y noble dama, rindiéndole con ellos homenaje, humilde pero sincero, de admiración profunda á su excepcional privilegiada inteligencia.

Quedar debieron guardados, tal vez por mucho tiempo, en las páginas de aquél libro; mas, por motivo especialísimo, salen hoy al mundo de las letras sin que por eso dejen de ser, como siempre, ofenda de eterno culto.

Aparecen por esto mismo, destituidos de pretensiones tales como se escribi-ron, sin artificioso arreo, sin artística compostura, lo mismo que las aves parten del nido ávidas de espacio, de horizontes de luz, sin preocuparse del color de sus plumas, ni del valer de sus canciones, ni de su fuerza para volar. Cantan lo que saben y vuelan lo que pueden.

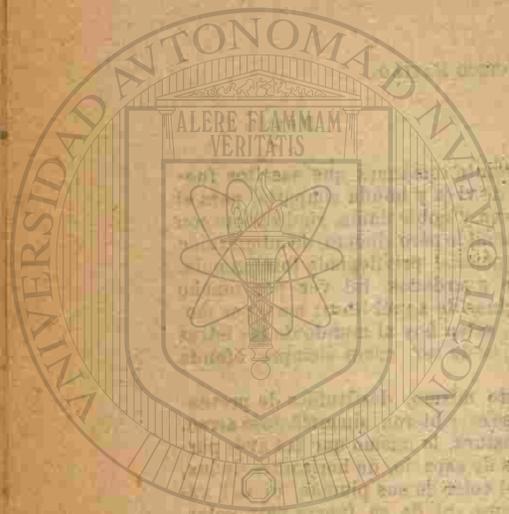
Mérida, Enero 12 de 1887.

JOSE PEON Y CONTRERAS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





### XIMENA

Celajes en el oriente,  
dosel de un sol que se ausenta,  
sombras que flotan errantes  
sobre la faz de la tierra;  
flores que su cáliz abren,  
flores que su cáliz cierran,  
perfumes que se dilatan,  
perfumes que se concentran;  
aves que tornan al nido,  
aves que del nido vuelan,  
almas que al amor se duermen,  
almas que al amor despiertan,  
hora santa, hora bendita  
para el alma del poeta;  
hora en que el mundo se viste  
su regio manto de estrellas.

## II

Una gran plaza sombría,  
 una casa solariega,  
 un atrio frente á la casa  
 y al fin del atrio una Iglesia.  
 La casa siempre en silencio,  
 siempre una luz en la reja;  
 la Iglesia siempre cerrada  
 y siempre un hombre á la puerta.  
 En la reja, muchas veces,  
 negra, inmóvil; la silueta  
 de una mujer, y en el atrio  
 la sombra del hombre, negra.  
 Y entre las dos negras sombras,  
 el negror de las tinieblas,  
 y el negror de unas desdichas,  
 y el negror de unas tristezas!

## III

Algún transeunte que pasa  
 las sombras mira, y al verlas  
 ó se detiene un instante  
 fijando la vista en ellas,  
 ó no se detiene, pasa;  
 pero las mira y se aleja  
 diciendo: "Pobre Manrique,  
 desventurada Ximena!"

## IV

Murió Ximeno Ximénez  
 en aquella casa vieja,  
 pero algunas horas antes  
 de que Ximeno muriera,  
 llamó á Nuño, el escudero  
 que con él luchó en la guerra;  
 el que curó sus heridas,  
 el que le sirvió la mesa,  
 el que cuando él no dormía  
 pasaba la noche en vela;  
 su amigo más leal, su perro...  
 y hablóle de esta manera:  
 —Nuño, Manrique de Luna  
 enamora á mi Ximena,  
 y mi Ximena le quiere  
 y no quiero que se quieran.  
 Tu sabes de un caballero  
 á quien hice una promesa,  
 y es preciso que se cumpla,  
 que se cumpla aunque yo muera.  
 Dí la mano de mi hija  
 á Sancho Lope de Ruela,  
 y que se case con Sancho  
 es mi voluntad postrera.  
 Así te lo mando, Nuño;  
 así lo mandé á Ximena,  
 y lo que de vivo mande,  
 muerto yo, mandado queda.

Y algunas horas pasadas  
de que estas frases dijera,  
murió Ximeno Ximénez  
en aquella casa vieja.

Y de aquella vieja casa  
se abrió un día la gran puerta,  
y un gran señor muy apuesto,  
y una gran dama muy bella,  
y un escudero sombrío  
y de mirada siniestra,  
y dos gentiles mancebos,  
y dos damas y una dueña,  
salieron, y ya en la calle  
ellos graves, graves ellas,  
atravesaron el atrio  
y se entraron en la Iglesia.

## VI

Y detrás de ellos, volando  
como los pájaros vuelan,  
salió también á la calle  
un pajecillo que lleva  
una promesa en el alma,  
de oro una joya en la diestra,  
un puñal en la cintura  
y una carta en la escarcela.

De una suntuosa morada  
hasta los dinteles llega,  
y llama y su nombre dice,  
y á pocos instantes entra.

## VII

Duerme Manrique de Luna  
pero más que duerme sueña,  
sueña que un soñado sueño  
le está contando á Ximena.

“Ximena mía, le dice:  
soñando estuve en aquella  
ocasión afortunada  
que te ví la vez primera,  
cuando sentí que te quise,  
cuando te miraba apenas,  
cuando apenas te quería  
y te ví tan hechicera.  
¿Te acuerdas?, cuando sentiste  
que ya me amabas, Ximena,  
antes de que me miraras  
antes que me lo dijeras,  
qué será, bien de mi vida,  
qué será, si entonces era  
chispa sólo, lo que es hoy  
un incendio que nos quema?  
Tanto te adoro, que estar  
eternamente quisiera,  
ó en la tumba sin tu amor  
ó con él en esta reja.”

Así soñaba el de Luna  
 en fantástica quimera,  
 ilusiones mentirosas  
 y esperanzas lisonjeras;  
 cuando llamándole quedo  
 le dijeron, en voz queda,  
 que despertase, que estaba  
 llamando Lope á la puerta.

## VIII

Entró Lope y al de Luna  
 le dijo con voz resuelta:  
 "Señor, á Ximena casan,  
 señor, casan á Ximena;  
 dice, señor, que te adora,  
 dice que te dé esta prenda,  
 y que este puñal te entregue  
 y esta carta y que la leas.  
 —Léela tú, gritó Manrique  
 con voz como de tormenta,  
 —Léela tú mientras me visto,  
 y leyó Lope:

"Despierta,  
 soy yo quien esto te envía:  
 la joya, para que creas,  
 el puñal, para que mates,  
 la carta, para que vengas."

## IX

Llegó Manrique de Luna  
 á la puerta de la Iglesia,  
 una mujer de rodillas  
 miró y un hombre junto á ella.  
 Al sacerdote en el ara  
 bendiciendo una promesa,  
 y se detuvo asombrado  
 y rugió como una fiera.  
 Brilló la hoja en su mano;  
 pero antes que traspusiera  
 el dintel sagrado, rayo  
 que el negro espacio atraviesa,  
 fugaz relámpago rápido,  
 deslumbradora centella,  
 cayó la espada de Nuño  
 sobre su noble cabeza;  
 y cayó al suelo Manrique  
 bañado en su sangre misma,  
 entre los brazos de Lope  
 que ve á Nuño y jura y tiembla.

## X

Todos luego se agruparon  
 en torno á Manrique, y cuentan,  
 que prescindió de la boda  
 don Sancho Lope de Ruela.

## XI

Como esas pálidas flores  
 que el invierno helado deja;  
 que en sus primeros halagos  
 fecunda la primavera,  
 en un pequeño aposento  
 que tiene sólo una reja,  
 solitaria y suspirando  
 se va muriendo Ximena.  
 A su postigo de noche  
 se asoma, y entre la niebla  
 mira vagando en el atrio  
 de su amor la sombra negra:  
 ¡A su Manrique!

## XII

Manrique  
 después de la fiebre horrenda  
 de la doble y honda herida  
 de la alma y de la materia,  
 tornó al mundo... ¿Qué es el mundo  
 qué sus sentidos rodea?  
 ¿qué es el aire que respira?  
 ¿qué el espíritu que piensa?  
 ¿qué el cielo? No lo sabe.  
 ¿Qué es la tierra? No está en ella.  
 Quedó una imagen en su alma,  
 en su cerebro una idea.

Con los ojos sólo mira  
 una pálida belleza,  
 palabras tiene en los labios;  
 pero palabras para ella.  
 Oídos que sólo escuchan  
 una voz dulce y ligera,  
 como el rozar de unas alas,  
 como el vibrar de unas cuerdas!

## XIII

Manrique á las oraciones  
 cuando la campana suena,  
 camina desde su casa  
 hasta el atrio de la Iglesia,  
 y en voz muy baja murmuran  
 las gentes que á verlo llegan:  
 —“Allá va Manrique, el loco,  
 que va á ver á su Ximena.”  
 Y es de ver cómo en el atrio  
 aquella sombra vaguea;  
 y aquella otra sombra inmóvil  
 y muda, tras de la reja,  
 y entre las dos negras sombras,  
 el negror de las tinieblas,  
 y el negror de unas desdichas,  
 y el negror de unas tristezas!

## XIV

Abriendo están un sepulcro  
 en el atrio de la Iglesia,  
 y mudo el loco, veía  
 cómo sacaban la tierra.  
 Y á la hora en que el mundo viste  
 su regio manto de estrellas,  
 miró cómo en unas andas  
 llegó hasta el atrio una muerta.  
 Estuvo viendo el cadáver  
 con espantosa fijeza,  
 miró la frente marmórea  
 coronada de azucenas,  
 miró los lívidos labios  
 de aquella boca tan bella,  
 miró los velos marchitos  
 de aquellas pupilas negras,  
 y moviendo tristemente  
 con lentitud la cabeza,  
 dijo, cerrando los ojos,  
 "esa mujer es Ximena."

## XV

Y después de verlo todo  
 con espantosa fijeza,  
 después que el ataúd bajaron,  
 después que echaron la tierra,  
 después que los que venían

acompañando á la muerta  
 se fueron como vinieron,  
 llenos de angustia y de pena,  
 se quedó solo Manrique  
 buscando la sombra aquella,  
 entre la casa y el atrio,  
 entre la tumba y la reja.

Mérida, marzo 10 de 1883.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

INSTITUTO GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



MENDO MENENDEZ

I

Así escribe Doña Elvira  
al doncel Mendo Menéndez:

—“Mendo me quieren casar:

“bien lo sabes, bien lo temes:

“pero no lo temas, Men lo,

“porque tu Elvira no quiere.

“Yo sabré morir primero!

“Supongo que lo prefieres:

“y si tal desdicha ocurre,

“y si tal aconteciere,

“espérame en tu aposento,

“y no dudo que me esperes,

“porque como yo, mi bien,

“sabes que los muertos vuelven!

“No te olvides de mis ojos”

"que se gozaban en verte,  
 "aquellos que me decías  
 "que eran dos soles...—¿Me quieres?  
 "No te olvides de los labios  
 "que te hablaron tantas veces,  
 "aquellos que me decías  
 "que eran corales...—¿Me quieres?  
 "Si respondes á estas líneas  
 "que tantas lágrimas tienen,  
 "no te olvides de decirme  
 "veinte veces: que me quieres!"

## II

Vive en prisión Doña Elvira  
 porque casarse no quiere  
 con un noble caballero,  
 que hacerla suya pretende.  
 Es su padre un viejo conde  
 el que encerrada la tiene,  
 porque ha jurado: ó casarla  
 ó verla morir mil veces!

## III

Llega el conde á la prisión  
 seguido de sus donceles,  
 y entra á la prisión con ellos  
 después de llorar tres veces.  
 —"Hija mía, dice el viejo,

mañana don Jofre viene,  
 y antes de que el alba espire  
 con él desposarte debes.  
 Cubierta está en la capilla  
 el ara en blancos manteles,  
 y arde la cera, y se aguarda  
 nada más á que despiertes."  
 No contesta Elvira al conde,  
 el conde juzga que duerme;  
 y la llama y no despierta,  
 y la toca y no se mueve!  
 —¡Ola!, grita el viejo conde  
 á las doncellas: no esperen,  
 vistan su traje de boda  
 á ese cadáver inerte,  
 porque ha de llegar don Jofre,  
 porque don Jofre ya viene,  
 y es fuerza que me la pida,  
 y es fuerza que se la entregue!

## IV

—Allí la tienes, don Jofre,  
 es tu esposa, allí la tienes.  
 Te la negó la esperanza  
 y te la entrega la muerte.  
 Que duerma donde los tuyos  
 el último sueño duermen;  
 y ya he cumplido... Así cumple  
 quien una palabra tiene.

Llevóse á su esposa, Jofre,  
 á su castillo, y sostienen  
 los que lo vieron, que todas  
 las noches, cuando los leves  
 tintes del alba en el cielo  
 no señalan el oriente,  
 vestida en traje de boda  
 doña Elvira se aparece,  
 y que á la puerta del conde  
 llega y llama por tres veces.  
 Después por los corredores  
 avanza, y en donde tiene  
 él sólo su habitación  
 el doncel Mendo Menéndez,  
 mirando hacia todos lados  
 un instante se detiene;  
 que después la puerta se abre  
 sin un rumor, ni el más leve,  
 y después como una sombra  
 Elvira desaparece.

Y por eso el cronista  
 de aquel conde, aunque lo niegue  
 el mundo entero, en su crónica  
 dice que los muertos vuelven.

Mérida, abril 6 de 1887.



IDA.

I

De una cámara espaciosa  
 entre las cuatro paredes  
 está una dama, que es Ida,  
 y está un hombre, que es Ruy Pérez.  
 ni una palabra se dicen;  
 que pronunciarla no pueden,  
 y que cuando hablan las almas  
 los labios se callan siempre.  
 ¡Lástima que no se vean  
 cruzando tristes ó alegres  
 las esperanzas que parten  
 de las almas que se quieren!  
 ¡Lástima que no se escuchen  
 estas frases que se pierden  
 donde van los pensamientos

lentos de amor á perderse!  
 ¡Lástima que no se miren  
 esas lágrimas ardientes,  
 que nunca salen del alma  
 porque el alma se las bebe!  
 Y lágrimas y suspiros  
 y esperanzas sólo tienen  
 el alma pura de Ida  
 y el corazón de Ruy Pérez.

## II

Súbito como el destino  
 implacable, cuando hiere,  
 aparecióse en la estancia  
 el conde Vasco de Albuernes,  
 y con voz pausada y ronca,  
 cual del destino, solemne,  
 dejó escapar de sus labios  
 estas palabras:—"Ruy Pérez,  
 de este castillo á la puerta  
 enjaezado el potro tienes,  
 y esta carta que te entrego,  
 y esta espada de buen temple.  
 Juréle á tu padre mismo  
 junto á su lecho de muerte,  
 que te enviaría á la guerra,  
 y el que jura cumplir debe.  
 Cumplo, pues, dame tus brazos;  
 Ida te espera si vuelves,  
 ¡Adiós... y con la ayuda

de la Providencia, vete!"—  
 ¡Lástima que no se vean  
 cruzando tristes ó alegres,  
 las esperanzas que parten  
 de las almas que se quieren!

## III

Yermos campos solitarios,  
 vastas llanuras estériles,  
 lóbregas selvas salvajes,  
 turbios lagos sin corrientes,  
 desenfrenadas tormentas,  
 cielo negro, negro siempre,  
 mar sin espumas ni playas,  
 olas que en las olas mueren;  
 sueño que á gritos se llama,  
 sueño á los gritos rebelde,  
 inquietud que llega sola,  
 hondo sopor que adormece,  
 aire que en el pecho falta,  
 ansias que en el alma duelen,  
 eternidades de penas  
 que en un instante aparecen.  
 Ruinas de hermoso palacio  
 que fué del tiempo juguete,  
 escombros de una belleza  
 donde tristes flores crecen.  
 Una helada sepultura  
 y sobre el mármol perenne,  
 un ser vivo que suspira

por el que en la tumba duerme!  
 A veces una esperanza  
 brota en el alma, cual suele  
 abrir en los arenales  
 un lirio el cáliz de nieve,  
 una ilusión como sombra  
 que atraviesa por la mente,  
 como atraviesa áurea nube  
 por el horizonte á veces.....  
 Este es el mundo que habitan  
 los espíritus ausentes....!  
 ay! desventurada Ida!  
 ¡desventurado Ruy Pérez!  
 ¡Lástima que no se escuchen  
 esas frases que se pierden  
 donde van los pensamientos  
 llenos de amor á perderse.

## IV

Para qué sirven las flores  
 si en el alma no florecen?  
 ¿De qué sirven las estrellas  
 si el nublado las envuelve?  
 En vano le ruega Ida  
 al conde Vasco de Albuernes,  
 ay! el conde es el destino  
 y el destino se ensordece!  
 Es la roca en que se estrella  
 ola gigante que inerme  
 torna á caer en el seno

de la mar que se enfurece!  
 ¡Destino!; ¿qué es el destino?  
 ave negra que se cierne  
 sobre la pálida efigie  
 del que viviendo se muere!  
 Nieve de nacar que enciende  
 la luz de un alegre día  
 ¡cuando dichoso amanece!  
 ¡Destino!; ¿qué es el destino?  
 ¡Quién lo sabe!, ¡quién lo entiende  
 Sombra ó luz, congoja ó dicha....  
 ¡Destino es lo que Dios quiere!  
 Ida sufre, Ida encerrada,  
 lentamente languidece,  
 entre la luz y la sombra,  
 entre la vida y la muerte!  
 Lo mismo pasa al mancebo,  
 lo mismo pasa á Ruy Pérez;  
 y entre su amor y sus dudas  
 ríe y llora, vive y muere!  
 ¡Lástima que no se miren  
 esas lágrimas ardientes,  
 que nunca salen del alma  
 porque el alma se las bebe.

Mérida, mayo 3 de 1883.



SARA

I

En una cámara, apenas  
alumbrada por un resto  
de la hermosa luz del día,  
(de un día del mes de enero  
de mil seiscientos cuarenta  
poco más ó poco menos),  
estaba un hombre sentado  
y enfrente de él y no lejos,  
una mujer muy anciana  
de triste aspecto severo.  
El es don Diego de Sesá,  
gallardo y gentil mancebo,  
la anciana, doña Mencía,  
su noble madre.

## II

—Comprendo;  
y no he de olvidar, señora,  
que amor y respeto os debo.  
Mas no es posible obsequiaros  
ni tampoco obedeceros,  
que aquel amor es más grande  
que este amor y este respeto.  
Si así á mi destino plugo,  
vive Dios! que es bien adverso,  
mas para luchar con él  
ha de sobiarme el aliento.

—¿Luchar contra mí?

—No, madre.  
Luchar contra vos no puedo;  
pero si sois mi destino,  
contra el destino.

—Es lo mismo.  
Y ese amor es imposible.

—Por imposible lo quiero.

—Esa doncella es judía.

—Pues eso es, á lo que entiendo,  
el imposible, señora,  
que á no ser eso, por cierto,  
que al pie del altar mañana  
mi amor le jurara eterno.

—Y ella... ¿Te ama?

—No lo sé,  
que jamás me lo dijeron.

—¿Y ni preguntarlo osaste?

—Osé, sí tal, no lo niego;  
pero ella puso en mis labios  
el candado del silencio.  
Y es igual, que así la adoro,  
pues amor, según yo pienso,  
mientras más dentro se calla  
se van entrando más adentro.

—Amor candados no tiene.

—¿Por qué me dijisteis eso?

—Porque esa hermosa judía  
á tí no te ama, don Diego.

—Clavad, señora, cien veces  
este puñal en mi pecho,  
dadme á beber gota á gota  
toda la hiel que no os dieron  
ni perdidas ilusiones,  
ni malogrados deseos,  
ni esperanzas que rodaron  
en los abismos del tiempo;  
pero quede en vuestros labios  
esa serpiente de celos.

Guardadla donde aire tenga  
menos puro del que tengo  
que del aire que respiro  
su imagen vive en mi pecho!

## III

Las flores sobre la tierra,  
las estrellas bajo el cielo,  
y entre estrellas y entre flores

y entre perfumes y besos,  
 con los labios como rosas,  
 los ojos como luceros,  
 vive Sara, flor y estrella  
 del corazón de don Diego:  
 nadie sabe por qué Sara  
 llora á veces en silencio,  
 nadie sabe por qué á veces  
 tiene el semblante risueño.  
 Ella y Dios no más lo saben  
 y lo sabe, acaso, el viento,  
 ó sin saberlo se lleva  
 los suspiros de su pecho,  
 las sonrisas de su labio,  
 las sombras de sus deseos,  
 y los fantasmas dorados  
 de sus dorados ensueños.  
 Y ella sabe que en la calle  
 ronda un hombre sin sosiego,  
 ella sabe que ella sola  
 es su sólo pensamiento,  
 y ella siempre, noche á noche,  
 oye un cantar á lo lejos,  
 ó acaso se lo figura,  
 pero oye que cantan esto:  
 "Para tí la luz del día  
 que tu corazón alegra,  
 para mí la noche negra  
 que es muy mía,  
 que la adoro;  
 pues que entre sus sombras lloro  
 por tu amor y por tu encanto,

para mí su negro manto,  
 para tí su manto de oro.

Para tí luz y colores  
 porque venturosa fuiste,  
 para mí que vivo triste,  
 tristes flores,  
 pues con ellas  
 alimento mis querellas  
 y quebranto mis congojas;  
 para mí las secas hojas  
 para tí las hojas bellas.

Para tí las venturanzas  
 con que sueña el pensamiento,  
 para mí sólo tormento  
 y esperanzas,  
 pues los días  
 tras hondas melancolías,  
 paso soñando en venturas;  
 para mí las amarguras,  
 para tí las alegrías."

## IV

Murió al fin la adusta anciana  
 sin conseguir que don Diego,  
 de su amor ni un solo día  
 se olvidara... ¡ni un momento!  
 Si dió Sara ó no dió Sara  
 esperanzas al mancebo,  
 si ella al fin rompió el candado,  
 y él al fin rompió el silencio;

si aquel amor santo y puro  
unió sus almas, y de ello  
fueron testigos las flores  
y las estrellas á un tiempo,  
ni quedó escrito en la reja,  
ni quedó escrito en el viento,  
y tal vez ni quedó escrito  
en el azul de los cielos;  
pero es fama que una noche  
después de un cantar que oyeron,  
oyeron como un gemido  
de la noche entre el silencio.  
Oyeron en las baldosas  
como que chocaba un cuerpo,  
un cuerpo que se caía  
como cuando cae un muerto.  
Que después oyeron llantos,  
después nada....

V

Así los cuentos  
terminan y así terminan  
las historias. ¡Qué misterios  
guarda el espacio en sus sombras!  
;Y cuántos hondos secretos  
las flores sobre la tierra,  
las estrellas bajo el cielo!



## FLORA

## I

En su mano y en su frente,  
y en su mejilla hechicera,  
la lozana palidez  
de la flor de la gardenia;  
sus labios hojas de rosas  
las más rojas y más tiernas,  
sus ojos como esas noches  
en que no alumbra una estrella,  
más oscuras que las ondas  
de su hermosa cabellera,  
donde hay dorados reflejos  
y fulgores y tinieblas.  
¡Qué sonrisas en los labios  
en que el aura se embelesa,  
cuando sus alas los tocan,

cuando sus besos se llevan!  
 ¡Qué miradas en los ojos  
 que se abren, que se cierran,  
 que se entornan, que parece  
 que de sombra y luz se llenan!  
 Y bajo el labio qué hoyuelo;  
 y qué pestaña tan negra,  
 y qué líneas y qué curvas  
 en los arcos de las cejas.  
 Así el niño la sonríe,  
 así el alma la sospecha,  
 y así la idolatra el hombre  
 ¡y así la sueña el poeta!

## II

Le dicen Flora á la hermosa  
 porque se llama Florencia;  
 como un rayo de sol, pura,  
 como los ángeles buena.  
 Quiso el amor y buscólo  
 con ansia inocente y terca;  
 pero lo busca y suspira  
 pues lo busca y no lo encuentra!  
 Acaso á veces lo finge  
 así como si lo viera,  
 como la luz de la aurora  
 entre celages y nieblas;  
 pero su pecho no siente  
 lo que quiere y lo que anhela,  
 y por eso vive triste,

pesarosa y descontenta,  
 y por eso se acongoja,  
 y por eso se desvela,  
 hasta que un día sus ojos  
 se abren á una vida nueva,  
 como el que de largo sueño,  
 soñando el amor, despierta!

## III

Era Baltasar de Alarc  
 casi joven, casi viejo,  
 y es como todos por fuera,  
 y como nadie por dentro.

## IV

Soñó un amor en su vida  
 tal como todos lo sueñan,  
 pero tal como lo siente  
 no hay ninguno que lo sienta.  
 En un instante feliz  
 de su azarosa existencia,  
 al ver á Flora se hechiza  
 y ya hechizado se queda!  
 No ha de haber poder humano  
 que arrancar de su alma pueda,  
 aquella imagen que el sello  
 de lo eterno grabó en ella;

ni ha de haber una hora sola,  
que, con sus alas ligeras,  
volando en torno la imagen  
gentil, no se le aparezca!

## V

Flora también idolatra  
á Baltasar, porque es fuerza  
que se adoren los que nacen  
con dos almas como aquellas.  
Y aunque el amor que se tienen  
en el misterio se envuelva,  
algo murmuran las gentes  
aunque tal vez no lo crean;  
porque también es forzoso  
que las gentes se entretengan,  
porque son flojos los labios  
y harto movibles las lenguas!

## VI

Nadie sabe por qué causa  
Baltasar tiene tristeza,  
ni sabe nadie por qué  
Flora á abatirse comienza!  
Se sabe que se idolatran;  
cuando menos se sospecha  
que lejos uno del otro  
la vida vida no fuera,

y sin embargo sus almas  
parece que se alimentan  
de lágrimas de amargura,  
y de sollozos de pena!

## VII

Se abre un sepulcro una tarde  
y en él un cadáver echan:  
¿Es el de Flora?; ¡quién sabe!  
¿El de Baltasar?; ¡pudiera!  
¡Qué importa cuál de los dos  
se hundió bajo aquella piedra,  
si también el vivo ha muerto  
aunque se quede en la tierra!  
¡Qué importa si al fin se ha roto  
aquella hermosa cadena,  
que se tejió con las flores  
de un amor que ya no sueña!  
¡Qué importa que sobre el mármol  
pinten unas cuantas letras,  
si el vivo no necesita  
de ir á la tumba á leerlas!  
¡Qué importa que sobre el mármol!  
á hundirse va en las tinieblas,  
si es igual á la de adentro  
esa obscuridad de afuera!

## VIII

Una noche me contaron  
(era una noche muy negra)  
que á Flora y á Baltasar  
conoció mucho una vieja...  
que aquella vieja sabía  
de los dos, cosas muy nuevas:  
que para el que lo ha ignorado  
todo es nuevo aunque no sea!

## IX

¿Se amaron?  
—¡Mucho se amaron!  
—¿Gozaron?  
—Más que en la tierra;  
que ella era cielo para él  
y él un cielo para ella!  
—¿Y sufrieron?  
—¡Mucho!  
—¿Mucho?  
—Las alegrías inmensas  
necesitan por mortaja  
una inmensidad de penas!  
—¿Qué los hizo desdichados?  
—Su desdicha.  
—No es respuesta.  
—Pues otra daros no puedo  
que si otra os diese, mintiera.

Digo no más lo que sé,  
que es mal decir si se inventa.  
Y suspirando la anciana  
dobló la blanca cabeza!

## X

—¿Y nada tienes de Flora?  
—Nada.  
—¿Y de él?  
—Algo me queda.  
—¿Y qué es ello?  
—Poca cosa:  
no más unas cuantas letras.  
—¿Unas cuántas?  
—Cuatro líneas.  
Dicen que es verso.  
—Pues venga.  
Y la anciana me entregó  
la hoja de una cartera.  
Un pedazo de papel,  
pedazo del alma aquella,  
que aun me hablaba y me veía  
en aquellas líneas negras!  
“Nuestro amor, la vida humana;  
“nuestro amor, la vida eterna;  
“la duda, el verdugo inicuo;  
“la paz, un lecho de tierra!”

Mérida, abril 6 de 1885.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE CAS



ALDAZ

I

Allá arriba en los balcones,  
música, algazara y fiesta;  
abajo, silencio mudo,  
y soledad y tristeza!  
Arriba la luz del día  
abajo noche y tinieblas,  
arriba la desposada  
abajo un hombre que tiembla  
Arriba el labio que ríe,  
la esperanza que consuela,  
el porvenir que se cubre  
con flores de primavera;  
abajo el llanto que corre,  
la esperanza que se niega,  
el porvenir que se cubre

de abrojos y de maleza!  
Arriba Elvira que á un hombre  
mano y corazón entrega,  
abajo Aldaz de Quiroga  
que se muere de tristeza!

II  
Triste es tener ilusiones....  
¡Ay! que triste es el tenerlas  
y sentir que se las roban,  
¡y robadas se las llevan!

III  
—“Mujer, te olvidaste un día  
de tus amantes promesas,  
ni te importaron mis lágrimas,  
ni te importaron mis penas.  
Mientras tú duermes tranquila  
y en cielos azules sueñas,  
y se alimenta tu pecho  
de esperanzas lisonjeras;  
mientras que blancas visiones  
por tu pensamiento vuelan,  
y con ellas te distraes,  
y con ellas te embelesas,  
y con ellas te mantienes,  
y con ellas te recreas,  
con ellas me vuelvo loco.

¡me estoy muriendo con ellas!  
Y en prueba de que es verdad  
que es espantosa mi pena,  
y que sin tí de la vida  
nada que esperar me resta,  
ni nada en ella ambiciono,  
ni nada en ella me queda;  
supuesto que no la quieres  
me la arranco de la tierra,  
y me la llevo á otro mundo  
á donde el dolor me lleva.  
Adiós, mi Elvira del alma,  
adiós, mi alegría eterna,  
mi único amor, mi amor solo,  
yo me voy y tú te quejas”—  
Dijo Aldaz... brilló una cosa  
como acero, blanca y negra,  
se vió una mano en el muro  
pálida, apoyarse trémula,  
se oyó un suspiro muy triste,  
más que un suspiro, una queja...  
¡Cómo se quejan las almas  
cuando se van y nos dejan!

IV  
Allá arriba, al otro día,  
unas azucenas muertas  
abajo, el frío cadáver  
de Aldaz, sobre la banqueta!

Mérida, mayo 25 de 1883.



GONZALO GONZALEZ

I

Como un dios ó como un loco  
amó Gonzalo González,  
á una dama hermosa y pura  
porque era flor y era ángel.

II

Era estatuario Gonzalo.  
Labró una estatua admirable,  
y en ella encerró su alma;  
que era de ella digna cárcel.

III

Todas las noches veía  
la hermosa estatua animarse,

y que sus pálidos labios  
se incendiaban para hablarle.

## IV

Era la estatua tan bella,  
que no hubo quien la mirase  
sin que no admirara absorto  
aquel prodigio del arte.

## V

Una noche, el pobre artista,  
la vió inmóvil, le habló en balde,  
le pareció que su estatua  
se convertía en cadáver.

## VI

¡Y dentro del mármol frío  
estaban; la hermosa imagen  
de su amor, sus ilusiones  
y su genio, que algo valen!

## VII

¡Y ella lo guardaba todo  
en su seno impenetrable,

como guarda á el alma el cielo;  
y el sepulcro al que en él cae!

## VIII

¡En vano en copioso llanto  
su corazón se deshace,  
en vano; pero es dichoso  
¡que sufrir por su amor sabe!

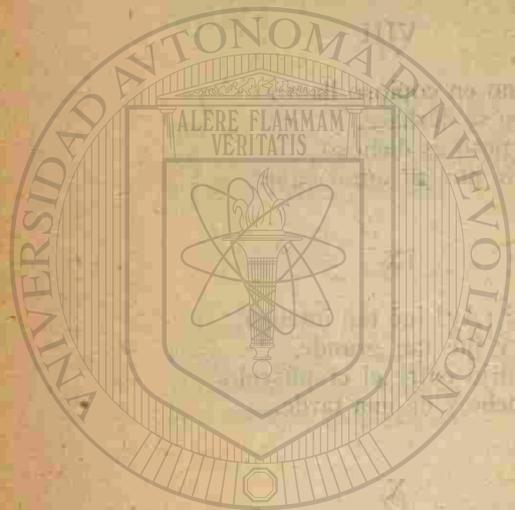
## IX

¿Sufrir? ¡Ay! fué tan intenso  
su dolor y fué tan grande,  
que se murió entre el crepúsculo  
de una noche y de una tarde.

## X

Lo enterraron; pero ¿en dónde?  
¡Ay! ¡Nadie volvió á acordarse  
ni de la estatua de mármol  
ni de Gonzalo-González!

Mérida, abril 24 de 1883.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



ROSELA

I

Cuatro lustros, algo menos  
Vivió lejos de su patria,  
pensando en volver á verla,  
Jorge Perran de Carlanza.  
Algo indefinido y vago,  
como la dicha soñada,  
algo que ven, á lo lejos  
no más, los ojos del alma ;  
que el pensamiento adivina,  
que sospecha la esperanza,  
como una luz que se enciende,  
como una luz que se apaga ;  
visión que en el fondo azul  
del horizonte se lanza,  
que como la nube flota,  
que como la nube pasa ;

imagen de un sér que alumbra  
 el rayo de la mirada,  
 á quien da la noche formas,  
 á quien el día da alas,  
 color la luz apacible  
 de la luna hermosa y pálida;  
 aliento, aquel que le roba  
 á la flor, pasando, el aura;  
 voz el ave que suspira  
 en la selva solitaria;  
 alma el cielo, y el amor  
 sonrisas, besos y lágrimas!  
 Algo así, soñando vive,  
 Jorge Perran, en las largas  
 horas de la triste ausencia  
 lejos del sol de la patria;  
 de ese sol que brilla más,  
 mientras es más su distancia!  
 Sol que halló su oriente un día  
 junto á la cuna dorada  
 de Perran, que ya á su ocaso  
 comienza á bajar y baja;  
 que con luz ardiente y viva,  
 de Perran la frente baña;  
 Perran que á los cuatro lustros  
 Algo menos, con el alba  
 de un hermoso eterno día,  
 llega al suelo de su patria.

## II

Vivió Perran desdichado,  
 y aquella visión fantástica,  
 que tal parece que sólo  
 á soñar el hombre alcanza,  
 tomó cuerpo, tomó formas,  
 tomó realidad humana:  
 belleza tan seductora,  
 tan incomparable gracia,  
 de hechizo tal, de tal suerte,  
 y con tal poder dotada,  
 que sujeto el pensamiento,  
 desenvuelta la esperanza,  
 abriendo las ilusiones  
 á un nuevo mundo las alas;  
 brotando tal como brotan  
 las flores alborozadas  
 sobre las verdes alfombras  
 de las selvas solitarias;  
 como brotan las estrellas  
 cuando la noche callada,  
 para que brillen, les tiende  
 sus pabellones de gasa,  
 poblaron la fantasía  
 de Perran, que de Rosela,  
 que de Rosela á las plantas,  
 pone el corazón entero  
 y derriba entera el alma!

## III

Que los hilos invisibles  
del amor, sujetan y atan  
de Perran y de Rosela  
las dos vidas, las dos almas;  
que en los espacios se buscan,  
que en los espacios se hallan,  
que confunden sus ideas,  
que confunden su mirada,  
que abandonando su cárcel  
sus almas enamoradas,  
acariciándose lloran,  
acariciándose cantan!  
Que palpitantes y mudos  
enfrente de su desgracia,  
sienten que el amor los une  
si la suerte los separa,  
no queda duda; lo dicen:  
los labios porque lo callan!  
las almas porque lo sienten!  
los ojos porque lo hablan!

## IV

¿Qué pasó?; ¿por qué suspira  
dangojada Rosela?  
¿Por qué Perran sufre tanto?  
¿Por qué el infortunio sueña?  
¿Por qué Perran en las altas

horas de la noche vela,  
y entre las sombras confusas  
vagar su espíritu deja?  
¿Es que Rosela le ama  
y á decírselo se niega?  
¿Es que otro amor desdichado  
es causa de sus tristezas?...  
Cuando conoció Perran  
su peregrina belleza,  
cuando le dió el alma toda,  
cuando le dió el alma entera,  
¿ya Rosela estaba triste!  
¿ya estaba triste Rosela!  
ya Rosela suspirando  
en la soledad inquieta,  
devorando en el silencio  
la amarga hiel de sus penas,  
buscaba en el aislamiento  
la paz que al dolor no ayenta,  
esa paz que por ser sola,  
sin ser paz, tal vez consuela!

## V

¿No sería de un amor  
desdichado, aquella eterna  
y extraña melancolía  
que á Rosela le atormenta?...  
¿Y aquella espantosa duda,  
la espantosa duda aquella,  
á Perran lo vuelve loco

y le hace gemir en vela!  
 Por eso en las altas horas  
 de la noche, el dolor llega,  
 y trastorna sus sentidos,  
 y en su corazón penetra;  
 y si no fuera que el llanto  
 gota á gota, en marcha lenta,  
 desciende por sus mejillas  
 en medio de las tinieblas,  
 Perran sin aire, sin vida,  
 sin movimiento, cayera,  
 cayera al suelo rodando  
 de la airada muerte presa!  
 Pero Rosela no quiere  
 hablar con él... y se niega,  
 ¡por mucho que se lo pide!  
 ¡por mucho que se lo ruega!

## VI

"Rosela, Rosela mía,  
 si no me engañan tus ojos  
 y yo soy tu idolatría,  
 ¿por qué de esta duda impia  
 me entregas á los enojos?"  
 ¿Por qué no tienes piedad  
 de mi angustia y mi dolor,  
 y me dices la verdad?  
 ¿Por qué si es mío tu amor  
 no es mía tu voluntad?  
 ¿Por qué me res padecer

y no alivias mi tormento?  
 ¿Por qué no quieres creer  
 que voy la vida á perder  
 al rigor del sufrimiento?"  
 ¿No piensas que en esta cuita  
 que mi corazón agita,  
 sin paz, en duda y sin calma,  
 en soledad infinita  
 se me está muriendo el alma?  
 ¿Piensas que si no te amara,  
 si no te adorase tanto,  
 tus desdenes soportara?  
 ¡Ni uno solo!... derramara  
 mi sangre antes que este llanto!"  
 ¿Sospechas en mí, doblez?  
 O dime que tu esquivéz  
 es hija de tu albedrío,  
 que tú no me amas, bien mío,  
 ¡pero dilo de una vez!  
 Dilo... sepa al cabo yo  
 qué me guarda el porvenir;  
 sabré que debo morir,  
 que sin tu amor... ¡Eso no!  
 ¡Sin él no quiero vivir!"  
 ¿Lo oyes bien?, pues bien, contesta.  
 En mi ansia perenne y loca,  
 á oírte el alma se apresta...  
 ¡Quiero escuchar de tu boca  
 hechicera la respuesta!"  
 "¿Quién ha de sentir así  
 su amor, ¡ay! dímelo, quién!  
 Ni quien con tal frenesí,

te ha de adorar... dime, di,  
si merezco tu desdén!"  
"¿No me quieres? dí que no,"  
si ese mi destino es.  
Me quieres? pues dímelo;  
¡esto te lo pido yo  
de rodillas á tus pies!"

## VII

Así lo escribe Perran,  
acongojado á Rosela,  
pero en vano implora, en vano,  
que le den una respuesta.  
¡Y sin embargo los ojos  
de Perran, que triste espera,  
sigue mirando el amor,  
¡amor en los ojos de ella!  
Mas ¿cómo si ella le ama  
puede callarlo, aunque vea  
desesperado á Perran  
que de esperar desespera?  
¿Cómo si le quiere tanto  
deja que florece y que muera  
de dolor y en la agonía  
y en la tortura le deja?  
Esto Perran no se explica,  
y vive, como pudiera  
vivir el alma encerrada  
de un sepulcro en las tinieblas;  
contemplando desde allí

aquella faz hechicera,  
aquella pálida frente,  
aquellas pupilas negras,  
aquellos labios que son  
el nido de una respuesta...

## VIII

Perran siente que la vida  
se le acorta, que en la fiera  
duda que abriga su pecho,  
que su corazón alberga,  
su energía desfallece,  
desfallecen sus ideas,  
se mueren sus esperanzas,  
y su espíritu se enerva;  
así caen lentamente  
tristes, amarillas, secas,  
las hojas verdes del árbol  
cuando el árbol no se riega!...  
¡Ay! y le pide Perran,  
para regarlo siquiera,  
si no sonrisas alegres  
sus lágrimas aunque sea!...  
¡Que no hay rocío en la vida  
que dé más vida en la tierra,  
que las lágrimas que vierte  
el amor, cuando es de veras!

## IX

Lejos del sol de su patria  
 Perran alejarse intenta,  
 ¡de qué le sirve aquel sol  
 si es que no le ama Rosela!  
 El sin saberlo, gimió  
 años tras años por ella,  
 ¡porque la amó sin mirarla  
 y la amó sin conocerla!  
 Así la soñó en sus sueños  
 de venturanza, así era  
 la pálida faz hermosa,  
 de su inspiración eterna,  
 de su inspiración... (decíar  
 que Perran era poeta!)  
 ¡Infeliz! En este mundo  
 con eso basta...

## X

Dos velas  
 benditas, están ardiendo  
 de un altar sobre la mesa.  
 En un lecho silencioso  
 un hombre apenas resuella,  
 porque apenas tiene vida,  
 porque tiene vida apenas!  
 Es Perran... (a) fin la muerte

apiadada se le acerca)  
 se está muriendo y sonríe,  
 y se está muriendo y sueña!  
 Sus últimos pensamientos  
 aun vagan sobre la tierra,  
 y sus pensamientos últimos  
 son todos para Rosela;  
 siente que su alma se va  
 y siente que se la deja,  
 que la muerte se la toma,  
 y á Rosela se la lleva...

—“Señor, exclama, con Dios  
 hablando en la hora suprema.

“Señor, si es mi alma del cielo  
 y hay un cielo que la espera,  
 puesto que el cielo de mi alma  
 es el alma de Rosela,  
 dale el alma que yo tengo  
 porque es toda para ella...”  
 ¡Y la muerte se la toma  
 y á Rosela se la lleva!

Murió Perran...—Es seguro  
 que con el alma se alejan  
 también las dudas, si no,  
 paz en las tumbas no hubiera,  
 y en los tristes cementerios  
 se escucharan, por las grietas  
 escapándose del piso,  
 los sollozos de la pena!

Perran escribió unos libros...

Cuando los lee Rosela,  
siente el alma de Perran  
palpitante en cada letra.  
Siente un latido: ¡es Perran  
que en su corazón golpea!  
Oye un sollozo: es Perran  
que solloza dentro de ella!  
Y en aquellas armonías  
que en sus oídos resuenan  
y parten de los renglones,  
lo mismo que de las cuerdas  
de una lira, oye la voz  
de Perran que le recuerda  
de sus miradas ardientes  
la seductora promesa!  
Y cuando cierra su libro  
y de leer deja Rosela,  
sigue oyendo, en los espacios  
ó dentro de ella, muy cerca,  
como unos ecos que llegan,  
como unos ecos que pasan,  
como unos ecos que vuelan  
de tal modo, que parece  
que Perran vive y alienta:  
¡porque nunca la abandona  
y porque nunca la deja!



DIANA

I

Sobre dos grandes montañas  
divididas por un negro  
y hondo abismo donde corren  
las aguas de un río; pero,  
tan profundas que los ojos  
de ningún mortal las vieron;  
y las denuncia al que pasa  
sordo rumor y siniestro,  
se levantan dos castillos  
sombrios, lúgubres, viejos,  
que, no se sabe de cuándo;  
pero de remotos tiempos,  
se miran, se desafían,  
de ira y de rencor tan llenos,  
como firmes en su sitio,

como inmóviles en sus puestos.  
 Dizque cual forzosa herencia,  
 y que de abuelos á nietos,  
 se aborrecen con el alma,  
 de aquellos muros los dueños;  
 con la misma hosca saña,  
 con el mismo loco empeño,  
 con que se odiaron un día  
 Capuletos y Montescos.  
 Es el Señor de un castillo  
 Martín Martínez de Olmedo,  
 padre de Diana: más liula  
 que las estrellas y el cielo.  
 Y es Señor del otro, el bravo  
 Per-afán de Vasconcelos,  
 padre de Mauro que es fuerte,  
 en la guerra y el torneo.

## II

¿Dónde Diana y Mauro un día,  
 por vez primera, se vieron?  
 Nadie lo sabe y no importa,  
 que saberlo es lo de menos.  
 Que con solo una alma viven,  
 y un único pensamiento;  
 que no tienen más deleite,  
 que idolatrarse en silencio.  
 que desde el un lado al otro  
 de aquel hondo abismo negro  
 se miran ¡y les parece

que no se miran tan lejos!  
 Que Fortuño, que es de Diana  
 antiguo hidalgo escudero,  
 es el único que esconde  
 de aquel amor el secreto;  
 que saben, porque lo sienten,  
 que aquel amor es inmenso,  
 que aquel amor es profundo  
 que aquel amor es eterno,  
 que nada puede arrancarlo  
 de aquellos ardientes pechos;  
 eso sí, porque es preciso,  
 importa al lector saberlo.

## III

Martín Martínez apresta  
 de su mesnada el ejército,  
 y Per-afán de sus peones  
 lo más lucido y más fiero,  
 porque al fin van á batirse,  
 porque al fin de tanto duelo,  
 va á saberse quién á quién  
 vence, en formidable encuentro.

## IV

Acongojada, llorosa,  
 fría lo mismo que el hielo,  
 sola con Marcos Fortuño

está Diana en su aposento.  
En los tallados barrotes  
de una ventana sus dedos,  
como de marfil, se clavan  
por el sobresalto trémulos.

—Mira, Fortuño, le dice,  
mira del sol al reflejo,  
cómo se están acercando,  
esos cascos y esos petos.  
Mira, mira, como avanzan  
y no la ven, y yo veo  
que va la muerte delante,  
y la muerte detrás de ellos...  
Corre y cuando á Mauro mires  
en peligro, con tu esfuerzo,  
con todo el vigor que tienes,  
salva á Mauro, yo lo quiero.  
Dijo.—Le besó la mano  
Fortuño, con gran respeto,  
y se fué, con la siniestra  
apoyada en el acero.

Y quedóse sola, Diana,  
fija la vista en un lienzo  
en donde estaba la imagen  
de la Reina de los cielos.

## V

Horrenda fué la embestida:  
sangre y polvo y juramentos  
y maldiciones y votos

y vencedores y muertos!  
Cayó, para nunca alzarse,  
Per-afán de Vasconcelos,  
y de Fortuño en las manos  
cayó Mauro, prisionero.  
Pero respirando apenas,  
con un lanzaso en el pecho,  
por donde su vida, envuelta  
en sangre, se estaba huyendo

## VI

—Si de Mauro tocas, padre,  
sólo una hebra del cabello,  
si no mandas que contengan  
la sangre que está perdiendo,  
con este puñal que miras,  
(y enseñó un desnudo acero)  
voy á arrancarme la vida  
que para Mauro la tengo!

Martín Martínez, absorto,  
giró los ojos abiertos  
por el furor, y cien rayos  
de sus órbitas partieron.

Nunca amó sobre la tierra  
más que á Diana, pues de resto  
para nadie, jamás tuvo  
de ternura un pensamiento.

Tomó entre sus rudas manos  
de Diana el rostro hechicero,  
y tomándola por loca

en la frente le dió un beso.  
 —¿ Estás soñando, hija mía?  
 ¿ Estás enferma ó no entiendo?  
 —La vida, padre, de Mauro,  
 su vida, que pasa el tiempo,  
 y es cada instante que pasa  
 una esperanza que pierdo:  
 ¡ se lleva cuanto ambiciono,  
 se lleva cuanto poseo!

Reculó Martín Martínez,  
 más confuso y más suspenso,  
 miró bajo el brial dorado  
 de Diana el golpear violento  
 del corazón. . . . y su pena  
 y su angustia comprendiendo,  
 lanzó un rugido espantoso,  
 llevó sus manos al hierro  
 de la cintura. . . . más súbito,  
 por densa tiniebla envuelto,  
 rojo, más que rojo lívido,  
 cayó rodando en el suelo.

Pero fué un instante solo,  
 alzóse en seguida y luego  
 en la pared apoyándose,  
 con voz ronca como el trueno,  
 gritó:—“Clava tu cuchillo  
 Farfán, de Mauro en el pecho,  
 hasta que tope tu mano  
 aunque quede el puño dentro!”

Corrió Diana. . . pero inútil  
 fué su carrera y su esfuerzo,  
 cuando llegó ya era tarde,

cuando llegó no era tiempo.

Clavó en el lecho los ojos;  
 tembló, como en tallo esbelto  
 tiembla la flor cuando siente  
 el soplo frío del cierzo;  
 brilló en su mano la hoja,  
 tomó la mano del muerto  
 y apretándola, apretándola  
 entre sus siniestros dedos,  
 como el relámpago, rápido,  
 se hundió el puñal en el seno,  
 hasta que topó su mano,  
 y se quedó el puño dentro.

Martín Martínez sin pena,  
 ni amor, ni remordimiento,  
 abandonado de todos,  
 hasta del dolor, en medio  
 del solitario castillo  
 que heredó de sus abuelos,  
 murió una noche, de un golpe  
 de la sangre en el cerebro.

Bajo la bóveda augusta  
 de un triste y sombrío templo,  
 encerró juntos Fortuño,  
 de Diana y Mauro los cuerpos.

De entre los dedos de Mauro  
 no pudo arrancar los dedos  
 de Diana, que se agarraron  
 como se agarran los muertos!

Y mandó, del infortunio  
 y del amor en recuerdo,  
 colocar sobre el suntuoso

solitario mausoleo,  
 las dos estatuas yacentes  
 de Diana y Mauro, de recio  
 mármol de Paros construidas,  
 con gran perfección y esmero.

Más tarde, el mismo Fortuño  
 contaba: que entre el silencio,  
 cuando, á encender una lámpara,  
 bajaba de noche al templo,  
 más de una vez, vió, acercándose  
 al helado mausoleo;  
 las manos de las estatuas,  
 y que, moviéndose á un tiempo,  
 se buscaban en la sombra  
 y se oprunian los dedos!

Mérida, abril 22 de 1883.



DOÑA LUZ.

.....  
 ; No faltes á lo que jures  
 Ni aunque sea en la apariencia!  
 .....

I

En horas muy avanzadas  
 y en una obscura calleja,  
 cuatro noches van seguidas,  
 que canta Juan de Mancera,  
 Seguidas van cuatro noches  
 que canta de amor las penas,  
 y á la cuarta, Doña Luz  
 se asoma tras de la reja.

®

## II

—Señor, por la Virgen Santa,  
no cantes quien quier que seas;  
que hoy mi amante Fernán Gómez,  
tornar debe de la guerra;  
y ó creerá que le traiciono  
ó mi amor buscas á fuerza,  
y no quiero que se entinte  
con sangre humana esta acera!  
Quiera Dios que no te encuentre,  
quiera Dios que no te vea!"  
—“Le aguardo, dijo D. Juan  
y, si quiere Dios, que venga!"

## III

Se cierra el postigo... Entorra  
Don Juan sus tristes endechas....  
Pasos suenan... llega un hombre  
y arremete en cuanto llega.  
Se oye el chasquido del hierro;  
muerto Don Juan cae en tierra,  
y “yo la he visto” balbute,  
el matador... “mi Luz era!  
“Que Dios te guarde, perjura”  
grita, y la tizona cuelga,  
y de Doña Luz se pierde  
para siempre en las tinieblas!

Mérida, febrero 27 de 1887.



## TAIDE

## I

Ferrán de Góngora vive  
en un vetusto castillo;  
con Pedroza su escudero,  
y con Iñigo su hijo.  
Bajaba el sol una tarde  
del ocaso á los dominios  
entre nubes de escarlata  
y tras un bosque de pinos,  
cuando sentado Ferrán,  
puesta la diestra en un libro,  
al mancebo que escuchaba  
de pie, con aspecto digno,  
le decía estas palabras  
en rudo acento y tranquilo:  
—“Yo sé que lo sé de cierto,  
y no me lo niegues, Iñigo.

## II

—“Señor, por la Virgen Santa,  
no cantes quien quier que seas;  
que hoy mi amante Fernán Gómez,  
tornar debe de la guerra;  
y ó creerá que le traiciono  
ó mi amor buscas á fuerza,  
y no quiero que se entinte  
con sangre humana esta acera!  
Quiera Dios que no te encuentre,  
quiera Dios que no te vea!”  
—“Le aguardo, dijo D. Juan  
y, si quiere Dios, que venga!”

## III

Se cierra el postigo... Entorra  
Don Juan sus tristes endechas....  
Pasos suenan... llega un hombre  
y arremete en cuanto llega.  
Se oye el chasquido del hierro;  
muerto Don Juan cae en tierra,  
y “yo la he visto” balbute,  
el matador... “mi Luz era!  
“Que Dios te guarde, perjura”  
grita, y la tizona cuelga,  
y de Doña Luz se pierde  
para siempre en las tinieblas!

Mérida, febrero 27 de 1887.



## TAIDE

## I

Ferrán de Góngora vive  
en un vetusto castillo;  
con Pedroza su escudero,  
y con Iñigo su hijo.  
Bajaba el sol una tarde  
del ocaso á los dominios  
entre nubes de escarlata  
y tras un bosque de pinos,  
cuando sentado Ferrán,  
puesta la diestra en un libro,  
al mancebo que escuchaba  
de pie, con aspecto digno,  
le decía estas palabras  
en rudo acento y tranquilo:  
—“Yo sé que lo sé de cierto,  
y no me lo niegues, Iñigo.

ni podrás nunca negarlo,  
 —No sé mentir, padre mío  
 —Mientras aliente mi pecho,  
 mientras albergue un suspiro,  
 no has de casarte con Taide....  
 ¡Jamás! mientras yo esté vivo!

Y cuando la tierra cubra  
 mi mortal despojo frío,  
 entonces dale tu nombre,  
 lleva á cabo tu designio;  
 conduce á Taide ante el ara,  
 pónle allí el nupcial anillo;  
 pero mientras viva, ¡nunca!  
 ¡Jamás, mientras yo esté vivo!  
 —Padre.

—Nunca me preguntes  
 ni la causa ni el motivo.  
 Y en diciendo esto Ferrán  
 se le puso el rostro lívido.  
 (El autor de este romance  
 supo, por un manuscrito,  
 que fué del padre de Taide  
 Ferrán, mortal enemigo;  
 pero averiguar no pudo  
 ni la causa ni el motivo,  
 tal vez por la mala letra  
 y la edad del pergamino.

## II

Iñigo estaba en la calle,  
 y en un balcón el divino

rostro de Taide asomado  
 por el hueco del postigo.  
 Guardaba al viento las últimas  
 dulces palabras de Iñigo,  
 cuando con acento trémulo  
 la hermosa dama le dijo:

—No es verdad, mienten los labios  
 que me dijeron prodigios,  
 ni eso pensó vuestro padre  
 ni vuestro padre lo ha dicho.  
 Ni nunca me habéis amado,  
 ni me tuvisteis cariño,  
 que fueron vuestras promesas  
 invenciones ó capricho...  
 —Os lo juro por mi vida,  
 Taide, os amo; os lo repito;  
 esperad y amadme; el tiempo  
 de mi amor será el testigo!  
 Se oyó de una alma el sollozo,  
 se oyó de una alma el suspiro,  
 pasó un instante... Más largo  
 no pasa rodando un siglo!  
 Nada interrumpió el silencio,  
 como el del sepulcro mismo,  
 pavoroso, mortal, lúgubre....  
 Y cerró Taide el postigo.

—Pedroza, tú me has contado  
 que en este viejo castillo,

como alma en pena, vaguea  
la sombra de aquel judío,  
que, con mal dañado intento,  
y con oro mal habido,  
puso la primera piedra  
y fabricó el edificio.

—Es verdad, dijo Pedroza,  
y tembló cuando lo dijo,  
hace apenas cuatro noches  
cruzar el huerto le he visto.

—Toma mi arcabuz, Pedroza,  
ponte en guardia en tu postigo,  
y dale muerte á la sombra,  
qué no es sombra, te lo afirmo.

—¡Libreme Dios!

—Yo lo mando.

—Libreme Dios!

—Yo lo exijo.

Que no te tiemble la mano  
cuando toques al gatillo!—  
Dobló Pedroza la frente,  
fué á un rincón, tomó un antiguo  
arcabuz, de la mejor  
fábrica, modelo rico,  
y, sin más abrir el labio,  
con el paso decidido,  
salióse del aposento  
sin mirar siquiera á Iñigo.

## IV

Apenas daba la una  
en la torre del castillo,  
cruzó una sombra en el huerto  
y se oyó sonar un tiro...

saltó Ferrán de su lecho,  
se oyeron pasos y gritos,  
bajaron todos al huerto  
en masa y despavoridos;  
envueltos en anchas capas  
todos, con linternas, tímidos,  
rodearon un negro bulto  
sobre un arriate caído.

¿Quién le arrancaba el embozo  
al cadáver del judío?

Ferrán de Góngora al cabo  
dió dos pasos decidido....

Tiró del fúnebre lienzo  
y, dando un horrendo grito,  
cayó extendiendo los brazos  
sobre el cadáver de Iñigo!

—“El mandó que le matara,  
me engañó y así lo quiso!  
pues que me negué dos veces  
y dos veces me lo dijo,”

clamó Pedroza, y cayendo  
de rodillas y sombío,  
llorando, llegó á sus labios  
la diestra helada de Iñigo

Bajo de un mármol reposan,  
 juntos el padre y el hijo,  
 y allí, cuando hiera el día  
 del templo augusto los vidrios,  
 hermosa como el dolor,  
 pálida como los lirios,  
 envuelta en fúnebres ropas,  
 del alma y cuerpo atavio,  
 llora su esperanza Taide,  
 en dos abundantes ríos  
 de dulce llanto, que bajan  
 de su semblante divino,  
 que bajan y en las junturas  
 del mármol, como rocío,  
 se filtran en el sepulcro  
 que encierra al padre y al hijo!

Mérida, abril 6 de 1883.



FERRANDO

I

En un salón cuadrilongo  
 de su soberbio castillo,  
 fija la vista en un lienzo  
 está Ferrando de Armijo.  
 Cerca de él, su padre adusto,  
 severo el rostro sombrío,  
 centellante la mirada,  
 el entrecejo fruncido,  
 con voz que el pecho penetra  
 como de un puñal el filo,  
 con éstas ó semejantes  
 palabras, así le dijo:  
 á Fernando que le escucha  
 tembloroso y conmovido,  
 llenos los ojos de lágrimas,  
 mudo el labio, el rostro lívido.

## II

(¡ Oh, cuánto es bello en el alma,  
del bien, cuando se ha perdido,  
el recuerdo misterioso,  
el fantasma fugitivo!  
Es que el bien se hunde en la nada;  
pero el amor de que vino,  
es eterno; que él no tiene  
ni sepulturas ni abismos!)

## III

—No mires más el trasunto  
de esa deidad, hijo mío;  
pues que durante tu ausencia  
dió tu memoria al olvido.

Unióse ante el ara santa  
con Juan de Rojas tu primo,  
y casóse por su gusto,  
que por su gusto lo hizo!

—Te mienten padre, te mienten;  
yo por mi nombre lo afirmo,  
casóla con él, sin duda,  
diabólico maleficio,  
ó traición de Juan de Rojas  
á quien ella nunca quiso;  
á quien ella odiaba, padre,  
de su alma noble en lo íntimo!  
Mentirme nunca pudieron

aquellos ojos divinos,  
ni la hechicera sonrisa  
de aquel labio peregrino.  
Ella en su noche de bodas  
murió; lo has dicho tú mismo;  
mas ¿por qué murió esa noche?  
¡ Eso, padre, no me has dicho!  
Y si Juan no me lo explica,  
como yo lo necesito,  
con la espada que estás viendo  
he de matar á mi primo.  
Mira, padre, que aun estoy  
con el polvo del camino;  
voy á dejar mis espuelas,  
voy á cambiar de vestido,  
y al sepulcro de mi amada  
vendrás, si quieres, conmigo,  
y allí sabremos si dió  
con mi memoria al olvido!

## IV

Hay un libro que en el cielo  
de la esperanza está escrito,  
y en él escriben los muertos  
para que lean los vivos.  
Y en una página hermosa,  
inmortal de aquel gran libro,  
sin duda estaba leyendo  
su amor Ferrando de Arniño.

## V

Bajaron de los sepulcros  
al pavoroso recinto:  
delante Aldaz, escudero  
de la casa, el más antiguo,  
llevando una hacha que alumbra  
con resplandores roizos;  
luego un doncel enlutado,  
después el padre y el hijo.

Allí sobre un basamento,  
de berroqueño granito,  
el negro féretro estaba  
hecho de roble macizo.  
Ocho años hace que allí  
fué una tarde conducido,  
para que su último sueño  
durmiera en él un prodigio.  
Detuyéronse: Ferrando  
avanzó triste y sombrío,  
y en la mohosa cerradura  
se oyó un lúgubre chasquido!

## VI

Alzó Ferrando la tapa,  
miró los despojos fríos,  
y se anublaron sus ojos  
en espantoso vahído.  
Luego alzó la rica tela

que amortajó el busto niveo  
de aquella que lo sedujo  
con su amor y sus hechizos;  
y vió, cuajada la sangre  
en el blanquísimo lino,  
y vió el ojal que dejóle,  
al traspasarlo, el cuchillo.  
Y vió, y su padre también  
lo vió, que en el mismo sitio  
en que late el corazón  
cuando late ardiente y vivo,  
se ocultaba un relicario,  
y en su marfil amarillo,  
el trasunto de un mancebo  
que era Ferrando de Armijo!

Mérida, junio 6 de 1883.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

®

SISTEMA GENERAL DE BIBLIOTECAS



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



FRAY SERVÁN

I

En el coro del convento  
está Fray Serván de Rojas,  
allí en el lugar en donde  
es más espesa la sombra,  
el silencio más profundo  
y la luz más pavorosa,  
y la soledad más lúgubre,  
y la tristeza más honda.  
Fija la vista en la imagen  
de una virgen dolorosa,  
en el lugar donde tiene  
clavada una daga toda;  
y es porque él siente en su pecho  
también una daga; otra  
como la que está mirando

Peón Contreras. —43

siempre inmóvil y filosa,  
 que al corazón fibra á fibra  
 le hace pedazos, le corta,  
 le desgarrar y le tortura  
 día y noche, á toda hora.  
 Y él tiene el puño en el puño  
 de aquella daga... y con loca  
 desesperación eterna,  
 quiere arrancársela, y nota  
 que mientras más lo procura,  
 más en su pecho se ahonda,  
 y más se agarra y la herida  
 se reverdece y se encona!  
 Por eso clava los ojos  
 en la imagen dolorosa,  
 en el sitio en donde tiene  
 clavada una daga toda!

## II

En su celda solitaria  
 está Fray Serván de Rojas,  
 inmóvil como un espectro,  
 triste como la memoria  
 del bien perdido, del ángel  
 que con mano cariñosa  
 nos acaricia y el alma,  
 el alma entera nos roba!  
 Fray Serván abre la urna  
 de una imagen dolorosa,  
 y de entre el sutil cabello

que tras de la espalda flota  
 de aquel busto inanimado,  
 de un gran artífice obra,  
 extrajo una extraña prenda,  
 como un medallón ó cosa  
 parecida, en marco de oro:  
 la imagen encantadora  
 de una mujer hechicera,  
 que más cautiva que asombra;  
 como virgen de Murillo,  
 como creación portentosa  
 de aquel pintor que aun se agita  
 entre los muros de Roma:  
 noche los ojos, obscura  
 la cabellera abundosa,  
 y la tez como alabastro  
 que la luz del alba entona;  
 la frente como la tarde  
 melancólica y hermosa,  
 como rosas las mejillas  
 y los labios rosas rojas.  
 Tal era la imagen bella,  
 la miniatura asombrosa  
 que Fray Serván contemplaba  
 con la fija vista atónita,  
 con el alma de rodillas,  
 toda el alma, toda absorta;  
 toda en recuerdos hundida,  
 y bañada en llanto toda!!

## III

Sobre un lecho, agonizante  
 está Fray Serván de Rojas  
 pálido como la muerte  
 que con mano fría toca  
 la frente, que guardó tantas  
 ilusiones seductoras:  
 y aquel corazón que tanto  
 guardara una imagen sola,  
 dulce como la esperanza,  
 como el cielo luminosa,  
 inmortal como el espíritu  
 que de Dios su esencia toma.  
 La comunidad entera  
 está, en la celda mortuoria,  
 rezando por el que en breve  
 de esta vida irá á la otra!

## IV

Fray Serván guarda en su diestra,  
 contraída y temblorosa,  
 un objeto que en los frailes  
 la curiosidad provoca;  
 algo que mostrar no quiere,  
 algo que su vista ansiosa,  
 fascina, atrae y enciende  
 en llamaradas fosfóricas,

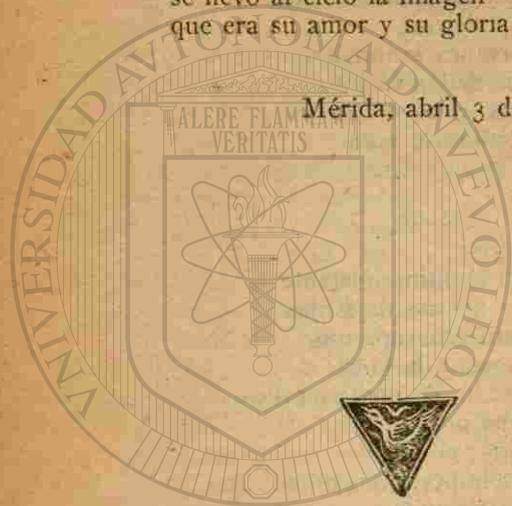
como la luz de la lámpara  
 que, luchando con las sombras,  
 va á morir y á instantes arde  
 fugitiva y poderosa.  
 En vano arrancarle intentan  
 de entre los dedos su joya,  
 rígidos como el acero  
 tan duros como la roca.

## V

Que llega el último instante  
 siente Fray Serván de Rojas,  
 hace un esfuerzo supremo,  
 lleva su diestra á la boca;  
 se oye un beso, de otros muchos  
 eco de lejana nota;  
 abre los ojos; el cuello  
 sobre el noble pecho encorva,  
 clava la tenaz pupila  
 en aquella gentil copia  
 de la belleza más grande  
 que el amor puro atesora,  
 y exhala el alma y la diestra  
 antes tan rígida, afloja.  
 La comunidad se acerca,  
 confusa inquiere y, absorta,  
 sólo mira entre los dedos  
 del fraile muerto, la hoja  
 de un marfil blanco y bruñido  
 ¡sin un perfil, ni una sombra!

Y fué que envuelta en su alma  
 misma, Fray Serván de Rojas,  
 se llevó al cielo la imagen  
 que era su amor y su gloria!

Mérida, abril 3 de 1887.



CRISTIAN.

I

Está Cristián de Fuenfría  
 con Doña Aldonza de Almeida,  
 en una cuadrada torre  
 de su antigua fortaleza.  
 Farfán González de Soria  
 con cien peones la cerca:  
 el uno por atacalla,  
 el otro por defendella.  
 Farfán quiere á Doña Aldonza,  
 que mano y amor le niega,  
 y amor y mano pretende  
 si no de grado, por fuerza.  
 Doña Aldonza que está sola,  
 Doña Aldonza que está huérfana,

busca en Cristián á quien ama,  
 consuelo, ayuda y defensa;  
 y Don Cristián que la adora  
 la encierra en su alma y la encierra  
 en una cuadrada torre  
 de su antigua fortaleza!

ALERE FLAMMAM  
 VERITATIS II

Nada más treinta peones  
 tiene Cristián y con treinta  
 vencer no puede al de Soría  
 desde sus rotas almenas.  
 Quince días van corridos  
 y no hay á la lucha tregua,  
 y se merman los de adentro,  
 y se merman los de afuera;  
 pero ni merman los celos  
 ni el amor ardiente merma,  
 que vida á sus propias vidas  
 le dan las vidas ajenas,  
 y sus llamas que se apagan,  
 nueva llama á sus hogueras;  
 ¡que hasta de la muerte misma  
 medra el amor su existencia!

III

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y era una lúgubre noche  
 por lo triste y por lo negra,

y uno al pie de la muralla  
 y otro desde su obra muerta,  
 están hablando dos hombres  
 con voz enconada, seca;  
 y no tienen más testigos  
 las palabras de sus lenguas,  
 que Dios, que todo lo escucha,  
 las sombras de las tinieblas,  
 y el viento que se las trae  
 y el viento que se las lleva!  
 —Juro á Dios que he de tomarla.  
 —Tomarás sus duras piedras,  
 y los sombríos cadáveres  
 de mis soldados con ellas!  
 —Pero y tú...

—También el mío  
 también el mío te espera...  
 —Pero el cadáver de Aldonza...  
 Aguarda... escucha... ¿Qué intentas?  
 Oye, Cristián, oye, ¿no oyes?  
 Pero Cristián no contesta.  
 Cristián se ha vuelto á su torre,  
 de amor ebrio; el alma llena  
 de esperanzas malogradas,  
 de malogradas promesas:  
 balbutiendo unas palabras,  
 ecos de su honda tristeza,  
 de su impotencia y su rabia,  
 de su despecho y su pena!

## IV

¿Qué hará Aldonza cuando caiga?  
 ¿Qué hará Aldonza cuando él muera?  
 Pensando en esto, al portillo  
 de su vieja torre llega.  
 —Paje, grita, mi buen paje!  
 Y se aparece Cardeña,  
 su pajecillo, en quien tiene  
 confianza absoluta y ciega.

## V

—¡Cardeña!  
 —Señor.  
 —Ya es hora.  
 ¡Llegó la hora suprema!  
 Ni tú ni yo viviremos  
 mañana, cuando amanezca!  
 —¿Qué le digo á Doña Aldonza?  
 —Que hoy he muerto en la pelea;  
 que no en vano lloró tanto,  
 al hundirse en las tinieblas  
 el triste sol de esta tarde  
 que se llevó mi existencia!  
 Dile que morí luchando  
 por su amor, por su belleza;  
 que por ella lo dí todo...  
 ¡como que todo era ella!  
 Y aunque vivo así me ves,  
 estoy muerto ya Cardeña,  
 y muerto, así saber quiero  
 qué hará, cuando ella lo sepa.

Dile que con seis soldados,  
 vas á defender la puerta  
 de este castillo... ¡no más  
 que esos soldados nos quedau!  
 Que es imposible vencer...  
 Que sucumbir es de fuerza,  
 que ya á la fuerza es inútil  
 oponerle resistencia...  
 Dile que vendrá el de Soria,  
 dile que, si se la entregas,  
 que si has de entregarla viva...  
 ó si has de entregarla muerta!...  
 —Si dice que viva... .

—Entonces  
 si dice que "viva," déjala.  
 —Si dice que muerta... .

—Entonces  
 en su seno esta arma entierra:  
 de un solo golpe, hasta el pomo,  
 no le des tiempo á que enjague  
 el llanto que por mí vierta.—  
 Y al decir esto, Cristián  
 se limpió con mano trémula  
 una lágrima, y su daga

## VI

Quedó sólo, quedó mudo  
 como si fuese de piedra...  
 Poco después oyó pasos...  
 Después asomó Cardeña...

v parten de los renglones.  
 rápido, que no padezca;  
 desnuda, entregó á Cardeña.  
 Cardeña le da el acero...  
 Cristián lo toma y lo besa.  
 ; Estaba tinto hasta el pomo  
 de sangre... ; Sangre que humea!  
 —“Vamos, murmura Cristián,  
 mis soldados!... los que quedan.”-  
 En seguida, del castillo  
 se abrió la vetusta puerta,  
 y sobre siete cadáveres,  
 con las lanzas en las diestras,  
 el de Soria y sus peones  
 entraron hasta noventa...  
 ; Hasta la torre cuadrada  
 de la antigua fortaleza!

Agosto 6 de 1885.



## ESPERANZA

I

“En vago tropel las nubes,  
 del manso viento empujadas,  
 sobre la faz de la luna  
 se arremolinan y pasan.  
 Parecen palomas negras,  
 parecen palomas blancas,  
 que ya sus alas confunden,  
 que ya separan sus alas,  
 que, ó velándolo del todo,  
 ó en partes, van dispersadas,  
 en el lago azul del cielo  
 cercando el bajel de plata.  
 En el cielo de mi dicha

v parten de los renglones.  
 rápido, que no padezca;  
 desnuda, entregó á Cardeña.  
 Cardeña le da el acero...  
 Cristián lo toma y lo besa.  
 ; Estaba tinto hasta el pomo  
 de sangre... ; Sangre que humea!  
 —“Vamos, murmura Cristián,  
 mis soldados!... los que quedan.”-  
 En seguida, del castillo  
 se abrió la vetusta puerta,  
 y sobre siete cadáveres,  
 con las lanzas en las diestras,  
 el de Soria y sus peones  
 entraron hasta noventa...  
 ; Hasta la torre cuadrada  
 de la antigua fortaleza!

Agosto 6 de 1885.



ESPERANZA

I

“En vago tropel las nubes,  
 del manso viento empujadas,  
 sobre la faz de la luna  
 se arremolinan y pasan.  
 Parecen palomas negras,  
 parecen palomas blancas,  
 que ya sus alas confunden,  
 que ya separan sus alas,  
 que, ó velándolo del todo,  
 ó en partes, van dispersadas,  
 en el lago azul del cielo  
 cercando el bajel de plata.  
 En el cielo de mi dicha

tal así, las esperanzas,  
velan á veces, Rodrigo,  
las ilusiones de mi alma;  
y otras, en el lago inmenso  
de un horizonte sin playas,  
siempre azul, sereno y claro,  
cercando tu imagen pasan.  
—¿Cuándo vienes?; ¡ojalá  
pudieras venir mañana!  
¿Qué cosa estarás pensando  
mientras te escribo esta carta?  
Cualquiera lejano acento  
que á mi oído en las ráfagas  
del aire llega, parece  
que me trae tus palabras.  
Se me figura tu sombra  
cualquiera sombra que pasa,  
¡y cada estrella que miro  
me devuelve tu mirada!  
Si la noche de mi vida  
es una noche sin alba,  
¿por qué no vienen tus ojos  
con su luz á iluminarla?  
¿Y ha de ser siempre lo mismo?  
¿No tienen fin las desgracias?  
¿Estos duelos no terminan  
y estas cuitas no se acaban?  
¡Ay! cuando vuelvas á verme,  
si me amas como me amabas,  
te va á dar miedo, Rodrigo,  
la palidez de mi cara.  
Te van á espantar mis ojos,

con estas sombras moradas,  
tal vez porque entre las sombras  
por ti de llorar se hartan!  
Tal vez... oiré lo que digas  
cuando te cuente mis ansias,  
y te refiera Rodrigo  
lo que de noche me pasa.  
¡Si supieras!... Duermo poco,  
y á veces no duermo nada,  
pues cuando duermo parece  
que tengo despierta el alma.  
Porque sigue el sufrimiento,  
porque te llamo y te callas,  
porque mi cerebro piensa,  
y porque mis labios hablan,  
porque me acosa la idea  
de que á tus promesas faltas,  
de que por otra me olvidas  
y de que ya no me amas.  
Y entonces, Rodrigo, entonces  
ya no es que estoy desvelada  
ni durmiendo... entonces creo  
que tengo encima la lápida  
de mi sepulcro, que vivo  
muerta y mi espíritu vaga,  
en el mundo de los muertos  
con mis muertas esperanzas!  
Ya ves Rodrigo: la luna  
que, al comenzar esta carta,  
en un tropel iba envuelta  
de nubes negras y blancas,  
no tan bella como dices;

pero como yo tan pálida,  
 en el limpio azul del cielo  
 brilla hermosa y solitaria!  
 Sin nubes... ¿Entiendes?—Eso  
 ¿será buen augurio? Basta.  
 Quiera Dios que no me maten  
 mi dolor y tu tardanza,  
 que sólo sueño, Rodrigo,  
 con cañones y con balas.  
 Ven pronto... Adiós... no me olvides,  
 que no te olvida,

ESPERANZA."

II

Al pie de un fuerte reducto,  
 mal recostado en las ancas  
 de un corcel de guerra; cuando  
 el sol del zenit bajaba,  
 el capitán de unos tercios,  
 colocados en batalla,  
 triste y trémulo leía  
 por la tercera ó la cuarta  
 ocasión, estos renglones;  
 y se enjugaba una lágrima  
 ó dejaba que cayese  
 sobre el puño de la espada.

III

Sonó el clarín del combate  
 cuando Rodrigo de Praga,  
 daba un beso á aquellas letras  
 que trazó una mano blanca;  
 aquella mano querida,  
 aquella mano adorada,  
 que por él enjuga, sólo,  
 torrentes de amargas lágrimas.  
 Rodrigo la carta esconde,  
 monta, en los hijares clava  
 del corcel la aguda espuela,  
 y á la lucha se abalanza.

IV

Negros girones de nubes  
 como flotantes fantasmas  
 que las luengas vestiduras  
 en los espacios desgarran;  
 que las melenas sacuden,  
 irsutas y destrenzadas,  
 que ya tendiéndose vuelan,  
 que ya en gigantes cabalgan,  
 y allá lejos se deshacen,  
 por el viento arrebatadas,  
 la luz de la luna encienden,  
 la luz de la luna apagan;  
 la misma luz que otro tiempo

fué de sus venturas lámpara,  
vierte su luz melancólica  
sobre Rodrigo de Praga,  
que en medio de los revueltos  
despojos de la matanza,  
yace, bañado en su sangre,  
que aun de la ancha herida mana  
Bella cruza ante su vista  
la imagen de su esperanza;  
la va á perder para siempre,  
no ha de volver á mirarla!

## V

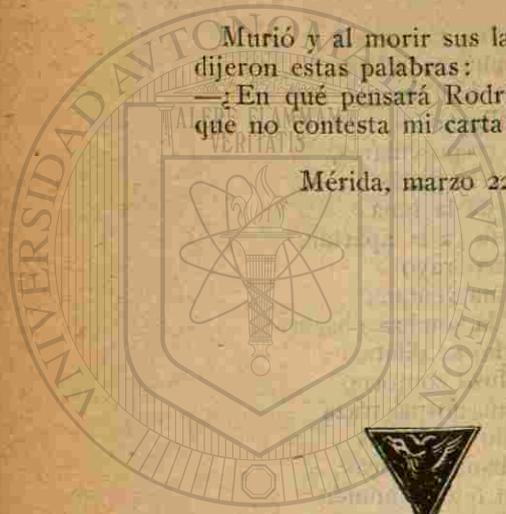
—“Qué triste es morir tan só  
qué triste es morir, exclama,  
sin escuchar el gemido  
siquiera, de mi adorada!  
Qué te hice yo, suerte ímpia,  
y ella qué hizo, suerte ingrata,  
para que fueras conmigo  
y con ella despiadada?  
¿Por qué de la ausencia eterna,  
el imposible levantas,  
y con tu beso de muerte  
para siempre nos apartas?  
Sintió Rodrigo en su pecho  
caer una inmensa lágrima,  
y como en la mar, en ella  
sintió que se ahogaba su alma!

## VI

Tenues nubes vaporosas,  
copos de espumas rizadas,  
sutiles ondas de humo,  
encajes de filigrana  
de sombras crepusculares,  
girones de leves gasas  
en derredor de la luna  
ya se mezclan, ya se apartan,  
un melancólico rayo  
penetra en una ventana  
y hendiendo la sombra obscura  
sobre un lecho se dilata,  
y allí el confuso contorno  
de una humana forma traza  
mal dibujando las líneas  
sobre las sábanas blancas...  
pálida virgen que al mundo  
de la bienaventuranza  
tornas los ojos marchitos  
que ya de llorar se cansan,  
deja en el huérfano lecho  
los lienzos que te amortajan,  
esconde en la sepultura  
tu belleza inmaculada,  
y al cielo, sobre esas nubes  
encúbrate, que te aguardan  
tus celestes ilusiones!  
tus celestes esperanzas!

Murió y al morir sus labios  
dijeron estas palabras:  
—¿En qué pensará Rodrigo  
que no contesta mi carta?

Mérida, marzo 22 de 1883.



## JOFRE LOSCOS

### I

En un oscuro aposento  
inmóvil y silencioso,  
sentado en una poltrona  
está el viejo Jofre Loscos.  
No lejos de él en un ancho  
sitial, doblado el airoso  
busto, como la flexible  
rama de huracán al soplo,  
como en su tallo caída  
la flor; escondido el rostro  
entre los brazos, que cuelgan  
cruzados con abandono,  
está una dama, muy joven  
según lo negro y copioso  
del cabello; por lo esbelto

de la espalda y de los hombros,  
por lo suave y por lo puro  
en las líneas y en los tonos  
de sus manos bellas, blancas  
como el jazmín de los trópicos.  
Jofre la ve con ternura  
que es su nieta, su tesoro,  
y al mirarla de su pecho  
se escapa un débil sollazo.

## II

—¡María, María exclama  
al fin Jofre, en blando tono,  
y alzó María la frente,  
y abrió María los ojos.  
Frente y ojos como el ébano  
y el mármol, cuando uno y otro  
están juntos y es lo blanco  
y es lo negro más hermoso.  
—María”

—Padre

—¿Qué tienes?

—Es un malestar tan hondo,  
que siento que no respiro,  
que siento que me sofoco.

—Sal, María.

—Es que no puedo.

—En un tiempo.

—El tiempo es otro.

—Haz un esfuerzo.

—Imposible.

—Busca el aire.

—El aire es poco.

—Busca tus flores,

—Mis flores

murieron con el otoño,  
y ó volaron con el viento  
ó se hundieron en el polvo.

—Dime, ¿qué tienes, María?

—¿Qué tengo, padre? Conozco  
que voy á morirme...

—Calla!....

—¿Que voy á morirme pronto!

—¿Morirte?

—De pena muero,

—¿Qué te hace falta, si en torno  
todo lo tienes?...

—Es, padre,

que me lo robaron todo.

—Amaste, hija mía, amaste?..

—Y fué amor tan poderoso

y en colmarme de venturas

fué tan grande y fué tan pródigo,

que al arrancarme en un día

el destino mi tesoro,

se llevó mis ilusiones,

mis esperanzas y todo!

Aire sobra y no le tengo,

sobra luz y el mundo es lóbrego,

siento nubes en mi frente,

siento sombras en mis ojos;

siento, porque no lo veo,

siento, porque no lo toco,  
 que hay un sér como un fantasma  
 impalpable y vaporoso,  
 que en torno de mí se agita  
 que me llama y le respondo,  
 y si le llamo parece  
 que huye con semblante torvo.  
 Que vuelve; que me persigue,  
 que llora cuando en el colmo  
 del placer sueño que vivo...  
 ¡y se rie cuando lloro!  
 Y es él, padre, es él; el mismo  
 Pedro de Mena, el hermoso  
 mancebo, aquel que me dijo...  
 no sé qué me dijo... todos  
 mis placeres de otros tiempos  
 mis recuerdos cariñosos  
 las flores, mis compañeras,  
 y los libros mis tesoros;  
 el cielo que era mi encanto;  
 las estrellas mi alborozo,  
 el arpa que me compraste...  
 Todo, todo, todo, todo,  
 lo olvidé por lo que dijo  
 Pedro de Mena y que aun oigo  
 que está en mi oído sonando  
 con acento melodioso.  
 —¿Dónde está Pedro de Mena?  
 gritó con acento ronco  
 de pie y temblando y sombrío  
 el anciano Jofre Loscos.  
 —¿Dónde está? ¿dónde? María  
 contesta.

—Padre, lo ignoro.  
 Está en mi pecho, en mi alma,  
 en donde estamos nosotros,  
 ¡Huyó!... me olvidó por otra,  
 por otra, padre, y aun vivo...  
 Ya lo ves, el tiempo es otro!  
 Cayó el viejo en su poltrona  
 lo mismo que herido tronco  
 por el rayo y apoyando  
 en sus rodillas los codos,  
 después de lanzar del pecho  
 como un rugido un sollozo,  
 entre sus manos, más pálidas  
 que el marfil, ocultó el rostro.

## III

En una hermosa capilla  
 de paños negros cubierta,  
 con un altar en el fondo  
 donde arde un blandón de cera  
 con un grande mausoleo  
 labrado de parda piedra  
 con un sencillo epitafio  
 y una cruz, á la derecha,  
 está sentado un anciano  
 en una poltrona vieja,  
 y cerca de él de rodillas,  
 grave y sombría una dueña.  
 Los dos una cosa misma  
 en sus pensamientos piensan,  
 los dos en silencio lloran,  
 los dos en silencio rezan.

## IV

Los dos alzaronse á un tiempo  
y á un tiempo á la negra puerta  
del mausoleo llegaron  
con marcha pesada y lenta.

—Abre, Inés, murmuró Jofre.  
Y abrió Inés la puerta negra,  
y entró Jofre en el sepulcro  
Acércate, Inés, escucha,  
y entró Inés á la desierta  
bóveda del mausoleo  
casi envuelta en las tinieblas.

—Repítelo, en este sitio  
has visto á Pedro de Mena,  
al mismo, Pedro, esta tarde  
en el atrio de la Iglesia?

—Le ví—dijo Inés: con sorda  
voz y perceptible apenas.  
¡Y se oyó como un gemido  
en el fondo de la tierra!

—Te dijo al morir, María,  
que buscaras al de Mena  
y que en su nombre le hablaras  
y á este sitio le trajeras?

—Así al morir me lo dijiste:  
que fué de Pedro promesa,  
buscarla viva, en su casa,  
buscarla en su tumba, muerta.  
Y pues murió de dolor  
la infortunada doncella,  
aquí que acuda á la cita.

Ve, Inés, por Pedro de Mena.  
Salió Inés, tras ella Jofre  
salió, quedóse en la puerta,  
¡y se oyó como un gemido  
en el fondo de la tierra!

## V

Oyó Jofre pasos lejos;  
oyó después pasos cerca,  
y entraron á la capilla  
un mancebo y una dueña.  
Abrió más la puerta Jofre  
y oculto quedó tras ella,  
y tomó Inés para guiarle  
al mancebo de la diestra.  
—Venid... dijo... aquí D. Pedro  
os dió la cita primera...  
También os guíe de la mano  
en esa vez como en ésta.  
Vestido todo de negro,  
sin temor, tal vez con pena,  
con la mirada muy dulce  
á veces, y á veces fiera,  
pálido el rostro moreno,  
y el pecho obscuro y la espesa  
barba y el bigote, largos  
á la usanza de la época,  
avanzó, puesta en el puño  
de la espada la siniestra  
mano, con tranquilo paso  
y lento Pedro de Mena.

—¿Dónde está? dijo D. Pedro

—Allí... murmuró la dueña,  
y entró D. Pedro resuelto  
á la bóveda desierta.

Oyóse un tercer gemido  
en el fondo de la tierra,  
y luego el golpe sonoro  
que hace el que caer se deja  
de rodillas en el suelo,  
cuando hay una cripta hueca  
debajo de las rodillas  
y encima de la conciencia!

Después oyeron; Inés  
y D. Jofre, como esas  
lejanas voces que suelen  
oír, tal vez los que sueñan;  
cuando todo calla y duerme,  
cuando al rozar las tinieblas  
con las tinieblas parece  
que al alejarse se quejan...

Luego oyó distinto, claro,  
D. Jofre hablar á su nieta,  
que le dijo: "cierra, padre,  
cierra ya la puerta, ¡cierra!"

Inés cayó de rodillas,  
cerró Don Jofre la puerta,  
y en el altar sobre el ara  
se apagó el blandón de cera.

Mérida, abril 14 de 1883.



EDUWIGIS

I

Sobre el negror de la noche  
sus vagos sutiles velos  
la pálida luz del alba  
va tendiendo trecho á trecho,  
sobre los campos del cielo,  
donde están los horizontes  
y donde están los luceros!  
Todo es silencio en la playa,  
todo es en la mar silencio,  
y es el rumor de las olas  
como un suspiro del viento.  
Sólo desde la ribera,  
en lontananza, á lo lejos,  
se mira como un fantasma  
casi blanco, casi negro,

mal envuelto entre la bruma  
 de un bergantín al bosquejo  
 ya con las lonas hinchadas,  
 tirantes los aparejos,  
 moviéndose lado á lado  
 con un dulce movimiento,  
 como si estuviera libre,  
 como si estuviera suelto!  
 Fija la vista en el agua  
 que está sus plantas lamiendo,  
 está una hermosa doncella  
 más hermosa que un ensueño;  
 tiene en gajos el obscuro  
 y destrenzado cabello,  
 dado á los besos del aura,  
 dado á los besos del céfiro;  
 y tiene dada á su frente  
 al arpón de un pensamiento  
 y su pecho á los suspiros  
 que se lo desgarran dentro,  
 y sus ojos y sus párpados  
 á sus lágrimas de fuego,  
 que sus mejillas abrasan  
 conforme se van cayendo,  
 cayendo sobre los labios  
 donde dormía su nieta  
 de coral húmedo y terso  
 donde la palabra espira,  
 donde espira hasta el aliento,  
 porque están como la playa  
 y como el mar, ¡en silencio!

## II

Mas junto de la doncella  
 se ve un hombre y se oye un eco,  
 un hombre que está llorando  
 y un eco que está gimiendo!  
 Un cuerpo que es corazón,  
 una voz que es sentimiento,  
 dulce, armoniosa, sencilla,  
 llena de amor y misterio;  
 como querella de ave  
 que está llorando á su dueño,  
 que llora de enamorada,  
 porque es llorar su consuelo;  
 voz del alma, un canto, un himno,  
 lánguido sollozo tierno,  
 rumor de plumas que llevan  
 leves ráfagas del viento  
 que azotan las cuerdas de oro  
 de liras de bardos muertos,  
 que están cubiertas de polvo,  
 de polvo de cementerios,  
 polvo de flores marchitas,  
 polvo de tristes recuerdos,  
 polvo de falsas promesas  
 y desengaños funestos!...  
 Voz del alma; un himno, un canto,  
 rumor de brisa, ligero,  
 desprendido de las ondas  
 que dan un último beso  
 á la espuma que las cubre,

que las envuelve muriendo,  
cuando es para ellas sepulcro  
la arena que juzgan lecho!

## III

—“Llegó el momento, Eduwigis,  
ya lo ves; llegó el momento;  
¡ojalá que no llegaran  
los que han de ser como éstos!  
¡Cómo es el andar del hombre,  
cómo es el andar del tiempo,  
que siempre nos encontramos  
por más despacio que andemos!...  
¡Qué paz en estas alturas!  
¡Qué tristeza en nuestros pechos!  
¡Todo tranquilo allá arriba,  
aquí abajo todo inquieto!  
Nunca te olvides de mí,  
de tu Marcos, de tu siervo;  
del único á quien besaste  
con esos labios tan bellos!  
Cuando mires una sombra,  
dale formas con mi cuerpo  
y haz que á mi se parezca  
si es que me sigues queriendo;  
cuando tengas una idea,  
dale con mis pensamientos  
forma y color si es que siempre  
sigo siendo tu embeleso!...  
Si me olvidas, Eduwigis,

si te olvidas de tu dueño,  
si te olvidas de mi amor,  
si olvidas tus juramentos,  
olvidate, por piedad,  
hasta del nombre que tengo;  
que no te perdonaría  
la ofensa de tu recuerdo!...  
No me olvides, no me olvides  
si es que soy tu amor primero;  
pero si no soy el único  
quiero que me olvides presto;  
borra mi imagen del alma,  
bórrala del pensamiento,  
y borra hasta los borrones  
con que me borres... No quiero  
ni la sombra de mi sombra  
ni de esa sombra el ensueño  
ni de que soñaste un día  
con mi amor y con mis besos!  
Adiós, mi bien, mi tesoro,  
adiós, mi ardiente embeleso,  
junta tu frente á mi frente,  
y pues que tu alma me llevo,  
toma el alma que te doy  
porque toda te la dejo!...

## IV

Un instante nada se oye...  
—¿Y si no vuelves?

—Sí vuelvo.

—¿Y si no vuelves?  
—Entonces  
será señal de que he muerto!

Del bote que lleva á Marcos  
mira Eduwigis los remos;  
los ve que salen del agua,  
y le golpean el seno,  
y le salpican el rostro...  
¡Y es el golpear de su pecho,  
y es el agua de su llanto,  
como la del mar inmenso,  
salobre, amargo, ardoroso,  
y, de más á más eterno!  
¿Por qué no se paralizan  
los brazos de los remeros,  
y entre el bergantín y el bote  
no abre murallas el viento?  
Ya ve Eduwigis, no más,  
casi blanco, casi negro,  
aquel extraño fantasma  
mal entre brumas envuelto,  
que se va porque ya es libre,  
que se va porque está suelto!

## VI

Pasa un año y otro, y otros  
pasan, como pasa el tiempo,

para los dichosos, rápido,  
y para los tristes, lento!  
¡Qué lentamente se mueven,  
nave del amor, tus remos,  
cuando el dolor paraliza  
los brazos de tus remeros!  
Espera en vano Eduwigis,  
al fin, un día, el exceso  
de la pena le arrebató  
la luz del entendimiento.  
¡Qué tinieblas la rodean...!  
¡Cómo está el negro de espeso  
en esos campos que van  
cruzando sus pensamientos!  
Todo es silencio en la playa,  
todo es en el mar silencio...  
Clava en las ondas sombrías  
los ojos negros y tercos,  
y mira, como un fantasma  
casi blanco, casi negro,  
mal envuelto entre la bruma  
de un bergantín, el bosquejo.  
Le ve las lonas hinchadas,  
tirantes los aparejos,  
y lo ve que va á lo largo  
de la costa andando lejos;  
y ella entonces de la orilla  
á lo largo va siguiendo...  
¡Va siguiendo aquella hermosa  
ilusión de sus ensueños!

¡Cómo corre el bergantín,  
 y ella, cómo va corriendo;  
 él en el desierto azul,  
 ella en el blanco desierto!  
 El delante; ¡la ilusión!  
 Ella detrás; ¡el deseo  
 entre sus alas doradas  
 se la lleva como el viento!  
 ¡Qué lejos están los dos,  
 qué lejos están del puerto!  
 La nave sigue... ¡no pára!  
 ella pára, y cae al suelo!...  
 ¡Quién va á buscar una nave  
 en ese mar de los sueños!...  
 ¡Y quién va á desenterrar  
 de la arena un esqueleto!

Mérida, mayo 6 de 1885.

TROVAS COLOMBIANAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

®



## CRISTOBAL COLON

### I

Espíritu gigante que otros mundos  
en el espacio habitas,  
torna al sepulcro que tu cárcel guarda  
y dale forma á tu inmortal ceniza.

Despierta, y otra vez mendigo y loco  
arrastrate y camina;  
vuelve á poner sobre tu frente augusta  
la corona de rosas y de espinas.

Vuelva á vagar sobre tu mudo labio  
sardónica sonrisa;  
que la estúpida plebe te escarnezca;  
que la ignorancia torpe te maldiga.

Hiera otra vez tu corazón senovido  
el arma de la envidia,  
y torrentes de lágrimas, á solas,  
mane en silencio la profunda herida.

Vuelva á cruzar por los iberos campos  
tu sombra fugitiva,  
mientras te burla en los salones regios,  
necia y audaz, la cortesana grita.

Torna á tender sobre la mar inquieta  
la poderosa vista;  
tu llanto beba la arenosa playa,  
y que besen tu sien auras marinas.

Y surca el fin los piélagos ignotos  
en la arbolada quilla,  
y triunfa. . . . Y al rumor de tus cadenas  
caiga en el polvo mi dorada lira.

## II

Al mediar de la noche silenciosa  
á la pálida luz de las estrellas,  
vagaba por los mares lusitanos  
una hermosa galera genovesa.

Iba de corso. El timonel velaba  
viendo brillar el fósforo en la estela. . .  
De repente paróse, gritó:—"fuego!"  
y el fuego apareció sobre cubierta.

## III

Ardía envuelta la galera en llamas,  
no lejos de la costa;  
ase un marino el remo con la diestra  
y al hondo mar se arroja.

Lucha tenaz y con sobrado aliento  
hiende las bravas olas,  
y pisa al cabo con segura planta  
riberas de Lisboa.

Dirige luego la mirada al cielo,  
serena y melancólica,  
y la vuelve á la mar, y la dilata  
por su llanura lóbrega.

Las ondas á la tierra devolvían  
al genio de las ondas;  
la mar lo rechazaba. ¡Y para el náufrago,  
era la tierra poca!

## IV

Alto, robusto, varonil semblante  
por noble, seductor;  
la tez, un día transparente y blanca,  
tostada del sol;

Blondo el cabello, por el tiempo cano,

tal vez por el dolor;  
 su madre patria, Génova; su nombre  
 Cristóbal Colón.

con la soledad se encierra,  
 sus penas no ha de contar,  
 ni á las flores en la tierra  
 ni á las olas en la mar.

Acaso sienta bullir  
 en su mente un pensamiento  
 que en su mente ha de morir,  
 pues en tan hondo aislamiento  
 ¿á quién se lo va á decir?

No les ha de revelar  
 sus penas y sus temores,  
 pues no le han de contestar,  
 si está en la tierra, las flores,  
 El que á solas en su hogar  
 ni las olas, si en la mar.

Vuelve á la tierra la flor  
 y la ola al mar, y al horror  
 del pasado, el sufrimiento;  
 y vuelve á el alma el lamento  
 que á el alma arranca el dolor.

Que el que á solas en su hogar  
 con la soledad se encierra,

sus penas no ha de contar,  
 ni á las flores en la tierra,  
 ni á las olas en la mar.

## VI

No está la nube en los espacios sola  
 ni viven solas en el mar las algas;  
 y en el humano pecho  
 sola se muere de dolor el ánima.

Las olas se reclinan en las olas,  
 y las ramas del árbol en las ramas,  
 y en el agreste nido  
 se entretejen las alas con las alas.

El alma tierna de Colón un día  
 gimiendo en triste soledad ingrata,  
 halló por su ventura  
 el alma compañera de su alma.

Y flores tuyo la escarpada peña,  
 y blancos lirios la infecunda playa,  
 y la celeste bóveda  
 limpia y azul se reflejó en las aguas.

Brilló la luz de la perdida estrella  
 en la lóbrega noche de borrasca,  
 y penetró su rayo  
 en el sombrío corazón del nauta.

## VII

Después de la luz, la noche  
envuelta en niebla sombría;  
después del placer, las tristes  
lágrimas en la mejilla.

Bajo los pétalos blancos  
de la flor, la aguda espina;  
bajo las rosas, el polvo  
de las rosas de otros días.

Junto al azahar de la boda,  
"inmortales" amarillas;  
junto á la cuna, la huesa;  
junto á la nada, la vida.

## VIII

Dichosa mansión, dichosa  
si no la nubla el pesar.  
¡Qué hermosa es la luz, qué hermosa  
en el cielo del hogar!

En el hogar, lo mismo que en el cielo,  
hay también un crepúsculo sombrío;  
el cielo moja de rocío el suelo,  
y son en el hogar como rocío  
las lágrimas del duelo.

¡Qué triste mansión, qué triste  
cuando la nubla el pesar!  
Colón de negro viste  
el cielo de su hogar!

## IX

Bajo del sauce tétrico,  
la sepultura cubre  
su obscuro seno, con mullido céspea  
y con lirios azules.

Con una cruz tristísima,  
entre otras tristes cruces,  
señalan todos el postrero sitio  
de los que ya no sufren.

Colón, lloroso y pálido,  
en hora amarga y lúgubre  
el sitio señaló donde dormía  
su compañera dulce.

Y allí bañado en lágrimas  
miró la tumba fúnebre,  
cubrir su seno con mullido césped  
y con lirios azules.

## X

Ai borde de un sepulcro, de rodillas  
estaba Colón,

y también de rodillas, y á su lado,  
un vástago en flor.

Un niño que tenía en la mirada  
amarga aflicción:  
y sin consuelo y entre acerbas quejas  
heraban los dos.

Y hubo un instante de dolor sin nombre,  
de inmenso dolor,  
en que el nauta se alzó de la tumba  
y el niño se alzó.

Y del labio inocente escapóse  
sencil'a oración,  
y de la boca varonil y trémula  
un himno de amor.

## XI

“¡ Amor, mi amor! Celeste mensajera  
del dulce bien y la esperanza mía,  
de tu edad en la dulce primavera  
te vi rodar bajo la tierra fría;  
amor, amor, en mi ilusión primera  
inagotable fuente de alegría;  
purísimo raudal que apuré ansioso  
más que agora infelice, venturoso.

“¿ A dónde voy, errante peregrino,  
sin sombra, sin amparo, sin consuelo?

Murieron ya las flores del camino,  
se apagaron las lámparas del cielo:  
sobre mí poderoso torbellino  
las nubes amontona en denso velo;  
la soledad mi espíritu amedrenta,  
y ruge en mis oídos la tormenta.

“Si escuchara tu voz, Felipa mía,  
vibrante como música sonora,  
renacieran la paz y la alegría  
del que sin paz sus alegrías llora;  
renacieran las flores que tejía  
al risueño alborar de blanca aurora,  
con que anudaba los perdidos lazos,  
embriagado de amor entre sus brazos.

“¿ Y era un sueño no más tanta ventura?  
¿ Fantástica ilusión, belleza tanta?  
Al través de esa losa helada y dura,  
que al golpe de mi pecho se quebranta,  
la imagen de tu pálida hermosura  
pienso que ante mis ojos se levanta,  
y de nuevo suavísima y tranquila,  
arde la luz del cielo en tu pupila.

“Parece que otra vez los dos unidos  
con las caricias de tu amor profundo,  
soñamos de placer embebecidos,  
en hallar para el mundo un nuevo mundo.  
Delirantes, acaso, los sentidos,  
el espíritu inquieto y vagabundo,  
dejábamos volar el pensamiento  
libre y áltivo en la región del viento

“Mas hoy ¿qué resta de placer tan vivo?  
 ¿De tan fugaz placer ¿ya qué nos queda?  
 Movi6 su rueda el porvenir esquivo  
 y á los dos nos hundi6 bajo su rueda.  
 Errante, desdichado, fugitivo,  
 mientras la duda el coraz6n hospeda,  
 iré sin guía, sin tim6n, sin norte,  
 de lugar en lugar, de corte en corte.

“Mas donde quiera que me arrastre el hado  
 renovarán nuestra sencilla historia,  
 las dulces horas que pasé á tu lado,  
 fugaces retornando á la memoria.  
 Presente siempre miraré el pasado;  
 y ya á la luz ardiente de la gloria,  
 ó de la sombra al tenebroso abrigo,  
 tu amor, tu imagen, estarán conmigo.

“Tu amor, sólo tu amor: si el alma mía  
 cuna le di6 de perfumadas flores,  
 hoy, triste, amortajando su alegría,  
 cerr6 mi coraz6n á los amores.

Y pues, lo quiso Dios, la tumba fría  
 guarde aquí tus encantos seductores,  
 que, á despecho del tiempo y del olvido,  
 en mi alma vivirás como has vivido.

“Yo te he de ver en el fulgor postrero  
 del día al espirar en mi ventana,  
 y al fenecer la noche en el lucero  
 que se pierde á la luz de la mañana;  
 en el vapor errante y pasajero

que el cielo azul recorta y engalana,  
 ó al fulgor del relámpago en la nube  
 que en alas del turbión al éter sube.

“Y cuando logre, al cabo de mi anhelo,  
 hallar la tierra que soñ6 mi mente,  
 y grande al fin, bajo el dosel del cielo,  
 ante Dios nada más baje la frente,  
 al detener mi fatigoso vuelo,  
 en las arenas de la playa ardiente,  
 veré tu imagen en la nueva orilla  
 y sentiré tu beso en mi mejilla.

“En tanto, dulce bien, recibe el mío  
 de mi cariño santo en el exceso.”—  
 Y el noble genovés, grave y sombrío;  
 de su dolor en las cadenas preso,  
 cay6 de hinojos sobre el césped frío,  
 y en él dejando el doloroso beso  
 que repiti6 la noche en s6n lejano,  
 parti6, llevando al niño de la mano.

## XII

Al misterioso impulso del destino  
 cruza Col6n un áspero camino,  
 en alas de su loca inspiraci6n.

¡Pobre marino!

¡Pobre Col6n!

En Portugal dej6 cuanto queria;  
 no supo Portugal lo que tenia:  
 Portugal no lo supo por su mal:

no supo que perdía  
su gloria Portugal.  
Como arista que lanza el torbellino,  
así lanzado el triste peregrino  
abandonó una noche su mansión.

¡Pobre marino!

¡Pobre Co'ón!

## XIII

Con Dios que los acompaña,  
y su amor y su cariño,  
van, con ansiedad extraña,  
solos un hombre y un niño  
cruzando tierra de España.

Van hacia Huelva, del cielo  
y de su suerte á merced:  
siente el hombre un hondo anhelo,  
y el niño en su desconsue'o  
hambre tiene, y tiene sed.

¡Ay! Y entonces quiso Dios  
que en aquel triste momento  
llegaran, de amparo en pos,  
á las puertas de un convento  
desfallecidos los dos.

Era la Rábida... Era  
triste y sombrío por fuera,  
y por dentro triste y serio,  
el vetusto monasterio

Que apenas, tras el pesar  
de sus congojas testigo,  
llamaron,—sin vacilar  
abrió un hermano el postigo  
para dejarlos entrar.

Y entraron; y en su alegría  
se olvidan de la pasada  
y mortal melancolia...  
¡Puesto que Dios es su guía,  
Dios los lleva á su morada!

Diéronle al niño sustento,  
al alma contentamiento:  
y de dulce paz gozando,  
durmióse en el lecho blando  
de una sala del convento.

Y á Co'ón, como el mejor  
alivio á su acerba pena,  
le conducen, por favor,  
á la celda del prior  
Fray Juan Pérez de Marchena.

## XIV

Leyó el fraile en los ojos del marino  
sondeó el marino el corazón del fraile:  
Juan Pérez de Marchena miró al genio  
Co'ón absorto contemplaba al ángel.

Lo que aquellos dos hombres se dijeron  
 en aquella mirada, Dios lo sabe;  
 eso que sólo el pensamiento escribe  
 no lo guarda la historia en sus anales.  
 Colón le dió un tesoro al franciscano  
 encerrado en una arca impenetrable.  
 Miró Marchena el arca, y para abrirla  
 al nauta genovés le dió la llave.

## XV

En pavoroso aislamiento  
 se mira el sagrado muro,  
 y solitario y obscuro  
 el interior del convento.  
 Una ráfaga de viento,  
 á grandes pausas, gemía  
 en la estrecha celosía,  
 ó al penetrar en las rejas  
 destaraladas y viejas  
 de la ruinosa arquería.

De pronto un rumor se oyó  
 como el de abrirse una puerta,  
 y al fulgor de luz incierta,  
 un hombre al claustro salió.  
 Paso á paso atravesó,  
 como una sombra ligera,  
 tras una y otra escalera,  
 uno y otro apartamento,  
 sin que el débil eco lento  
 de su pisada se oyera.

Como un timbre funeral  
 que los espacios recorre,  
 sonó la una en la torre  
 de la iglesia conventual.  
 De su puerta hasta el umbral  
 llegó el hombre; reverente  
 mojó su mano en la fuente  
 bendita; apagó la luz,  
 y la señal de la cruz  
 se hizo, rezando, en la frente.

Después, respetuoso y grave,  
 en el templo penetró;  
 rezando siempre, avanzó  
 bajo la sagrada nave;  
 y ante una luz, que suave  
 lánguida y triste esparcía  
 sobre el altar en que arda  
 vagos resplandores rojos,  
 cayó en el suelo de hinojos,  
 en mitad de la cruja.

Inmóvil, meditabundo,  
 quedóse allí, sumergido  
 y aletargado el sentido  
 en un éxtasis profundo.  
 Allí, muy lejos del mundo  
 en donde la infamia medra,  
 donde al espíritu arredra  
 huracán vertiginoso,  
 permaneció silencioso  
 como una estatua de piedra.

¿Breve el tiempo? ¿El tiempo largo  
pasó para él? ¿Gozaba,  
ó del dolor apuraba  
impío cáliz amargo?...  
Salió al fin de su letargo,  
y tras la muda oración  
que en honda contemplación,  
tal vez alivió su duelo,  
alzó los ojos, y al cielo  
elevó su corazón.

"Señor, yo vengo á tí; yo estoy y perdido  
del bosque en la espesura:  
su lobreguez medrosa me anonada,  
sus vastas soledades me dan miedo.

"Yo vago errante en la extensión inmensa  
de procelosos mares,  
y me estremezco de mirarme solo,  
entregado á los vientos y las olas.

"Dale, Señor, al ánimo turbada  
tu aliento poderoso;  
busco una senda que dirija al llano,  
busco un bajel que me conduzca al puerto.

"La fe, como esa lámpara bendita,  
arde perenne en mi alma;  
no la apagues jamás, y de continuo  
arda su luz hasta en mi tumba lóbrega.

"Yo presiento, Señor, la amarga lucha  
que el porvenir me guarda;

yo sé que en mi cerebro hay una idea  
que siento que no cabe en mi cerebro.

"Mas tú, Señor, que la comprendes sólo,  
porque de tí me vino,  
dame arrojo y bravura en la batalla,  
no me abandones en la heroica empresa.

"Yo me humillo ante tí; yo nada valgo;  
es tuyo cuanto pienso;  
haz que aparezca un día ante mis ojos  
ese mundo que al fin es todo tuyo.

"Tú no engendras la duda, tú afirmaste  
en mi alma la creencia;  
y no ha de ser mentira lo que creo,  
que yo por tí lo creo, y tú no mientes.

"Yo sé que la verdad está escondida,  
como está en este instante  
el rayo ardiente de la luz febea,  
que en breves horas lucirá su aurora.

"Un rayo de ese sol sé que algún día,  
tal vez no muy lejano,  
alumbrará, brillando ante mis ojos,  
de ignota playa la húmeda ribera.

"Yo quiero en esa playa que tu nombre  
se escape de mi labio;  
quiero, Señor, de hinojos bendecirle;  
y no quiero morir sin que así sea."

Calló Colón. En seguida  
se levantó satisfecho,  
cual si sintiera en el pecho  
más vigor y nueva vida:  
como el que juzga escondida  
la senda y la vuelve á hallar,  
como el que torna á encontrar  
el tesoro que perdió,  
así del templo salió  
en que le vimos entrar.

## XVI

Marchena le dió una carta  
á Colón, le dió dineros,  
humilde cabalgadura,  
y su amor y sus consejos:  
con el médico Fernández  
y el tierno niño y un lego,  
acompañóle hasta el atrio,  
dándole valor y aliento.  
Le dijo que atendería  
en su ausencia al pequeñuelo;  
y el genovés, pesaroso  
y feliz á un mismo tiempo,  
aprisionando una lagrima  
en el fondo de su pecho,  
rumbo á la corte de España  
se alejó del monasterio.

## XVII

Fantasma que recorres los espacios,  
impetuoso huracán,  
hay una roca en que tus negras alas  
se estrellan al pasar.

Bajel perdido que las aguas cortas  
del anchuroso mar,  
hay una playa que en su arena ardiente  
la tumba te abrirá.

Y tú, gigante pensamiento, idea  
que corres al azar,  
para atajar tu paso y sepultarte  
está la humanidad.

## XVIII

Es la fe su timón; su veía, el genio;  
el Salvador su guía,

Las nubes que amontona  
la tempestad, le sirven de corona  
á su pálida frente,  
que avara esconde portentosa idea.  
Hay un abismo en su mirada ardiente,  
y el rayo en el abismo centellea.  
¿A dónde va? ¿Qué quiere? ¿Quién le  
(ayuda  
á penetrar un misterioso arcano?  
El mismo desfallece, él mismo duda,

y lleva en su conciencia un oceano  
 En él sin rumbo ni timón navega  
 su propio pensamiento.  
 ¡Ay del que al fin de su esperanza llega!  
 ¿A dónde le conduce el sufrimiento?  
 ¿Delira? No lo sabe.  
 Colón no sabe en el dolor profundo  
 de su inmensa tristeza,  
 si ese mundo que sueña está en el mundo,  
 ó lo lleva no más en la cabeza.

## XIX

Sobre las ondas de la mar humana,  
 en el mar de la vida,  
 conduce el nauta con segura mano  
 su frágil navecilla.

Es la fe su timón; su vela el genio;  
 El Salvador su guía,  
 ¡el que sacando á Pedro de las olas  
 le condujo á la orilla!

## XX

¡Flores para el alma, flores  
 para el pobre corazón!  
 Sin consuelo, sin amores,  
 sólo siente los horrores  
 de la desesperación.

Tal vez nace en él un puro,  
 dulce recuerdo de ayer,

como en las grietas del muro  
 triste, ruinoso y obscuro,  
 suele una yerba nacer.

Tal vez exhala un lamento  
 de dolor: del sentimiento  
 melancólico gemido  
 que sube al cielo, perdido  
 entre las ondas del viento.

Nada en su suerte fatal  
 á mirar siquiera alcanza  
 que alivie su ansia mortal;  
 y entre un velo funeral  
 se disipa su esperanza.

Todo angustia, todo pena,  
 más que la pena, el martirio  
 que el espíritu envenena,  
 y á la razón enajena  
 en horroroso delirio.

Y así pasa tras un día,  
 otro día, y en eterno  
 padecer, la noche impía;  
 y con ella la agonía  
 espantosa de un infierno.

Siempre esperando el albor  
 hermoso de la mañana;  
 siempre el tormento mayor,  
 y más cercano el dolor,  
 y la dicha más lejana.

Tal vez reposa un momento,  
al rigor del sufrimiento,  
la débil materia inerte...  
¡Mas si la materia duerme,  
nunca duerme el pensamiento!

## XXI

Pasa en la humana marea  
lo que en el revuelto ponto:  
siempre la espuma está arriba,  
nunca hay espuma en el fondo.

Para lograr una empresa  
es un siglo tiempo corto,  
si para ella, al fin lograda,  
es la eternidad un soplo.

Guardó Dios el pensamiento  
como en un sepulcro lóbrego,  
y nadie ha visto pensar  
ni a los cuerdos ni á los locos.

Encierra tus pensamientos  
allá muy hondo, muy hondo,  
y á nadie se los descubras  
si no piensas como todos.

Por el camino más breve  
nunca preguntes: tú solo  
sabrás, midiendo tus fuerzas,  
por cuál se llega más pronto.

Si no han de entenderte, nunca  
muestres tu idea á los otros,  
que el que quiera ver al sol  
tiene que cerrar los ojos.

Nada importa que murmuren;  
nada que te llamen loco;  
si Dios te da fe... ¡Ya sabes  
que Dios está sobre todo!

## XXII

“Como Venecia y Portugal, España,  
quédate con tus reyes y tus sabios,  
pues que creyeron fábula ó patraña  
lo que acertaron á decir mis labios:  
nada llevo de tí, no me acompaña  
ni el recuerdo cruel de tus agravios:  
nunca mi pecho de rencores supo:  
¡en él no más la desventura cupo!

“Tal vez otro monarca en otra tierra  
pueda abarcar mi extraño pensamiento,  
que la fe que el Señor en mi alma encierra  
no se apaga en mi alma ni un momento;  
ni el porvenir mi corazón aterra,  
ni mi espíritu apoca el sufrimiento;  
que en la tierra ó el mar, tras mi destino,  
no han de faltarme aliento ni camino.”

## XXIII

Esto dijo Colón frente al soberbio  
alcázar de Granada,  
donde estaban los reyes de Castilla,  
donde la corte estaba.

Y lanzando un suspiro que en el pecho  
su corazón desgarró,  
salió de la ciudad, enderezando  
á Córdoba su marcha.

Iba á contar al huérfano inocente,  
su múltiple desgracia,  
que el niño con Fray Pérez hace tiempo  
que lo espera en la Rábida.

Iba triste, muy triste; le dolía  
perder sus esperanzas,  
abandonar sus ilusiones todas,  
abandonar á España.

De repente paróse y oyó el eco  
de un corcel que volaba.  
Y sospechó, riendo de alborozo,  
que él era á quien buscaban.

## XXIV

—¿Seguíisme?

—Sí.

—¡Voto á tall!

—¿Es esperan.

—Podrá ser.

¿quién me espera?

—Una mujer

en el Palacio Real.

—No es á mí, por vida mía.

—¿Sois Colón?

—El mismo soy;

y, ya lo estáis viendo, voy  
camino de Andalucía.

Y ni me quiero volver  
ni sobra para eso espacio,  
ni con damas de palacio  
tengo yo nada que ver.

—¿Irme sin vos? No, en mal hora,  
ni sé que os podáis negar;  
que quien os manda llamar  
es la Reina mi señora.

—¿La Reina?

—En su nombre vengo.

—¿Que yo retorne á Granada?

Si os burláis, con esta espada  
de haceros pedazos tengo.

—Os juro que hablo formal.

—En ese caso ya os sigo.

—Bien, señor, iréis conmigo  
hasta el Palacio Real.

Sobre un cojín de púrpura y de oro  
sentada está Isabel, gloria de España:

la que al Rey de Aragón traje á Castilla,  
 la que arrojó á los moros de Granada.  
 Entre sus manos de marfil y rosa  
 le está dando de vueltas á una carta,  
 firmada por Fray Pérez de Marchena  
 y escrita en el convento de la Rábida.  
 Delante de Isabel, alta la frente,  
 á raudales vertiendo la palabra,  
 y con segura mano y firme pulso,  
 trazando extrañas líneas en un mapa,  
 se ve á Colón radiante de alegría,  
 escondiendo en su pecho la desgracia,  
 y en un trono más alto que los tronos  
 sentando altiva la soberbia planta.  
 Así le vió Isabel, la reina hermosa  
 que en las alas del genio arrebatada,  
 las ondas cruza de revueltos mares,  
 la arena pisa de remota playa;  
 el madero del Gólgota contempla,  
 de extraño clima en la región lejana,  
 en las torres erguidas de los templos  
 y en la cumbre glacial de las montañas.  
 Y tornando á Colón el rostro augusto  
 con poderoso acento exclamó: "Basta:  
 pues que España te niega sus tesoros  
 yo quiero darle mi tesoro á España.  
 He de fundir mi cetro y mi corona,  
 he de vender mis joyas y mis galas:  
 y en el nombre de Dios y de Fernando  
 extiende el cerco de mi noble patria."  
 Dijo, y dejando por su labio rojo  
 vagar una sonrisa de esperanza,

dióse á besar al genovés la mano  
 y se alejó ligera de la estancia...  
 Quedó Colón confuso unos instantes,  
 dudando si vivía ó si soñaba,  
 si era aquella mujer del otro mundo  
 portentosa vision, ángel-fantasma.  
 Y al fin entre la tumba palaciega  
 salió, sacando de la regia cámara,  
 envueltas en la carta de Fray Pérez,  
 las joyas de la augusta soberana.

## XXVI

Del riguroso invierno al frío hábito,  
 las flores en el polvo morirán:  
 no importa, que del polvo  
 mañana nacerán.

El sol, tras de las horas del crepúsculo,  
 su luz en la tiniebla ocultará:  
 no importa, en la tiniebla  
 mañana brillará.

## XXVII

Perdido navegante,  
 suspira sin ventura,  
 y ve la luz del día  
 lucir de nuevo tras la noche oscura.

Se sacan del sepulcro  
 los restos del finado;

pero otra vez se llena  
con otros restos, el sepulcro helado.  
Su mustia gala, el monte  
en verde manto trueca:  
y el agua de las lluvias  
torna á correr en la barranca seca.

ALERE FLAMMAM  
VERITATIS XXVIII

Después del medio día,  
bajaba del zenit el sol ardiente,  
y en el muelle de Palos se veía  
muchedumbre de gente.

Solozos al quebranto  
en su vuelo arrancaban los instantes,  
y el ángel del dolor bañaba en llanto  
los pálidos semblantes.

Todo era allí cariños,  
y ternisimas frases, y consejos;  
y estaban mudos de pesar los niños,  
y de terror los viejos.

Se van unos valientes,  
se van á conquistar tierras extrañas.  
¡Quién sabe lo que guarde á aquellas gen-  
(tes

el mar en sus entrañas!

—“Se van con un marino,  
que á conducirlos por la mar se atreve;

y dicen que él no más sabe el camino.  
¡Que Dios con bien lo lleve!

“Su vida estima en poco.  
A otros con él á perecer no obligue.  
Que el cielo le perdane, si está loco;  
si no, que le castigue.

“En frágiles maderos  
al furor de los mares los expone.  
¡Ay! Si ellos en morir son los primeros  
¡que Dios se lo perdone!

“En su anhelar profundo  
es navegar sin pensamiento fijo:  
dicen que á nadie viene en este mundo,  
que sólo tiene un hijo.

“Que en la Rábida un día  
el pobre niño se quedó llorando:  
y le dijo el cruel que volvería.

Eso... ¡quién sabe cuándo!”—

Los padres, los hermanos  
así murmuran, y su seno hieren;  
y enclavian los dedos de sus manos  
las madres que se mueren.

Tristisimas y graves  
recuerdan sus pasados regocijos,  
con los ojos clavados en las naves  
donde se van sus hijos.

Todo en el muelle es pena,  
tristeza, confusión, duelo y espanto:  
ninguno al ruego el corazón serena,  
no hay tregua para el llanto.

Ninguno tiene el alma  
exenta de amargura y desconsuelo:  
sólo el cielo y Colón están en calma;  
Colón no más y el cielo.

## XXIX

¿Dónde van las carabelas?  
¿Dónde van?  
Del puerto salieron,  
gaviotas del mar;  
del puerto han salido; si el genio las guía  
al puerto algún día tal vez volverán.

## XXX

Dios es el genio... Dios en los espacios  
sentado está sobre su excelso trono:  
duerme el rayo á sus pies y encadenada  
ruge la tempestad con eco ronco.

En tanto el sol, con ardorosa lumbre,  
dora las cimas del salobre ponto,  
y tres naves en él van empujadas  
del manso viento al abrasado soplo.

Tres naves silenciosas... Iba en una  
el mendigo feliz, el necio, el loco.

El en Dios tiene puesto el pensamiento,  
Dios no aparta los ojos del piloto.

## XXXI

¡Qué triste es quedarse triste!  
Qué triste es quedarse solo!  
La soledad en el alma,  
las lágrimas en los ojos,  
los recuerdos del pasado  
para levantarse prontos,  
como muertos que se alzan  
de su sarcófago lóbrego.

## XXXII

Del piélago cruzando la llanura,  
viento en popa hacia Oeste, á todo andar,  
al encuentro incesante de las ondas  
las carabelas van.

Por delante la mar, y por los lados  
la mar; y por detrás:  
arriba el cielo azul y majestoso:  
por donquiera la doble inmensidad.

La duda en el abismo de los pechos,  
la muerte en el abismo de la mar:  
sólo Colón sabía en dónde estaban  
la vida y la verdad.

## XXXIII

Rugió la tempestad, un pardo vé:  
tendió sobre las aguas turbulentas:  
ni una ráfaga azul quedó en el cielo,  
y retronó la voz de las tormentas.

Las naves se retiran  
las unas de las otras de repente,  
y los marinos cual fantasmas giran  
sobre las tablas débiles del puente.

De pánico beodos,  
ninguno el ansia del valor sentía,  
y acobardados se agitaban todos  
bajo el fuego celeste que caía.

La eléctrica descarga, los latidos  
del corazón ahoga dentro el pecho,  
y dominan las ondas, impelidos  
por el furor del temporal deshecho.

Al rayo esperan en mortal desmayo;  
aun Franklin no nacía;  
andaba suelto el rayo;  
no estaba encadenado todavía.

## XXXIV

La tormenta pasó, y en breves horas  
la mar tornóse azul, y azul el cielo;  
empero allí en el fondo de las naves

que cruzaban el piélago sereno,  
bajo la roja biusa del marino,  
en el abismo del cobarde pecho,  
sin una sola nube en el espacio,  
sin que se oyera rebramar el trueno,  
más fiera, más adusta, más terrible,  
sorda la tempestad siguió rugiendo.

## XXXV

"No es cierto: era quimera:  
ese hombre nos engaña....  
Muera Colón; que á nuestras manos mue-  
(ra;  
y viremos de rumbo para España...

Mas si le damos muerte;  
si el mar en tumba fría  
para el audaz piloto se convierte,  
¿quién á la patria vuestras naves guía?"

Inmóvil y sombrío,  
Colón junto á la prora  
ve que corta las olas el navío,  
esperando la luz de cada aurora.

Hasta él trae la brisa  
las iras de su gente,  
y dilata su labio una sonrisa,  
y se tiñe de púrpura su frente.

## XXXVI

Crece el motin; el descontento crece;  
 reducen en las manos los aceros,  
 y á Colón, que de angustia se estremece,  
 torvos se acercan y amenazan fieros.

Sienten después el ánima cobarde,  
 y tiemblan un instante á su presencia;  
 que en sus miradas poderosas arde  
 el último fulgor de la demencia.

Aun murmuran sus quejas, sus agravios;  
 todo es allí para calmarlos poco:  
 de súbito el terror sella los labios...  
 ¡por la postrera vez va á hablar el loco!

## XXXVII

"Dentro del tercero día,  
 si no aparece la tierra,  
 la prora rumbo hacia España  
 volverán mis carabelas."  
 Dijo Colón á su gente  
 con voz tranquila y resuelta;  
 y en el lejano horizonte  
 clavó la vista serena,  
 como si allí contemplara,  
 entre el vapor de la niebla,  
 de un mundo desconocido  
 la fantástica ribera.

## XXXVIII

Cesaron los clamores, los denuestos,  
 la torpe algarabía;  
 y ansiosos en sus puestos  
 esperan todos el tercero día.

## XXXIX

¿Colón sujeta el ala á los vientos  
 sobre la mar bravia?  
 ¿El traza el curso á la corriente rauda  
 bajo la dura quilla?

¿El, al tiempo áugaz que en el pasado  
 las horas precipita,  
 en el vértigo loco de su orgullo  
 señala la medida?

¿Descorre acaso el tenebroso manto  
 de la tiniebla fría,  
 y en luz baña, á su antojo, de los orbes  
 las bóvedas sonbrías?

## XL

Temblando sobre la prora  
 Colón absorto se para,  
 y de rodillas cae, y se extasia,  
 lo mismo que en el templo de la Rábida

Acaso en hondo misterio  
siente cautiva su alma;  
y mide con la vista los espacios,  
y agoniza en su pecho la esperanza.

De pronto, cree que mira  
claridad de luz lejana,  
y vagos y dudosos resplandores,  
y en la tiniebla negra, nubes blancas.

Tal se le figura un trono  
que en los aires se levanta,  
y en el trono la imagen de María,  
de estrellas y luceros circundada.

Es su Reina, su Señora;  
es la Virgen soberana,  
la Emperatriz del orbe, que aparece  
bajo el dosel de su soberbio alcázar.

Colón se descubre, y dobla  
al sueño la frente pálida;  
y un cántico se escapa de su labio,  
y de sus tristes ojos una lágrima.

## XLI

“Virgen, Madre de Dios, agora alcanzo  
lo mucho que te adoro.  
Yo sé que no es verdad lo que estoy vien-  
(do,  
y sin ser la verdad, te ven mis ojos.

“Desde niño, Señora, me enseñaron  
á amarte sobre todo:  
y por eso el horror de la congoja  
vienes á mitigar en tu devoto.

“Muchas veces te he visto de mi pecho  
alzarte en lo más honro;  
y agora mismo dudo si estás fuera,  
ó aquí en mi corazón se alza tu trono.

“¡Oh! Tú creíste, Madre, que perdía  
el rumbo tu piloto;  
y á señalarle el rumbo te apareces  
en la desierta soledad del ponto.

“Por eso adonde estás, mi débil leño  
camina en viento próspero.  
¡Ya sé que me acompañas; y esas gentes,  
que se olvidan de tí, me juzgan solo!

## XLII

La visión desaparece;  
rueda la noche en tregue hundida,  
y ve Colón cruzar en el espacio,  
por la mano de un hombre conducida,  
una pálida luz.

¡Una luz! ¿Deliraba?  
¿Misteriosa ilusión se la fingía;  
ó de la noche en las espaldas negras,  
era el joyel brillante que prendía  
el lóbrego capuz?

## XLIII

Gritaron: ¡tierra!... ¡Tierra!  
 repite el onda de la mar salada,  
 y lo repite el viento  
 que azota el trapo y en las vergas canta.  
 El toseco maderamen  
 "tierra" dice también cuando restalla  
 bajo el convulso paso  
 del noble genovés, que nunca para;  
 que piensa, que delira;  
 que enjuga en sus mejillas una lágrima;  
 que el párpado restrega;  
 y mira y le parece que le engañan  
 sus ojos, y le burlan;  
 y los eleva al cielo, al mar los baja,  
 en torno los revuelve,  
 y con la frente sudorosa y pálida,  
 los fija en la ribera  
 que ve á lo lejos como nube blanca.  
 Y permanece inmoble;  
 en la blanca ribera la mirada:  
 el pasado infortunio  
 en el olvido; en su Creador el alma;  
 en el futuro envuelta  
 con la luz de la gloria su esperanza;  
 y el pensamiento todo,  
 todo su pensamiento, allí en España.

## XLIV

Y Colón hasta entonces no existía;  
 Colón era un fantasma, era el hermoso

sueño de delirante fantasía.  
 Era la mar la cuna del coloso;  
 y en el momento aquél, Colón nacía.

## XLV

De un lado al otro lado,  
 de una blanca ribera á otra ribera,  
 de un mundo al otro mundo,  
 ¿quién la noticia portentosa lleva?

¡y, si al volver á España  
 tiende la tempestad sus alas negras!  
 ¡Si se abre el hondo abismo,  
 y si sembla el mar las carabelas!

## XLVI

Abierto está el teatro  
 para la edad futura.  
 Nadie lo sabe aún...; Duermen los mártires,  
 duermen también los héroes en la cuna!

## XLVII

Tú solo ¡oh sol de gloria!  
 el testigo inmortal de la alta empresa,  
 iluminaste á un tiempo en aquel día  
 de entrambos mundos la llanura inmensa.

Tal vez á un tiempo mismo  
 proyectabas dos sombras en la arena:

¡la sombra de Fray Juan sobre una orilla,  
la de Colón sobre la orilla opuesta!

## XLVIII

Lo mismo que el dolor es la alegría  
que al ánimo da enojos,  
paz al pecho roba y roba el sueño  
á los cansados ojos.

Es de Colón inmensa la ventura,  
y su poder es tanto,  
que á un tiempo ríe y por su rostro corre  
á raudales el llanto.

Tiende la noche sobre el mar dormido  
su parda niebla fría,  
y Colón se retira hacia su cámara  
de la "Santa María."

Se revuelve en el lecho sin descanso,  
sin encontrar reposo,  
y las horas avanzan sobre el tiempo  
sereno y majestuoso.

Cierra el nauta los ojos; se figura  
que ya regresa á España,  
y que innúmero séquito, á la corte  
le sigue y le acompaña.

Que está delante del augustos trono  
de los augustos reyes,

y les enseña el ejemplar primero  
de las indianas greyes.

Que los monarcas de la tierra goda  
se sientan á su lado,  
y él, igual á los reyes, bajo el sólio,  
se encuentra levantado.

Que por doquier en villas y ciudades  
se oye su nombre sólo,  
y la sonora trompa sus proezas  
cuenta de polo á polo.

Que en áureos caracteres, en los libros  
su triunfo se pregona,  
y más que la de césares augustos  
es grande su corona.

Luego cree Colón que ante sus ojos  
se extiende negro velo;  
que se nubla su frente y que se nubla  
el limpio azul del cielo.

Que más que la del mar fiera y terrible,  
ruda tormenta crece;  
y que su nave azota y cabe el trono  
naufraga, y que perece.

Que mira airado el rostro de los reyes,  
y que sañudos mira

los rostros cortesanos, y la corte  
contra su honor conspira.

Que siente ya que su valor decae,  
y gime, y se atribula,  
y el frío soplo de la huesa helada  
por sus venas circula.

Y la envidia le ahoga entre sus brazos,  
y la calumnia horrenda  
abre sus ojos y en los otros ojos  
anuda infame venda.

Y se siente morir, siente las ansias  
horribles de la muerte.  
Ante él, soñando, ¿el velo se corría  
de su futura suerte?

¿Llegaba acaso hasta el confín lejano  
del árido camino,  
y en su espantosa desnudez miraba  
en sueños, al destino?

¡Ojalá que muriera en aquel lecho  
de la "Santa María!"

Colón no más soñaba con la muerte.

¡No más! Colón dormía.

ECOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

los rostros cortesanos, y la corte  
contra su honor conspira.

Que siente ya que su valor decae,  
y gime, y se atribula,  
y el frío soplo de la huesa helada  
por sus venas circula.

Y la envidia le ahoga entre sus brazos,  
y la calumnia horrenda  
abre sus ojos y en los otros ojos  
anuda infame venda.

Y se siente morir, siente las ansias  
horribles de la muerte.  
Ante él, soñando, ¿el velo se corría  
de su futura suerte?

¿Llegaba acaso hasta el confín lejano  
del árido camino,  
y en su espantosa desnudez miraba  
en sueños, al destino?

¡Ojalá que muriera en aquel lecho  
de la "Santa María!"

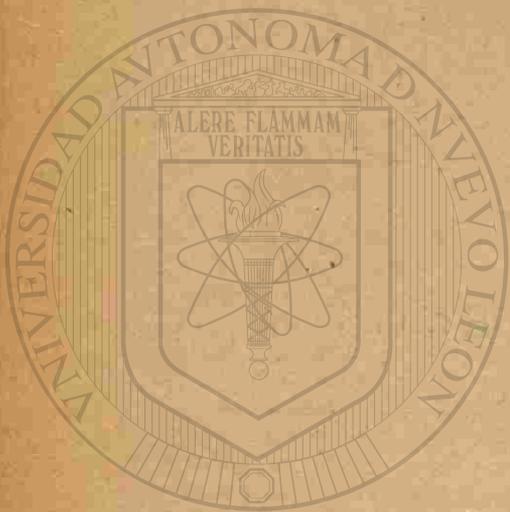
Colón no más soñaba con la muerte.

¡No más! Colón dormía.

ECOS.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



Mercedes de la Musa,  
Favores del ingenio,  
De la fama en los labios  
Y en la fábula del verso,  
De las edades otras  
A la nuestra truxeron,  
Donaires de los hombres!  
Historias de los pueblos!

ROMANCE ANTIGUO.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Favores de mi musa  
Son estos pensamientos,  
Que encierran en mi alma  
La forma de lo bello.  
Sus gérmenes benditos,



Ocultos largo tiempo,  
 Vivieron en las sombras  
 Profundas del misterio.  
 Y acaso sin sentirlo,  
 Y acaso sin saberlo,  
 Cadencias en las notas  
 De una arpa que yo tengo.  
 Sonidos en mis cantos,  
 Ideas en mis versos,  
 Confusas armonías,  
 Y aroma en mis recuerdos  
 Amor en mis canciones,  
 Baladas en mis sueños,  
 Brotaron á raudales  
 Del fondo de mi pecho.  
 Hoy fáciles germinan,  
 En flores desenvueltos,  
 Al rayo poderoso  
 Y ardiente de un sol bello.  
 Bebieron sus raíces  
 La savia de un sendero  
 Que riegan á torrentes  
 Las lágrimas que vierto.  
 ¡Ay, quiera Dios encuentren  
 Alivio mis tormentos  
 Cantando mis dolores  
 Del mundo en el desierto!

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tal vez no existes: acaso  
 Eres la imagen de un sueño.

Que deleitó mis sentidos.  
 Y embargó mi pensamiento.  
 Mas ha de ser realidad  
 Aquel hermoso embeleso,  
 Pues como te ví, dormido,  
 Te estoy mirando despierto.  
 Tal me parece que escucho  
 A todas horas tu acento;  
 Que se refleja en mis ojos  
 La luz de tus ojos negros;  
 Que en la palidez marmórea  
 De tu semblante hechicero,  
 Sus alas de oro y de nieve  
 Posa mi espíritu inquieto;  
 Que cerca del pecho mío  
 Siento el latir de tu pecho;  
 Que me quemas con tus labios,  
 Que me abrasas con tu aliento!  
 Y te palpo y no te toco,  
 Y te busco y no te encuentro;  
 Y me enloquece tu sombra,  
 Y me embriaga tu recuerdo!  
 Y así, sin saber lo que eres,  
 Harto sé que eres mi dueño,  
 Que te llevas mis dolores  
 En las lágrimas que vierto;  
 Que flotando en el espacio  
 Como una visión te veo,  
 Entre tu alma y mi alma,  
 Entre la tierra y el cielo:

## III

No sabes que te quiero; nadie sabe  
Que te idolatro yo, dulce bien mío,  
Porque no tienen frases las sonrisas,  
Porque no tienen lengua los suspiros!

## IV

Quando el ardiente hechizo  
De tu hermosura pálida,  
Buscabas como tantos  
Tu risa y tu mirada,  
¿A quién, dí, sonreías,  
Aterradora estatua?  
¿A quién estabas viendo  
Quando á nadie mirabas?

## V

Tú tienes tus flores,  
Tú tienes tus galas;  
Tienes el halago  
De la paz del alma.  
Tienes el perfume  
Que aroma las auras;  
La dulce armonía  
Del ave que canta;  
La luz apacible  
De alegre mañana;  
La sombra y el sueño  
De noche callada.  
Tienes hermosura,

Juventud y gracia;  
Tienes el ingenio  
Que á tantos les falta;  
Tienes ilusiones,  
Tienes esperanzas.....  
Yo, bien de mi vida,  
Sólo tengo lágrimas!

## VI

En mares hondos  
Mueren los ríos;  
Ruedan las cumbres  
A los abismos;  
Cae en las playas  
El blanco lirio;  
Tórnanse polvo  
Los edificios.....  
Si todo es, niña,  
Muerte y olvido.  
¿No han de salvarse  
Tu amor y el mío?

## VII

No sé qué ví una vez en tu pupila  
Más negra y soñadora que otras veces;  
Algo de indefinido y misterioso,  
Algo como la luz cuando amanece.  
Te ví un libro en las manos.... aquel libro  
Encerraba un poema de desdenes,  
El malestar, la abrumadora angustia  
De un corazón que desgarrado muere;

El genio herido que al mostrar su herida  
Con el dardo heridor también nos hiere;  
Un tesoro de lágrimas y dudas,  
¡El alma inmensa de Gustavo Becquer!

## VIII

Errantes leves brisas  
Que arrebatáis los ayes  
Del alma aprisionada  
En su sombría cárcel.  
Llegad hasta su lecho  
En que dormida yace.  
Como en la blanca espuma  
Del mar azul, la náyade.  
Traedme de sus ojos  
El beleño silave,  
La almíbar con que endulza  
Su labio de cortés;  
Traedme... ¡pero en vano!  
Si he de pedir en balde!...—  
De amor un pensamiento  
Que mis angustias calme;  
Traedme su alma, el alma  
Que la transforma en ángel...—  
O no me traigáis nada,  
Leves brisas errantes!

## IX

Hay tan dulces ruiseñores  
Cantando en la selva umbría,  
Tan misteriosas cadencias,

Tan extrañas armonías,  
Que no ha de poder, acaso,  
Mi pobre acento, alma mía,  
Herir con sus notas tu pecho sensible,  
Cuando triste llores, cuando alegre ría

## X

Cuando recuerdo tu mirada lánguida,  
Tu dulce sonreír;  
Cuando me acuerdo de tu frente pálida,  
De tu talle gentil;  
Cuando suspiro por las horas rápidas  
Que huyeron junto a tí;  
El llanto surca mis mejillas áridas  
Y me siento feliz...—  
¡Ay! cuando no me quede ni una lágrima,  
¿Qué será de mí?

## XI

Un inmenso placer sentí en el alma  
Cuando te contemplé la vez primera;  
Y mientras más me alejo de aquel goce,  
Es mayor mi tristeza...—  
Es que al llegar al puerto con mi nave  
Bañaba el sol naciente la ribera;  
Es que me hice á la mar, que entré la noche.  
Y navego perdido en las tinieblas!

## XII

Yo te soñé de niño,  
Y te soñé de grande;

Soné de tu belleza  
 Los rasgos celestiales;  
 De tu mirada pura  
 La luz incomparable,  
 Y de tu ardiente labio  
 La seductora frase.....  
 Pero soñar no pude,  
 Valiendo lo que vales,  
 Que yo lograra un día  
 Vencerme y olvidarte!

## XIII

Te podrán ocultar de mis miradas,  
 Esconderte muy lejos;  
 Poner entre los dos como barrera  
 La eternidad del tiempo....  
 Pero nadie podrá, porque es muy mía  
 Y á nadie se la debo,  
 Arrebatat tu imagen adorada  
 Del fondo de mi pecho!

## XIV

En alta mar mil veces he mirado  
 Huir de mí las olas plateadas,  
 Y las unas llegar tras de las otras,  
 Y, pasando, perderse en lontananza.  
 ¿Dónde irán á parar, dónde, Dios mío?  
 ¿A qué remota y solitaria playa?  
 ¿Dónde irán á morir mis ilusiones?  
 ¿Dónde irán á morir mis esperanzas?

## XV

De las horas de tedio y amargura  
 De mi alegre niñez, guardo un recuerdo,  
 Como guardan las flores el perfume  
 De su marchito cáliz en el seno.  
 Vi una hermosa doncella que dormía,  
 Envuelta en azahar, su último sueño,  
 Con los ojos sin luz entrecerrados,  
 Con los lívidos labios entreabiertos!  
 Como la noche cae, así caía,  
 Ondulando al bajar, su pelo negro,  
 Desde el marfil de su amarilla frente,  
 Hasta el marfil de su delgado cuello.  
 —¿De qué murió?—De amor, me contestaron.  
 —¿De amor?—exclamé yo—pues no lo entiendo...  
 Y se pasaron luego muchos años  
 Y yo nunca acababa de entenderlo!  
 ¿Por qué no habré perdido la memoria?  
 ¿Por qué no habré perdido el sentimiento?  
 ¿Por qué cuando tu amor me vuelvo loco  
 Se aparece la muerta en mi cerebro?

## XVI

En los vivos rayos  
 Del astro de fuego,  
 Tu imagen me guía,  
 Y perdido vengo...  
 En las frías, tristes  
 Veladas de invierno,  
 Invisible llama,  
 Me quema tu aliento.

Quando ya al dormirme  
 Me despierta un beso,  
 Siento que me tocas,  
 Y yo no te siento.....  
 Yo escribo, y la letra  
 De mis versos leo;  
 Y yo no te miro.  
 ¡Y estás en mis versos!

## XVII

De la feroz envidia el áspid negro  
 Jamás pudo abrigar el alma mía...  
 Mas si llego á saber que amas á alguno  
 Me matará la envidia!

## XVIII

Perdona si una frase  
 De este amor insensato  
 Herir logró importuna  
 Tu corazón, á mi desdicha extraño.....  
 Es que rebosa á veces  
 El dolor en el pecho infortunado:  
 Y sin sentirlo, el alma  
 Se escapa en una frase por los labios!

## XIX

Yo me tuve la culpa... ahora que lloro  
 Comprendo que fui necio...  
 ¿Lo que juzgaba amor, nada más era  
 El hermoso fantasma de un ensueño?

¡Iluminó el albor de eterno día,  
 La amarga realidad... ¡y no hay remedio!  
 Cuando me convencieron tus desdenes,  
 Ya el mal estaba hecho!

## XX

¡Ocúltate ya sol!.... quiero la noche  
 Como la noche eterna de mi alma,  
 Sin una sola estrella en el espacio,  
 Tenebrosa y callada!  
 Encerrarme después en mi aposento,  
 Abrirle á las tinieblas mi ventana,  
 Mirar y no ver nada, y luego á tientas  
 Acostarme en la hamaca.  
 Allí quedarme inmóvil, silencioso.....  
 Dejar que corran sin temor mis lágrimas...  
 Y meditar en su hermosura angélica,  
 Y en mi loca esperanza!  
 Después en la memoria componerle  
 Romances y armonías y plegarias;  
 Y forjar ilusiones y perderías.....  
 Después de acariciarlas!  
 Y después, cuando el sueño me aletargue  
 Y ya el dolor me ahogue entre sus garras,  
 ¡Con la hechicera luz de aquellos ojos  
 Iluminar el interior de mi alma!

## XXI

—“¿Los versos?... ¿de qué valen;  
 Ni quién se ocupa en ellos?...  
 Los versos sirven sólo

Para perder el tiempo."—  
 ¡Desventuradas gentes,  
 Y pobres de mis versos,  
 Si yo ignorara, hermosa,  
 Que tú no dices eso.....  
 Si no supiera acaso,  
 Que es tu alma pura un cielo,  
 Luceros tus ideas,  
 Y un sol tu pensamiento!

## XXII

Noches, sin nombre, aterradoras noches  
 Que sois imagen del castigo eterno,  
 ¿Por qué tan largas sois, si sois tan negras?  
 ¿Por qué tan negras sois, si os aborrezco?  
 Nada traen las brisas en sus alas,  
 No me traen perfumes en sus besos,  
 Ni lágrimas de amor en sus gemidos,  
 Ni un himno de esperanza en sus acentos!  
 La lira que me dió mi desventura  
 Desconoce mi mano, y de mis dedos  
 Huyen las cuerdas que juntaron antes  
 Sus alegres sonidos á mis versos!

## XXIII

Eres tú mi ideal..... por luengos años  
 Te buscaron mis ojos  
 Y creí que con sólo conocerte  
 Sería venturoso.  
 ¡Ay! y te miro al fin..... al fin te veo!  
 Y me encuentro tan solo,

Que me hace falta ya la compañía  
 De aquel pesar tan hondo!  
 Aquel pesar vivía de esperanzas:  
 Ya el imposible es otro!  
 Si ya no espero nada, ya comprendes  
 Que lo he perdido todo!

## XXIV

En el fondo negro  
 De tu cabellera,  
 Lucientes y puras  
 Como dos estrellas,  
 Contemplé turbado  
 De amor y sorpresa,  
 Brillar una noche  
 Tus pupilas negras!

En el cielo negro  
 Como son mis penas,  
 Veía una noche  
 Lucir las estrellas:  
 ¡Qué lejos brillaban  
 Entre las tinieblas!  
 Y en su inmenso campo  
 Buscaba dos de ellas:  
 ¡Miseró! buscaba,  
 Calmando mis penas,  
 En el cielo negro  
 Tus pupilas negras!

## XXV

Me cuentan de un niño  
De blondo cabello,  
Con ojos muy vivos,  
Con labios muy frescos.  
Me dicen que anoche  
Cayó, como el tierno  
Botón de una rosa,  
Rodando en el suelo.  
Me dicen que aun tiene  
Los ojos abiertos;  
Que nadie al mirarlo  
Diría que ha muerto.....  
Me puse al oírlo  
La mano en el pecho,  
Como si sintiera  
Un presentimiento.....  
Mañana ¡qué triste  
Pasará el entierro!

## XXVI

Si después que yo muera, amada mía,  
El alma te recuerde  
De los dolores que sufrir me hiciste,  
No será tarde aún, si te arrepientes.  
Llega á la losa de mi tumba, llama,  
Y pregunta, si quieres,  
Pregunta si te amo todavía,  
Y no dudes mi bien de que conteste.

## XXVII

Inmóvil la miré, mientras la ola  
Coronada de espumas y ligera,  
Como el amor, humilde, acariciaba  
Sus blancos pies, más blancos que la aena.

Mientras que los perfiles de su rostro,  
Los rayos de la luna y las tinieblas  
Trazaban á porfía, bosquejando  
Ante mis ojos su inmortal belleza!

Se escapaba un suspiro de sus labios,  
Eco de otros suspiros, y que apenas  
El sepulcral silencio perturbaba  
De aquella costa como el mar desierta.

Sus pupilas sin luz me parecían,  
Como los ojos de la estatua griega,  
Reflejar con la gloria de los siglos—  
Cien siglos de amargura y de tristeza!

¡Ay! aquella mujer, ángel ó nada,  
Creación de mi delirio y de mis penas,  
Esperaba la muerte, mustia y soñ,  
Con la resignación del que no espera!

No tenía ni luchas ni esperanzas;  
Se ahogaban en sus lágrimas sus quejas;  
Y en el abismo de su alma pura  
Guardaba de su amor la imagen bella!

Abismo igual al del sepulcro, abarca  
 Todo un mundo.....las dudas, las ternezas,  
 Los gemidos, las súplicas y el barro  
 Que le sirvió de cárcel á su presa....!

¡Pobre mujer! pensaba yo dormido;  
 Ella de amor se moría, y aquella  
 Por quien yo moriré, tal vez sonríe.....  
 ¡Feliz bardo francés!.....¡pobre Graziella!

## XXVIII

Hay una primavera donde siempre  
 Brillan las hojas bajo el cielo azul;  
 ¡El sueño de mi vida! Y la más bella  
 De sus lozanas flores eres tú!

Hay un invierno triste que amenaza  
 Envolverme en su lóbrego capuz;  
 Flores trae también; pero esas flores  
 Son para el ataúd!

Hermosa primavera que en mi alma  
 Luchando espiras entre sombra y luz,  
 Tiempo hace ya que con su blanca mano  
 Me está diciendo adiós la juventud!

## XXIX

Yo conozco unos labios que no tienen  
 En justicia, perdón,  
 Porque en su estuche de coral encierran  
 El alfiler del amor.....

Ni una gota siquiera, ni una gota  
 Al pobre corazón.....  
 ¡Si á lo menos me dieran la esperanza  
 Que tanto soñé yo!

Yo conozco unos ojos que no tienen  
 En justicia, perdón;  
 Porque al herir el alma los esconde  
 El párpado traidor....  
 Porque dejan la noche en el espíritu,  
 La noche del dolor.....  
 ¡Si á lo menos tus ojos se escondieran  
 Como se esconde el sol!

## XXX

No quiero el aplauso  
 Del mundo que aturde,  
 Son muchas las flores,  
 Es mucho el perfume.  
 No quiero que un rayo  
 Del sol me salude,  
 Que al fin me anonade,  
 Que al fin me deslumbré.  
 Con una corona  
 De flores azules,  
 Con una caricia  
 De tus ojos dulces;  
 Con una palabra  
 Que yo sólo escuche,  
 Me basta con eso;  
 Que eso me seduce  
 Más que los aplausos  
 Del mundo, que aturden!

## XXXI

Todas me ven igual; pero en ninguna  
 Miré el rayo que arde en tu pupila.....  
 Tu mirada es amor..... es que no puedo  
 Con otra confundirla.  
 Con todas me sonrío, porque nadie  
 Cuando te ría, extrañe mi sonrisa;  
 Mas tú distinguirás la una de la otra,  
 Si me amas algún día.

## XXXII

Imagínate un sol de invierno, apenas  
 Su luz filtrando en la morena bruma;  
 Debajo del follaje más sombrío,  
 Como un espejo, un lago sin espumas.

Al pie de unos bambúes casi negros  
 Un humilde portal que se derrumba  
 Al peso de los años, al azote  
 Del pasado aquilón y de la lluvia.

Sobre el brocal de un pozo y á la sombra  
 De un pilastrón cubierto de verdura,  
 Una triste paloma, triste y sola,  
 Oculto el pico entre la blanda pluma.

Allá á lo lejos, junto á sauce añosa,  
 Una desmoronada sepultura,  
 Sin cruz, sin epitafio, ni siquiera  
 Una lozana flor, ni una flor mustia.

Imagínate, en fin, allá entre abrojos  
 La lira que cantaba tu hermosura,  
 Cubierta con el polvo del olvido,  
 Pedazos hecha, destrozada y muda!

Y ya podrás acaso imaginarte  
 Cómo serán mis sueños de ventura,  
 Cuando siento el dolor que siento ahora,  
 Cuando siento estas ansias y estas dudas!

## XXXIII

Hoy por primera vez te ví vestida  
 Con un vestido negro;  
 Y yo pensé, mirándote tan bella,  
 Que eras la imagen que encerré en mi pecho.

Pensé que te escapabas de la cárcel  
 En que siempre te llevo;  
 Donde te han de encontrar los que te busquen,  
 Después que me haya muerto!

## XXXIV

Al fin ya lo supiste, al fin ya sabes  
 Que eres el ángel por quien yo deliro;  
 Y que te importe ó nó, lllore ó sonría,  
 Que eres tú mi destino!

Mañana me dirán tus negros ojos  
 Lo que debo esperar de tu cariño;  
 Más sé que de este amor que nada espera,  
 Tu corazón es digno!

## XXXV

Mis esperanzas todas y mi lira,  
 Mis versos, mis coronas,  
 Todo, menos mi amor, hasta tu olvido,  
 Por mirarte dichosa!

## XXXVI

Te dije: "Hasta la vuelta,"  
 Y aquí me tienes ya,  
 Después de tantos años,  
 De tanto suspirar.  
 Suspiros que encendieron  
 Tu peregrina faz,  
 Tu aliento perfumado  
 De lirios y azahar,  
 Tu negra cabellera,  
 Tu nítido cendal  
 Bordado con espumas  
 Y conchas de la mar;  
 Del cielo que te cubre  
 La augusta majestad,  
 Del sol que te calienta  
 La hoguera tropical;  
 Las palmas, los naranjos  
 Que su frescor le dan  
 Al pardo caserío  
 Que forma tu heredad!  
 Te dije: "hasta la vuelta,"  
 Y aquí me tienes ya,  
 Después de tantos años,  
 De tanto suspirar.....  
 Te traigo mis capturas.

Mi lira, y un caudal  
 Que vale más que el oro,  
 Que vale mucho más:  
 Te traigo mi cariño,  
 Como es la inmensidad:  
 Sin límite y profundo  
 Lo mismo que la mar!.....  
 Soñaba en tus hechizos,  
 Soñaba en tu beldad,  
 Y nunca á mis ensueños  
 Te puedes comparar;  
 Porque eres más hermosa,  
 Indiana celestial,  
 Que un sueño, que es mentira,  
 Tú que eres la verdad!  
 Y tú ¡quién lo creyera!  
 Y tú ¿qué me has de dar,  
 En cambio de mis huesos  
 Y en cambio de mi afán?  
 Ay, Patria! del sepulcro,  
 Tal vez la dulce paz.....  
 Que lo que yo ambiciono,  
 Eso no me darás!

## XXXVII

Fuera el mayor insulto que me hicieras  
 El llamarme tu amigo:  
 O para tí soy todo, ó no soy nada:  
 ¡La cumbre ó el abismo!

## XXXVIII

Yo siento que en mi pecho  
Ya no puedes cavar: llegaste al fondo....!  
Sobre el brocal de un pozo y á la sombra  
¡Qué campos tan inmensos son tus campos!  
¡Qué negros tus sepulcros y qué hondos!

¡Oh duda, horrible duda!  
Ya me quemán las lágrimas el rostro!  
O sacas a tu víctima, ó la salvas,  
O dame su cadáver..... ¡pero pronto!

## XXXIX

¡Mata la luz! ¡a oscuras! que no vean  
Cómo logré un instante ser feliz:  
Esos desventurados, prenda amada,  
Sólo saben reír!  
Si alguna vez surcaron sus mejillas  
A torrentes las lágrimas sin fin,  
Sabrán lo que es llorar; pero no saben  
Lo que es llorar por tí!

## XL

Voy á mandarte un libro con las hojas  
Muy tersas y muy blancas,  
Para que en él escribas, vida mía,  
Tu amor y tu esperanza.  
Yo tengo un libro con las hojas negras,  
Sin lustre y maltratadas,

Pues todo lo que en ellas fuí escribiendo  
Lo borraron mis lágrimas....  
Si un día de tu libro y de mi libro  
Se mezclaran las páginas,  
¡Qué misterios de amor sorprenderían  
Leyendo, nuestras almas!

## XLI

¡"Qué bellos son sus labios!" dicen todos....  
Su tez qué bella y pálida!  
Cuando el rubor enciende su mejilla  
Tal parece que el sol enciende el alba!"

¡"Qué bellos son sus ojos, qué belleza  
En la dulce expresión de su mirada!  
Y añado para mí, cuando esto escucho:  
¡Qué bella será su alma!"

## XLII

Si has de olvidarme un día,  
No correspondas á mi amor inmenso:  
Comprendo la verdad por lo inmutable;  
¡Sólo comprendo á Dios porque es eterno!

## XLIII

Hizo el Señor las estrellas  
Y las flores del granado,  
Mas no sé que hizo primero  
Si tus ojos ó tus labios.  
Ojos  
Bellos.

Grandes,  
Negros,  
Luminosos,  
Hechiceros,  
Siempre dulces,  
Siempre inquietos;  
Vingando siempre afanosos  
Entre la tierra y el cielo;  
Buscando acaso una imagen  
Tal vez una imagen viendo  
Que no existe,  
Que es un sueño,  
Voluptuoso,  
Placentero.  
Vago,  
Bello,  
Dulce,  
Tierno!  
—  
Labios  
Tersos,  
Puros,  
Frescos.  
Desdeñosos.  
Lisonjeros.  
Ya callados,  
Ya risueños:  
Abiertos por un suspiro,  
Cerrados por un deseo;  
Sujetando en sus corales,  
Comprimiendo en el aliento  
Como un canto,  
Como un eco.

Carñoso,  
Pasajero,  
Blando,  
Tierno,  
Dulce  
Besol!

## XLIV

Cuando me hablan los hombres de esos seres  
Que en el combate de su amor murieron;  
Cuando digo referir su negra historia,  
O en una negra página la leo:  
Divaga sin querer mi fantasía,  
Y hasta la losa de sus tumbas vuela,  
Y de rodillas sobre el duro mármol  
Que guarda aquellos desdichados cuerpos,  
Me propongo escuchar algún sollozo  
Que turbe el hondo sepulcral silencio....  
Y cuando al fin cansado nada escucho,  
Y de esperar las esperanzas pierdo,  
Oigo como suspiros que se quejan,  
Cantos, palabras, armonías, besos....  
Pero no junto á mí y allá en las tumbas,  
Sino encima de mí y allá en el cielo!

## XLV

En ese mar del mundo en que se agitan  
Lo mismo los pequeños que los grandes,  
Yo sé que has visto, palpitante el seno,  
Pasar un día mi velera nave.  
No sé si la siguieron tus miradas

Por la vasta extensión de aquellos mares;  
 Pero sé que ha de hundirse, que una hora  
 Ha de llegar, al fin, en que naufrague.  
 Tal vez entonces tú, sobre la playa,  
 Risueña, a egre, tus venturas cantes  
 Y ni aun veas pasar ante tus ojos,  
 Envuelto por las olas mi cadáver!

## XLVI

Las sombras de aquella noche  
 Penetraron en mi alma;  
 Y rindió el sueño mis ojos,  
 Y el dolor mis esperanzas.  
 Después, entraste en mi alcoba  
 Andando como tú andas,  
 Con paso breve y tranquilo,  
 Con majestad soberana.

Melancólicos acentos

Gimió en mis manos el arpa;  
 Y en una canción muy triste  
 Te dije que te adoraba.  
 Ni me miraste siquiera.....  
 Y te refas callada,  
 Burlándote de mis penas,  
 Burlándote de mis ansias!

Volví á cantar una endecha  
 Que el corazón me dictaba,  
 Con muy sentidos acentos,  
 Con muy sentidas palabras  
 Y tú seguiste riendo,

Inmóvil como una estatua,  
 Burlándote de mis penas,  
 Burlándote de mis ansias.

Cayó el arpa de mi mano,  
 Y con voz entrecortada,  
 Te hablé de amor, como siempre  
 Algunas tristes palabras,  
 Y tú nada me dijiste.....  
 ¡Sí! dijiste que callara;  
 Y te marchaste riendo,  
 Burlándote de mis ansias!

Después al abrir los ojos  
 Aquella alegre mañana,  
 Miré tu imagen hermosa  
 En el fondo de mi alma;  
 Y recordando mi sueño,  
 Ahogué tu risa en mis lágrimas;  
 Y me olvidé de tus burlas,  
 Oscuridad y luz y medias tintas;  
 Y me acordé de mis ansias!

## XLVII

Para embriagarme un día en la ventura  
 Que soñaron mis locas esperanzas;  
 Para hablar un instante de reposo,  
 Tras de la lucha del dolor, amarga;  
 Para que dejen de sonar tan tristes  
 Las notas de mi arpa;  
 Para que en un instante abarques todo

El mundo de mi alma,  
 Quisiera yo, bien mío,  
 Que mi alma concentrara  
 Todas mis esperanzas en un canto  
 Y todo mi dolor en una lágrima!

## XLVIII

No puede ser, no puedo  
 Olvidarte ni un día, ni un segundo.....  
 Navegamos los dos, y el bajel mío  
 Las ondas corta donde corta el tuyo.....  
 Y ni alcanzarte logro, ni es posible  
 Virar las velas y cambiar de rumbo!

El mástil roto y el timón maltrecho,  
 Tempestuosa la mar, el cielo obscuro,  
 Y lejos ¡ay!... de la remota orilla  
 En las desiertas playas, el sepulcro,  
 ¡Cuándo estaremos en el mundo solos!  
 ¡Cuándo estaremos en el cielo juntos!

## XLIX

Sonadas alegrías  
 Risueñas esperanzas,  
 Poéticos engendros,  
 Que en dorado tropel mi mente abarca!  
 Fugaces vibraciones,  
 Arpegios, notas, cántigas,  
 Sollozos y armonías,  
 Que le lleváis mi amor y mi alabanza:

Al daros en mis cantos  
 Ropaje y forma y alma,  
 Si sólo sois para ella,  
 Si sólo sois, sonidos y palabras;

¡Pedazos de mi vida,  
 Fragmentos de mi arpa,  
 Perdeos en el polvo,  
 Ahogaos para siempre entre mis lágrimas!

## L

Cantando las golondrinas  
 Frente a mi ventana pasan,  
 Después de dormir la noche  
 Bajo el techo de tu casa,  
 Y yo me las quedo viendo,  
 Siguiéndolas con el alma,  
 Pues parece que con ellas  
 Se me van mis esperanzas!  
 ¡Quiera Dios que en el invierno  
 Para siempre no se vayan  
 Cantando las golondrinas  
 Que por mi ventana pasan!

## LI

Tú sí serás feliz!.... Llegará un día,  
 Y el amor en el cáliz de una rosa,  
 Acercará a tus labios el alfiler  
 Que de los labios de los Dioses brota.  
 El cáliz que te daba  
 Mi mano temblorosa,

Entre hiel y entre lágrimas tenía  
De almíbar una gota!

## LII

Sobre esos sueños  
Que en un sollozo,  
Del alma inquieta  
Parten del fondo,  
Y en el espacio  
Toman contornos  
Indefinibles  
Y vaporosos;  
Sobre la nieve  
Que cubre en copos,  
De las montañas  
El regío trono;  
Sobre el ropaje  
Multicoloro  
Del ancho llano,  
Del bosque umbroso;  
Sobre los mares  
Azules y hondos;  
Sobre las nieblas  
Que arroja el nudo,  
Sobre esos mundos  
Que ven mis ojos,  
Del infinito  
Girando en torno,  
Envuelta en nubes  
Y rayos de oro,  
Volando pasas  
Tú sobre todo!

## LIII

Me mandaste callar.... tembló mi labio  
Y te pidió perdón, y tú callaste.....  
¡Ah! si mi corazón hubieras visto  
Aquel horrible instante!

¿Qué pasaba por mí?.....dejó un momento  
En mis arterias de correr la sangre...  
Cegaron mis pupilas, y una sombra  
Me arrebató tu imagen!

¿En dónde estaba mi razón, en dónde?  
¿En dónde estaba el mundo, en dónde el aire?  
¿Dónde estaba la muerte que no vino  
Con su boca á besarme!

Sentí de la vergüenza esas hogueras  
Que eternamente arden;  
Y en mi pecho esas lágrimas que nunca  
Jamás del fondo de mi pecho salen!

Y humillado, vencido, volví á verte.....  
Tú estabas como siempre....eras el ángel.  
Yo arrojado salí del paraíso,  
Proscrito, miserable!

## LIV

Dime que no es verdad que me deleitan  
Los misteriosos ecos de la brisa,  
Cuando en las sombras de la noche trae

Del ave solitaria  
Las notas fugitivas!

Dime que no es verdad que en la ribera  
Cuando divaga sobre el mar mi vista,  
Gozo pensando en Dios, porque las ondas  
Me enseñan que es eterno  
Cuando á mis pies espiran!

Dime que no es verdad que me consuelen  
Las lágrimas que vierten mis pupilas,  
Cuando rendido de dolor á solas  
Mi frente se doblaba  
Sobre mi muda lira!

Dime que no es verdad que cuanto abarca  
En su vuelo fugaz la fantasía,  
Me recuerda que un tiempo, indiferente  
Conté de mi existencia  
Las horas y los días!

Dime que no es verdad que hay en mis cantos  
Tesoros de ternura y poesía,  
Cuando en la noche silenciosa dejo  
Vagar en el espacio.  
Fugaces armonías!

Dime que no es verdad que la esperanza  
Da tregua con su halago á mis desdichas;  
Que al fin de tanto suspirar en vano,  
En lo hondo del sepulcro  
Me espera una alegría!

Pero que no es verdad que viva triste;  
Que son mi llanto y mi dolor mentira;  
Que no es verdad que te idolatro.... eso,  
¡Único amor de mi alma:  
Eso..... no me lo digas!

## LV

Conjunto de impresiones que se borran,  
Obscuridad y luz y medias tintas;  
Aplausos, gloria y.... soledad del alma,  
Eso ha sido mi vida.

Lo arcano de un amor que me seduce;  
La esperanza de un bien que me reanima;  
Ansia de verte y ansia de mirarte,  
Eso es ahora mi vida.

Campo de flores ó infecundo yermo,  
Lozana cumbre ó pavorosa sima;  
Vivir ó no vivir, lo que tú quieras,  
Eso será mi vida!

## LVI

Yo no te he pedido nada que sea  
Indigno de tu alma y de mi alma;  
Quiero sólo saber si tus congojas,  
Responden á mis ansias.  
Dímelo, por piedad! Y si nos une  
Con invisible lazo la desgracia,  
Pues no han de confundirse nuestras risas,  
Corran siquiera juntas nuestras lágrimas!

## LVII

¿Qué tienes dime,  
Que así me atraes?  
Tú tienes algo  
Como los cáuces  
Donde los ríos  
Corren fugaces;  
Como las cumbres  
De los volcanes,  
Como los cielos,  
Como los mares,  
Como la tibia  
Luz de la tarde,  
Como la noche  
Cuando se esparce,  
Como en las sombras  
Las impalpables  
Formas que envuelven  
Los ideales,  
Que en los ensueños  
De un alma grande,  
Se reconcentran  
En una imagen!

## LVIII

Era alta noche... Con sus torques alas  
Azotaba mis párpados el sueño;  
Y pasaba y pasaba ante mis ojos  
Su imagen bella en reposado vuelo.  
De su pálida frente coronada  
De pálidos luceros,

Descendía la obscura cabellera  
Velando en sombras el nevado cuello;  
En mí elevaban la mirada ardiente  
Sus grandes ojos negros:  
Y allá en sus labios, como no hubo labios  
Más puros ni correctos,  
Dulce asomaba la fugaz sonrisa  
Que guarda avara en ellos,  
Como guardaron siempre  
De su amor el grandísimo secreto.  
Su blanca vestidura  
Flotaba entre las sombras, en silencio,  
Cruzando sobre mí, tal como pasa  
En el cielo del alma un pensamiento.  
Así gozaba yo!... Trémulas frases  
En rítmico compás, en blandos ecos,  
Subían á mis labios una á una,  
Del fondo de mi pecho.  
Le decían mi amor, mis ilusiones,  
Le contaban mi amargo sufrimiento;  
Y de ese caos que engendró la duda,  
La sombra y el misterio;  
El malogrado afán de la esperanza,  
La infena lidia del dolor eterno!  
De repente un vapor, como la nube  
De calcinado incienso,  
Envolvió la beldad, veló el encanto  
De su rostro hechicero...  
Y ví en sus ojos la fugaz centella,  
Y ví en sus ojos el desdén supremo.  
Torné los míos que anublaba el llanto,  
Y de un rincón miré del aposento,  
Desprenderse una sombra, negra efigie

De fatídico espectro!....  
 Que avanzó, y avanzó...y ante mi vista  
 Pasó terrible, lívido y siniestro.....  
 Le vi crispadas las cobrizas manos.  
 Imagen del furor y de los celos.....  
 Y se fijó en la pared.... ¡Otelo! dije.  
 ¡Es la sombra de Otelo!  
 Y me sentí rodando despeñado  
 Por la honda sima del eterno sueño:

## LIX

¿Qué será? .....no lo sé!...Yo sé que lleva  
 Algo de mi alma en su alma poderosa;  
 Porque tiene que ser....porque sus ojos  
 Me la robaron toda!

Yo sé que de su espíritu en mi espíritu  
 Algo debe llevar, como una sombra,  
 Porque tiene que ser....porque su imagen  
 Jamás en él se borra!

## LX

Límpida estrella,  
 Flor de los cielos,  
 Qué hermosa brillas,  
 ¡Pero qué lejos!

Flor de los campos,  
 Flor del deseo,  
 Qué hermosa eres!  
 ¡Y vivo preso!

Pálida imagen,  
 Flor de mis sueños,  
 ¿En dónde mora  
 Tu pensamiento?

Flor de las flores,  
 Alma de un beso,  
 ¿Si tú no existes  
 Por qué te siento?

## LXI

Como en el alma guardo  
 Tu imagen peregrina,  
 En ella tengo siempre  
 Una flor solitaria y amarilla.

A solas mis ardientes  
 Miradas la iluminan;  
 La miro y se me acuerda  
 Que tú en la mano la tuviste un día.

La miro y clavo en ella  
 Mis húmedas pupilas;  
 La miro absorto, y miro  
 Que recobra la flor su lozanía.

Que vive y el secreto  
 Conozco de su vida,  
 Porque es como tu imagen,  
 Porque en mi corazón no se marchita.  
 Si quieres convencerte,  
 Cuando me muera, niña,  
 En el sepulcro helado  
 La hallarás, revolviendo mis cenizas!

## LXII

Oye: si alguna vez imaginaste  
Que herí tu alma sensible,  
Piensa que el que ama como yo, bien mfo,  
No pudo nunca herirte....

Si al tiempo que pasó los ojos vuelves  
Y venturosa vives,  
Piensa que un sér desventurado llora  
Cada vez que te ríes.

Si del amor las celestiales dichas  
Tu corazón engrien,  
Piensa que para mí, luz de mis ojos,  
Fueron un imposible.

Si alguna vez de noche en el silencio  
Oyes mis ecos tristes,  
Piensa que son los ayes de mi alma  
Que al morir te bendice!

## LXIII

A la luz de la luna ¡cuántas veces  
Pensando, como siempre, en mis desdichas,  
Comparé tus pesares con los míos  
Y comparé tu vida con mi vida!  
Tosco bajel á quien el viento azota,  
Bañada en limo la rugosa quilla,  
El viejo maderamen agrietado,  
La parda lona por doquier hendida,  
El mar profundo, el horizonte negro

La onda rebelde, al embestir bravía.....  
Y el lago azul y quieto, el cielo puro,  
Y la playa y el bosque en las orillas  
La cabaña á lo lejos, y á lo lejos  
Música alegre y la canción marina,  
Y sobre el agua mansa resbalando,  
Al soplo del amor, la navecilla!

## LXIV

Cuando quieras saber por qué sollozo,  
Si algo te importa óirme sollozar,  
Pregúntale á tu pecho muy quedito  
Y alguien en él, tal vez te lo dirá.

Y si alguien te responde,—(estoy seguro  
Que sí responderán),—  
Y pronuncian tu nombre, entonces, niña,  
Ya no preguntes más!

## LXV

Como pasa una nube en los espacios  
Bajo el azul del cielo;  
Como en las sombras de la noche pasan  
Las sombras de los sueños....  
Allá en los horizontes que en tu alma  
Dilata el pensamiento,  
Lo mismo que las nubes y las sombras,  
Pasarán estos ecos!.....

## LXVI

Como detrás de lóbrego nublado  
 Sonríe el cielo azul,  
 Así tras de las nubes que en mi alma  
 Amontona el dolor, sonríes tú!

## LXVII

¿Por qué cuando á tu lado sin testigos  
 Me he solido encontrar,  
 Cual desbandadas aves, mis ideas  
 Huyen de donde están?

¿Por qué de tanto que pensé en decirte  
 Nada te digo ya,  
 Y mirando me quedo como estúpido  
 Tu encantadora faz?

A todos les pregunto y me responden  
 Que á preguntarlo van,  
 Y todos lo preguntan; pero nadie  
 Se lo puede explicar.

Si tú no amaste nunca, acaso puedas  
 Decirme la verdad;  
 Pero si es que has amado, entonces, niña,  
 Tampoco lo sabrás!

## LXVIII

¡Olvídame! ¡está bien!... si así lo quieres,  
 Si eso te hace dichosa.....

Flores por flores..... ¡Ay! como las mías  
 Jamás te darán otras!

Olvídame..... está bien!... puedes matarme  
 Que esta mi vida al fin nada te importa.....  
 Lira por lira.....¿en dónde hallarás una  
 Con más amor en sus humildes notas?

Olvídame.... ¡está bien!... en mi existencia  
 La dicha está de sobra....  
 Ecos por ecos..... ¡Ay! ¿dónde otros ecos  
 Tan tiernos te enamoran?

Olvídame... ¡está bien!... Pero ¿qué digo?  
 ¿Pero que está soñando el alma loca?  
 ¿Cómo me has de olvidar, mi idolatría,  
 Si jamás he ocupado tu memoria!

## LXIX

Si ella guarda en su seno, madre tierra,  
 Como tesoro eterno,  
 La prenda de un amor que no es el mío,  
 ¡Ay! ¡ábreme tu seno!

Harto te dí del manantial que brota  
 Del fondo de mi pecho;  
 He apagado la sed, deja que apague  
 La sed que me devora de tus besos!

Que cubran mi ataúd con una losa  
 Al nivel del terreno;  
 Y que una triste cruz graben ella,  
 Porque sepan no más que allí hay un muerto!

De la oculta semilla de esas flores  
Que llenan de pavor los cementerios,  
No permitas que brote ni una sola  
En torno de mi féretro.

Yo quiero que en tu negro relicario  
Encierres con mis restos  
Una flor nada más... la que ella guarda  
Como un tesoro eterno!

## LXX

Cuando el reposo me llama,  
Cuando los párpados cierro,  
Y pienso en las alegrías  
De algún fantástico sueño,  
Entonces te miro,  
Entonces te veo,  
No sé si dormido,  
No sé si despierto;  
No sé si en sus alas un ángel me lleva  
Cruzando llanuras y mares inmensos;  
No sé si en el aire  
Respiro tu aliento;  
No sé qué me pasa,  
Si vivo, si muero,  
Si estoy en la tierra,  
Si estoy en el cielo!

Cuando el reposo me llama,  
Cuando los párpados cierro,  
Y pienso en las amarguras  
De algún fantástico sueño,

Entonces, te llama  
Con ansia el deseo;  
Y yo velo entonces,  
Y sé que no duermo.  
Y sé que en sus alas me lleva el fantasma  
Que enciende la duda, que engendra los celos;  
Yo sé que en el aire  
Me falta el aliento;  
Yo sé qué me pasa,  
Que vivo, y que muerto  
Estoy en la tierra  
Cruzando el infierno!

## LXXI

Hay otro mundo apenas conocido  
De los que no han llorado como yo.  
En donde es una sombra la esperanza,  
Donde impera el dolor.  
Allí todas son dudas y desdichas,  
Todo es obscuridad, todo aflicción;  
Allí del sol que los alumbraba á todos  
No hay un rayo de sol;  
Allí no hay hojas verdes, ni un estanque,  
Ni una lozana flor.

Allí nada se muere... allí se vive  
Porque es la muerte la única ilusión.  
Tú debes conocerlo... á veces pienso  
Que allí he visto tu amor junto á mi amor.  
Si esto es verdad, responde: en ese mundo  
¿Quién te amó como yo?

## LXXII

No me arredra del campo en altas horas  
La densa obscuridad;  
Las sombras de esta duda  
Me espantan mucho más!

No me congoja á mi espíritu el gemido  
De la brisa al pasar;  
Este que en mi alma escucho  
Me apesadumbra más.

No me anonada el sepulcral silencio  
Que en torno mío hay....  
Aquel silencio de tus labios, ése,  
Ese sí, porque al fin me matará!

## LXXIII

Si sientes cuando alguno  
Está pensando en tí,  
Sabrás de cierto la hora,  
Que deje de existir;  
Y como sé que el alma,  
No tiene nunca fin,  
Cuando pensar no pueda,  
¿Te acordarás de mí?

## LXXIV

Naces de mi alma  
Toda en el centro;  
Formas y vida

Te da mi aliento;  
Luz, de mis ojos  
Tus hechiceros  
Ojos reciben  
De ardiente fuego;  
Siento que flotas  
En mi cerebro;  
En mis ideas  
Sentir te siento!  
Después, te envuelven  
Mis pensamientos;  
Hiendes los aires,  
En raudos vuelos;  
Salvas las nubes,  
Llegas al cielo,  
Y allí te alumbras  
Con los luceros.  
Y mis suspiros  
Te lleva el viento.....  
¡Y estás muy cerca,  
Y estás muy lejos!  
Y entonces gozo,  
Y entonces creo,  
Y entonces vivo,  
Y entonces duermo!

## LXXV

Quando te miro alegre  
Quando tu labio ríe,  
Entonces me figuro  
Que ni el fantasma del dolor existe.  
Quando los ojos bajas,

Quando tu pecho gime,  
Entonces me parece  
Una sombra el placer, un imposible!  
Por eso en mar de dudas  
Bogando va mi esquife....  
No importa: que hizo rumbo,  
¡Y al rumbo, inalterable, se dirige!

## LXXVI

Ella, dentro de mí, me dijo anoche,  
Que llevo siempre un sol:  
Y ella dijo muy bien, porque la llevo  
Siempre en mi corazón!

## LXXVII

Si te dicen, mi bien, que yo te olvido,  
Diles que mienten..... No!  
¡Cuando el amor con lágrimas se nutre,  
Es eterno el amor!

Quando en la soledad las esperanzas  
Nacen de la aflicción,  
Y se cruza entre piedras y entre abrojos  
La senda del dolor;

Quando sangran los pies; cuando se llora  
Sangre del corazón,  
Quando nada se espera y del consuelo  
Ya se extinguió la voz;

Quando el vivir es muerte, y el sepulcro  
Es desesperación,

Entonces no se olvida! si lo dicen,  
Diles que mienten.... ¡No!

## LXXVIII

Quando me apercibí, todo era tuyo:  
Mi vida, mi esperanza!  
Sin ruido, sin estrépito, en silencio,  
Con sólo una mirada,  
Así, como lo hiciste con la vida,  
Así se roba el alma....  
¡Todo eso está muy bien; pero no olvides  
Que así también se mata!

## LXXIX

Del lejano horizonte en los confines  
Al espirar la tarde,  
Miré tu imagen, cariñosa y triste,  
Vagar entre celajes;  
Pero la noche alzando  
Sus sombras impalpables,  
Llegó, y en las tinieblas  
Ante mis ojos se nubló tu imagen!  
Vagando en los espacios luminosos  
Cruzabas como un ángel,  
Y absorto contemplé tu seductora  
Peiza incomparable!  
Pero la luz del día  
Resplandeció en los aires,  
Y entre sus rayos de oro  
Ante mis ojos se nubló tu imagen!  
Le esconden de mi vista

Con su poder iguales,  
 La luz en la mañana  
 Las sombras en la tarde!  
 Si tiene mi alma un cielo  
 Y en él grabé tu imagen,  
 ¿Por qué, bien de mi vida,  
 Por qué te he de buscar en otra parte?

## LXXX

Me parece que leo en su sonrisa  
 Y que leo el amor en su mirada;  
 Y en el círculo rojo de sus párpados  
 Las penas leo que atormentan su alma!  
 Y cuando pienso que por otro llora,  
 Y pienso que otro su amargura causa.  
 Nada puedo leer.... del misterioso  
 Libro del corazón arden las páginas;  
 Y más que nunca bella, más hermosa  
 Del espantoso incendio entre las llamas,  
 Hechicera y gentil se me aparece,  
 Imagen del dolor, su imagen pálida.

## LXXXI

Es igual para mí: nada me importa  
 La densa obscuridad,  
 Que la tiniebla pavorosa, nada  
 Me deje contemplar;  
 Yo no quiero la luz del sol ardiente  
 Para mirar tu faz,  
 Que la luz de mis ojos te ilumina  
 Donde mi vista va.

Tampoco quiero luz para buscarte,  
 Que donde estoy, estás....  
 Quiero luz.... mucha luz! pero en tu alma,  
 Para leer en ella la verdad!

## LXXXII

¿Qué habrá en el fondo de las ondas mías?  
 ¿Qué habrá en el fondo del revuelto mar?  
 ¿Qué habrá tras el confin del horizonte?  
 ¿Qué tras los mundos que girando están?  
 Yo no sé lo que habrá: si yo pudiera  
 Tan profundos arcanos penetrar,  
 Bien sé lo que vería... Yo vería  
 Tu imagen.... ¡nada más!

## LXXXIII

Amé la gloria....su laurel de oro  
 Fué mi ambición un tiempo no lejano,  
 Pero eso ya pasó....Ya sólo ansío  
 Tu eterno amor, tu amor y tus aplausos.  
 Y allí la senda está: ¡hé allí la cumbre  
 Que dora el sol con inmortales rayos!  
 Aun pudiera subir y allí tan solo  
 Grabar tu nombre en duradero mármol.  
 No importan los abrojos del camino,  
 Nada el raudal de mi copioso llanto:  
 Aun pudiera subir.... Yo subiría  
 ¡Con tal que me llevases de la mano!

## LXXXIV

Cuando sea cadáver para todos.  
 Pon tu mano en mi pecho;  
 Lo has de sentir latiendo todavía,  
 Que sólo para tí no habré yo muerto!

ALERE FLAMMAM VERITATIS LXXXV  
 En medio de esas vagas armonías  
 Que turban el silencio de la noche,  
 Creo escuchar mi nombre en un acento

Que mi alma reconoce....  
 Y yo, insensato, me figuro á veces,  
 Que eres tú, que me llamas por mi nombre,  
 Que de tus labios de coral el viento  
 Al pasar lo recoge.

## LXXXVI

Cuando pienso en la negra sepultura;  
 Cuando miro un abismo.  
 Mi corazón se oprime de tristeza  
 Y pienso en el olvido.  
 Cuando levanto al cielo la mirada  
 Y veo que es el abismo,

Mi corazón se llena de alegría  
 Y pienso en lo infinito;  
 Y ya triste, ya alegre, cuantas veces  
 Los horizontes miro,  
 ¡No quisiera mirar ese fantasma  
 Que flota en el vacío!

## LXXXVII

Cuando miro volando alguna nube  
 Que por los aires va,  
 La sigo con la vista y me pregunto:  
 ¿A dónde va á parar?  
 Cuando miro alguna ave solitaria  
 Cruzar la inmensidad.  
 La sigo con la vista y á mis solas  
 Me digo: ¿A dónde irá?  
 Y nadie me responde y me entristece  
 No saber donde van.  
 Y es porque yo también, luz de mis ojos,  
 También voy á volar!

## LXXXVIII

¿Tienes celos? ¿De quién? ¿Es que tú ignoras  
 Lo que tu rostro peregrino vale,  
 Lo que tu labio esconde,  
 Lo que en tus ojos arde!  
 Y lo que vale mi alma....  
 ¡Eso, mi bien, ni calcularlo sabes!

## LXXXIX

Hay un reloj que por instantes rápidos  
 Los siglos marca de mi eterno amor.  
 ¿No sabes tú cuál es? Pues oye el péndulo:  
 ¡Latiendo está por tí mi corazón!

## XC

En tu hechicera faz ví la alegría,  
Y la tristeza en tu hechicera faz,  
Y entonces comprendí todo lo hermoso  
Del cielo y de la mar!

## XCI

Si no es todo ilusión, si en los espacios  
Tu espíritu me busca,  
Piensa, al pensar en mí cada mañana,  
Que es uno mismo el sol que nos alumbra!

## XCII

Yo voy con esas aves melancólicas  
Que en el silencio de la noche cantan;  
¿Quién pudiera en la noche de los sueños  
Cantar en el silencio de tu alma!

## XCIII

No le temo á tu olvido: ¡no podrías  
Tanto amor olvidar!  
¿Sabes á qué le temo, si me quieres?  
¡A que no puedas ya quererme más!

## XCIV

¡Qué hermosa es la mañana cuando enciende  
Su roja tea el sol!  
¿Dónde se van las sombras de la noche?  
¿A dónde va el dolor?

¡Qué cantar de las aves en el campo!  
¡Qué alegre su canción!  
¡Cómo respira y se levanta todo  
Cuando amanece Dios!  
¡Como cruza el espacio tu fantástica  
Risueña aparición!  
Hoy eres toda llama, anoche sombra:  
Y anoche y hoy, amor!  
¿Será la luz del alba la esperanza?  
¿Lo sabes? pues yo no!  
Sólo sé que no sé por qué se muere  
Por tí mi corazón!

## XCV.

Llegué al sombrío atrio de la iglesia  
Y el dolor me detuvo,  
Y creí que mi mano se apoyaba  
En la fría pared de mi sepulcro.  
Como su imagen pálida, mi alma  
Se desprendió del mundo,  
Torné los ojos y encontré tinieblas,  
Volví la vista al cielo y lo ví obscuro!

Al fin estamos solos, arpa mía,  
En la alta noche, juntos;  
Ni un eco... ni una nota... aquí aguardamos.  
Mudas tus cuerdas y mí labio mudo.  
Se llenó de ilusión mi pensamiento,  
Mi corazón de luto....  
Yo no sé dónde fueron sus promesas,  
Yo sólo sé que el triunfo ha sido suyo.

## XCVI.

Yo soy hoja caída que se seca,  
 Soy el dolor que rie,  
 Soy la deshecha nave que ha cruzado  
 Horizontes sin límites,  
 Ola del mar que se estrelló en la arena  
 Al pie del arrecife;  
 Soy el día que muere en el crepúsculo  
 De una esperanza triste;  
 Yo soy la noche, en fin: ¡dime si eres  
 La sombra que me sigue!

## XCVII.

Antes dejaba yo mis pensamientos  
 Al acaso volar  
 Y nada me importaba que volvieran  
 O no volvieran más.  
 Desde que te conozco, desde entonces,  
 No importa á dónde van,  
 Y anhelo por que vuelvan y me digan  
 Lo que pensando estás!

## XCVIII.

¿Cómo vivo? No sé, soñando en cosas  
 No sé si de alegrías ó dolores....  
 Que á veces me parecen realidades  
 Y á veces me parecen ilusiones.  
 Cuando á contarte vayan cómo vivo,  
 Esas gentes que viven porque corren,  
 Diles, pero de modo que lo entiendan,  
 Diles que ni siquiera me conocen.

## XCIX.

Se va con los placeres que ha gozado,  
 Que deja sus desdichas, que por eso  
 Hay tantos desdichados.  
 Y yo he dado en pensar que eso no es cierto,  
 Que es falso, que es muy falso;  
 Que el alma que se va sólo se lleva  
 La única dicha de romper sus lazos.

## C.

Y hace muy poco que empezó la lucha!  
 ¡No hace mucho que sufro!  
 Pero tales serán estos dolores  
 Que el tiempo breve me parece mucho.  
 Al través de mis lágrimas los veo.  
 Hay quienes piensan que al morir el alma  
 Pasan uno por uno;  
 ¡Yo soy el mismo... ¡siempre! Aquí le guardo  
 Mi amor eterno, cuando pase, al último!

## CI.

Yo sé que son las almas  
 Como las olas,  
 Que siempre va la una  
 Siguiendo á la otra;  
 Tú vas delante....  
 ¿Dónde estará la playa  
 Que nos guarde?

Bandadas de torcaces, blancas nubes  
De blancas flores que arrebató el viento,  
¡Ay! eso son á veces cuando lloro  
Mis locos pensamientos!  
Tropel de aves fatidicas, tinieblas  
Que arrebató el turbión del cementerio,  
¡Ay, eso son á veces cuando río  
Mis tristes pensamientos.

## CIII.

Es preciso callar... De estas canciones  
Aun tiene el alma muchas;  
Pero guardadas en el pecho mío,  
Bajarán con mis restos á la tumba!

## CLV.

Después que yo me ausente, no me busques,  
Ni busques esta llama que me abrasa  
Niña, en el panteón,  
En los rayos del sol,  
Ni busques mis miradas en los astros,  
Ni mi aliento en la flor;  
Ni en las sombras que vagan por las noches  
Mi ardiente inspiración!  
Si quieres encontrarme entero, busca  
En mis versos, mi amor;  
Y si buscas mi imagen, no la busques  
Si no la guarda ya tu corazón!

FINIS.

## INDICE

ROMANCES HISTORICOS MEXI-  
CANOS.

	Págs
La ruina de Atzacapotzalco . . . . .	7
El ensueño . . . . .	14
Nanche . . . . .	24
La hospitalidad . . . . .	29
La emboscada . . . . .	39
Netzahualxochitl . . . . .	45
La muerte del tirano . . . . .	51
Tezcotzingo . . . . .	57
El señor de Ecatepec . . . . .	65
Tlahuicole . . . . .	75
Moctezuma Xocoyotzin . . . . .	89
El último azteca . . . . .	137

## ROMANCES DRAMATICOS.

Doña Brenda . . . . .	161
Sancho Bermúdez de Astorga . . . . .	165
Margarita . . . . .	169

Bandadas de torcaces, blancas nubes  
De blancas flores que arrebató el viento,  
¡Ay! eso son á veces cuando lloro  
Mis locos pensamientos!  
Tropel de aves fatidicas, tinieblas  
Que arrebató el turbión del cementerio,  
¡Ay, eso son á veces cuando río  
Mis tristes pensamientos.

## CIII.

Es preciso callar... De estas canciones  
Aun tiene el alma muchas;  
Pero guardadas en el pecho mío,  
Bajarán con mis restos á la tumba!

## CLV.

Después que yo me ausente, no me busques,  
Ni busques esta llama que me abrasa  
Niña, en el panteón,  
En los rayos del sol,  
Ni busques mis miradas en los astros,  
Ni mi aliento en la flor;  
Ni en las sombras que vagan por las noches  
Mi ardiente inspiración!  
Si quieres encontrarme entero, busca  
En mis versos, mi amor;  
Y si buscas mi imagen, no la busques  
Si no la guarda ya tu corazón!

FINIS.

## INDICE

ROMANCES HISTORICOS MEXI-  
CANOS.

	Págs
La ruina de Atzacapotzalco . . . . .	7
El ensueño . . . . .	14
Nanche . . . . .	24
La hospitalidad . . . . .	29
La emboscada . . . . .	39
Netzahualxochitl . . . . .	45
La muerte del tirano . . . . .	51
Tezcotzingo . . . . .	57
El señor de Ecatepec . . . . .	65
Tlahuicole . . . . .	75
Moctezuma Xocoyotzin . . . . .	89
El último azteca . . . . .	137

## ROMANCES DRAMATICOS.

Doña Brenda . . . . .	161
Sancho Bermúdez de Astorga . . . . .	165
Margarita . . . . .	169

	Págs
Ramiro Ramirez. . . . .	175
Doña Blanca. . . . .	181
Sor Ana. . . . .	187
Doña Elvira. . . . .	195
Gabriela. . . . .	203
Gil. . . . .	212
Eduardo. . . . .	219
Bojorques. . . . .	223
Jaime Acuña. . . . .	227
Juan Farriz. . . . .	233
Alfredo. . . . .	239
Per-Anzures de Rivera. . . . .	243
Doña Elmira. . . . .	249
Pedro. . . . .	255
Don Jaime. . . . .	261
Rosa. . . . .	265
Doña Mencia. . . . .	271
Beatriz. . . . .	277
Gines. . . . .	285

## PEQUEÑOS DRAMAS.

Ximena. . . . .	295
Mendo Menéndez. . . . .	307
Ida. . . . .	311
Sara. . . . .	317
Flora. . . . .	323
Aldaz. . . . .	331
Ganzalo González. . . . .	335
Rosela. . . . .	339

	Págs
Diana. . . . .	351
Doña Luz. . . . .	359
Taide. . . . .	361
Ferrando. . . . .	367
Fray Serván. . . . .	373
Cristian. . . . .	379
Esperanza. . . . .	385
Jofre Loscos. . . . .	393
Eduwigis. . . . .	401

## TROVAS COLOMBIANAS.

Cristobal Colón. . . . .	411
ECOS. . . . .	455





U A N

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN  
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA

